



Kristel Ralston

Autora finalista del 2do Concurso Indie de Amazon

Reckless

RECKLESS

KRISTEL RALSTON

©Kristel Ralston 2017
Reckless.
Todos los derechos reservados.

Los trabajos de la autora están respaldados por derechos de autor, y registrados en la plataforma SafeCreative. La piratería es un delito y está penado por la ley.

Diseño de portada: Happy Tales ©Shutterstock.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema o transmitido de cualquier forma, o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin previo y expreso permiso del propietario del copyright.

Todos los personajes y circunstancias de esta novela son ficticios, cualquier similitud con la realidad es una coincidencia.

Índice

[PREFACIO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[EPÍLOGO](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

“La vida es como un arca inmensa llena de
posibilidades”.
-Amado Nervo.

PREFACIO

Nueva York, Estados Unidos.

Años atrás.

Los chapuzones en la piscina cesaron súbitamente. Aquello solo aumentó su bochorno. Pudo haber corrido, pero Ava jamás huía. Era valiente... O al menos eso debía aparentar cuando Kelly, su pesadilla personal en la secundaria, exclamó con una risotada—: ¡Ava tiene sangre rodándole por la ingle! ¡Qué asco!

Entonces, todas las miradas se fijaron en ella, examinándola.

«Dios, qué horror.»

A pesar de las murmuraciones maliciosas y risas desdeñosas a su espalda contuvo el deseo de correr. Estaba abochornada. De hecho, tal era su desespero que anhelaba que la tierra se abriera y así ella pudiese lanzarse sin pensarlo dos veces al hoyo profundo para poder esconderse de semejante humillación pública.

Solo a ella podía llegarle el periodo, por primera vez, al terminar la clase de natación ante la vista de sus compañeros de clase. El hilillo de sangre que había empezado a deslizarse entre sus piernas, cuando esperaba en el borde de la piscina su turno para tomar la posta y competir, apenas lo sintió. Estaba toda mojada, ¿quién podría haber sido consciente de sí mismo en esas circunstancias? Pero para eso había estado atenta la bruja de Kelly Taylor.

—¡Señorita, CarPELLi, vuelva aquí! —gritó el profesor de educación física.

El señor Giles era una pesadilla que creía estar entrenando al próximo equipo de las olimpiadas. No le importaba si existía enfermedad, cansancio o desgano en los estudiantes. Era brutal, y por eso, Ava detestaba con fervor patrio cada una de sus clases. En esos momentos no solo odiaba al señor Giles, a todos sus compañeros de clase, si no también que detestaba mucho más a su

condenado sistema reproductor femenino por clamar a los cuatro vientos que estaba preparado para procrear.

—¡Regrese a la clase! —gritó de nuevo el señor Giles al verla alejándose. Él no podía aceptar que alguien fuese un desertor en su clase. Estaba loco de remate, pero, ¿quién podía contradecir a un veterano de guerra condecorado que creía que sus estudiantes eran el equivalente a soldados de la armada norteamericana?

«Ni loca vuelvo a ese circo», se dijo ella. No respondió al profesor. Continuó su camino. El olor del cloro y los chapoteos en el agua perdían fuerza a medida que Ava se alejaba del patio cubierto.

«¿Acaso podría empeorar su día?».

Entró en el vestidor de chicas, abrió la combinación de su casillero y agarró una toalla para limpiarse. Podría quitar los rastros tenues de sangre, pero la imagen de toda la clase observándola con asco y mofa no iba a borrarle de la mente por más que se restregara la piel y utilizara mil capas de ropa.

Intentó con éxito que las lágrimas de humillación que amenazaban con desbordarse de sus ojos celestes no se derramasen. Recogió sus pertenencias. No quería ver su toalla blanca manchada de sangre, pero fue imposible evitarlo cuando tenía que doblarla para guardarla en su bolsa.

Escuchó los ecos de unos pasos acercándose. Apurada, salió de los vestidores, y se encaminó hacia la sala de la dirección. Necesitaba que su madre fuera a recogerla o bien podría irse caminando. Lo que menos le importaba era que su casa estuviera a una hora caminando de la escuela.

Para variar, ese día, se había olvidado la bolsa en la que solía guardar sus monedas para pagar el transporte público. No quería pasar ni un minuto más en la escuela, menos esperar al expreso escolar. Pero sus zapatos podrían resistir el camino. Caminar una hora era mejor que tolerar más vergüenza.

El sol le quemaba la piel. Se había dejado el protector solar en casa. Su piel blanca y pecosa iba a sufrir las consecuencias. «Si es que ese era el día de su buena suerte», pensó con sarcasmo, sin detener su paso para tratar de hacer

sesenta minutos a pie hasta su casa, en cuarenta y cinco.

—¡Ava! Espera, ¿qué ocurre?

«No, no puede ser», se dijo ella, reconociendo la inconfundible voz del chico que conseguía que Ava perdiese el hilo de las conversaciones o que soñara despierta en clases. Fingió no escuchar. Solo eso le faltaba para rematar esa jornada. Que el chico que le gustaba, y que era su mejor amigo, supiera lo que había ocurrido.

Aceleró el paso.

Jason Wilder había nacido con patines en lugar de pies en Toronto, Canadá. Su país nativo le proporcionó pistas naturales de hielo y también un sinnúmero de opciones para un niño curioso y ávido por desarrollar la habilidad de jugar hockey. Después de varias visitas, los padres de Jason se enamoraron de Estados Unidos. Fue Nueva York la ciudad que se convirtió en el hogar de los Wilder.

Ahora, a los trece años, él entrenaba sin descanso para ser parte de la NHL (Liga Nacional de Hockey, por sus siglas en inglés) en algún momento, por ahora su concentración era ser elegido para las ligas menores. Tenía talento, y varios agentes ya lo tenían en la mira. Ava, que era un año menor a él. No dudaba que Jason pudiera conseguir cualquier cosa que se propusiera.

Los padres de ella tenían una cafetería en la que Jason trabajaba como camarero para costearse sus propios implementos de hockey. Desde entonces, dos años atrás, se habían hecho amigos.

Dos cuadras más adelante, ella tuvo que detener el paso porque la luz que daba paso a los peatones cambió de blanca a roja. Entonces, él la alcanzó.

—¡Hey, Ava! —exclamó con una genuina sonrisa.

—Hola, Jason... —dijo con resignación.

Él soltó una carcajada.

—Caminas como si tuvieses patines en los pies, ¿por qué huyes? —Ella intentó no mirarlo, y como si lo intuyera, Jason le tocó un hombro y a Ava no le quedó de otra que girarse—. Has estado llorando —dijo al ver los ojos enrojecidos.

—No pasa nada... Una tontería.

Jason apretó los puños a los lados. Era su mejor amiga. Podía contarle sus sueños sin sentir que iba a mofarse de él. Charlaban horas, después de que él terminaba el turno en la cafetería de los Carpelli, Taste from Heaven.

—¿Quién te hizo daño?

Ava suspiró.

—Yo misma. —Él frunció el ceño, y ella agregó—: Tuve un momento embarazoso que Kelly Taylor se esforzó en realzar con mucho éxito.

—Ese no es motivo para...

—Si fueras una chica, y estuvieses en la clase de natación, y de repente llega tu período por primera vez frente a toda la clase, ¿qué harías? —preguntó con rabia, no con él, sino con la situación en general. Sabía que Jason no tenía la culpa de lo ocurrido. Nadie la tenía, pero necesitaba desquitarse.

Él se rascó la cabeza, sin nada que decir. Tenía el cabello ligeramente ondulado y largo. Era muy alto y sus ojos color verdes eran siempre amables. Ava hizo una negación con la cabeza, y sus cabellos rubios se agitaron un poco. No era del tipo de persona que se contenía de decir lo que pensaba, salvo — como en esta ocasión— la situación salía por completo de su control en un sentido impensable.

—Lo siento... —murmuró ella— no es tu culpa. Necesito volver a casa. No puedo quedarme en la escuela hoy. ¿Qué haces tú aquí fuera de todas formas?

Jason sonrió.

—Estaba yendo hacia la biblioteca del otro edificio cuando te vi volando sobre el pavimento. —Eso consiguió que Ava esbozara una media sonrisa—. Decidí ver qué ocurría.

—Ahora ya lo sabes —rezongó.

Debió quedarse callada e inventar alguna otra excusa para su amigo cuando la alcanzó en la acera. No era que ella hubiese cometido un crimen tampoco. Ajustó el broche de la mochila. ¿Por qué demoraba tanto la condenada luz para

dar paso a los peatones?, se preguntó, incómoda.

—No sé qué decirte —replicó mirándola de arriba abajo como si pudiera encontrar algún cambio profundo en ella de pronto—. No encuentro nada que...

—¿Qué? —lo interrumpió, y se cruzó se brazos—. No esperes que automáticamente me crezca el pecho como las chicas que van a buscarte a la cafetería.

Sonrojado por la abrupta respuesta, Jason solo atinó a encogerse de hombros.

—No quise... Espero que estés bien... Supongo que... Estas son cosas de chicas y yo no las entiendo... ¿Te duele algo?

La luz cambió en el semáforo y dio carta blanca a los peatones. En este caso solo estaban ellos dos. Después de todo eran tan solo las doce de la mañana.

—Te veo en la cafetería cuando terminé la jornada —murmuró ella, aliviada de finalmente poder escapar.

—Hoy tengo libre —se rascó la punta de la nariz. Aquel era el gesto nervioso habitual en Jason. Su amigo era muy discreto y ella no quería pulsar los límites— porque mi padre necesita mi ayuda en un par de gestiones en la imprenta...

Ella frunció el ceño.

—De acuerdo...

La súbita expresión apagada de Jason desapareció, y de inmediato volvió la habitual jovialidad. Ella no dijo nada, porque su cabeza estaba procurando pensar cómo carambolas se pedía una toalla sanitaria por primera vez. ¿Qué tamaño debería comprar? ¿Cuántas debería comprar? Le hubiera gustado preguntarle a Darcy, su mejor amiga, pero desde el año anterior ella iba a otra secundaria. No tenía cómo contactarla.

—¿Qué te parece si vamos al lago y vemos quién consigue lanzar la piedra más lejos sobre el agua? —propuso él al observarla fruncir el ceño. No solía faltar a clases, por más aburridas que fueran, porque su récord académico lo consideraba importante si quería formar parte de los talentos elegidos de la liga

menor de hockey sobre hielo en Estados Unidos. Quizá algunas personas creían que todos los atletas tenían cerebro de mosquito, pero él no quería ser uno de esos—. La última vez te gané yo.

Ava se mordió el labio inferior.

—Debo ir a la farmacia... —susurró con las mejillas sonrosadas.

Entonces, Jason, comprendió.

—Oh... ¡Ohhh! Errr... Creo que mejor... Eh, me voy antes de que se enteren de que he abandonado el edificio de la secundaria...

Ella sonrió. Obviamente, Jason no iba a acompañarla a comprar toallas sanitarias. Eran pocas las ocasiones que veía a su amigo perder el talante bromista y audaz. Le pareció divertida la expresión masculina, y también fue como un alivio para sus nervios y aplacar el mal rato que acababa de pasar en la piscina.

—Es un asunto de chicas.

Él solo se encogió de hombros.

—Supongo. Te veo en la cafetería, ¿me vas a ayudar con mi trabajo de física?

—¿Tengo opción?

Jason le sonrió con aquellas maneras que causaban que las chicas de la secundaria lo mirasen embobadas, pero a Ava no la afectaba. Al menos no era consciente de ello... O pretendía no darse cuenta.

—La verdad es que no —le hizo un guiño—. Suerte en tu...errr — gesticuló con las manos tratando de encontrar las palabras— tu aventura.

Ella rio, antes de seguir su curso.

Ava emprendió el camino para cruzar la calle muy consciente de que Jason la observaba como si de pronto intentara descifrar de qué modo ella habría cambiado por el solo hecho de haber tenido su período. «¡Hombres, tontos!», pensó, mientras consideraba seriamente en solicitar a los grandes científicos que se dieran prisa en la creación de alguna máquina capaz de acelerar o retroceder el tiempo.

—¿Dónde estabas, muchacho? —indagó Guy Wilder a su hijo. Ya eran las nueve de la noche—. Tenías que terminar de cortar el molde de la plancha para las tarjetas de presentación del nuevo cliente. Contaba contigo.

Jason cerró los ojos momentáneamente. Acababa de cerrar la puerta de metal que daba al interior de la casa. El turno en Taste of Heaven, la cafetería de los CarPELLi, se había extendido un poco más que de costumbre, en especial porque él había tenido que retrasar su práctica de hockey.

No le gustaba faltar a la cafetería, no solo por los ingresos de las propinas, sino porque Moira —la madre de Ava— lo hacía sentir parte de una familia, aunque esa familia fuese solo un equipo de trabajo. E incluso Dante CarPELLi, que era muy estricto, jamás lo había minimizado o tratado con desdén cuando apenas empezaba a aprender a servir mesas y Jason se confundía con los pedidos. A veces envidiaba a Ava.

—Papá...

Guy lo miró con decepción y enfado.

—Un solo favor que te pido, y que se trata de colaborar para subsistir en esta casa, y eres incapaz de cumplir algo tan simple. Siempre tan egoísta. ¿Acaso crees que las multitudes van a saber algún día quién eres? —preguntó con un tono ácido en su voz—. Esta ciudad es tan grande y con millones de personas dispuestas a devorarte por un mísero puesto. ¿Y tu sueño es la NHL? —soltó una risotada—. Yo pensé que eso de los cuentos de hadas le iba más a tu hermana.

No quería contestarle una insolencia a su padre. Él bien sabía en dónde había estado, lo que hacía para ayudar en casa, y sí, había olvidado volver a la imprenta esa tarde. Una sola mísera ocasión, y tenía que escuchar los desaires de su padre.

La tensión se respiraba en el aire.

Más que un reproche en la voz de Guy, lo que Jason percibía era decepción. Aquella emoción era una que no lograba manejar muy bien. Odiaba

creer que estaba decepcionando a su padre. Fallar no era una opción, y al parecer, lo hacía continuamente ante los ojos de Guy. Nada le parecía suficiente. Ni siquiera cuando la imprenta estuvo a punto de incendiarse, y fue él quien dio la voz de la alarma porque su padre estaba disfrutando de una siesta producto del exceso de alcohol, Guy reconoció su rápida reacción.

—Lo siento, papá. Lo olvidé. No volverá a ocurrir.

Su madre, Maggie Wilder, había fallecido de neumonía tres años atrás, y Guy se transformó de la noche a la mañana en la sombra del hombre que Jason consideró alguna vez un ejemplo. Guy se emborrachaba, y una mujer distinta lo acompañaba cada tanto durante esas noches que, menos mal, no eran más de una a la semana. Sin embargo, esas contadas ocasiones Jason se sentía furioso por cómo ofendía la memoria de su madre. La impotencia de ver su vida familiar hecha pedazos lo carcomía día a día.

Su hermana mayor, Indhira, le llevaba diez años de diferencia, vivía en California con su novio. Ella no soportó tener que ver desfilar a una mujer diferente del brazo de su padre, ni tampoco cómo cada conversación con Guy se volvía una lista de lamentaciones. Muchas veces, Jason pensaba en tomar un tren y cruzar el país hasta California, pero su sueño estaba en Nueva York, y no pensaba abandonarlo.

Era canadiense de nacimiento, pero consideraba a Estados Unidos su país. Todos sus recuerdos provenían del país de Abraham Lincoln. Sabía que Canadá era la meca del hockey sobre hielo, pero el que era capaz de abrirse camino podía hacerlo en cualquier sitio en donde se practicase el deporte. Nueva York le iba perfecto, porque además quedaba —si acaso su plan inicial no daba resultados— a menos de dos horas en avión de Toronto.

—Eso espero, no puedo darme el lujo de perder dinero.

—Hoy era una práctica diferente, papá —replicó con cautela—, existe la posibilidad de que en la próxima vaya un agente importante con contactos en las ligas menores y en la NHL. Es amigo del entrenador local. Y si consigo...

—“Y si... Y si...” ¡Es todo lo que dices siempre! —estalló Guy dando un

puñetazo sobre la mesa.

Jason no se inmutó. Había aprendido a no dejarse sorprender.

—Mamá me enseñó a no dejarme vencer —susurró.

En una ocasión, meses atrás, Guy había sorprendido a Jason con una paliza. Le pidió perdón al día siguiente cuando la sobriedad hizo presencia, pero la relación entre ambos se deterioró. Jason quería creer que su padre solo estaba pasando por una etapa... Lamentablemente esa etapa ya llevaba tres años, y él no sabía qué hacer.

Jason no solo trabajaba en la cafetería e iba a práctica de hockey, sino que también se había empezado a hacer cargo de las cuentas por pagar de la imprenta y de coordinar los pedidos durante los fines de semana. Incluso solía poner de su escueto ingreso económico, sacrificando poder comprarse indumentaria para jugar mejor, cuando su padre no lograba completar el mes para pagar la hipoteca.

Él debería estar jugando con sus amigotes por ahí. Conocer el cuerpo desnudo de una chica y saciar su curiosidad en relación al sexo. Nada de eso estaba sucediendo. Tenía otras prioridades, pero empezaba a enfurecerse. Frustrarse.

Sentía que sobrellevaba demasiado para solo tener trece años.

Le había tocado madurar de golpe con la muerte de su madre, y aceptar la partida de Indhira casi al mismo tiempo. No feliz con eso, el destino se había encargado de quitarle la fuerza de voluntad a Guy para convertirlo en un hombre que trabajaba para mantener un techo sobre su cabeza, y cada vez que la melancolía lo invadía empezaba a escuchar viejas canciones, mirar álbumes de su tiempo de casado, y en las noches más extremas bebía para borrar todo rastro de cordura que le recordase la pérdida de su esposa.

—Deberías ser realista, Jason —espetó Guy dándole un trago al whisky. En su tono de voz existía resignación.

Jason buscó un indicio de la presencia de alguna mujer alrededor. No había ningún perfume dulzón y barato que invadiese su casa de dos pisos. No esa noche al menos. Su padre estaba solo.

Esa ocasión podría dormir en paz ante la plena noción de que no se levantaría una hora antes del horario normal para limpiar los vómitos o las botellas rotas.

—Estudio, practico, trabajo... Quiero formar parte de la NHL.

—Eso solo lo consiguen pocos, ¿es que acaso no escuchas nada de lo que te digo? —volvió a llenar el vaso una vez que acabó el contenido anterior—
Pocos —reiteró antes de beber un sorbo porque había llenado demasiado el vaso.

—Supongo —murmuró, algo inseguro, rascándose la cabeza.

—¿Hasta cuándo vas a trabajar en esa miserable cafetería? ¿Cómo se llama...?

—Taste of Heaven —replicó de mala gana.

Guy soltó una carcajada ante el recuerdo del nombre. Lo había catalogado de *ridículo* y *cursi*. Jason no estaba de acuerdo. Las recetas de Moira eran magníficas, y el señor Carpelli era un descendiente de italianos muy respetuoso de la cocina de su esposa. El *pie de manzana* era el más pedido. El café, importado desde Verona, se acababa rapidísimo. Jason había probado todos los dulces de la cafetería, y podía decir que el nombre del local era más que adecuado, no había nada de cursi ni ridículo.

—Deberías dedicarle más tiempo a la imprenta. Es el negocio Wilder.

Él contuvo una réplica mordaz. Los Carpelli lo trataban con amabilidad, y lo animaban a que no dejara la práctica de hockey si aquel era su sueño. Ava era su única amiga de verdad, porque jamás lo juzgaba y sabía lanzar una piedra sobre el río, no le importaba ensuciarse ni se preocupaba demasiado por llevar la última moda.

—Eso paga algunas cuentas... —susurró Jason— y también mi equipo de entrenamiento. No tengo patrocinador hasta que entre en la liga menor o pagar a través de un buen contrato.

Guy se incorporó. Se acercó al escuálido muchacho cuyos ojos y expresión le recordaban demasiado a su difunda esposa, Maggie. Colocó una mano callosa sobre el hombro de su hijo.

—Escucha algo, Jason. Si alguna vez se te ocurre enamorarte de una muchacha, toma una decisión inteligente.

—¿Proponerle matrimonio? —preguntó.

—Dejarla si no estás seguro de que puedes ser feliz. —Jason frunció el ceño. Guy hizo una mueca—. El amor solo te termina destruyendo. No seas iluso.

—¿Lo dices por la muerte de mamá? —preguntó con suavidad.

—Ella jamás fue el amor de mi vida.

Él sintió como si lo hubiesen abofeteado. Su padre estaba demasiado ebrio. Estaba delirando. No podía ser cierto.

—Papá, comprendo que el día en que mamá murió... ¿Es que acaso no bebes porque quieres olvidar el dolor de haberla perdido?

Guy agitó el hombro de su hijo, y este cerró la boca.

—No, Jason, bebo porque me hace olvidar la culpa al no poderla salvar.

—Pero no fue tu culpa...

¿Qué sabía un chiquillo de trece años de la vida? Aun así, le había tocado madurar a la velocidad de la luz, y se encontraba con esas declaraciones tan crudas.

—Me casé con ella porque estaba embarazada de tu hermana, Indhira — interrumpió—, yo estaba enamorado de otra mujer, y cuando ella se enteró que Maggie esperaba un bebé, me dejó... No fui tras ella. Me casé porque creía que ese era mi deber.

—Siempre me has dicho que el honor es lo más importante —murmuró con cientos de preguntas danzando en su cabeza, pero también con la sensación de que su padre estaba traicionado a su madre con esa confesión.

—Ahora no tengo a nadie —dijo Guy sin hacer caso del comentario.

—Me tienes a mí, y a Indhira, papá —susurró, dolido por el comentario—. ¿No somos suficiente?

Guy no respondió, y Jason sintió impotencia. Se esforzaba. Lo hacía cada día, pero al parecer no era suficiente. Su padre creía que él no era suficiente.

—No lo sé —dijo arrastrando las palabras, tal como llevaba haciendo toda la conversación.

Se apartó de su hijo.

—¿Por eso traes a otras mujeres aquí? ¿Para olvidar a mamá? —indagó, atontado, y confuso.

Trataba de entender el comportamiento de su padre. Intentaba ayudarlo en todo lo que podía. Sabía que jamás podría reconstruir las risas ni revivir los recuerdos que juntos crearon antes de la muerte de su madre, pero podía tratar de entender a su padre. Tratar de hacer algo bueno para que él dejara de lamentarse. Para que volviera a sonreír...

—No, Jason. Lo hago para mantener la cordura. No tuve el valor para divorciarme de ella. Maggie no fue feliz conmigo, porque siempre estuve enamorado de otra persona... y ella lo intuía —sonrió con pesar—, y cuando tuve que salvarla, no pude hacerlo.

—La neumonía no se cura con dinero papá.

Guy cerró los ojos un breve lapso. Cuando los volvió a abrir estaban llenos de pesar y cinismo.

—El amor es una mentira, hijo. Recuerda eso también.

¿Qué experiencia podría tener Jason del amor? Él solo tenía muchos sueños y muchas hormonas bullendo de curiosidad.

En silencio, Guy hizo una negación con la cabeza. Tenía muy marcadas las ojeras. Empezó —tambaleante— a subir las escaleras ante la expresión atónita de Jason. Había sido una charla demasiado extraña. Demasiado oscura para asimilarla.

—Papá...—llamó, aclarándose la garganta.

Guy se giró en el último escalón y miró hacia atrás por sobre el hombro.

—Todo irá mejor. Saldremos adelante, mejoraré mi atención con la imprenta —dijo Jason con su mejor sonrisa—. Lo prometo. Somos un equipo, ¿recuerdas?

No hubo respuesta.

El chico permaneció un largo rato de pie en la sala. Estaba decidido a continuar luchando para que volviera todo a la normalidad. Su padre estaba ebrio. Eso era todo. Nada de lo que le había dicho sobre su madre, el amor, o cualquier cosa esa noche, era cierto. Había estado confuso por el alcohol. Eso era.

Tres semanas después, embriagado por la culpa, Guy Wilder se suicidó.

Cuando Ava se enteró de lo que había ocurrido en la casa de los Wilder, no le importó sentirse como un gremlin en pleno momento de transformación cuando le caían gotas de agua encima, corrió hasta la casa de Jason. Toda la propiedad estaba rodeada de carros de policía, uno de bomberos, una ambulancia... Era un caos completo. Con sus sentidos agitados, porque había tomado un taxi e invertido todo lo que llevaba ahorrado de la mesada de la semana que le daban sus padres, cerró la puerta del automóvil y fue a buscar a su amigo.

Lo encontró cabizbajo conversando con las autoridades. A ella no le permitieron acercarse hasta después de un largo rato. Ignoraba qué había ocurrido. Tan solo recibió una llamada de Jason con una simple frase. *Ava, ven, te necesito*. Y aquellas palabras bastaron para que ella dejara de lado lo que estaba haciendo.

—Jason... —murmuró abrazándolo, una vez que se quedaron solos—. Aquí estoy. Soy muy mala dando consejos así que puedo acompañarte en silencio.

Él no dijo nada, ni ella volvió a hablar mientras sentía las lágrimas calientes de su amigo traspasando la tela de su blusa en la parte del hombro donde Jason tenía apoyada la cabeza. No necesitaban decirse con palabras lo que el corazón pedía a gritos: compañía y consuelo.

La amistad que se había forjado entre ambos era especial. Jason solía ser estupendo en filosofía, y Ava acudía a él cada tanto para que la ayudara con los

deberes de esa materia. Él, en cambio, tenía dificultades con física, así que Ava hacía de tutora cada tanto. Se quedaban haciendo deberes juntos en la cafetería, incluso después de cerrar, en el espacio de la esquina que daba a la ventana. Ya cuando todos los clientes se iban, o si acaso ese sitio estaba vacío, los dos lo ocupaban.

Después de la muerte de la madre de Jason la costumbre de quedarse hasta tarde estudiando, aunque iban a cursos diferentes compartían un par de asignaturas, cambió bastante. Él prefería regresar a casa para asegurarse de que su padre estuviese bien, y si tenía alguna duda, entonces la llamaba a Ava por teléfono.

Lo que no cambiaba era el hecho de que Jason, al ser muy popular en la secundaria, incluía a Ava en todas las actividades que podía, y si encontraba a alguien metiéndose con ella, la defendía. Una lástima que no hubiera estado cuando ella fue víctima de las burlas en la piscina de la secundaria, pues de seguro hubiera enviado a unos cuantos a freír patatas.

—No tengo a nadie, ahora, Ava. Mi hermana no quiere saber de mi padre... Y ahora... —murmuró apartándose. La miró, desolado y le confesó—: Tú eres la única que jamás me ha fallado.

Ella empujó ligeramente el hombro de Jason con el suyo.

—Para eso estamos las mejores amigas, ¿no lo crees?

Él rio. Una risa triste.

—Gracias...

—Aquí estaré. Y mi familia también, Jason. Estoy segura de que mamá y papá querrán ayudarte en lo que necesites. No estás solo.

Jason se encogió de hombros.

—Debo aprender a arreglármelas solo, Ava.

—Pero...

—Tengo que contactar a Indhira para organizar el funeral de papá...

Antes de que él se incorporara, Ava lo retuvo del brazo con suavidad.

Él la miró.

—Siempre estaré cuando me necesites. ¿Comprendes?
Él la contempló un largo rato, y asintió.

El cuerpo de Guy fue entregado a sus hijos, después de pasar la autopsia y todos los procesos legales que declaraban el hecho como un suicidio. La 9mm fue confiscada, y Jason no podía estar más aliviado por ese detalle.

Indhira voló desde California para ayudar a su hermano menor con los trámites mortuorios y encargarse de la propiedad. La brecha que Guy había creado en su familia, desde la muerte de su esposa, tan solo se había ampliado. Indhira no tenía motivos para volver a Nueva York, y Jason no contemplaba quedarse en esa casa más tiempo, mucho menos ir a California con su hermana. Pero, al ser menor de edad, su custodia pasaba a manos de la única familia que le quedaba.

Indhira les cedió un poder tutelar a los CarPELLi. Una vez que la casa de los Wilder al igual que la imprenta fueron vendidas, ante la renuencia de Jason, Indhira le compró un piso modesto para que terminara la secundaria. Le dijo que ya tenía suficientes problemas como para añadir que él dejara de estudiar o tuviera que verlo pasar por el proceso de crear nuevos amigos mientras asimilaba la muerte de Guy.

Jason aceptó quedarse alrededor para terminar la secundaria, pero acordó visitar a su hermana en California por las fiestas, cada año, hasta que se graduara. Que los CarPELLi fueran a ser sus tutores legales le daba cierto sosiego. Además, él tenía en mente continuar su sueño de jugar hockey profesional, y el sitio más factible continuaba siendo Nueva York, sin contar con el hecho de que los padres de Ava lo apoyaban moralmente.

Con la venta de la casa y la imprenta, tanto él como Indhira, se dividieron los montos de dinero en partes iguales. Su hermana había dejado los montos máximos de dinero, que él podía sacar de su fondo económico, estipulados con el jefe de crédito del banco. Y una vez que Jason cumpliera los dieciocho años,

el uso y custodia de su herencia dependían de él.

Fueron meses turbulentos los que siguieron a su nueva forma de vida. Los dueños de Taste of Heaven confiaban en él, y Jason trataba de no decepcionarlos. Pero su tiempo de rebeldía, rabia y soledad, se unieron en un cóctel venenoso. Así que, cuando pasaron cinco meses de su desastre personal, Jason decidió que era momento de dedicarse de lleno a conquistar cualquier chica que quisiera.

Empezar a descubrir los secretos del placer sexual, con una y otra chica, fue un desahogo para la frustración emocional que llevaba dentro, las heridas que no cicatrizaban y el vacío de no tener una familia. Se esforzó en ser el chico malo, y vaya si no consiguió desempeñarse como el mejor en ello. Pero eso no implicaba que había dejado de lado la disciplina durante sus entrenamientos; aquella era su brújula. Vivía y respiraba para cada partido. Su anhelo de firmar con las ligas del hockey profesional era su razón para despertarse día a día.

Se acostaba con una y con otra muchacha. Hacía las cosas más locas. No necesitaba trabajar en la cafetería de los Carpelli, pero continuaba ayudándolos porque era su modo de agradecerles. El resto, no le importaba.

A medida que iba creciendo, también lo hacía su masa muscular, sus facciones se volvían más varonilmente definidas, su comportamiento era más constante y menos volátil en estados de ánimo, y claro, su popularidad solo aumentaba. No faltaban chicas en su brazo. Cuantas quisiera. Después de todo, lo único que le había dejado su padre era dinero con la venta de la casa y la imprenta. Podía darse ciertos lujos. Ninguno de ellos incluía invitar a esas muchachas a nada caro. Sus lujos consistían en equipo deportivo.

De hecho, a sus conquistas las solía llevar a Taste of Heaven. Los Carpelli no decían nada ante la variedad de chicas que cambiaban cada dos semanas. Al menos no los adultos, porque Ava siempre le lanzaba miradas de reproche que, Jason, simplemente ignoraba. Cuando llegaron a los diecisiete y dieciséis años, él y Ava respectivamente, los reproches silenciosos de su mejor amiga empezaron a incomodarlo. Una noche la encontró mirándolo como si hubiera matado al mismo Bambi, después de una cita muy interesante que, claro, él había

llevado a la cafetería.

—¿Por qué mirabas tanto hacia nuestra mesa, Ava? Keyla se ha sentido mal con tu actitud —le había preguntado aquella noche—. Solo te pidió un poco de soda y tú parecías a punto de echarle la bebida en la cabeza.

Ava había crecido también, y era guapa, pero él no se metía con ella porque era lo único que jamás se arriesgaría a perder por un rato de sexo que podía tener con cualquier chica. Sí que notaba cómo algunos chicos intentaban salir con ella, y Jason los espantaba a todos porque él se sentía en la responsabilidad de ahuyentar a los perdedores. Y ante sus ojos, todos eran unos perdedores.

—Es la cafetería de mis padres así que puedo mirar a quien quiera como me venga en gana, Jason.

—Puedes llegar a ser insufrible y quizá por eso ningún chico se fija en ti.

—¿Y a ti quién te ha dicho que quiero un chico que se fije en mí? —le había preguntado con las manos en las caderas.

Él le había puesto un dedo en el hombro, dándole un pequeño empujoncito.

—Bueno, si no es así, entonces debe ser que estás haciendo un excelente trabajo. Porque si fuera yo el chico en que te fijases, no quisiera verte por nada del mundo.

—¡Eres un idiota, Jason Wilder!

—Por tu culpa, Keyla no quiere volver a salir conmigo.

—Será que de repente se dio cuenta de que tiene fecha de caducidad.

Eso lo había hecho rechinar los dientes.

—Mi vida privada es *privada*...

—Salvo cuando necesitas mi ayuda, claro.

—¿Sabes qué, Carpelli? —le había preguntado retóricamente llamándola por el apellido, tal como hacía cuando estaba enfadado—. Lo cierto es que no te necesito.

—Quizá deberías llevar a todas esas chicas bobas con las que sales a otra cafetería, ¿qué tal eso?

—Sí, creo que es lo mejor. Nadie quiere una mesera amargada sirviéndole

bebidas envenenadas —le había dicho, cabreado, antes de salir hecho una furia de Taste of Heaven. Tanto había sido su ímpetu por apartarse que no vio la forma en que sus palabras afectaron a Ava.

Después, por supuesto, las aguas volvieron a su cauce normal. Aunque no sin antes hacerse merecedor de la disculpa de Ava. Lo que no cambiaron fueron las citas de Jason. Ya no las llevaba a Taste of Heaven, y cuando Ava tuvo su primer novio, Jason se dio a la tarea de espantarlo cuando lo encontró besando a su mejor amiga a la salida del cine. ¿Cómo le había explicado los motivos del puñetazo que le dio a Ritter Murdock a Ava? Simplemente no lo hizo, porque ni siquiera él había comprendido el impulso que lo llevó a levantar el puño y romperle la nariz a Murdock.

—Déjame adivinar —le había dicho Ava. A los diecisiete años, ella se había transformado prácticamente. Jason apenas la reconocía. La diferencia entre su amiga con frenillos de doce años y la chica con pechos, cintura esbelta y piernas torneadas, era abismal. Casi parecían dos personas diferentes—, ¿golpeaste a Ritter porque era un perdedor?

Él había sonreído con su clásica sonrisa taimada.

—Me alegro mucho de que te des cuenta. Te estoy haciendo un favor.

—Voy a hacerte un favor a cambio, Jason. ¿Qué te parece?

—Claro, cuéntame —le había dicho cruzándose de brazos.

—La próxima vez que te vea con una chica subiendo a tu piso, como tengo una copia de la llave principal, me voy a encargar de que sepa que soy tu novia. ¿Qué tal eso, señor puñetazos y hockey sobre hielo?

—Para ser mi novia, Ava, tendrías que besarme y tener sexo conmigo. ¿Crees que podrías hacer alguna de esas dos cosas?

Ella lo había mirado un largo rato.

—Sigue soñando, Wilder.

—Ya decía yo, Carpelli...

A pesar de sus desencuentros y absurdas peleas, las fiestas, los contados

desmadres de Ava, las conquistas de Jason, la competencia para entrar en la liga profesional junior de hockey, la graduación en la secundaria, los días en la cafetería, la única constante en aquellos años de crecimiento de Jason fue Ava.

A la edad de diecisiete años, él logró firmar su contrato con los Canadian Maples de Edmonton, en Canadá. La gloria y el éxito arrojaron su entrada a la NHL. Había cumplido su sueño.

Años después toda esa euforia pareció perder brillo cuando, el día en que besó por primera vez la Copa Stanley como campeón de la liga, lastimó a Ava de un modo imperdonable. Después de aquella temporada no se había sentido completo de nuevo. O quizá jamás lo había estado.

Su vida personal era un desastre y por eso no tenía relaciones estables. Siempre terminaba lastimando a las personas que se preocupaban por él o por las que él se preocupaba. ¿Para qué complicarlo todo?

Enamorarse no estaba jamás en la carta del día.

El hockey le daba las satisfacciones que lo mantenían cuerdo y su sangre parecía recuperar la circulación normal. El desgaste mental y físico que implicaba cada partido lo dejaba exhausto, pero satisfecho porque lo ponía todo en el rink. Sin embargo, cuando llegaba a su lujoso piso o a su hotel, si estaba de visitante con su equipo de turno, luego de un partido —ganado o fallido— tenía que contener las ganas de agarrar el teléfono y comentarlo con la única que realmente sabía lo que había significado ese partido, cada partido de hockey, para él.

Incluso sus reflexiones más tontas... La pérdida de Ava era una espina clavada en el alma. Nadie tenía la culpa más que él. El precio de la cobardía.

La vida le había enseñado a no mirar atrás, y bajo ese precepto manejaba su día a día. Pero, ¿acaso no decían que el karma era una perra vengativa?

CAPÍTULO 1

Toronto, Canadá.

Presente.

Jason saltó a la pista en su posición de ala derecha, junto a uno de los defensas —Hansen—, y el centro —Thompson—, sobre la barda que protegía la banca en donde se encontraba los demás jugadores de los Noisy Eagles. Cada tanto rotaban para no agotarse en un juego tan intenso como era el hockey sobre hielo, y así los veintidós jugadores activos podían llegar a jugar durante los tres periodos de veinte minutos cada uno. Una vez sobre el hielo del rink, Jason se afianzó a la superficie con rápidas maniobras y se hizo con el puck antes de lanzar un pase ágil a Thompson, y este a su vez pasó a Yanus —el capitán que jugaba como ala izquierda— quien empezó a dominar la pista. Jason incrementó la velocidad pasando a la defensa del equipo contrario, se inclinó a la derecha, recibió el pase del capitán, e hizo un tiro de muñeca hacia la portería, pero el puck rebotó en el guante del portero y se perdió en manos de la defensa de los Blue Riders. Después del tiro fallido, Jason regreso a defender, logró interceptar un pase y recobró el puck con un rápido movimiento.

Finalmente, cuando estaban cerca del goalie de los Blue Riders, Jason le dio un pase a Hansen y este tiró el puck contra la barda detras de la portería para que rebotase hacia el otro lado de la pista. Jason recibió el puck, mientras sus compañeros trataban de distraer a los oponentes y en especial al goalie de los Blue Riders, e hizo su jugada en sinergia con Yanus. Antes de precipitarse contra el hielo y golpearse con la valla de vidrio templado del rink, Jason impulsó el stick con precisión y el puck viajó a toda velocidad pasando por el costado izquierdo de la pierna del golie hasta anclarse en el interior de la net. ¡Gol! ¡Un

maldito que definía todo, esa noche!

Los fanáticos enloquecieron porque el tiempo del partido estaba a punto de terminar, los árbitros dieron por terminado el encuentro en el que ganaban los Noisy Eagles de Toronto por un total de 3 a 1 contra los Blue Riders de Chicago. Alzando las manos, sintiendo la euforia de la victoria, Jason sonrió mientras los gritos de los fans lo arrojaban, al igual que el abrazo de sus compañeros de equipo. El gol de Jason rompía las posibilidades de ganar para los Blue Riders en la segunda mitad del tercer y último período del partido.

Los eagles salieron del rink satisfechos, y mientras lo hacían también escuchaban los insultos o las mofas de los hinchas del equipo que acababa de perder. No les importaba. El marcador era de ellos.

Así era el hockey. Un deporte de alto impacto físico, que desafiaba a las masas a amar fervientemente u odiar con toda el alma a su equipo o al contrario. Y a pesar de que los dientes eran los primeros sacrificados durante los encuentros deportivos, a causa de los golpes de un puck, un stick contrario e incluso los puñetazos que se daban en pleno rink, el hockey era un deporte hecho para valientes y hombres con los cojones bien puestos. Un deporte noble también que realizaba incontables actos de caridad para devolver el afecto, y conservar la lealtad, de sus comunidades.

Los Noisy Eagles entraron en el camerino hacia los vestidores.

Jason se quitó el casco protector de la cabeza. Tenía los músculos del cuerpo en tensión. Había sido un partido complicado, pero al final su equipo, los Noisy Eagles, se llevaban la gloria esa noche.

Se secó el sudor con la toalla y dio varios sorbos a la botella de agua, mientras escuchaba las palabras del entrenador Stephen Walters, como siempre ocurría al final del partido. El discurso sobre el desempeño, las fallas y aciertos, y después llegaban las palabras de ánimo para el siguiente encuentro.

La adrenalina continuaba fluyendo y no cesaba —lo sabía Jason por experiencia— hasta después de un par de horas. Lo mismo les ocurría a sus compañeros. Eran un buen equipo, y compartían tanto tiempo en entrenamientos,

viajes y juergas, que prácticamente se convertían en una familia... Al menos hasta que uno de ellos fuese comprado por otro equipo de la liga y tuviera que cambiar de ciudad. Tampoco era sencillo lidiar con las complicaciones inherentes a las diferentes edades, desde los diecinueve años hasta los treinta y siete, que fluctuaban entre todos los veintidós jugadores activos de los Noisy Eagles.

Minutos después de que el entrenador diera por finalizado su pequeño discurso, los eagles empezaron a dirigirse hacia las duchas. Bromas iban y venían como ya era algo habitual. Los encargados de los implementos de los jugadores empezaron a recoger los sticks, cascos, protectores y demás. Aquel era un proceso bastante tedioso, porque no solo les tocaba preparar el equipo individual, sino también instalar y desinstalar el equipamiento en los vestidores de cualquier estadio en el que jugasen.

El golpe del agua contra el cuerpo le ayudó a aliviar un poco los músculos a Jason. Estar motivado, cuando en ocasiones el marcador estaba en contra, no resultaba fácil. Esa noche había sido ruda, pero el resultado final, fantástico. No podía ni imaginar el trabajo que debía experimentar Sans Lamiere, el goalie titular de su equipo, para mantenerse enfocado y no dejarse gobernar por la presión de mantener a salvo la red de los eagles.

Jason sentía que sus músculos empezaban a relajarse. No en vano tenía en su piso de la ciudad un jacuzzi. El agua caliente, la presión del agua, ayudaba enormemente después de los masajes de los terapeutas del equipo.

Por otra parte, los veintinueve años de edad también empezaban a cobrarle factura a Jason, y la idea de retirarse empezaba a convertirse en algo cada vez más cerca de concretarse. Sin embargo, antes de dejar el deporte, él quería levantar una vez más la Copa Stanley, y esta ocasión con su equipo actual. Ya lo había hecho, años atrás, cuando apenas tenía veintidós años y jugaba para los Panthers de New Jersey. Demasiado joven para entender con madurez el peso del éxito...

—Oye, Wild West —le dijo Kirk sacándolo de sus pensamientos, el chico

era uno de los defensas del equipo, llamándolo por su apodo—, nos vamos a reunir en el bar de Paul dentro de una hora. ¿Te unes?

Jason, con la toalla ajustada a la cintura, abrió el casillero para sacar su ropa. Sabía lo que esas salidas implicaban: *groupies* y sexo. Ya había tenido bastante de eso en sus años más alocados, pero ahora estaba saliendo con Elizabeth, así que no hacía ninguna estupidez. Sentía la necesidad de hablar personalmente con ella. Llevaban sin verse cinco días, pero Jason había notado durante sus últimos viajes a Nueva York —la ciudad en la que Elizabeth residía— que ella estaba un poco distante, como si algo le incomodara. Ella decía que era el estrés normal de organizar una boda. La boda de ambos, claro. Él no tenía idea de qué tan trabajoso podría resultar unir a un grupo de personas en un mismo sitio en una fecha tan distante como marzo, pero él compensaba el estrés de Elizabeth en la cama. No había quejas.

El sexo entre ambos era estupendo.

—Tal vez otra ocasión, pero gracias, Kirk —replicó sacando su bóxer negro de Armani, el jean gris y la camisa azul de la misma marca.

Kirk Retrieven tenía veintidós años y era oriundo de Winnipeg. Rubio y de ojos verdes, con una semejanza inusual a Ryan Gosling, tenía a las chicas a sus pies. Jason podía recordar con facilidad aquellas épocas, aunque no ocurría igual con su memoria en relación al nombre o los rostros de la cantidad de mujeres que habían pasado por su cama. Le parecía que eran décadas y no solo siete años desde esas épocas.

Tiempo atrás, a él no le hubiese importado que su amante careciera de suficiente materia gris para sostener una conversación profunda, siempre y cuando tuviera un cuerpo de infarto y supiera moverse en la cama. Ahora era distinto. Jason sabía más que podía tener a quien quisiera bajo sus propios términos, y en ese contexto prefería que sus compañías de cama tuviesen un poco más de cerebro que atributos físicos en abundancia. Sí que podía encontrar una combinación de ambos. De hecho, Elizabeth Parker, su prometida, era un ejemplo.

—El compromiso te ha vuelto un poco aburrido, Wild West —dijo Kirk abrochándose la camisa—. Será una noche memorable.

—No lo dudo —comentó Jason de buen humor.

El bullicio en los camerinos y las duchas era habitual. Rara vez había uno que otro encontronazo físico. Los que incurrían en la infracción pagaban con una tanda doble de ejercicios en el entrenamiento siguiente y una multa de varios miles de dólares en la paga. Nadie quería contrariar la paciencia del entrenador Walters, pero a veces resultaba inevitable una pelea cuando la vida personal se entremezclaba con una jornada dura de un partido de hockey.

—Jason, voy a presentarte a unas amigas que están interesadas en saber qué tan impetuoso puede ser un jugador de hockey fuera del rink.

—Tengo un vuelo dentro de dos horas hacia Nueva York —replicó vistiéndose con ágiles movimientos— caso contrario...

—¿Lo considerarías de verdad? —rio poniendo los ojos en blanco—. La prensa te comería vivo si captasen una imagen tuya con una de mis buenas, *buenísimas*, amigas —comentó con burla— después de todo anunciaste por todo lo alto tu compromiso con Lizzie Parker.

—Llevas razón. —No era partidario de ventilar su vida personal en los medios de comunicación, pero debido a la familia a la que pertenecía Elizabeth, y su influencia en el mundo del hockey, había sido inevitable.

—Estás atrapado entonces, hermano —dijo encogiéndose de hombros—. Yo, en cambio, amo mi libertad. ¿Atarme a una mujer? ¡Ni loco que estuviera!

«Atrapado», repitió Jason en su cabeza. Empezaba a sentirse de ese modo. Los Parker tenían acciones en varias cadenas de televisión, y no le sorprendería que su prometida vendiese la exclusiva al mejor postor. Jason prefería algo discreto, pero, ¿quién competía con los deseos de una novia? Él no tenía interés en ese trabajo en particular. Ya tenía bastante con tratar de llegar al final de la temporada regular, anotar todos los puntos que le dieran ventaja para poder pasar a los play-off por la Copa Stanley. Ese era el objetivo.

Eran treinta y un equipos en total de toda la NHL, y todos tenían que pasar

por los juegos de las conferencias de cada región; la conferencia Oeste y la conferencia Este. Jason jugaba en la conferencia Este —por la ubicación geográfica del equipo— con los Noisy Eagles de Toronto. Al final, los equipos que tenían más puntaje en la temporada regular tenían ventaja para considerar llegar a los play-off para hacerse con un cupo y disputar la copa. Era todo un entramado, y la competencia era muy ruda.

Kirk revisó un par de mensajes en el teléfono. Sonrió al ver una fotografía, y se la mostró a Jason.

—Se llama Carmen, ¿a que es exótico ese nombre? —le preguntó a Hansen que en ese momento pasaba cerca.

Era una muchacha, desnuda, con unos pechos que desafiaban la gravedad, una cintura esbelta y el sexo completamente depilado. Guapa, sin duda, y al parecer lista para lo que fuera que estuviera en la mente de Kirk.

—¿Quieres que yo le enseñe lo que tú estás todavía por aprender? —preguntó Jason mofándose de su compañero.

—Sin duda muy guapa, hey, yo me puedo unir a la juerga, ¿cierto? —quiso saber Hansen riéndose.

Jason cerró el casillero, mientras algunos de sus amigos le daban una palmada en el hombro, despidiéndose, y otros lo hacían a viva voz para ahorrar tiempo.

—Ellas buscan juventud, mi veterano amigo —replicó Kirk mirando a Jason con el mismo tono burlón y guardándose el teléfono en el bolsillo del pantalón blanco.

—La juventud sin experiencia es aburrida.

—Nos vemos, señoritas —murmuró Hansen antes de salir de los vestidores.

De pronto la expresión de Kirk se volvió cautelosa y perdió la sonrisa. Frunció ligeramente el ceño y miró a Jason.

—No sé por qué evitas divertirte cuando todavía no tienes la soga al cuello, Wild West.

—Temas de adultos —replicó Jason, riéndose.

—¡Hey! Buen partido, ¿eh? —interrumpió Brendan, ejercía la posición de ala izquierda. Miró a Jason—: ¿Seguro vas a tomar ese avión esta noche?

—Tengo ganas de Nueva York —dijo antes de acomodarse la mochila con su ropa al hombro.

—Vamos, Wild West, un poco de honestidad. Lo que quieres es sexo para disminuir la adrenalina —bromeó Kirk—. ¡Podemos hacerte espacio en nuestra fiesta, todavía estás a tiempo! Carmen tiene muchas amigas.

—Cierra la boca, Kirk —dijo Jason negando con la cabeza.

El chico elevó las manos en son de paz riéndose. Las bromas pasadas de tono no molestaban a nadie, y de algún modo disipaban el ambiente de tensión antes de un juego e incluso cuando ganaban o perdían.

Elizabeth Parker era hija de uno de dueños de los New York Blades, o Lizzie como la llamaban todos, y era muy conocida en los altos círculos de la élite deportiva por los eventos que, junto a su madre o amigas, solía organizar para el equipo que algún día heredaría. Era considerada parte de la realeza del hockey sobre hielo por la posición e influencia de su padre.

—Buen vuelo, hermano —comentó Brendan, y lo mismo murmuró Kirk antes de abandonar el camerino riéndose con los jugadores que rondaban su misma edad. Los esperaba una noche de juerga.

—Gracias.

De todos los jugadores del equipo, Brendan Kayser era el más allegado a Jason. Congeniaban muy bien y en la mayor parte de los viajes en que jugaban como visitantes, les tocaba compartir habitación de hotel. Brendan tenía un hermano que jugaba en la NFL, y una hermana que ejercía de enfermera en Londres, pero se veían durante las festividades de Navidad y Año Nuevo. Los Kayser solían invitarlo a pasar las fiestas familiares con ellos. Y es que, además de la fama, el dinero y el placer de hacer lo que más amaba, Jason había encontrado buenos amigos.

Había considerado pedirle a Brendan que fuera su padrino de bodas. Se lo

comentaría después de regresar de Nueva York.

Con todo su equipo preparado, Jason emprendió el rumbo hacia el parqueadero.

En el camino de salida del coliseo firmó autógrafos a los fans que se habían quedado esperando a ver si tenían la suerte de toparse con uno de sus jugadores preferidos. Él procuraba ser siempre amable con sus seguidores. Una que otra chica, como siempre, le hizo propuestas para pasar la noche juntos. Él se negó de la forma más simple: haciendo oídos sordos. También terminó con papelitos con números de teléfonos en los bolsillos de la chaqueta, respecto a eso no podía hacer nada. Tampoco le causaba ningún perjuicio. El equipo de seguridad, que era tolerante, cuando notó que las chicas empezaban a ponerse algo intensas y demasiado físicas con Jason, intervinieron tal como lo hacían con el resto de los Noisy Eagles.

—Gracias, muchachos —les dijo a los de seguridad cuando estuvo libre.

La expectativa por ver el rostro de Elizabeth lo hizo sonreír.

Por lo general su forma de disipar la adrenalina que se quedaba en su sistema después de un juego era tener su noche de sexo sin ataduras con alguna muchacha guapa y sexy que conociera, pero ahora que tenía a Elizabeth a pocos minutos de distancia en avión, y siendo su prometida, no iba a aventurarse a darles a los periodistas munición gratuita para destruirlo a la mañana siguiente. Ya había dejado de jugar al Don Juan, pero no por eso su reputación de mujeriego se desvanecía en los calificativos que utilizaban al referirse a él, además de su buen juego sobre hielo.

No estaba enamorado de Elizabeth, pero la atracción física era innegable y para Jason eso siempre había sido primordial, y por eso su enlace matrimonial con Lizzie le parecía una apuesta segura. No tenía las complicaciones emocionales que llevaban a dramas y decepciones. Podían entenderse fuera y dentro de la cama. Contaban con solvencia económica, y tenían claro lo que podía esperar el uno del otro. Ella respetaba su espacio, la cantidad de tiempo que tenía que estar ausente debido a su profesión como deportista de élite, y él

era recíproco. ¿Acaso no era un acuerdo ideal?

Después de todo, el matrimonio era un contrato, y qué mejor si incluía sexo con una mujer que adoraba el hockey sobre hielo tanto como él. Que Elizabeth fuera una heredera, le daba igual a Jason. Él había amasado su propia fortuna y continuaba haciéndola crecer con sus inversiones en varios proyectos, pero los bienes materiales no podían comprar el prestigio social del que gozaban los Parker. Y él necesitaba cerrar el círculo de los fantasmas de su infancia que todavía rondaban su vida adulta. Su necesidad de pertenecer a algo, encajar, persistía. Con los Parker iba a tenerlo. Cerraría el ciclo y su anhelo más personal.

El hockey era la sangre que corría por sus venas, pero no deseaba que sus hijos sufrieran lo que él sufrió de pequeño. No se trataba del dinero. No. Porque después de la muerte de sus padres, él no tuvo carestías. Lo que Jason quería para sus hijos era darles un hogar sin conflictos ni traumas. Sin peleas airadas y desenlaces brutales. Todo eso iba a ser posible cuando uniera, legalmente, su vida a Elizabeth Parker.

Jason llegó al aeropuerto internacional Toronto, Pearson, y buscó la terminal de su vuelo. A pesar de que tenía carta blanca, él no volaba en el avión privado de los Noisy Eagles. Prefería usar el suyo, aunque esa noche estaba en reparación.

Lo reconocían a donde sea que fuera, y esa noche había varios fanáticos del hockey que se acercaron a pedirle un autógrafo mientras él avanzaba por la pulcra terminal aeroportuaria. Él no negaba jamás una sonrisa, ni foto ni autógrafo. Los fans eran una parte importante para las figuras públicas, pero en especial para los deportistas. Accedió a tomarse varias *selfies*, y después se disculpó porque le tocaba iniciar el proceso para el embarque.

Ocupó su asiento en primera clase.

Cuando se cerró la compuerta del avión finalmente Jason sintió el peso del cansancio y cerró los ojos.

Él no cambiaría ningún sacrificio que lo había llevado finalmente a la NHL. O quizá modificaría un episodio en particular... Sacudió la cabeza para

deshacerse de la posibilidad de que el pasado volviera a perseguirlo. Siempre que el remordimiento aparecía en su panorama, lo bloqueaba, y era ya un experto en ello.

Ahora tenía la vida que siempre quiso para él, y eso era lo que contaba. Llevaba cuatro años viviendo en Toronto. El resto de su carrera había sido transferido a un par de equipos de la liga entre Canadá y Estados Unidos. Y fue en una de esas transiciones que conoció a Lizzie. La encontró cuando ella intentaba mantenerse en pie luego de un largo día de trabajo como la organizadora de una gran fiesta en Nueva York. La chispa fue instantánea y empezaron a verse durante los intervalos de los varios viajes a Nueva York que él podía hacer en sus ratos libres.

Jason carecía de las mismas habilidades sociales de Elizabeth, y admiraba la paciencia que ella poseía para lidiar con la presión que implicaba ser hija de Ralph Parker. Al menos esa parte de su vida, después del matrimonio de ambos, estaría plenamente cubierta por las facilidades de Lizzie para interactuar con otros. Él hacía su parte, obligado por un contrato, y solo en eventos de caridad. Aparecía en muy contadas fiestas de *celebrities*. Él había nacido para jugar hockey. Punto.

De hecho, Jason había vivido como un gitano, muy adinerado en este caso, pero no recordaba un momento en que hubiera tomado vacaciones de verdad, es decir, sin entrenamientos o conferencias de prensa o eventos especiales para los fans. Su agente, Wade Panettiere, era un dolor de cabeza, pero también una persona de confianza. Después de todo era el mejor negociador de la NHL cuando de obtener los mejores beneficios para sus clientes se trataba.

—¿Algo de beber, señor Wilder? —le preguntó la Azafata.

—Solo Perrier, gracias.

—Por supuesto —miró a uno y otro lado antes de susurrar—: Soy muy fan de los Noisy Eagles. El partido de hoy fue fenomenal.

Jason asintió.

Escuchando los murmullos de la azafata mientras tomaba en cuenta el

pedido de otro de los pasajeros de la cabina de primera clase, Jason sonrió al recordar la primera vez que levantó la Copa Stanley, siete años atrás, cuando pertenecía a los Ducks. La euforia que había recorrido sus venas lo mantuvo despierto veinticuatro horas seguidas. Después de la celebración oficial, la juerga que se llevó a cabo con sus compañeros de equipo había sido una locura.

Cada jugador tenía la oportunidad de llevarse la Copa Stanley durante un día completo al sitio del mundo que quisiera. Él decidió compartirlo con la única persona que, en ese tiempo, seguía siendo su mejor amiga. Eran recuerdos agrisulces, porque todavía le escocía lo que había ocurrido entre él y Ava...

—Señor Wilder, por favor, ajústese el cinturón de seguridad que estamos a punto de aterrizar en el aeropuerto internacional John F. Kennedy —interrumpió con suavidad la azafata.

Sin saberlo, la mujer le había ahorrado a Jason ahondar en un episodio doloroso.

La puerta de la casa de los Parker se abrió al segundo llamado. Jason sabía que esa noche en particular su prometida estaría en Tribeca, en lugar del apartamento en de ambos en Flatiron District. Este era el día de la semana en que Elizabeth cenaba con sus padres.

—Jason, qué sorpresa —dijo Tabitha Parker, su futura suegra, mientras lo recibía con una sonrisa nada sincera.

Para él no era novedad que la señora lo mirara por sobre el hombro. A diferencia de Ralph —que daba la bienvenida con los brazos abiertos a quien amara el hockey y fuese jugador de la NHL—, Tabitha prefería fijarse en los antecedentes sociales de los hombres que intentaban cortejar a su hija mayor. Tan arcaico que a Jason le daba repulsión. Una vez que estuviera casado con Elizabeth la llevaría a vivir con él a Canadá. Aquello era algo que aún estaba en discusión, pero tenía que ser firme en su idea de no tener a su suegra cerca bajo ningún concepto.

Quizá él no había sido el tipo adinerado con abolengo en el apellido, pero se había labrado el condenado éxito por sí solo. Sin influencias ni favores especiales.

—Hola, Tabitha —dijo, antes de fijarse que tenían más compañía una vez que entraron en la suntuosa casa de dos pisos—. Vine a ver a Elizabeth dado que hoy es la noche de la semana que suelen cenar juntos. Ella está al tanto.

Ella asintió. ¿Estaba nerviosa?, se preguntó Jason. Era una expresión inusual en el comportamiento de Tabitha.

—Mi esposo estaba exultante con los resultados y justo me preguntaba cuánto estarías de paso por Nueva York. Elizabeth no me comentó que vendrías, pero ni falta que hace porque ya eres casi de la familia.

«Casi», pensó Jason con sorna.

—Pues qué amable de parte de Ralph.

Un grupo de seis personas, elegantemente vestidas, departían en el saloncito. Ralph, al verlo en el vestíbulo, se acercó a saludar con un vaso de whisky en mano.

—Hombre, bienvenido. Vi el partido de hoy, bien hecho —le dio una palmada en la espalda— llegas justo a tiempo. Estamos por empezar la cena. Lizzie no llega todavía. —Se giró hacia sus amigos, y empezó a presentarles a Jason como la estrella más laureada de la NHL, y futuro yerno.

—Le diré al chef que hay un puesto adicional —murmuró Tabitha antes de excusarse para dejarlos departir.

Desde su llegada había pasado media hora y Lizzie no aparecía, ni tampoco le respondía el teléfono. Jason empezaba a cabrearse. Ralph, tan entretenido estaba contando sus anécdotas que no prestaba mayor atención al hecho de que su hija no estaba presente en un día en que debería hacerlo.

Jason sentía que el brazalete continuaba quemándole en el bolsillo y se excusó antes de que sirvieran el postre. Tabitha le lanzó una mirada aprensiva. Algo no iba bien, y una sensación de inquietud lo invadió.

—Espera, Jason —pidió la madre de Elizabeth, sorprendiéndolo—, por

favor, dile a nuestro chofer que te lleve a donde sea que te dirijas. O puedes esperar a Lizzie un momento más...

—Le envié un texto hace tres horas comentándole que iba a pasar por la ciudad, y me dijo que estaría aquí. He tenido un día muy cansado y si algo ocurre prefiero saberlo ahora...

Tabitha apretó la servilleta con tanta presión que los nudillos se le pusieron blancos. Sonrió.

—Ella está bien, si es lo que te preguntas.

—No, no es eso lo que estoy preguntando —dijo con frialdad.

La mujer se aclaró la garganta.

—Lo que sí quisiera decirte es que a veces, las situaciones se nos salen de las manos y es mejor mantener la calma. ¿Por qué no la esperas un poco más...? —comentó sin responder a Jason.

—Mmm —replicó él incorporándose. Medía un metro ochenta y dos de estatura, puro músculo y un aura de suficiencia que parecía llenar cualquier entorno en el que se encontrase—. Me parece que no.

—Imagino que debe haber mucho tráfico.

Él la miró con sospecha y guardó las manos en los bolsillos. Se vería terrible si perdía los estribos en ese instante. No le gustaban los misterios ni las adivinanzas, y Tabitha estaba actuando algo extraño.

—Estoy listo, señora —murmuró el chofer interrumpiendo cualquier posibilidad de que Jason pudiera agregar algo.

—Buenas noches —dijo Jason ante una ininteligible respuesta de Tabitha.

Se embarcó en el Lincoln negro y le dio al chofer la dirección del departamento de Flatiron District, aunque no hacía falta porque el conductor conocía perfectamente en dónde vivía Elizabeth. Incontables ocasiones el hombrecillo lo había llevado también a Jason a diferentes sitios en Nueva York.

Cuando ya quedaban pocos minutos para llegar al destino final, Jason volvió a llamar a Lizzie. No estilaba insistir cuando alguien no respondía su llamada, pero, ¿qué demonios podía hacer si se trataba de su prometida?

Finalmente, ella le respondió al quinto timbrazo. Él no se esperaba los sollozos entrecortados del otro lado de la línea. Toda emoción fue reemplazada por la preocupación.

—Lizzie, ¿qué pasó? —preguntó agarrando con fuerza el teléfono.

—Jason... —murmuró con la barbilla temblorosa, sentada en el lujoso apartamento—, lo siento...

—¿Qué es lo que ocurre?

—Yo...

—Estoy a solo minutos del apartamento, nena. Resolveremos cualquier problema —expresó con estoicismo.

Jason era el tipo de persona que podía manejar grandes presiones. Estaba seguro de que en esta ocasión solo era alguna pequeña crisis.

—No creo que puedas resolver esto en particular...

—Estoy en camino. Mantén la calma. Sea lo que sea, lo vamos a resolver. —Cerró el teléfono en el preciso instante en que el chofer llegaba al edificio. Le agradeció al conductor y salió.

El elevador se abrió y dio paso a un blanquísimo corredor con pisos de mármol, paredes prácticamente desnudas si no fuese por el par de cuadros que adornaban dos esquinas. Jason sacó la llave de su bolsillo y abrió la puerta.

La escena que se presentó ante él lo dejó boquiabierto.

Elizabeth tenía los ojos rojos de tanto llorar, las mejillas sonrosadas, el cabello despeinado, mientras ella estaba sentada sobre la mullida alfombra persa y abrazada a un almohadón con la espalda apoyada en el sofá. Lo primero que hizo fue acuclillarse junto a ella y abrazarla. Eso solo consiguió que empezara a llorar de nuevo.

—Lizzie, ¿qué ha ocurrido? ¿Por qué no me respondías el teléfono? —preguntó con suavidad—. Me hubiera gustado que me dijeras que algo no iba bien, y así no hubiese perdido el tiempo en casa de tus padres.

Después de eternos tres minutos, ella poco a poco dejó de sollozar. Él no dejaba de acariciarle la espalda tratando de calmarla.

El rostro de Elizabeth estaba bañado en lágrimas. Jason fue hasta el tocador en el que ella solía guardar cosas típicas de mujeres, y sacó un kleenex. Volvió con ella y le limpió las lágrimas.

—Jason... Lo siento... —murmuró agarrando el kleenex de la mano masculina.

—¿Qué es lo que sientes, nena?

—Quería decírtelo antes, pero me acobardé. Debí decirte que no vinieses hoy, porque podía haber enfrentado la situación con más entereza, supongo que son las hormonas —susurró—. Las mujeres la tenemos más difícil que los hombres en estas circunstancias, supongo...

Él esperó paciente, aunque la paciencia no era una de sus virtudes.

—No somos perfectos.

—Estoy embarazada, Jason.

Estupefacto, elevó ambas cejas. Se pasó la mano por su rostro. Lo último que se hubiera esperado era un balde de agua fría de ese calibre. ¿Un hijo? ¿Iba a ser padre? Sentía la mirada angustiada de Elizabeth sobre él, porque era Jason quien tenía ahora los ojos cerrados intentando procesar la noticia.

No habían considerado tener hijos tan pronto, y bien sabía él que ambos tenían mucho cuidado con los métodos anticonceptivos. No estaba preparado para ser padre, pero al final solo se estaban adelantando a algo que sucedería tarde o temprano.

—Es una noticia... inesperada —dijo con sinceridad. Extendió la mano para acariciar la mejilla de Elizabeth—. Supongo que tu madre estaba preocupada por la posibilidad de tener que decírmelo sin tu consentimiento primero. —Lizzie bajó la mirada—. ¿Cuánto tiempo...?

—Cinco semanas.

—¿Es ese el motivo por el que has estado un poco distante?

—No quise...

—Sabes que cuentas conmigo, Lizzie. Vamos a casarnos —dijo—, y no creo que haya mejor obsequio que un bebé.

Se inclinó para besarla, pero Elizabeth esquivó el beso. Jason frunció el ceño.

Sentada en posición de flor de loto jugaba con sus propios dedos, y él con las piernas estiradas sobre la alfombra, la observaba. Elizabeth era una mujer muy guapa. Ojos del tono de las avellanas y un cabello castaño que le llegaba por debajo de los hombros, con un cuerpo esbelto... Sabía que era un hombre afortunado por haber encontrado a Elizabeth, sin embargo, algo no terminaba de encajar en la ecuación. Detestaba esa sensación y procuraba ignorarla.

Podía describir aquella sensación como una carencia. Sin embargo, ni siquiera era capaz de ponerle nombre o descifrar de qué demonios se trataba. La lujuria era la respuesta natural ante ese desasosiego. Se volvía más intenso en la cama con Elizabeth, y después, todo parecía regresar a la normalidad. Al menos hasta la siguiente ocasión en que volvía a experimentar la misma inexplicable carencia con toques de extraño anhelo insatisfecho en el pecho.

Suspiró.

El escenario que tenía ante él carecía de los parámetros de normalidad al que estaba habituado. Aunque era comprensible debido a la magnitud de la noticia que Elizabeth había tenido que digerir. Se preguntaba si acaso habría sido eso lo que Tabitha intentaba decirle al momento de sugerir que esperase un poco más a Elizabeth. Él lo habría hecho... Pero suponía que Tabitha sabía mantener la boca cerrada cuando de contar un secreto, ajeno y que le afectaba tan de cerca, se trataba.

—¿Lizzie? —preguntó él. Estiró la mano para acariciarle la mejilla—. Imagino que querías darme una sorpresa, pero pudiste venir a casa de tus padres en lugar de tenerme en ascuas.

—Lo siento... Hoy me sentía particularmente sensible y...

—Hey, no es un reproche —dijo con calma—. ¿Cuándo pensabas contármelo?

Ella tapó la sensual boca masculina con sus dedos. Como si no pudiese soportar más tiempo el tono de preocupación de Jason. Lo miró con un atisbo de

temor, y también, a no ser que él estuviera equivocado, vergüenza.

—Jason, no es lo que crees...

Cuando Elizabeth elevó el mentón algo en Jason se puso a la defensiva; parecía que su cuerpo sabía que algo importante vendría a continuación.

—Nada de esto es lo que esperaba, así es, pero podemos adelantar la boda y hacer algo más discreto. No pasa nada, y...

—El hijo que espero no es tuyo.

CAPÍTULO 2

Nueva York, Estados Unidos.

Ava revisó con ansiedad su correo electrónico. Llevaba dos meses buscando una nueva editorial que quisiera publicar sus libros infantiles. El sello anterior, debido a la alta producción on-line, había tenido que cerrar sus puertas al no ser capaz de competir con las grandes cadenas. Las liquidaciones de regalías no resultaban suficientes, y ella no creía que pudiese durarle más de tres meses ese ingreso para solventar los gastos de la vivienda y los de su hijo de seis años, Benjamín, Ben.

Tampoco contaba con dinero para pagarle a su agente, Donna, así que había tenido que rescindir del acuerdo de trabajo. La amistad nada tenía que ver con los negocios, así que no contemplaba bajo ningún punto de vista pedirle a Donna que siguiera ayudándola gratuitamente.

Ava había vivido toda su vida en la zona de Park Slope, cuando estaba bajo el techo de sus padres e incluso cuando rentó su primer piso, pero los alquileres ahora estaban por las nubes. Aquel era otro problema a considerar, en su larga lista.

Cuando recién se mudó a vivir sola, las ventas de sus libros iban estupendas, y ella presentaba talleres, iba a las bibliotecas a participar de programas comunitarios, y parecía que la situación iba a continuar en esa racha. Qué error haberlo pensado. Ava adoraba escribir y dibujar, pero estaba dispuesta a dejarlo todo a cambio de poder continuar con su independencia junto a Ben. Conseguir cualquier otro tipo de trabajo estaba en la mesa de opciones.

Estaba por su cuenta, aunque aquello no era nada nuevo.

Sus padres le habían ofrecido ayuda económica, sin embargo, Ava tampoco estaba en una situación tan precaria para aceptarla. Además, prefería colaborar

en la cafetería que tenían desde hacía casi treinta años en Brooklyn, Taste from Heaven, durante los fines de semana. Era el negocio de la familia, y su hijo se entretenía aprendiendo a hacer dulces con su abuela.

Taste of Heaven había sido remodelado casi al completo desde los años de secundaria de Ava. Las fotografías y autógrafos de algunos famosos que habían pasado por ahí estaban enmarcados en las paredes. La cafetería le traía muchos recuerdos a Ava, y trataba de pensar que el resultado más hermoso de su pasado era Ben. Su hijo solía ayudar a preparar la malteada casera, una de las más vendidas, que estaba hecha con una receta familiar. Su padre era descendiente de italianos y llevaba la buena cocina en la sangre. También el temperamento.

Parecían años luz desde el día en Dante CarPELLi supo que su única hija estaba embarazada. El revuelo que causó, lo complicado que resultó terminar el college, y después lograr su título de literatura en la Universidad de Columbia era algo que Ava tenía muy presente. Se había ganado la beca a esa universidad, y estaba orgullosa.

A pesar de que Dante exigió, furioso, el nombre del padre de Ben, al final tanto él como Moira terminaron respetando que nunca les hubiese revelado la identidad del muchacho. La apoyaron, pero la hicieron responsabilizarse por su nuevo estado. No le ofrecían cuidar a Ben, salvo que el niño estuviera enfermo y ella tuviera exámenes en la universidad o alguna junta por su empleo regular, y coordinar su rol de madre, el de estudiante y el de empleada en la biblioteca municipal la hizo madurar a pasos agigantados. Le tomó un año más de lo normal poder obtener su título.

Ava era consciente de que no había sido un castigo de sus padres el tratarla más estrictamente. Simplemente, tenía que volver a ganarse la confianza de ellos, y no dejar su futuro profesional irse por la borda.

Su vida romántica también se había visto limitada. La chica que una vez soñó que era posible amar desinteresadamente y ser correspondida, se había esfumado.

—Mami, pasado mañana es la fiesta de cumpleaños de mi amigo Mike.

Tenemos que comprarle un regalo —dijo Ben con la boca llena.

Estaban sentados en la mesa del desayuno. Era miércoles.

—Oh, ¿ya cumple seis años?

—No, mami, yo soy mayor que él porque cumplí el mes pasado —dijo con orgullo—, Mike cumple apenas los cinco. ¿Sabes? La abuela Moira me dijo que si necesitaba un regalo para mis amiguitos que se lo pidiera.

Ava estiró la mano y le limpió la comisura de los labios con una servilleta.

—No, mi vida, la abuela Moira es muy generosa, pero tú tienes que pedirme siempre a mí. No debemos molestarla con nuestras necesidades a menos que sea algo urgente. ¿Un regalo es urgente?

Él frunció el ceño. Tenía cejas pobladas y unas pestañas largas. Era un niño muy guapo, y no lo decía porque era su madre.

—No, mami...

Ella sonrió, y asintió.

Podía ver en Ben reflejadas su tenacidad y la persistencia, pero también los rasgos del padre de su hijo. Como aquella sonrisa pícaro cuando empezaba a hacer una travesura o la había hecho, la forma en que brillaban sus ojos cuando encontraba algo que le gustase... Por más de que quisiera olvidar su pasado, lo veía reflejado cada día en el rostro de su pequeño hijo. A diferencia de su padre, Ben tenía los ojos celestes y el cabello negro —como el abuelo Dante—, y tan solo una persona muy observadora podría sacar conclusiones sobre la identidad del padre de su hijo; esas personas no eran parte de su entorno.

—¿Quieres algo más de comer? Todavía te quedan quince minutos antes de ir a tomar el bus de la escuela.

Él hizo una mueca. Esa mañana llevaba un jean celeste, una camiseta cuadriculada y zapatos Sketchers, que habían visto mejores días, y el cabello indomable, despeinado. El cabello era el último toque en la rutina de Ben y Ava. Ella sabía que le tomaba un poco más tratar de domar la rebelde mata espesa de color negro azabache.

—Estoy lleno —dijo frotándose sobre la camiseta la pancita con la mano.

—Vale. Por cierto, Ben, por favor, intenta no molestar a Calum, hoy. La profesora ha enviado una nota, ya dos veces seguidas, que no dejas que el niño atienda en su clase. Si quieres jugar o reírte debes hacerlo en el recreo.

—De acuerdo... —rezongó de mala gana—. Mami, pasado mañana los padres de mis compañeros van a hablar sobre sus profesiones —murmuró esta ocasión en tono apesadumbrado.

Cada que existía ese tipo de actividades, el corazón de Ava sentía un remezón de tristeza por su hijo. Odiaba verlo desanimado.

—Ben...

—¿Por qué no le preguntas a Robert si puede venir? Aunque no me gusta como papá, tal vez pueda decirles lo que hace como trabajo, y yo no tendría que decirle de nuevo a la profesora que no conseguí hablar con mi papá...—se encogió de hombros—

—Robert no está en el país, mi cielo. Y es solo un amigo.

—¿Dónde está entonces?

—Es un militar, y a veces no tenemos idea de dónde los envían.

Ben soltó un bufido.

Robert Wulfstein no solo quería ser su amigo o su novio, no. Él quería ir más allá, y la había cortejado desde que Ben nació, pero ella estaba demasiado aturdida y resentida para poder darle cabida. A pesar de que el tiempo había pasado, ahora Ava estaba ocupada y tratando de conseguir una nueva fuente de ingresos económicos.

Robert seguía siendo paciente. Le daba tiempo, no presionaba, aunque una ocasión estuvieron a punto de terminar en la cama, cuando Ava había estado demasiado concentrada en beber y olvidar, pero las cosas se detuvieron a tiempo antes de que a ella se le hubiesen ido de la mano. Fue un fin de semana en que Ben se quedó en casa de sus abuelos.

Desde ese día, ya contaban cuatro años atrás, Ava erigió una barrera con Robert y no creía que fuera a cambiar. Menos mal él trabajaba siempre fuera de Nueva York, y aunque él no cesaba en decirle que estaba dispuesto a todo por

ella, Ava le había dejado claro que solo serían buenos amigos.

Ava no se hacía ilusiones con ningún hombre. Eso no quitaba que dejara de echar en falta una vida sexual activa, aquella sensación de vibrar con el cuerpo del otro, sentir las caricias, los besos, y la posesión íntima que no culminaba hasta explotar de placer. Su mejor amiga, Jenny Crawford, se había encargado de conseguirle citas a ciegas o prácticamente obligarla a ir de fiesta mientras Ben se quedaba en casa con los abuelos. Ninguna pasó de un par de besos. Un par de besos que no eran suficientes cuando Ava había conocido cómo era la sensación de quemarse de placer y desear permanecer en ese fuego sensual todo el tiempo posible.

No se consideraba el tipo de mujer que podía acostarse con alguien por el solo hecho de hacerlo. ¿Eso la convertía en una anticuada? Pues entonces, lo era. Acostarse con alguien implicaba dejar la impronta de su alma, de algún modo, en cada encuentro que dos cuerpos se unían del modo más primitivo. También, aunque quizá no fuese consciente, dejaba un poco de su corazón y un sello en su memoria. Ava ya había vivido lo que era entregarlo todo, abrir su alma, para después encontrar todo hecho añicos seguido de un dolor inexplicable.

Había estado en el infierno y no quería volver a él.

Decían que en la vida todos tenían una pareja perfecta esperándolos. Lo que no decían jamás era que nadie podía herir tan profundamente como un alma gemela. Y eso podía asegurarlo Ava por experiencia.

Su madre siempre le decía que todas las lecciones en la vida eran aprendizajes felices o dolorosos. Ava había tenido su cuota de ambos lados a raudales, felicidad y dolor, y sabía que llegarían más, pero no era masoquista. Necesitaba mantener su sentido de preservación. Sin importar qué tan buen hombre fuese otro pretendiente, jamás podría amarlo con la locura y descarnado anhelo que una vez amó al cretino padre de Ben. No por eso iba a negarse la oportunidad de intentar echar un poco de miel en las ácidas heridas que había dejado su pasado. Solo se preguntaba qué tanto podría tardar aquello en suceder...

Ava estiró la mano y tomó el mentón de su hijo con dulzura.

—Ben, nadie jamás podrá reemplazar a tu papá —dijo con sinceridad.

Tantas veces había deseado hablar mal y echar veneno sobre Jason Wilder, su dios y su cruz, pero su hijo no merecía eso. Su ética personal se lo impedía. No obstante, sí podía darse la licencia de evitar mencionar el nombre y referirse a él solo como “papá” para Ben. El niño, que era muy despierto y astuto, en alguna ocasión le preguntó más detalles, pero Ava había aprendido a esquivar ciertas preguntas y a responder otras sin hacerlo en realidad.

Llegaría un día en que tendría que sincerarse con Ben, pero aún quedaban muchos años por delante antes de empezar a hacerlo. Era un problema a lustros de distancia... Menos mal.

—Podemos contratar un detective, mamá, para que lo encuentren. El abuelo a veces me da dinero. No lo he gastado todo, y podemos utilizarlo.

Sí, Ava le había comentado que Jason estaba perdido en una misión especial en algún sitio de Estados Unidos o Canadá. En teoría, aquella no era una mentira. Ella sabía que Jason había logrado su sueño de pertenecer a la NHL, pero no le seguía el rastro. Aunque no era capaz de decir que su mejor amiga ignoraba vida, pasión y glorias de él. Jenny era cotilla hasta más no poder, pero sabía respetar el acuerdo de silencio informativo en lo que respectaba a Jason. O al menos Jenny lo intentaba con bastante éxito..., la mayor parte del tiempo.

—Lo pensaré, ¿de acuerdo? Pero ese es un secreto entre tú y yo. No es algo de lo que debas hablar con los abuelos. Ni con extraños.

—¿La tía Jenny es una extraña?

—Claro que no, cariño, pero es nuestro secreto. ¿Vale?

Ben asintió.

Ella cerró los ojos. Le dolía el corazón por Ben, pero, ¿cómo le explicabas a tu hijo que su padre no quería saber de él, y que jamás había querido verlo? Odiaba haberle mentado a Ben, pero era mejor así, en especial cuando a Jason le importó tres pimientos la existencia del niño. Lo había dejado muy claro años atrás.

—Sí, cariño, tal vez en un futuro, pero...

—¡Hey, mami, te has comido toda la mermelada! —exclamó de pronto.

«Gracias universo por esa capacidad de distraerse con facilidad de Ben», pensó ella, aliviada.

Prácticamente contuvo un suspiro cuando el niño terminó de beberse la leche con avidez.

—Tendremos que comprar más, entonces, mi vida —murmuró apartando la silla blanca del pequeño desayunador que tenía en casa. Ajustó la ropa de su hijo.

—También compremos una de arándanos, no solo de frutilla. Mike lleva siempre una de arándanos.

Ava sonrió. Mike era el mejor amigo de Ben desde que empezaron el kínder, y ninguno de ellos faltaba al cumpleaños del otro. Las amistades de la escuela eran las que se mantenían a lo largo de la vida.

—Ya es momento de cepillarte los dientes, jovencito.

Él asintió.

—De acuerdo —dijo Ben antes de seguir a su madre.

Ava lo ayudó a arreglar la mochila, y lo tomó de la mano para caminar hasta la parada del bus escolar, dos cuadras más abajo del bloque de departamentos.

Ese era uno de los días de buen comportamiento del niño. Era rebelde por naturaleza, y eso no venía del lado de los CarPELLI, Ava estaba segura.

El apartamento en el que vivían era cómodo. Pisos de madera y el aroma de que había visto mejores días, pero Ava lo conservaba en óptimas condiciones. Tenía dos habitaciones y dos baños completos. Ella había readecuado un espacio que funcionaba como pequeña bodega, para poner sus materiales de trabajo como su oficina. Al menos no tenía que gastar en rentar un sitio especial para crear.

Sus libros infantiles le daban sosiego, sin embargo, su mayor ilusión era abrir una juguetería. Ella jamás había sufrido carencias en su infancia, y no

quería que para Ben fuese distinto. Ava siempre tuvo un plato de comida sobre la mesa, ropa limpia, y agua corriente, para su hijo no iba a ser distinto. No podía permitirlo. Por orgullo y por responsabilidad, pero en especial porque amaba a Ben más que a nada.

Aunque ella era una autora reconocida en algunas ciudades, la sencilla fama per se no le daba ingresos, eso solo lo daba el trabajo arduo. Crear era complicado, apasionante, y cuando se tenía suerte los esfuerzos invertidos eran compensados a través de una paga generosa. Así había sido hasta que los monstruos editoriales obligaron a su pequeña editorial a cerrar las puertas, devolverle los derechos de autora de sus siete libros ilustrados, y colocaron a Ava en la posición de buscar con urgencia otra empresa que quisiera comprar sus derechos de autora para esos siete libros. No era sencillo por la alta competencia, porque las editoriales exigían que fuesen libros que jamás se hubiesen publicado. ¿Acaso importaba tal tontería? Para Ava, si el trabajo literario era bueno, entonces, ¿qué más daba si ya había sido o no publicado? A veces no lograba comprender cómo funcionaban las mentes de los editores o lo que quizá era peor, los especialistas en marketing.

Pero Ava tenía que enfocarse, y su misión era encontrar una nueva editorial o cualquier otro empleo que no implicara volver a servir mesas o administrar indefinidamente Taste of Heaven con sus padres los fines de semana. No porque no disfrutase de la cafetería, sino porque se había quemado las pestañas para cumplir sus sueños: vivir de sus libros infantiles.

En todo caso, cualquier empleo honesto venía bien si tenía que debatirse entre dejar su independencia o darle a su hijo la sensación de que él y ella eran suficientes para enfrentar juntos el mundo. Complicado, sin duda, pero, ¿cuándo había sido fácil la vida para Ava?

Hablaría con su padre para preguntarle si podía asistir a la escuela de Ben y contarle lo que hacían en Taste of Heaven. Después de todo, Dante era la figura paterna que había ayudado a Benjamín a lo largo de su corta vida.

—¿No hubo oportunidad de insistir? —preguntó Jenny dándole una última mirada al brownie de chocolate de Taste of Heaven. Según ella estaba haciendo dieta para lucir, el próximo verano, bikini con un cuerpo de modelo. Pero Ava la conocía, y antes de que acabara la noche su amiga se habría terminado no uno, sino dos brownies—. Coyote Incorporated es una gran casa editorial. Me sorprende que, con tu reputación, no hayan querido firmar contigo.

—No sé qué es lo que ocurre en el mercado editorial...—batió la cuchara dentro de la taza para que el azúcar del café se disolviese—, me siento perdida.

—Auto-publicar es una opción...

—Sí, claro, pero con libros ilustrados es distinto. Me gusta la idea de seguir el proceso de trabajo más de cerca con la empresa, los creativos, porque al final son mis dibujos... No sé cómo explicártelo. Tal vez si escribiera prosa fuese diferente.

—Supongo que sí... Y claro que te comprendo o eso intento —sonrió—, ya sabes que lo mío es trabajar en una compañía de transportes interestatales de artículos de limpieza. ¿Acaso no es glamoroso?

Ava soltó una carcajada.

—Te pagan bien por ser la gerente de logística. Y estás saliendo con Hunter que no es nada feo.

—Sexo ardiente es lo que te falta a ti, querida amiga —dijo con desparpajo. Ambas se rieron.

Jenny había presenciado sus altos y bajos. Conocía la historia de su vida al completo, y era mutuo. Ava no sabría qué hubiera hecho sin el apoyo de Jenny cuando se enteró que iba a ser madre. Estaba segura de que, si ambas hubiesen ido a la misma secundaria, su lista de anécdotas juveniles hubiera tenido un giro interesante.

—Ya sabes que... No hace falta que reitere.

Jenny se recostó contra el respaldo del asiento acolchado. Cruzó los brazos. Apuntó a Ava con el tenedor, que aún contenía un trozo de brownie. Sí, había claudicado en su intento de no devorar el dulce.

—Lo que necesitas es abrir tu panorama. Ben tiene seis años. Tus padres han visto el sacrificio que has hecho por el niño, y yo también. No has tenido una cita como Dios manda en todo este tiempo —interrumpió.

—¿Eso implica sexo? —preguntó con ironía.

—Ava...

Ella elevó las manos.

—De acuerdo, Jen, de acuerdo. Pero es que no me siento lista.

—¿Quieres esperar hasta que Ben llegue a sacar su maestría profesional, y hasta que se case para sentir que estás preparada? Lo que tú necesitas es un hombre que te haga olvidar a... —miró a uno y otro lado— bueno al “innombrable”. Disfrutar de una noche para recuperar un poco a esa chica soñadora y dispuesta a adueñarse del mundo.

Ava sonrió.

—Tal vez... —suspiró sin contradecirla—, pero Jen, de momento mi prioridad es encontrar un empleo.

—Mientras todo se equilibra económicamente en tu panorama como autora, quizá sería bueno que intentes en otra industria. ¿Lo has pensado?

Ava asintió, y después de dio varios sorbos a su café.

—Sí. No me va a quedar de otra. Ahora, dejemos de hablar de mí, ¿cómo va tu relación con Hunter? De todos tus novios parece el más propenso a tolerar tus locuras, y creo que por eso me cae muy bien —rio.

Jenny esbozó una amplia sonrisa. Rebuscó en su bolsa y sacó un anillo de diamantes en corte princesa.

—Sorpresaaa... Creo que es un modo más original de contarlo que enseñarte mi mano —dijo riéndose.

—¡No puede ser! —exclamó Ava con una sonrisa igual de amplia que la de su amiga, mientras Jenny se ponía finalmente el precioso anillo en el dedo anular—. Oh, por Dios, Jen. ¡Felicitaciones! ¡Me encanta verte tan feliz!

Se pusieron de pie y se abrazaron. Empezaron a dar saltitos de alegría.

Los clientes que estaban alrededor las miraron, curiosos, pero a ellas no les

importó. Momentos después, se acercó Ben. Con la ropa que llevaba ese día parecía un niño listo para ir a una audición de un comercial de televisión. O quizá todas las madres pensaban que su hijo era el más guapo de todos.

—¿Qué ocurre mami? —preguntó, mientras Moira y Dante miraban desde el mostrador con una sonrisa.

—Tu tía, Jen, va a casarse —dijo Ava, feliz.

El niño sonrió al ver la expresión del rostro de su madre. Los comensales que estaban en esos momentos en la cafetería, al escuchar la noticia dicha en voz alta, empezaron a aplaudir. Eso hizo que Ben se riera.

—¡Esto merece una celebración! —exclamó Dante al escuchar el motivo de las risas entre Jenny y Ava. Miró a uno de los chefs de la cafetería—: ¡Millo, trae el champán que tengo guardado!

Jenny era como una hermana para Ava, y era tratada como tal en el círculo íntimo de los Carpelli. La familia, haciendo honor a la tradición italiana, era grande, y estaba dispersa en diferentes partes de Nueva York. Los Carpelli solían reunirse durante las festividades de Navidad, y ya en Año Nuevo cada cual organizaba su propia celebración.

—Iba a decírtelo antes, Ava, pero preferí que fuera una sorpresa —susurró Jenny—. Hunter quería mantener todo discreto hasta que le contásemos primero a mis padres, pero no he podido resistirme, así que... ¡Sorpresa! —dijo riéndose.

—Me alegro por ti, Jen —comentó Moira dándole un abrazo—. Espero que nos permitas hacerte el cake de novia. Un regalo de la casa, por supuesto, al igual que la mesa de dulces.

—Gracias, será un honor —murmuró Jenny, emocionada hasta las lágrimas.

Jen, como le decían todos de cariño, había sido adoptada por una pareja de avanzada edad, después de haber sido dada a servicios sociales a causa de la negligencia de unos padres biológicos drogadictos que no querían saber de responsabilidades y menos de una niña de dos años de edad con necesidades obvias de afecto y cuidados. Cuando fallecieron los padres adoptivos de Jenny,

diez años atrás, los CarPELLI la habían incluido más seguido en las reuniones de la familia.

—Nada de lágrimas, muchachita, nada de lágrimas —dijo Dante con una sonrisa—. ¿Tienes ya una fecha para el enlace?

—Queremos algo pequeño, así que lo haremos en marzo del próximo año para que la familia y los amigos de Hunter que viven en Europa puedan asistir.

—Me parece una estupenda idea. Tienes cuatro meses para organizarlo todo.

En eso intervino Ben.

—Tía, Jen, ¿te vas a casar y te vas a ir lejos de Brooklyn? —preguntó con el ceño fruncido.

Jenny era la madrina de Bautizo del niño.

—Claro que no, cariño, estaré alrededor —le acarició el cabello— y más te vale que te prepares porque quiero que seas el portador de anillos.

—De acuerdo... —murmuró mirando de reojo a Ava, quien le sonrió.

Casi eran las diez de la noche, y el local estaba a punto de cerrar al público, cuando Hunter llegó a la cafetería. Alto y de elegante modo de vestir, el abogado cautivó a los padres de Ava e hizo otro tanto con Ben. Aunque ya conocía al pequeño, porque habían salido varias veces a comer fuera con Ava y Jen.

Ava estaba contenta de saber que alguien realmente apreciaba la chispeante y metomentodo amiga que tenía. Juntas habían pasado por momentos muy peculiares, y que se casara una de ellas iba a ser inolvidable.

—¿Entonces, ya tienes planeado tu próximo libro? —preguntó Hunter a Ava mientras tomaban un chocolate caliente preparado por Moira.

Hunter Manafortte ejercía de abogado en una prestigiosa firma en Manhattan, y era especialista en el área de fusiones y adquisiciones. Nada sencillo, pero muy lucrativo. Tenía siete años más que Jen, y estaba entusiasmado ante la idea de tener hijos pronto. Aquel detalle de la maternidad no era muy atractivo para Jenny, pero Hunter estaba dispuesto a convencerla de que sería, no solo una buena madre, sino que disfrutaría compartiendo con él las

tareas de ser padres.

—Sí, pero tengo que buscar una editorial que quiera comprarme los derechos... —suspiró acariciando el cabello de Ben que, a esas horas, ya empezaba a sentir ganas de volver a casa y descansar.

—Eres una autora talentosa, Ava —dijo Hunter— vas a ver que pronto llegará un punto en el que tendrás que incluso pensar en rechazar buenas ofertas porque ya has encontrado alguna que supere a las demás.

Ava se echó a reír.

—Mira que no necesitas hacer puntos conmigo si ya vas a casarte con Jen —comentó con buen humor—, pero aprecio tu comentario.

Él asintió.

—Es la verdad —intervino Jen tomándole la mano y dándole un suave apretón.

—Supongo que sí —dijo Ava con una sonrisa y sin dejar de mirar de reojo a sus padres que, tiempo atrás, ya le habían dicho que podía contar con ellos económicamente.

Ava tenía la vena orgullosa de sus ancestros, así que ignoró la aguda mirada de Dante y Moira. No estaba en la ruina. Tan solo tenía menos ingresos que los últimos tres años y medios. Sus reservas monetarias empezaban a agotarse, pero ¿a quién no le sucedía una mala racha?

—Me parece que es momento de un café —dijo Moira acercándose con una humeante cafetera.

Una vez que cambiaron de tema, enfocándose en el próximo enlace matrimonial, la jornada se volvió más amena y consiguió que de alguna manera Ava olvidara el mal rato que había vivido en la junta con la editora esa tarde. No había acordado un punto medio en la negociación con Coyote Incorporated. Le proponían que la fecha de salida de sus libros iba a ser hasta dentro de un año y medio. No iban a darle anticipo económico en esta ocasión porque era “nueva” en la empresa. Ava necesitaba el empleo, pero tampoco podía regalar su trabajo. No era justo.

Casi a medianoche, Ava y Ben, llegaron al apartamento. Al siguiente día no había escuela, y por eso permitió que su hijo se hubiera quedado en Taste of Heaven pasada la hora de dormir. Además, el compromiso de Jen y Hunter era una ocasión especial.

—Mami, llévame en brazos —pidió Ben cuando Ava empezaba a buscar las llaves en su bolso.

—Cariño, ya no eres un bebé.

El niño hizo un puchero, y Ava —una vez que abrió la puerta— lo aupó riéndose. Su hijo crecía con demasiada rapidez.

Apenas parecía ayer cuando recibió en sus brazos, de manos de la enfermera, a su bebé. Fue el regalo más hermoso que pudo haberle hecho el destino, y también el más aterrador. Ser madre era algo para lo que nadie podía prepararte, no importaba la cantidad de libros que te leyeras. Una vez que tu bebé estaba entre tus brazos, ya sabías que nada volvería a ser igual.

—Listo, corazón, ya es hora de descansar —dijo ella, después de hacer la rutina de limpieza antes de ir a la cama—. ¿Quieres que te lea? —preguntó una vez que estuvo segura de que Ben estaba bien abrigado bajo el cobertor.

—No, mami... —susurró cerrando los ojos.

Ava lo contempló un largo rato mientras le acariciaba el cabello. Una vez que lo vio respirar profundamente, se apartó con suavidad.

Después de dejar calibrada la calefacción central para el resto del invierno, Ava fue hasta su habitación. Se quitó la ropa y encendió el televisor.

Las noticias de la noche eran las que, luego de un día ajetreado, lograba alcanzar a escuchar. Ser madre era un trabajo en sí mismo.

Se quitó los pendientes, y utilizó el desmaquillador. Le gustaba mantener siempre una imagen impecable. No importaba que estuviera ante pocas personas o si se trataba de una multitud. No era vanidad, sino uno de sus modos de sobrevivir a la inclemente sociedad en la que vivía; una sociedad que disfrutaba del dolor ajeno y que gozaba señalando la desgracia para regodearse en el hecho de no estar viviéndola. ¿Acaso no era una sociedad cruel? Ava prefería utilizar el

maquillaje como una máscara protectora. Era mejor así.

Suspiró y buscó en su cajonera blanca una camiseta larga que usaba a modo de pijama. Se metió entre las sábanas. La repetición del noticiero del canal 42 estaba por empezar. Subió un poco el volumen, siempre pendiente de no despertar a Ben, aunque su hijo dormía profundamente.

Quince minutos después, un poco aburrida de tanto pesimismo y payasadas de los políticos de siempre, prefirió apagar el televisor. Tal vez, al despertar, su panorama laboral pintara mejor. Siempre era preferible dormirse con un pensamiento esperanzador. Esperaba que le funcionase...

CAPÍTULO 3

Con una furia ciega recorriéndole cada poro de la piel, Jason agarró las llaves del automóvil de Elizabeth que reposaban sobre la consola cerca de la puerta. Se había dejado las llaves de su Jaguar en Toronto. Justo cuando las necesitaba, pensó, cabreado. Agarró el asa de la maleta de viaje con brío.

—¡Jason! —exclamó ella, incorporándose, con el cuerpo tembloroso—. Por favor, no te vayas así, por favor...

Él se giró apretando con tanta fuerza las llaves que creyó sentir humedad en la palma de la mano. Debía ser sangre por un corte con el metal, pero no le importaba. Estaba realmente cabreado.

La miró con frialdad.

De pronto le parecía la mujer más ruin. Con las aletas de la nariz abriéndose y cerrándose, por el esfuerzo que estaba haciendo al tratar de mantener la respiración calmada, caminó hacia ella. Sus pasos eran los de un depredador listo para asesinar con un zarpazo directo a la yugular.

Elizabeth apoyó las manos perfectamente arregladas sobre la superficie de un mueble en el que solían guardar recuerdos de los viajes que habían realizado juntos. El anillo de compromiso refulgía con los destellos de luz de la lámpara de cristal que pendía del techo, mientras ella se aferraba a la madera.

Con toda su altura, impotente e intimidante, Jason la observó. Parecía más alto y peligroso de lo que jamás ella lo había visto.

—No quiero volver a saber de ti, ¿me entiendes?

—Jason...

Él soltó la maleta, y le tomó el rostro con firmeza.

—Quiero un nombre.

Elizabeth apoyó la mano sobre la de él, pero de inmediato la retiró ante la mirada heladora que Jason le dirigió.

—Podemos hablarlo... Perdóname... —murmuró—. Fue un desliz que...

—¡Quiero un jodido nombre, Elizabeth Parker!

Con las lágrimas rodándole por las mejillas, ella asintió.

—¡Ahora mismo! —exclamó al verla titubear.

—Eric Malhone...

Jason dejó caer la mano a un costado. Tomó el asa de la maleta de nuevo. Estaban muy cerca el uno del otro, y el primer instinto de él fue intentar borrar el rastro de su rival del cuerpo de Elizabeth. Resultaba estúpido, porque la huella jamás se borraría, de hecho, nacería en los próximos meses. El sexo por venganza no era una experiencia que deseaba vivir. Y no creía tampoco que encontrase verdadera satisfacción en desnudar y acostarse con alguien que, ahora, despreciaba.

Eric Malhone era el goalie de los New York Blades, y desde que Jason lo conoció —dos temporadas atrás— la rivalidad entre ambos fue inmediata. Su orgullo masculino estaba herido, pero no su corazón. No amaba a Elizabeth. Era su orgullo el que necesitaba defender, así que iba a poner fin a la afrenta, personalmente.

En el hockey había una regla implícita, y no todos la cumplían, pero jamás te acostabas con la mujer de tu compañero de equipo. No solo por un tema ético, sino porque dañaba la camaradería y el buen espíritu del grupo; el que cometía esa infracción por lo general era transferido a otro equipo, y así se dejaba de causar el mal rollo debido a la fricción interna que, sin duda, terminaba afectando el juego. Malhone no era parte de los Noisy Eagles, y eso tan solo lo salvaba de ser transferido a otro equipo de la liga, pero no de la paliza que Jason pensaba darle.

—¿Cuánto tiempo ha durado esto?

—Jason... —murmuró apartándose, él la dejó—. No creo que sea...

—¡Dímelo, maldita sea, Elizabeth! —Le dio la espalda por un par de segundos, como si intentase recomponerse y cuando lo hizo volvió el rostro hacia ella. Se pasó los dedos, que aún sostenían el llavero, entre los cabellos con

desesperación.

Tiró la maleta cerca de la puerta.

—Él está aquí en la ciudad, siempre en las fiestas, tenemos el mismo círculo de amistades... Me sentía sola... —meneó la cabeza mirando al suelo, y después elevó el mentón para mirar a Jason—. Seis meses —suspiró— ese fue el tiempo que duró. Jason, fue un error... Lo dejamos hace varias semanas cuando me enteré de que... —se cubrió el rostro con las manos, pero él se las tomó con rudeza para apartárselas y que lo mirara—. Jason, yo te he echado en falta y...

—¿Entonces decidiste abrirte de piernas porque, en lugar de tomarte el tiempo para pedirle el avión a tu padre y visitarme en Toronto o donde mierda fuese que estuviese jugando, la urgencia de que te calentaran la cama era más importante que la idea de mantenerte fiel al hombre con el que pensabas casarte?

La bofetada de Elizabeth resonó en el silencio de la estancia.

—Oh...—susurró llevándose la mano a la boca.

Iba a estirar el brazo para tocarle la mejilla que empezaba a ponerse rojiza, pero él se apartó.

—Mañana en la mañana enviaré a que retiren mis pertenencias de este apartamento. Puedes quedarte con él. No quiero tener nada que ver contigo.

—No quiero que esto acabe así, intentemos...

—Puedes irte al demonio, Elizabeth.

Después de acercarse hasta la salida y recoger la maleta de viaje que había traído consigo desde Canadá salió dando un portazo, mientras dejaba atrás a Elizabeth. Ella sabía que Jason jamás iba a perdonarla.

La adrenalina poco a poco pareció disminuir en el torrente sanguíneo de Jason, aunque no lo suficiente como para detener sus planes de cobrarse la afrenta. Llamó a su agente y le pidió que consiguiera la dirección de Malhone. Cuando Wade le preguntó para qué quería la información, Jason simplemente cerró la llamada. No estaba en la posición de ser cortés.

Pocos minutos más tarde, Wade le envió un mensaje de texto con la información. Después le preguntó qué rayos le ocurría, pero Jason lo ignoró.

El jugador de los Noisy Eagles puso la dirección en el GPS. Se dirigía hacia el SoHo. Él conocía como la palma de su mano la ciudad, pero en esos momentos no confiaba en su memoria. Condujo a toda velocidad, ¿le iban a poner un ticket? No le importaba, porque lo único que contaba para él era honrar su orgullo.

Jason no era cínico en predicar que él jamás había cometido equivocaciones con mujeres. Solo existía una persona a quien se arrepentía de haber lastimado. Joder, ¿por qué tenía que recordarla en esos momentos?

Apagó la radio. No quería escuchar ninguna puñetera clase de música.

Estaba tan concentrado pensando en cómo su mundo acababa de dar un giro de trescientos sesenta grados que no se fijó en que estaba yendo en contravía. Sintióse asqueado, y con la mente confusa, presionó el acelerador en lugar de utilizar el freno.

El impacto con el automóvil que venía desde la otra dirección era inminente. Cuando reaccionó y frenó como un acto reflejo, no porque creyese que fuera a tener algún resultado distinto a lo inevitable, era demasiado tarde.

De repente el rostro lleno de lágrimas de Elizabeth, sus mentiras, y la idea del imbécil de Malhone tocando lo que le pertenecía, fue reemplazado por otro rostro que hacía muchos años no había sido capaz de olvidar. Un rostro que en sus días más aciagos lo acompañaba, al igual que el peso en su conciencia, pero que en esos instantes —cuando la luz brillante del automóvil que viajaba a similar velocidad que la suya dio directo en sus ojos— parecía reírse de él.

Una punzada de dolor pareció abrirse paso en su cuerpo, pero no podía explicar si se trataba de un escozor físico o emocional. Escuchó un estruendo, y su cuerpo se sacudió con el impacto.

En cuestión de microsegundos se sumió en la más completa oscuridad.

Jason ignoraba cuánto tiempo llevaba recostado en la cama del hospital. Solo era consciente del dolor que experimentaba, incluso al respirar. La neblina en la que había permanecido envuelto hasta ese momento se empezó a disipar, y con ello llegó la avalancha de recuerdos previos al accidente.

Maldijo en silencio. «Condenada mujer», pensó. Y había tenido el descaro de llorar. Como si las lágrimas pudieran borrar la afrenta que le había causado.

Le daba asco el solo pensar que, si Elizabeth no hubiera abierto su boca por el sentimiento de culpa, lo más probable es que él habría terminado estampando su nombre en la partida de nacimiento de una niña o un niño que no formaba parte de su genética. Apretó los puños a los lados y la aguja que estaba insertada en su vena, pasándole suero, le provocó dolor.

Gruñó.

Abrió los ojos paulatinamente y giró la cabeza hacia la izquierda.

Sentado en el sofá para visitas de la que era la suite de lujo del hospital, no lo dudaba dado su estatus de estrella del deporte, se encontraba su agente. Jason no tenía más personas a quienes pudiese interesarle su bienestar, salvo un par de sus compañeros de los Noisy Eagles, pero estaban en Toronto.

Parecían años luz desde que ocurrió el accidente, cuando lo más probable era que hubiese sucedido el día anterior. Su hermana, Indhira, no tomaría un avión solo para verlo. Y qué mejor, porque desde que él cumplió la mayoría de edad y recibió todo el dinero del fidecomiso, Indhira prácticamente se borró de su vida.

Verse con su única hermana implicaba recordar el pasado, y nada causaba más desazón a Jason que esos escabrosos recuerdos.

—Wade... No me he muerto... —dijo tratando de sonar bromista.

El agente, conocido como `Cobra´ en el mundo deportivo debido a sus tácticas para conseguir los mejores arreglos para sus clientes, lo miró con una sonrisa. Se incorporó, acercándose a la cama en la que yacía su cliente. No le dirigió de aquellas diáfanas sonrisas, sino las que usaba cuando llegaban casos complicados o difíciles de manejar. Jason frunció el ceño.

—Hey, campeón, ¿cómo te sientes? —preguntó.

Le dio un par de palmaditas suaves en el brazo que estaba libre de la intravenosa.

—Como si me hubiese pasado un tractor encima —murmuró. Mierda, hasta el solo hecho de abrir la boca para hablar le dolía.

—Podríamos describir el accidente de tránsito como tal, sin duda. El Audi quedó hecho trizas. Corriste con suerte que, antes de que el automóvil se incendiara, un par de personas que salían de una fiesta alrededor se acercasen a ayudarte. ¿Qué hacías manejando a más de ciento cincuenta kilómetros por hora y, además, en contra vía? —preguntó mientras revisaba el teléfono.

—No bebí...—Bien por la ayuda de los samaritanos, pensó—. Tendré que saber la identidad de quienes salvaron mi vida para agradecerles.

Wade apartó la mirada de la pantalla del teléfono. El iPhone era la oficina móvil, como la de mucha gente, para el agente.

—Eso ya lo sé, mi asistente se está encargando de localizar las direcciones residenciales de quienes te ayudaron. Cuando salgas de aquí tenemos mucho por hacer. Por cierto, el examen de alcoholemia dio negativo, pero no hubiera dudado de ti ya que eres muy prudente para manejar, y cauteloso con lo que consumes cuando estás de temporada. Así que mejor cuéntame, ¿qué carajos pasó?

Jason tenía vendada la mano izquierda, un cabestrillo que sostenía la mano derecha, le habían aplicado puntos de sutura en la ceja derecha, tenía golpes en la quijada en tonalidad morada, y el labio roto e hinchado. Seguro debía parecer un monigote de Halloween, pensó cuando Wade le mostró su reflejo en el espejo que tenía bajo la mesilla de noche.

—Te lo voy a resumir para que intentes manejar un control de daños, aunque yo no creo que haya mucho que puedas hacer. Ya es problema de los New York Blades —dijo esto último con sarcasmo.

Wade lo observó durante largos segundos mientras lo escuchaba relatarle, con breves y concisas palabras, el embarazo de Elizabeth. El agente meneó la

cabeza, apenado por Jason, pero él conocía al chico desde que este tenía diecisiete años y se hizo cargo de su carrera deportiva.

Sabía que el matrimonio con Elizabeth era un contrato más para el jugador de hockey, lo cual era una lástima, no porque fuese un mal acuerdo, sino porque Jason parecía incapaz de darse la oportunidad de realmente querer a alguien. Se preguntaba qué le había pasado para que hubiese llegado hasta ese punto.

Los asuntos entre ambos eran de negocios, salvo en ciertas ocasiones que hablaban de algún tema personal, pero Wade jamás había logrado extraerle una sola palabra sobre su pasado sentimental a Jason... Le causaba curiosidad, pero como no existía ningún peligro inminente para la imagen pública de su representado, entonces le daba igual el pasado de Jason.

—Vaya, Jason, lo lamento.

—No hay nada que lamentar, el problema es de ella.

—Supongo que lo es... Me pondré en contacto con la agencia de relaciones públicas para que maneje cualquier daño colateral y que de una vez empiecen a considerar posibles explicaciones a tu exceso de velocidad. Algo que sea creíble, por supuesto —murmuró meditando sobre el escueto relato. Tampoco es que necesitase darle demasiadas vueltas al asunto—. En este accidente has corrido con suerte —comentó cambiando el tema.

—¿Desde qué punto de vista? —preguntó con sarcasmo y agradeciendo el cambio de temática porque no quería saber más de la condenada ex prometida suya.

—Te tomará varias semanas recuperarte del todo, pero al menos no tienen que ponerte una placa o soldarte ningún hueso. Tienes una luxación en el hombro izquierdo, y a eso se debe el cabestrillo.

Jason intentó mover el hombro y, sí, efectivamente le cimbró todo el cuerpo. Y claro, recordaba que le habían hecho una radiografía.

—Mierda...—dijo con rabia, consciente de que a pesar de que hubiese muchas semanas por delante cada partido era vital para reunir los puntos suficientes y pasar a los play-off, hasta lograr un cupo para que los Noisy Eagles

fuesen uno de los equipos contendores que pelearían por el trofeo más importante de la NHL—. La Copa Stanley...

—Lo siento —interrumpió Wade—, los Noisy Eagles están enterados, obviamente, de tu accidente. El gerente general vino personalmente desde Canadá, la primera noche, pero tú estabas en cuidados intensivos. Dejó una tarjeta firmada. El equipo se hará cargo de todos los gastos, pero más allá de eso tu futuro lo decide el comité médico.

—Estamos noviembre, y todavía tengo tiempo para poner mi esfuerzo en el equipo, Wade. Necesito ganar la Copa Stanley de nuevo antes de retirarme. No puedo rendirme, no puedo... —se aclaró la garganta—, tú me entiendes, ¿verdad? Debes hablar con los médicos. Estos son solo golpecitos estúpidos que sanarán rápido.

—Jason, el equipo va bien, pero tiene todavía que ganar los puntos necesarios. Es el principio de la temporada.

—Necesito estar ahí, Wade.

—No es la primera vez que te luxas el hombro, y ya no tienes diecinueve ni veinticinco años... Los médicos están todavía determinando si puedes regresar a jugar el resto de la temporada regular. De no ser así... —suspiró— Escucha, no perdamos las esperanzas. Todavía debes permanecer dos días más en observación. Todo esto va a ser un proceso. Tómallo con la mejor actitud. Fue un accidente muy fuerte y debes agradecer que estás vivo.

—Quisiera agradecer no tener que perderme los partidos de mi equipo.

—Esperemos que la evaluación médica nos dé noticias alentadoras.

Jason se quedó en silencio y la sensación de fracaso empezó a invadirlo. Cuando aquello ocurría por lo general necesitaba salir de donde sea que estuviese, porque creía que le faltaba el aire o iba a ahogarse de un momento a otro. Intentó ralentizar la respiración con ejercicios que había aprendido en sus clases de yoga de mucho tiempo atrás. El fracaso y la pérdida eran dos factores que le recordaban demasiado a su vida antes de la NHL. No quería volver a pasar por eso.

—¿Cuánto tiempo más tengo que quedarme aquí? —preguntó conteniendo las ganas de levantarse; sabía que no podría hacerlo sin darse de bruces contra el piso.

Wade guardó el teléfono en el bolsillo derecho de su pantalón. Se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—Has estado dos días, sedado, en el área de cuidados intensivos, y después te pasaron a esta habitación, hace veinticuatro horas. No hay traumatismo, por lo cual damos gracias, pero tienes que recuperarte físicamente.

—Tengo que viajar a Canadá.

—No es necesario. Uno de los especialistas de los eagles está en Nueva York, y una vez que te hayan dado el alta aquí en el hospital, entonces tendrás el diagnóstico que es el referente para el entrenador Walters. Estarás de baja hasta que el equipo pueda evaluarte.

—Ya veo... —murmuró con pesimismo.

—¿Te hace falta algo?

—Un reloj para retroceder el tiempo —rezongó por lo bajo—. Wade, necesito que envíes por mis cosas al apartamento de Flatiron District. Pude haberlo hecho antes, pero por obvios motivos no he podido.

Wade asintió.

—Elizabeth ha venido a verte desde que te ingresaron —le informó con cautela.

Ahora conocía el antecedente por el cual Jason estaba yaciendo en una cama de hospital, y no quería incomodarlo. Las heridas parecían requerir de mucho más que dos o tres semanas para sanar por completo y que él pudiese volver al rink, pero, ¿quién era Wade para decírselo? Eso solo conseguiría minar el espíritu de Jason, y lo que más se necesitaba era darle esperanzas para que se recuperase pronto.

—¿Está afuera ahora mismo? —preguntó sin ocultar el desdén.

—Sí...

—Bien. Pídele a tu asistente que retire todas las invitaciones que incluyan a

Elizabeth Parker en mis actividades sociales de corte benéfico. Me las arreglaré yo solo, aunque detesto los malditos eventos.

—Son buena prensa...

—Durante el accidente llevaba un brazalete de zafiros —dijo recordando que había pensado, estúpidamente, en dársela a Elizabeth. Se alegraba de no haberlo hecho—, ¿sabes si la encontraron entre mis pertenencias?

Wade frunció ceño. Se rascó el cabello entrecano de la sien derecha.

—Voy a averiguar, pero dudo que la encontremos... Ese tipo de cosas de lujo no pasan desapercibidas, además, el automóvil se incendió por completo...

—Llevaba el brazalete en el bolsillo de mi ropa —aclaró— y debe estar entre las cosas del hospital. Búscala —pidió— es importante. Muy importante.

—No te exaltes. Todo se resolverá. Incluso esa alhaja. Ahora tenemos que pensar en la prensa. Eres una persona muy reconocida y esperan que des una entrevista sobre el accidente.

Jason gruñó.

—Mi único interés cuando llegué a la NHL fue jugar el mejor hockey posible, no me interesa la jodida prensa o sus estupideces. Para eso te pago a ti y a la empresa de relaciones públicas.

—Lo sé, entiendo que estés cabreado por todo esto...

—No tienes idea cuánto. Las malditas mujeres siempre causando problemas.

—Disfrutas de ellas, y ellas de ti. Además, también tenemos que organizar la declaración a la policía, los bomberos, el seguro del automóvil de Elizabeth...

Jason cerró los ojos con fuerza, porque se sentía realmente enfadado. Toda esa rabia iba dirigida hacia sí mismo. Debió controlarse. Subirse a un automóvil en el estado anímico en que se encontraba después de la noticia del embarazo de Elizabeth había sido un error gravísimo. Otro error a sumar en su vida.

¿Por qué no le daban algo más fuerte para el dolor? Como jugador profesional en un deporte de alto impacto físico como el hockey sobre hielo, Jason estaba habituado a las lesiones físicas, pero tenerlas todas de una sola vez

en un accidente de tránsito, pues era un asunto por completo distinto. Y tal como decía Wade, él ya no tenía veinte años, y podía sumar a su cuenta algunas lesiones que, en el caso del hombro dislocado, ya se repetía. Eso era complicado.

—No quiero hablar con la prensa. Organizaremos un discurso estándar. Lo último que deseo es aparecer con moratones y con este estúpido cabestrillo en las noticias. Mostrar debilidad no es una opción.

—Fue un accidente. Nadie pensará que...—Wade soltó un suspiro—. Son errores, Jason, lo sabes, además, no puedes cerrarte a las personas. Los fans quieren saber de ti. No tienes idea la cantidad de ramos de flores que están fuera. Tus patrocinadores también se han hecho presentes. Tienes mucho de lo que estar agradecido, en especial, de estar vivo.

—¿Ahora ejerces de sicólogo, Wade?

El agente ignoró el comentario. Sabía que Jason estaba asustado por la incertidumbre que implicaba para su carrera deportiva el accidente. Y lo comprendía.

—Todo esto me trae a colación el hecho de que hace muchos años me pediste hacer lo mismo, Jason. En una racha de hartazgo, me pediste negarle el pase a todo aquel que no implicara crecimiento deportivo para tu carrera, a cualquier persona que no fuese esencialmente necesaria para la buena imagen tuya. Incluiste en ese grupo de lista negra a cualquier mujer que clamara ser tu amiga, novia, o amante, y...

—No te pago para que me recuerdes mis decisiones del pasado, ni para que me organices las del futuro —interrumpió perdiendo la paciencia—. Solo, por favor, haz lo que te pido —dijo bajando el tono, consciente de que nada de lo que estaba sucediendo era culpa de Wade—. ¿De acuerdo?

El sexo sería siempre solo satisfacción momentánea. Formar una familia podía continuar siendo su ideal personal más ambicioso, pero ahora estaba seguro de que —al menos en esta vida— no se concretaría. Volvería a ser el tipo que disfrutaba una mujer cada noche, y la dejaba al amanecer. Así se vivía mejor.

—Supongo que tengo que buscarte un nuevo departamento en Nueva York —dijo con amabilidad, antes de presionar el botón para llamar a la enfermera.

—Wade... —llamó, antes de que su agente alcanzara el pomo de la puerta —. Sé que buscas los mejores acuerdos para mí, gracias. No sé hasta qué punto logres entenderme, pero esto es... Mierda, muy difícil... es...

El hombre de cincuenta años, asintió.

—Lo sé, Jason.

—Y sobre los negocios...

—Ya veremos el asunto de negocios después —dijo con una sonrisa.

—De acuerdo. De momento solo necesito que localices un agente de bienes raíces. Quiero que encuentre algo lo más alejado posible del mundanal ruido. No me importa en dónde rayos sea.

—¿Quieres deshacerte de tu piso en Toronto?

—No, pero como no sé hasta cuándo estaré de baja... No quiero tener a la prensa merodeando. Busca un sitio con facilidades para entrenar y que tenga ya listo un gimnasio.

Wade asintió.

—Esperemos que no sea mucho tiempo de recuperación —comentó el agente—. Yo me encargo de los bienes raíces, de hablar con la agencia de relaciones públicas para que arregle posibles daños colaterales de nuestro lado de la historia una vez que la bomba sobre Elizabeth y Eric salte a los titulares, tú solo invierte en mantener el buen talante y el optimismo que nos hace falta. La que va a tocarle a los New York Blades va a estar buena —sonrió con malicia, pues Wade tenía rivalidad con el publicista del equipo que Elizabeth heredaría en algún momento—. Procura mejorarte muchacho. Los fans te esperan.

—Supongo...

Sin más, Wade, tomó sus pertenencias y salió de la habitación.

Una vez que estuvo fuera, Elizabeth se le acercó para preguntarle cómo seguía Jason y si podía entrar a verlo. El agente hizo exactamente lo que su cliente le había pedido: le dijo a la heredera que lo mejor sería que sus caminos

no volviesen a cruzarse. La muchacha asintió con pesar y evadió a la prensa que esperaba, ansiosa, noticias del famoso jugador de los Noisy Eagles.

CAPÍTULO 4

El viento fresco abrazaba Lake Placid, una población que no llegaba a los tres mil habitantes, ubicada en el condado de Essex, Nueva York. La vista del lago era preciosa, y también las posibilidades de disfrutar de un té caliente en una casa con las comodidades que ofrecía el dinero. Ese, no era el caso de Ava.

Un mes después del anuncio del compromiso de Jenny y Hunter, Ava no encontraba editorial y continuaba reticente a la idea de que sus libros se perdieran en los confines de la memoria colectiva. La vida era una constante toma de decisiones, buenas o malas. Aceptó que tendría que sacrificar sus deseos de continuar trabajando en su mundo creativo para poder avanzar en un proyecto a largo plazo: pagar la educación superior de Ben, abrir un negocio propio, y hacerle una propuesta tentadora a la dueña del apartamento que rentaba, para comprárselo. Estaba bien ubicado, le quedaba cerca de todo, y lo más importante, tenía a sus padres relativamente cerca para ver crecer a Benjamín.

Ava decidió inscribirse en una agencia de cazadores de talento para diferentes posiciones laborales. Estaba dispuesta a aventurarse y probar alguna oferta que resultase interesante. Lo último que esperaba era que le dijeran que existía una convocatoria abierta a varias horas de distancia de Brooklyn. La distancia, si conseguía el trabajo, implicaba estar lejos de su vida cotidiana tal como la conocía. Sin embargo, cuando le mencionaron la paga, las palabras de rechazo que empezaron a dibujarse en su cerebro se desvanecieron por completo.

La paga era sensacional, y suficiente para reunir dinero y capitalizarse en un lapso de al menos siete meses. Cinco números en la cuenta bancaria, cada mes, podían conseguir reprimir al más radical de elevar una protesta. Y ella no era radical en ningún sentido, así que no le resultó nada difícil aceptar concretar la entrevista en Lake Placid.

Esperaba ser elegida para el puesto, nada glamoroso, de ama de llaves.

Pero, ¿qué le importaba el tipo de empleo si con eso podía finalmente cumplir su anhelo de abrir su propia juguetería?

Tan solo cuando le dijeron la cifra mensual de cinco números que iba a ganar, Ava decidió aventurarse a hacer el largo viaje hacia Lake Placid. Su mejor amiga la llevó hasta el aeropuerto de New Jersey, y le aseguró que cuidaría de Ben hasta que ella volviese y que solo se preocupara de conseguir el empleo. Eso era exactamente lo que Ava planeaba.

—Si no sabes hacer algo, no lo digas —le sugirió Jenny antes de que Ava entrase en la terminal del aeropuerto—. Ya sabes que existe San Google para cualquier duda, y tutoriales sobre cómo crear las más extrañas comidas o tonterías en Youtube.

—No es que ser ama de llaves sea el mejor empleo del mundo.

—¡Já! Por cinco cifras mensuales cualquier empleo es el mejor del mundo —dijo Jenny riéndose.

—Mami —llamó Ben con los ojitos llorosos—, ¿vas a volver pronto?

El corazón de Ava se encogió de tristeza. Aquella era la primera vez que lo dejaba. Una vez que consiguiera el empleo y ahorrara el dinero, ya no necesitaría considerar trabajos ajenos a su naturaleza creativa para sobrevivir.

Ava se acuclilló y besó la mejilla suave de su hijo.

—Son solo dos días, mi cielo. Se trata de una entrevista de trabajo importante. ¿Te vas a portar bien con la tía Jen y con los abuelos?

Él asintió.

—Te traeré algún recuerdo. ¿Qué tal eso?

—Está bien... —murmuró mirando el suelo.

—Hey —dijo Ava levantándole el mentón hacia ella con suavidad— tienes que estar sonriente para que mami pueda conseguir ese empleo que nos hará felices a los dos. Además, la tía Jen y los abuelos van a consentirte mucho. Tienes a Mike para jugar en la escuela.

—¿Me llevarás contigo después...?

—¡Absolutamente! —exclamó, aunque lo cierto es que ignoraba las

condiciones del empleo, y la persona de la agencia había sido bastante hermética. Tan solo le dijo que si estaba interesada de verdad tenía que ir personalmente.

La llamada de la agencia parecía una bendición de momento, y ella no le hacía ascos a las oportunidades que llamaban a su puerta si podían beneficiar a su hijo. Aunque quizá eso pudiese implicar estar alejada de él por un tiempo... Dios, odiaba no tener una definición clara de lo que podía o no esperar.

—Vale, mami —sonrió— me portaré bien y pensaré en ti.

Ava le dio un fuerte abrazo. Si Ben decía alguna cosa más con ese tono melancólico iba a echarse a llorar.

—Anda, ya es hora de que entres al proceso de seguridad del aeropuerto —dijo Jen—. Nos vemos en unos días. Me tienes informada, ¿vale? —preguntó dándole un breve abrazo.

Apretó con cariño la mano de Ben, que estaba aferrada a la suya, le sonrió.

—Bien... —dijo Ava antes de hacerle un guiño de ojo a su hijo.

El vuelo hasta Burlington, Vermont, tomó una hora y quince minutos. Después, Ava rentó un automóvil y viajó durante casi media hora en el Ferry de Charlotte hasta que entró de nuevo en territorio del Estado de Nueva York. Se detuvo para comer algo en un restaurante de la cadena Chick-fil-A, y después continuó conduciendo poco más de sesenta minutos.

La recibió un cartel que decía: “Bienvenido a Lake Placid, sede los juegos olímpicos de invierno 1932 y 1980”. Ava sonrió ante la expectativa de una nueva oportunidad. El pueblo se veía pintoresco. Por lo que había estado leyendo los últimos tres días, la población era escasa, los hoteles lujosos y muy caros, pero la vista —ahora lo comprobaba— no hacía justicia a las fotografías.

Estaban a finales de noviembre y los árboles ya no guardaban su espesor, ni las plantas de alrededor el verdor y colorido de otras estaciones del año. La temperatura apenas subía de los seis grados Celsius. Ava incrementó la intensidad de la calefacción y se apeó en el camino para poner la dirección del hotel.

Las montañas de Adirondack rodeaban la población, acordonándola de forma maravillosa. Los turistas y propios iban a hacer hiking en verano, esquiar en invierno, y pasaban tiempo en otoño y primavera recorriendo los alrededores. A esa zona se la conocía como la región de Los Tres Lagos, porque formada entre los lagos Placid, Saranac y Tupper. Ava pensó que a Ben le encantaría alguna vez conocer los alrededores. Realmente, pedía a todos los benévolo seres universales que se le concediera, deseaba el empleo. Podría hacer tantas cosas maravillosas ahorrando el dinero de la paga... De todas formas, ella ya había hecho el larguísimo viaje, así que ahora le quedaba dar lo mejor de sí en la entrevista, y ser optimista.

Había encontrado una oferta para tres días y dos noches en el pueblo. Una vez que el GPS se puso en ruta, ella aceleró para dirigirse hacia el 101 de la Olympic Drive. Aparcó y abrió la puerta. El hotel era hermoso. Todo de madera y con ventanales que, estaba segura, podían dar cuenta de la maravillosa naturaleza y del lago.

Se registró pronto, y después subió a su habitación. ¡Tenía chimenea interior, y vista al lago! Sin duda se había sacado la lotería con el precio de oferta, pensó mientras tomaba el teléfono para llamar a Ben y decirle que todo estaba en orden. Era domingo, así que su hijo debía estar en la cafetería.

—Ava, cariño, ¿por qué decidiste irte tan lejos? —preguntó Moira, una vez que Ben habló un rato con su madre.

—Es una buena oferta laboral, mamá, ya lo hablamos —dijo acostada sobre el cómodo colchón. La temperatura de la habitación era perfecta.

—Tu padre y yo...

—No, mamá, ya hacen bastante con cuidar a Ben mientras estoy fuera. Lo mismo Jenny. Es una bendición tenerlos a ustedes en mi vida. Será un empleo de un par de meses. Aunque primero tengo que conseguirlo.

—Ava, tu situación económica no es precaria, no necesitas buscar un sitio...

—Mamá, tengo mala señal, ¿te parece si hablamos después?

—De acuerdo, no volveré a mencionar el tema. Avísame cómo te va en la entrevista, y no te preocupes que Ben está muy bien cuidado. Te quiero, tesoro.

—Yo a ti mamá. Dale saludos a papá, ¿vale?

—Lo haré. Un abrazo.

Ava cerró la comunicación.

Se sentía algo rara en completo silencio. Experimentaba la sensación de que le faltaba algo. Todo estaba muy calmado. El sonido de su propia respiración era lo único que parecía retumbar en la habitación. Estaba acostumbrada a una vida bulliciosa, al claxon de los automóviles, el sonido de los aviones sobrevolando el cielo neoyorquino, pero ahora, nada. En especial, le hacía falta Ben.

Recostada todavía sobre el edredón puso las manos en el abdomen. Llevaba una dieta balanceada, y cada que podía corría a la clase de yoga. No estaba mal. Tal vez podría considerar, si encontraba en dónde comprar un bikini, meterse en la piscina temperada que tenía el hotel. Sería todo un lujo, y también una forma de celebrar el inicio de un nuevo sueño. Iba a conseguir el empleo. Estaba segura.

Se incorporó para acercarse hacia el ventanal que daba al lago principal de la zona. La chimenea interior estaba encendida, y casi le parecía un lujo tenerla solo para ella. Sonrió cuando observó las lucecillas de Navidad que empezaban a tener más visibilidad conforme el cielo terminaba de oscurecerse.

Iba a utilizar el resto de la noche para descansar, y... El timbrado del teléfono la sacó de los planes que empezaba a bosquejar en su cabeza. Se acercó al teléfono que estaba en la mesita de madera.

—Señorita CarPELLi, le paso una llamada de Amanda Gardner.

—Claro, gracias...

Se trataba de la representante de la agencia de empleos. Obviamente, le dijo en dónde estaría hospedada, porque no le había dado todavía la dirección hacia la cual debía dirigirse ella al día siguiente para la entrevista. Todo ese misterio empezaba a ponerla un poco en duda, pero ya estaba en el sitio, y

regresarse no era una opción.

—Buenas tardes, señorita CarPELLi, espero que haya tenido un buen viaje.

Amanda era una mujer de aproximadamente cuarenta y cinco años. Sería y muy formal en su modo de comportarse. Al menos lo había sido durante la reunión que tuvieron cinco días atrás. Le mencionó que, desde hacía dos semanas, el puesto de ama de llaves estaba vacante y, debido a las exigencias del dueño de casa, ninguna persona había sido elegida. A pesar de que Ava no cumplía con el perfil que solicitaban, Amanda estaba tan desesperada que no le importó darle la oportunidad.

—Amanda, sí, el trayecto ha sido cansado, pero la vista vale la pena. Supongo que me va a dar la dirección.

—¿Tiene papel y lápiz?

Ava tomó el bolígrafo del hotel y un bloc de hojas pequeño.

—Sí, señora.

—Debe dirigirse al 213 de Península Way, en el área de Sands Point. No tiene cómo perderse. Lake Placid es pequeña.

—¿Mañana a las nueve de la mañana, confirmado, verdad?

La mujer se aclaró la garganta.

—De hecho, su entrevista es dentro de una hora.

Ava abrió de par en par los ojos. Y se sentó en un pequeño butacón.

—Pero...

—Parece que la persona que estaba ejerciendo de ama de llaves adelantó su partida esta mañana.

—¿Tan complicado es el panorama?

—Por eso la paga es buena —replicó Amanda, y Ava creyó que quizá la mujer incluso podría estar sonriendo—, ya está usted al tanto de que no será algo sencillo. La mansión tiene cuatro habitaciones, cinco baños, una piscina, y jacuzzi. Claro, su tarea no es limpiar nada de las áreas exteriores, sino encargarse de contratar suficiente personal en los alrededores para que cumplan las tareas. En todo caso, el mismo dueño puede explicarle... O al menos eso espero.

—¿Conoce usted al dueño?

—No personalmente, no.

—Entonces, ¿por quién pregunto? Todo este misterio...

—No es misterio, se trata de seguridad. Puede preguntar por Helga Meadows, el ama de llaves que usted debe reemplazar, y ella la guiará dentro de la mansión.

—Pero...

—Será mejor que se dé prisa. Los términos puede negociarlos. Usted es la décima candidata en menos de tres semanas. Intente no fallarme. La agencia tiene una excelente reputación, y necesitamos cubrir la vacante.

—Claro...

—Cualquier eventualidad me informa. Buena suerte.

Ava iba a replicar, pero ya era demasiado tarde. No tenía mucho tiempo para arreglarse. «Demonios», pensó metiéndose en el baño para darse una ducha rápida. Los imprevistos la sacaban de quicio, pero si tenía que finiquitar el asunto ese mismo día, entonces lo haría.

—¿Cómo se siente, señor Wilder? —preguntó la enfermera.

Él la miró con fastidio.

—Vivo, menos mal, gracias por preocuparse.

—No tiene que ser grosero. La señora Helga acaba de abandonar el puesto cuando usted dejó que la vajilla se rompiera en mil pedazos y rehusó comer el pato al horno que le encargó ayer, y ahora, ¿quién cree que será la encargada de capacitar a la próxima persona aspirante al cargo? Tampoco es que quieran venir corriendo una vez que conocen su carácter.

—Helga era una estirada. No necesito personas estiradas a mi alrededor.

—En lugar de ser una estrella de hockey parece una estrella del drama.

—Debería entonces aceptar un guion de cine, ¿no cree? —replicó con acidez.

—Si insiste en mantener ese talante tan negativo, entonces no habrá terapia física que pueda con usted.

Jason soltó un suspiro de impaciencia. Había contratado a Tarah Solms porque Wade se la recomendó de forma insistente. Sí, la mujer era una estupenda enfermera, pero una patada en el trasero cuando el paciente, es decir él, quería estar solo. Esto último ocurría con bastante frecuencia desde que tenía su maldita luxación de hombro del mismo lado tendría que esperar varias semanas para saber si, la rehabilitación, daba resultados óptimos y los Noisy Eagles podían considerar su regreso para la temporada a inicios del nuevo año, caso contrario, corría el riesgo de estar fuera de la NHL.

—Me da igual. Les pago bien.

Tarah puso los ojos en blanco.

—Mi turno acaba hoy temprano. Mi trabajo es que no se le olviden los medicamentos, que tenga las vendas limpias, pero no ejerzo de psicóloga. Y si me permite decirle...

—No le permito —dijo él, en vano.

—Me alegra que haya roto el compromiso con esa señoritinga de Manhattan. No hacían tan buena pareja. Y a ver si se recupera pronto que necesitamos su talento en el equipo de los eagles.

Jason la miró enarcando una ceja.

—Wade debió decirme que era usted una persona muy metomentodo.

La mujer tuvo la astucia de soltar una risotada que hizo que las arruguitas que rodeaban sus ojos grises se acentuaran. Había vivido suficiente, criado dos hijos, y de vez en cuando visitaba a sus nietos que vivían en Alaska. Y tenía buen ojo para decir que la tal Elizabeth Parker estaba mejor lejos de la vida de un chico como Jason. Tarah conocía mejor que nadie el dolor de la infidelidad, pero después conoció a Matthew. Su Matt era un tesoro, y cuando no, pues ella lo ponía en vereda.

Los medios de comunicación habían armado un circo sobre un triángulo amoroso. Ella procuraba, por órdenes de Wade, llevarse todos los periódicos.

Pero no podía evitar que Jason utilizara sus dispositivos digitales. Le daba pesar verlo tan enfadado con la vida, y no lo culpaba. La prensa contaba tantas mentiras sobre él que, ahora que Tarah lo conocía más allá de esos gruñidos que el chico parecía lanzar, podía entender que él hubiera decidido aislarse.

Tarah era fanática del hockey sobre el hielo, y qué suerte que Wade fuese un amigo de mucho tiempo y siempre le recomendara buenos empleos. Aunque en relación a Jason Wilder no podía decir que se alegrara de trabajar con él. A pesar de todo, él era un buen muchacho, tan solo frustrado por el giro que había dado su carrera de la noche a la mañana.

—Si hubiera sabido que era usted un hombre de casi treinta años muy quejica, entonces estaríamos en otra latitud. Yo en un empleo más divertido, y usted quejándose con otra enfermera.

—No le pago para que venga a interrumpir mi descanso. Acabo de tomarme todos esos medicamentos y vitaminas —dijo señalando las píldoras que yacían sobre la mesita de noche—. ¿Ya cumplió con su misión del día?

—Bueno, ya que me tiene arrendado un loft muy lujoso en los alrededores, y con una vista preciosa a las montañas, le voy a responder. Sí, ya cumplí la misión. Y debería cobrarle extra por hacer de servicios de mensajería —refunfuñó señalando a Jason con la botella de alcohol desinfectante.

—Qué amable de su parte —murmuró él.

Jason terminó de enviar un correo electrónico a la relacionista pública de los eagles, Ursula Maddock. La mujer le había pedido llenar un formulario de preguntas que serían utilizados en próximas campañas. No podía negarse, pues argumentar estar ocupado era una flagrante mentira, y de algún modo el hecho de que lo contactasen porque querían contar con él, implicaba —al menos en su esperanzado anhelo de jugador— que el gerente general y el entrenador Walters no daban por perdida la posibilidad de que se incorporase pronto a las filas de jugadores activos.

De mala gana, Jason se incorporó de la tosca y elegante silla de escritorio que tenía en su habitación. Había comprado la mansión de dos pisos al ver la

magnífica vista, y también porque Lake Placid no era un sitio que la prensa visitaba tan solo para incordiar a un jugador de élite. Había otros por los cuales preocuparse. Al final, siempre podía deshacerse de sus bienes raíces y venderlos por mejor precio.

—La persona que envía la agencia está esperando en su estudio. Y ya mi turno aquí ha terminado. Vendré pasado mañana.

—Está bien. Gracias... Espere, ¿cómo se llama la persona que está abajo?

—Al menos, señor Wilder, tómese el trabajo de bajar y preguntárselo usted mismo. Salvo que quiera pagarme un adicional como recepcionista.

Él soltó una carcajada.

—Es una persona muy peculiar, señora Solms.

—He criado dos hijos, así que más le vale comportarse.

—Sí, señora —dijo bromeando cuando la enfermera salió murmurando algo sobre los hombres irascibles que ya llegaban a la treintena.

Jason permaneció un rato a solas.

Todo el silencio empezaba a aturdirlo, y su necesidad de volver a la pista de hielo se hacía cada vez más urgente. Después de darle el alta, el equipo de médicos de los Noisy Eagles hicieron varias evaluaciones y determinaron que iba a estar de baja durante ocho semanas, pero que en esos intervalos debía organizar con el preparador físico, Flynn Westwood, la rutina para la rehabilitación. Flynn llegaría dentro de cuatro días, y Jason necesitaba alguien que se encargara de la mansión.

Al parecer Wade solo tuvo éxito en que la enfermera Solms no argumentara reparos en trasladarse desde Toronto hasta Lake Placid durante el tiempo en que Jason la necesitara. Era pésimo siguiendo tratamientos médicos. Así que la enfermera era la encargada de ello. El día siguiente lo tenía libre, pero Jason dudaba de que no fuese a recibir llamadas telefónicas para comprobar que se hubiera ajustado el cabestrillo del lado izquierdo o cualquier otra cosa relacionada a su “reposo”.

El mismo problema de encontrar una persona que quisiera quedarse a vivir

en Lake Placid por una temporada se aplicaba al ama de llaves. Se quedaban tres o dos días, y decían que no se habituaban a la vida de hotel. Después se quejaban diciendo que la casa era demasiado grande, que no podían encontrar lo que fuera que Jason les pidiese que le trajeran de la tienda de la calle principal. ¡No tenía tiempo para lidiar con gente inepta! Así que por eso había pedido a Wade que organizara con una agencia de empleos y pusiera, en lugar de cuatro cifras, cinco dígitos mensuales para atraer una persona a quien no le importase cambiar por un par de meses de residencia.

¡Qué cómoda era la gente! Tras la oferta de un empleo tan fácil, ¿esperaban también que les enviase un maldito helicóptero para llevarlas y traerlas? Jopetas.

Él solo quería una casa limpia, un plato de comida a su gusto, la ropa impecable, y que no lo estorbasen mientras él manejaba algunos negocios de inversiones al tiempo que empezaba con Flynn pequeñas rutinas de calentamiento muscular para no dejarse estropear. Podía mantener descanso del hombro, pero sus piernas estaban relativamente listas para recuperar la fuerza.

Los médicos le aseguraron que dependiendo de los resultados con Flynn se determinaría el tiempo en que volvería a las pistas de hielo. Y él quería regresar lo antes posible. Necesitaba competir. Necesitaba volver a lo único que realmente valía la pena dedicarle su vida y esfuerzo. El hockey.

Ava se quedó boquiabierta ante la belleza de la casa. La calefacción era estupenda, por eso pudo sacarse la bufanda y la chaqueta. Una mujer muy amable la recibió indicándole la disposición de la casa para que no se perdiese e incluso le sirvió una taza de té. Con eso la hizo sentir a gusto y menos nerviosa.

—Imagino que usted es el ama de llaves —comentó Ava con una sonrisa.

—Oh, no, yo soy la enfermera del dueño de la casa. Sufrió un grave accidente, y mi trabajo es cuidar de su salud. Aunque bien sabe Dios que es un condenado testarudo —dijo encogiéndose de hombros—. Me puede llamar Tarah.

Eso hizo reír a Ava y la invitó a disipar la tensión que la había acompañado durante el apuro de llegar a tiempo.

Se había puesto leggins color negro, botines de igual tono, y un bonito vestido azul que le llegaba hasta la rodilla. Su abrigo, grueso, tenía cuadros azules con negro y rojo. Algo escocés, pero sin duda su favorito y le quitaba el frío. Llevaba el cabello recogido en una coleta y un maquillaje que no dejaba entrever las ojeras de los últimos días debido a las preocupaciones económicas de su futuro que no la dejaban dormir.

—Tarah yo soy Ava Carpelli.

La mujer asintió.

—Sígame al estudio. Ya de las presentaciones y de enseñarle las tareas que se esperarían de usted se encarga el mismo dueño, yo estoy de salida, así que me va a disculpar que sea un poco cortante.

—Oh, no pasa nada, pero me dijo la persona de la agencia que el ama de llaves era Helga...

—Si hubiera usted llegado dos horas antes, la encontraba. Renunció sin más.

—¿Es el jefe un ogro? —preguntó, inquieta. Si era un hombre mayor, al haber tenido un accidente, entonces de seguro era más cascarrabias de lo habitual. Podía tolerar eso, ya que ahora sabía que quien se encargaba de él en el aspecto médico era la enfermera que estaba frente a ella.

—Ya lo descubrirá usted misma —replicó riéndose antes de abrir de par en par las puertas de un suntuoso estudio recubierto de la más fina madera.

Había un piano en la esquina, y una estantería de libros que iba desde el piso hasta el techo. Impresionante. De seguro, Ava pensó, se trataba de primeras ediciones. Empezó a recorrer la estancia. Todo estaba muy bien cuidado. Sonrió cuando vio una colección de carros clásicos de carreras. Si su hijo estuviera ahí, ya habría levantado sus manitas para empezar a jugar.

Debía recordar que todo lo que hacía era por Ben, incluso si tenía que tratar de mantener la compostura ante situaciones inesperadas y dolorosas. Se lo

recordó una y otra vez, especialmente cuando se abrió de par en par la puerta del estudio y apareció la persona que ni en sus más remotas posibilidades pensó volver a ver.

CAPÍTULO 5

Jason se quedó impactado cuando abrió las puertas del estudio. Estaba seguro de que no se trataba de cansancio mental, ni físico, aunque tampoco era experto en descifrar los fenómenos del cerebro. Se pasó los dedos entre el cabello, peinándolo hacia atrás, en un gesto que ya era muy característico en él. No existía una explicación creíble para la persona que estaba ante él. Un alud de emociones lo golpeó en el pecho dejándolo por un breve instante sin respiración.

—Oh, Ava... —dijo sin ocultar que la había tomado desprevenida.

Él sabía que, sin importar cuántas personas hubiese alrededor, jamás podría confundir a la mujer que había perseguido su conciencia durante años. El magnetismo de esos ojos celestes, los labios llenos y sonrosados que parecían pedir que los besen, y en conjunto, ese rostro de pecaminosa inocencia, impactaron en él sin compasión. Apretó la mandíbula con fuerza en su intento de controlar el ligerísimo escalofrío que sacudió cada poro de su piel.

Ella lo observó con sorpresa, pero de inmediato un escudo de protección dio paso a una expresión impávida. Jason supo el momento exacto en que Ava recordó la última ocasión en que ambos se habían encontrado. Lo había hecho todo mal con ella, y aún con esa certeza, jamás volvió a mirar atrás.

El silencio ejercía de compás musical.

—Yo... —murmuró Ava, atónita—. No entiendo nada... ¿Q...qué haces aquí?

Él había olvidado la melódica cadencia de Ava al hablar. Durante años, ella alentó sus deseos de cumplir sus sueños profesionales. Jamás lo dejó de lado, nunca le falló. A diferencia de él... Se preguntaba qué broma del destino había creado semejante escenario en el que se encontraban.

El cabello recogido dejaba la posibilidad de admirar cada detalle del rostro en forma de corazón, y el esbelto cuello que llevaba una cadena de oro muy fina

y de la que pendía un pequeño reloj de arena. Ava siempre tuvo un físico que lo podía volver loco, en eso parecía no haber cambiado, solo al verla sentía ganas de acercarse y tocarla. Recorrer cada parte de su cuerpo, memorizar sus curvas de nuevo... Pero después de lo que había hecho, él carecía de derecho alguno en desearla.

Jason había perdido todo contacto, a propósito, a lo largo de esos años. No era vanidoso para creer que ella habría estado al tanto de su carrera profesional, aunque conocía a Jenny Crawford, la mejor amiga de Ava, quien probablemente la habría puesto al día de sus éxitos. ¿Se habría enterado también de su compromiso con Elizabeth, y la posterior ruptura?

La mujer que había llenado sus recuerdos más cándidos y también los más ardientes se había transformado. La Ava que compartía los recesos de la secundaria con él, y era cauta y vestía de forma muy sencilla, ya no existía. Esa chica había sido reemplazada por una mujer elegante, de un modo nada ostentoso, y cuyo cuerpo era todo curvas y sensualidad. Ese vestido que llevaba daba cuenta de ello. Incluso estaba más guapa de lo que él recordaba.

No sabía ya quién era Ava CarPELLI, ni cómo habría sido su vida durante ese tiempo sin verse. Le resultó inevitable fijarse en la mano izquierda. No llevaba anillo. ¿Se habría casado, pero no utilizaba su anillo de matrimonio? La sola idea de que Ava hubiera decidido olvidarlo para siempre, escocía. Era una verdadera estupidez. Pero, ¿cuándo había pensado a derechas en relación a ella?

Jason avanzó con lentitud. Como si estuviese aproximándose a un asustadizo corderito, pero bien recordaba que ella tenía un temperamento que se asemejaba más al de un leopardo. No quería asustarla, pero la curiosidad que sentía y el modo en que su corazón latía de forma desbocada eran superiores a su sentido de precaución, deseaba tocarla y comprobar que era real. Hizo un esfuerzo sobrehumano para conservar las manos apartadas de ella. Tampoco es que pudiera moverse con facilidad debido al maldito cabestrillo.

—¿Viniste por el anuncio? —preguntó sin dejar de avanzar sobre la mullida alfombra—. ¿Estás viviendo en Lake Placid?

Ava inclinó la cabeza hacia un lado. Cautelosa.

—Sí, a lo primero. No, a lo segundo.

—No sabía que estabas interesada en vivir tan lejos.

—No te he dicho en dónde vivo, Jason.

Él sonrió.

—¿Dónde? —indagó llegando más cerca de ella. Ava no retrocedió.

—Brooklyn.

Jason no esperaba que fuese tan cortante, pero, ¡diablos! ¿Qué esperaba? Toda esa situación era disparatada.

—He vivido en varias ciudades durante estos años —murmuró para tratar de aliviar el ambiente de tensión. Al parecer, no iba a ser posible.

Ella se encogió de hombros. Ava apenas podía procesar las ideas. Parecía estar viviendo en la realidad paralela. Mil y una imágenes se le vinieron a la mente al aspirar el inconfundible aroma de Jason. Continuaba utilizando el mismo perfume de Dolce & Gabbana, The One. ¿Acaso no era irónico incluso el nombre de la fragancia?

—Lo único que me interesa saber es si este es el empleo para ama de llaves o si acaso me he confundido de propiedad.

Jason soltó una carcajada. Al menos, el carácter de Ava continuaba siendo igual. O eso parecía. Le gustaba reconocer algo familiar después de tanto tiempo.

—Necesito un ama de llaves, sí. ¿Te gustaría tomar asiento? —preguntó señalándole uno de los sillones que estaba frente al suntuoso escritorio.

—Si te apartas, probablemente me dejes espacio suficiente para moverme.

Jason no pudo evitar sonreír.

—Después de tantos años, el odio que de seguro sientes por mí ya debería haberse esfumado —meneó la cabeza con pesar—, aunque contigo nunca se sabe lo impredecible que puedes llegar a ser.

—Si hubiera sabido que estabas detrás de este anuncio, yo jamás hubiera venido —replicó ella a cambio.

Ava no tenía ganas de elaborar ningún tipo de argumento en relación a lo que Jason acababa de decirle. ¿Odiarlo? No. Ya había pasado esa etapa. Iba más allá de eso. Quizá desprecio y decepción, pero no por ella, sino por los años que Ben había crecido sin padre. Pero era mejor así. No se podía echar en falta lo que jamás se tuvo.

—Lo sé... —dijo él apagando su sonrisa—. Avatares del destino, imagino.

Era una situación inusual y se sentía fuera de contexto. Se apartó y se dirigió hacia el escritorio. Ella solo lo observó, cautelosa.

—¿Te ofrezco algo de beber?

—No, estoy bien así —dijo acomodándose en el mullido asiento. Jason en cambio sacó el decantador y sirvió un vaso de whisky para él—. Hablemos del puesto que ofreces. Imagino que no tienes otra persona interesada por hoy.

—Eres la única persona que tengo para entrevistar hoy. En todo caso, ¿no me vas a preguntar cómo estoy, ¿qué ha sido de mí...? Porque yo siento ahora mucha curiosidad por saberlo todo de ti, Ava.

Inesperadamente, ella se echó a reír.

—Jason, no me interesa nada de ti, y en este caso, solo tu dinero. Quiero el empleo de ama de llaves. Podría dar media vuelta, pero tengo planes, y la paga que ofreces es muy buena.

Él se acomodó contra el respaldo del escritorio. No podía moverse demasiado por la férula. No podía quitársela tampoco cada que le diera la gana, sino cuando la enfermera Solmas —que era una bruja cuando se lo proponía— se lo permitía.

—Entiendo —dijo ocultando su pesar, al darse cuenta hasta qué punto la había herido. Ni siquiera era capaz de encontrar la calidez que alguna vez Ava solía prodigar sin restricciones—. Entonces, ¿vamos a fingir que somos dos extraños con un pasado en común del que no hablaremos?

—Me has quitado la idea de la cabeza. Exactamente a eso me refiero —replicó cruzándose de brazos.

Jason la conocía, cada recodo de ese cuerpo curvilíneo y también los

entramados que se armaban en su astuta cabeza, y la posición tan tensa en la que se encontraba le daba a entender dos cosas. La primera, evidentemente, era que no quería estar ahí. La segunda, que cualquiera que fuese su urgencia económica, Ava no iba a irse sin antes haber luchado por conseguir la posición.

Ella no tenía que hacer nada, porque Jason estaba más que intrigado por llenar los vacíos de todos esos años lejos. La posición era de Ava. La quería cerca. Más que ninguna otra cosa en el mundo. Después, Ava empezaría a confiar en él. Y esta vez, no iba a cometer el error de apartarse. Necesitaba acabar con el resentimiento y dar un cierre a esa etapa. No podía creer que las heridas del pasado fuesen capaces de durar tanto tiempo abiertas.

—¿El negocio de tus padres todavía está abierto? —indagó a cambio.

Eso pareció relajarla. Jason sabía, por la mirada de discreta curiosidad, que ella deseaba preguntarle por su aspecto. Todavía tenía algunos moratones en el rostro, ya casi prestos a desaparecer, y se movía con una ligerísima dificultad por el cabestrillo.

—Sí, Taste of Heaven, sigue en pie. Mis padres lo llevan con el mismo entusiasmo de siempre.

—Me alegra saberlo —comentó con sinceridad.

—Gracias.

—Ava, han pasado diez personas desde que salió el anuncio —dijo cambiando el tema—, ninguna de ellas, por cualquier motivo que fuese, dio la talla. La señora Helga, que debía darte las instrucciones, se fue hace unas horas. No va a regresar. El trabajo es sencillo. Va a durar el tiempo que esté de baja de la NHL.

Ella asintió, no preguntó nada.

—Comprendo.

—Tengo que hacer rehabilitación física para volver a la pista de hielo, y no puedo hacerlo si tengo la casa hecha un desastre, si no puedo comer la dieta del nutricionista, y si mi habitación parece haber experimentado una lucha de box.

Ella apartó la mirada, y Jason contuvo una sonrisa. Sabía lo que Ava había

recordado. Una noche en que ambos terminaron en la cama, después de haber tenido una de sus monumentales peleas...

—El puesto...—se aclaró la garganta— ¿en qué consisten las responsabilidades con exactitud?

—Lo que busco es una persona con capacidad de discernimiento suficiente para que pueda contratar un staff de trabajo que venga cada ciertos días: una cocinera, un jardinero para ocuparse del jardín, un especialista para mantener los filtros de la piscina y el funcionamiento del jacuzzi, y otras personas encargadas de tener todo en orden. Ya sabes que soy un maniático del orden... Oh, perdón, no recuerdas esos detalles —dijo esto último con sarcasmo—. En todo caso, una persona que organice y lleve una casa.

—¿Cuánto tiempo?

—Inicialmente serían ocho semanas. Puedo ir y venir de viaje por temas personales o profesionales. Espero que al final de ese tiempo ya esté rehabilitado por completo.

—¿Y es cuando acaba el trabajo o quieres alguien que se encargue de estos asuntos de forma indefinida?

—Lo negociaré más adelante, por ahora es solo de dos meses.

«Eso no es suficiente para completar el monto que requiero», pensó ella, pero mantuvo su estoicismo. No tendría problemas en cocinar dietas especiales, y por la organización de actividades con servicios profesionales de limpieza interna y de exteriores no tenía inconvenientes tampoco. Eso podía hacerlo. Menos mal no se trataba de una familia. Si esa hubiera sido la circunstancia, el panorama habría cambiado por completo.

—¿Qué condiciones habría...?

—Siempre que tengas todo lo que necesito a punto, lo que hagas con tu tiempo es tu problema. Salvo que dé alguna fiesta los fines de semana, entonces necesitaría que lo coordines todo con mi agente, Wade. Te dejaré su número de teléfono, al igual que el de todo mi equipo de trabajo habitual, para que estés en contacto con ellos en caso de emergencia o alguna eventualidad puntual. No

necesitas utilizar ningún uniforme, por si te lo preguntas, no estamos en el siglo quince. No tengo paciencia para lidiar con tonterías, y no me gusta que me molesten por nimiedades. La idea es que, si surge algún problema, tú lo resuelvas.

—Básicamente buscas una asistente de oficina, pero vinculadas a las tareas de la casa —dijo con un tono de mofa que a él no le pasó desapercibido.

—Esta casa es grande —continuó, ignorando el comentario anterior de Ava — así que puedes ocupar una de las habitaciones de la planta baja sin problema. De hecho, será más fácil.

—Yo no creo que pueda vivir aquí.

Jason se incorporó con firmeza, no sin antes terminar de dos tragos el contenido del vaso de cristal. Sabía que si la enfermera Solms lo viese ya lo habría reprendido.

—Si has venido desde Brooklyn entonces debe ser porque realmente necesitas este ingreso. Así que tómalo o déjalo. Tengo una vida que recuperar en la pista de hielo, así que, en caso de que no seas tú la persona que llene la vacante me tendré que poner a la tarea de seguir entrevistando otros candidatos.

Ava guardó un comentario ácido, y se incorporó también.

—Tengo una condición. Los negocios son entre dos personas. Así que tengo el derecho de que sepas al respecto, y así decides si me consideras adecuada para ser el ama de llaves que estás buscando.

Él enarcó una ceja. Sus caminos y vidas eran diametralmente opuestas en todos los sentidos en que, alguna vez, habían coincidido, sin embargo, Jason no podía pensar en una mejor persona para organizar —o desbaratar— su vida por completo en esos momentos.

—Siempre supe que debiste dedicarte a ser abogada —expresó acercándose.

Ava retrocedió instintivamente.

—Soy escritora de libros infantiles ilustrados —dijo elevando el mentón.

Él sonrió, y asintió conteniendo las ganas de preguntar algo más al

respecto. Vamos, le resultaba un gran logro no haberse quedado sin una idea en la cabeza ante la sorpresa de encontrarse a Ava CarPELLI tantos años después, en su casa, en un sitio inesperadamente lejano y bajo las más ridículas circunstancias.

—Entonces, ¿cuál es la condición?

—Necesito movilizarme hacia Brooklyn cada semana. No puedo quedarme de lunes a viernes, sino de lunes a jueves. Y en el caso de que tengas un evento los fines de semana, me tienes que avisar con tiempo para organizarlo todo en mi casa, y poder cumplir con tu evento.

—¿Por qué no puedes quedarte de corrido? No necesito una esclava, tan solo alguien responsable de arreglar esta mansión.

—¿Para qué la compraste entonces? —preguntó sin poder evitarlo.

Él enarcó la ceja derecha con altivez.

—Yo soy el que hace las preguntas —dijo con acidez.

Ava estaba aprendiendo el arte de contar cerditos en silencio para evitar echar a perder una buena paga.

—Tengo una vida personal también, y por las personas que dependen de mí es que me aventuré a venir a este sitio a aplicar a un puesto de empleo que no tiene absolutamente nada que ver con mi carrera o mis sueños profesionales más remotos. Sé que es temporal, y por eso lo elegí.

Jason se quedó perplejo. ¿Entonces estaba casada? Quiso preguntárselo, pero se contuvo. La idea, irascible, de otro hombre tocándola, conociendo los secretos que llevaban a Ava a gemir de placer, lo hizo sentir celos. ¡Celos, nada menos! El estrés de la incertidumbre sobre su carrera profesional estaba empezando a afectar otras partes. Necesitaba echar un polvo y olvidarse un rato de todo lo que lo abrumaba.

—No doy hospedaje a familias, si es lo que pretendes que te ofrezca. Me gusta mi soledad y con la enfermera Solms revoloteando cada dos por tres, pues ya tengo bastante. Por eso necesito un ama de llaves. Para que lidie con las nimiedades que me quitan tiempo.

Ella apretó los puños a los costados. Entonces, Jason iban a jugar al despistado por completo, pretendiendo que no sabía que era él el padre de Ben, y ni siquiera iba a preguntar por el niño. «Cretino.» Pues le estaba bien empleado, porque ella no pensaba jamás recordárselo. Se estaba perdiendo la oportunidad de conocer a un niño maravilloso. Mal por él.

—No voy a descuidar en absoluto lo que puedas requerir. Tendrás todo lo que necesites de mi parte.

Jason esbozó una sonrisa sensual. Se inclinó hacia ella. Hasta dejar sus sensuales labios a la altura de la oreja de Ava.

—¿Sí? ¿Tendré *todo* lo que necesite de ti, Ava?

Ella se aclaró la garganta, y se apartó.

—Como ama de llaves, sí.

Jason se apartó, como si no hubiera existido la chispa entre ellos.

—¿Encontraste hospedaje? —preguntó con súbita frialdad.

—En el hotel...

—Supongo que, si estás buscando un empleo nada convencional como este, no querrás gastarte gran parte en un hotel. Quédate. Te mostraré la casa. — Ava iba a decir algo más, pero Jason continuó—: El empleo es tuyo. No pongas esa cara de desconcierto. Estoy tan desesperado por conseguir a alguien como tú de encontrar un ingreso. La situación nos sirve a ambos. Empiezas mañana. Si has rentado un automóvil puedes dejarlo de lado porque tengo un chofer a disposición. Se llama Terence Brewster. Tómalo como parte de los beneficios laborales.

—De acuerdo... Me gusta tener mi espacio y mi privacidad —dijo.

Él enarcó una ceja.

—Mis abogados te harán llegar un contrato —zanjó con sequedad.

Ella lo miró con ligera desconfianza. Habían pasado tantos años.

—Yo...

—No te preocupes por mí, Ava, que, aunque sigues siendo muy guapa, no tengo ningún interés en recordar el pasado contigo. Tendrás tu privacidad y tu

espacio. Lo que yo necesite en áreas muy personales lo puedo encontrar sin problema —le hizo un guiño que estaba marcado por una expresión facial de sarcasmo—. No me gustan las mujeres casadas. Y ahora, sígueme para mostrarte la casa, y así te familiarizas con el espacio.

Dicho eso, y dejándola por completo sin tiempo a aclararle que era madre soltera, o abofetearlo de paso, él empezó a caminar hacia la salida.

Sintiéndose curiosamente rechazada, y eso que ni siquiera había hecho oferta alguna, Ava lo siguió. Dios. Si alguien estaba haciendo campaña para consumir valeriana, en exceso, era ella.

CAPÍTULO 6

Nueva York, Estados Unidos.

Años atrás.

La noche de junio estaba fresca, al menos si se comparaba con el resto del día, y Ava acababa de cerrar la cafetería. Sus padres se habían ido a Broadway a ver una obra, y a pesar de que ella disfrutaba mucho de los espectáculos, ese día era diferente. Esperaba ansiosa que Jason regresara de una reunión importante con buenas noticias.

Los últimos años, desde que Guy se había suicidado, su mejor amigo solía tener un comportamiento más errático e incluso libertino. De algunas borracheras, Ava lo había ido a rescatar, pero detestaba cada vez que la miraba con cara de idiota mientras besaba a otras mujeres en su cara.

No eran novios, jamás se habían besado, pero finalmente ella había aceptado que estaba enamorada de él. Detrás de esa reputación de rebelde, mujeriego e indomable, ella conocía al verdadero Jason. Conocía al muchacho vulnerable, afectuoso y generoso.

Tantas noches se desvelaron estudiando, y cuando creía que al fin iba a besarla, él sonreía y le decía que ya era tiempo de descansar. A veces se preguntaba si él era consciente del efecto que producía en ella. La frustraba, y al mismo tiempo, la fascinaba. Era muy inteligente, y quizá esa combinación de rebeldía, con el físico, y lo listo que era, era como miel para las moscas que se le pegaban. Y la peor mosquita muerta era Kelly Taylor, el tormento de Ava en la secundaria, que intentaba meterse bajo los pantalones de Jason. La muy cretina.

Desde que estaban en los últimos meses de la secundaria, el tiempo que Ava y Jason pasaban juntos era menos frecuente. Ella porque tenía obligaciones con la cafetería y sus proyectos académicos para ganarse una beca en el college,

y él porque intentaba labrarse un futuro en las ligas del hockey. Salían a fiestas cuando les era posible, pero a ella no le gustaba particularmente el grupo de amigos que Jason elegía para salir de juerga. Solían beber hasta vomitar en la acera, tenían fama de ser vandálicos cuando se salían de su dosis normal de alcohol, y eran problemáticos.

Ella no entendía qué clase de empatía conseguía forjar Jason con ellos. Sin embargo, respetaba lo que él elegía. Ava no tenía por qué compartir con gente con la que no se identificaba para nada. Era una pena que su mejor amigo no pudiese darse cuenta de que muchas de esas compañías solo causaban mala reputación para él.

Ava no era, ni había sido, popular en la secundaria. Y muchos de los integrantes del grupo con el que Jason salía de juerga, la molestaban burlándose de ella cuando su amigo no estaba presente. Ella los ignoraba. La tachaban de puritana. ¿Pues qué más les daba a ellos?

La mayor parte de ese grupito terminaba en Detención después de clases por mal comportamiento. ¿Cómo? Simple. Ella se encargaba de quejarse, de forma anónima, con las personas adecuadas. Una revancha silenciosa, pero que —de una u otra manera— le causaba gran satisfacción. Ellos jamás se enteraban, y Ava disfrutaba sabiendo que pasaban largas horas castigados después de clases.

Venganza con clase.

Esa etapa pronto iba a quedar atrás. Quedaban dos semanas para el prom.

Ava estaba segura de que ella y Jason irían juntos. Se trataba de la celebración del final de una etapa que, juntos, habían sobrellevado. Esa noche era importante para los dos. Era una noche de noticias, cambios, y el vislumbrar un futuro.

Se sentía optimista.

Una vez que estuvo segura de que todo estaba en orden y se despidió del guardia de la cafetería, Ava agarró su bicicleta y pedaleó en dirección a un bar que estaba a quince minutos en el que quedó con Jason esa noche. Con el viento

acompañándola, y también una sensación de ansiedad por conocer los resultados de la reunión de Jason, maniobró con rapidez el timón hasta llegar a Old Oaks Bar. Le gustaba andar en bicicleta porque era una forma agradable de empaparse más en el día a día de un área tan agitada como Brooklyn, aunque no tanto como lo era Manhattan.

Había llegado a tiempo. No le gustaba retrasarse. No era el caso de Jason, pero no le importaba. Ya sabía sus falencias. Ese detalle tenía que agregarlo al hecho, reiterativo, de que estaba enamorada de él. Le dolía que se acostara con una y con otra, pero estaba más pendiente de no dañar la amistad que, a ella, le hacía tanto bien. Ignoraba hasta cuándo podría soportar no sincerar con Jason sobre su atracción, pero sí estaba segura de que perder su amistad sería una situación dolorosa e irreparable.

El ruido de la música la sorprendió al entrar, rock pesado. No era la primera vez que iba a ese bar, pero sospechaba que desde la última ocasión que había estado alrededor probablemente el dueño ya no era el mismo. Era de agradecer que al menos el nuevo dueño hubiese mantenido la decoración de la sección cercana a la sala en la que se jugaba a los dardos, pues era el sitio en el que —se sabía— los menores de edad podían disfrutar sin problemas y los meseros tenían cuidado de no ofrecerles bebidas alcohólicas.

Ava pronto encontró una mesa disponible y se acomodó.

Miró el reloj de la televisión. Estaban pasando un partido de los Patriots de Nueva Inglaterra contra los Denver Broncos. Ella no entendía de fútbol americano, pero eso sí, disfrutaba de la vista de los jugadores que eran guapísimos. ¿Quién no?

Pidió un smoothie y esperó.

Iba a empezar a maldecir sobre la mala costumbre de Jason de retrasarse cada ocasión más tiempo cuando vio el inconfundible andar de su amigo buscándola con la mirada. Ava le hizo una seña saludándolo con la mano y él le sonrió. Sin poder contenerse, y sin importarle qué pudiera pensar los demás, se incorporó para salir a su encuentro. Estaba emocionada por saber cómo le había

ido con el agente que tenía, un tal Wade, y para planear el prom.

—¿Lo conseguiste? —preguntó Ava con una sonrisa que iluminaba su rostro.

Él asintió. Abrazó a Jason sin pensarlo dos veces. Él rio contra la suavidad de su cabello, y la apretó contra su cuerpo por un breve instante.

Se apartaron, sonrientes.

—Sí, señorita Carpelli —dijo—. Wade Panettiere, el mejor agente deportivo, y yo, acabamos de reunirnos con los dueños del equipo. Así que soy oficialmente un jugador de la NHL. Contrato firmado, pero no puedo hacerlo público hasta que lo delegue el gerente general con los responsables, blablablá.

—Estoy tan orgullosa de ti —murmuró emocionada hasta las lágrimas—. ¿Cuál es el nombre del equipo?

Jason le sonrió.

—Gracias —dijo, y la tomó de la mano para llevarla fuera del bar—, tengo que celebrarlo de la mejor forma que conozco. Y sobre el nombre del equipo, ya te lo contaré después.

—Qué misterioso. Oh, espera —dijo mientras sacaba un billete de cinco dólares para pagar lo que, hasta ese momento, había consumido. Un smoothie. Dejó la propina también y luego alcanzó a Jason en la puerta—. Listo, ¿a dónde vamos?

—Ya lo verás. Vine en taxi...

—Traje mi bicicleta.

Ambos hablaron al mismo tiempo.

—La meteremos en la cajuela del taxi —aclaró Jason una vez que estuvieron en la calle. No les tomó mucho tiempo encontrar un taxi desocupado. Mientras viajaban en la parte trasera del automóvil, él le dijo en voz baja—: Puedo permitirme muchos taxis, Ava, no tienes que hacer esa cara cada vez que observas un taxímetro.

—No tienes sentido del valor del dinero.

Él se rio.

—Ahora lo tendré mucho menos que antes, ¿no te parece? Seré una estrella de las grandes ligas del deporte, ¡wujuuu!

—Supongo, pero espero que no se te suba la fama a la cabeza.

Jason se puso una mano en el corazón fingiendo sentirse afectado.

—Me siento ofendido profundamente.

—Tonto —replicó dándole un puñetazo suave en el hombro.

Treinta minutos más tarde estaban en la pista de hielo. Equipados con todo el material necesario para mantener la seguridad, ella más nerviosa de lo que recordaba. A pesar de que tantas ocasiones Jason le había pedido que lo acompañara a patinar, ella se negaba rotundamente. Era una cobarde, no podía decir lo contrario, pero esta era una circunstancia diferente. Estaban celebrando.

—¿Esta es tu forma de celebrar? —preguntó observando la pista, o el rink como se solía decir en la jerga del hockey—. Porque tengo frío.

—Se te va a pasar dentro de poco. No puedo haber firmado un contrato con la NHL y que mi mejor amiga no tenga idea de cómo patinar. ¡Es imperdonable!

—¡En el Rockefeller Center lo he hecho varias navidades!

—Como si dijeras que sabes nadar porque lo has intentado en la piscina inflable de tu casa —dijo burlándose.

Ella le dio un empujón, pero Jason se mantuvo firme sobre la pista. Estar sobre el hielo era el equivalente a caminar. Ava, en cambio, estaba aferrada todavía al borde del rink como si de ello dependiese que todos los huesos de su esqueleto se mantuviesen en su sitio.

—En todo caso, no soy una novata patinando sobre hielo. ¿Mejor?

—Naaah.

Ava se rio.

El complejo estaba iluminado y un hombre terminaba de guardar en esos momentos la máquina para pulir la pista de hielo, el Zamboni. Vio que se acercaban y les hizo un gesto de saludo.

Ava tuvo que hacer un esfuerzo para recuperar el equilibrio mientras avanzaban hasta el otro lado de la pista en la que se encontraban el amigo de

Jason. Apenas eran las nueve de la noche, pero el día había sido largo y Ava deseaba descansar. Sin embargo, no iba a arruinar la celebración de Jason.

—¡Muchacho, qué bueno verte por aquí! Estaba a punto de cerrar, cuéntame, ¿te perdemos o no? —preguntó Ryan con una sonrisa dejando los guantes a un lado.

—Aparentemente es una decisión que está tomada —dijo Jason sonriente.

Ella miró a uno y otro con curiosidad. Estrechó la mano que Ryan extendió para saludarla. Escuchó un par de intercambios de frases sobre el juego de la tarde anterior de dos equipos profesionales. Ava había intentado tomarle aprecio al hockey por Jason. Le parecía un deporte brutal, pero también noble. Una combinación que podía coexistir sin lugar a dudas.

—¿A qué se refiere Ryan? —preguntó Ava a su amigo.

Él la observó un instante con cierto remordimiento.

—Firmé mi contrato con la NHL, y no es para un equipo local. Tengo que ir a Canadá. Me ficharon los Canadian Maples.

Por un instante, Ava se quedó en blanco.

¿Se iba?

—Yo creía que...

—Lo siento, Ava, no quise que te enterases de este modo, pensaba decírtelo. Tampoco era algo que quería conversarlo, ¿sabes? La posibilidad de irme o no estaba en el tablero, pero...

—¿Cuándo? —preguntó en susurro—. Es decir, ¿cuándo tienes que estar en Canadá para presentarte?

—Ocho días.

—Ocho días... —repitió ella.

Ryan, al ver que había cometido una equivocación con su anticipado comentario, sonrió con pesar. Se aclaró la garganta y eso llamó la atención de los dos chicos que parecían haberse olvidado de que no estaban solos en el coliseo.

Los observó con una expresión de disculpa.

—Muchachos, siento haber causado un impasse —comentó. Después miró

solo a Jason—: No olvides dejar cerrado al terminar de patinar hoy. Ya sabes que el dueño puede ser muy quejica si algo ocurriese. Puedes pasar todo el tiempo que quieras alrededor. Y tú, ¿Ava, cierto? —Ella asintió—. Aprovecha para aprender de este talentoso chico cómo patinar —sonrió tratando de romper la tensión.

—Seguro —murmuró Ava.

No era un equipo dentro de Estados Unidos el que había fichado a Jason, tal y como ella pensó, pero, ¿en qué momento le había preguntado a su amigo sobre la posibilidad de irse a otro país? ¡Es que ni siquiera se le cruzó por la cabeza! Qué ingenuo de su parte. Había vivido en una burbuja de ideas sobre la eterna amistad. ¿Hasta qué punto llegaba su negación? ¿Hasta qué punto podría tolerar la idea de que Jason jamás la iba a ver como algo más que solo una amiga?

En su defensa, Ava solo podía argumentar que todas las negociaciones habían sido confidenciales, y Jason jamás habría podido responderle si acaso a ella se le hubiese ocurrido preguntarle sobre los posibles equipos con los que podría firmar. Diciéndole a ella que tendría una junta importante con el gerente general y el entrenador en jefe de un prestigioso equipo de la NHL, ya había sido más que suficiente de parte de Jason.

—Hey, chica, ¿no estás feliz por tu amigo? —preguntó Ryan, dándole una palmada en el hombro con suavidad.

Ella reaccionó. Ni siquiera el frío del coliseo la afectaba. Ava tragó en seco.

—Sí, claro. Es una gran oportunidad para él —dijo con sinceridad, pero eso no iba a quitar el súbito desasosiego que la invadió al saber que, al final, Jason se iba de Estados Unidos. ¡En ocho días!

Había sido ilusa creyendo que él se quedaría para siempre en equipos dentro de Nueva York o Chicago, pues los mejores estaban —según había escuchado— en la Costa Este. ¿Cómo diablos con su alto IQ no pensó que Canadá, duh, también tenía equipos en la Costa Este y Oeste? Demonios.

Sus fantasías con Jason la habían llevado al extremo de creer que todo sería

felicidad mientras ella continuara negando su atracción por él, soportando en silencio que se acostara con otras, con tal de salvaguardar su amistad de tantos años. ¡Patético! Realmente, patético. ¿Y ahora qué?

—¿Ava, estás bien? —le preguntó Jason frunciendo el ceño—. Estás pálida.

—Yo estoy bien, claro —le sonrió.

Mientras Jason crecía en sus ambiciones y riesgosas formas de llevar la vida, ella solo había estado gravitando a su alrededor. Estudiando con ímpetu, siendo la buena amiga, la chica responsable y lista para sacarlo de embrollos, fingiendo ser su novia cuando él quería sacarse de encima alguna conquista incómoda, el hombro oportuno para apoyarse... Pero Ava también era una chica de diecisiete años que soñaba con el amor, pero no se atrevía a arriesgarse. ¿Qué decía eso de su fuerza para lograr su deseo de ser correspondida por alguien que movía su mundo como lo hacía Jason Wilder?

Su mejor amiga, Jenny Crawford, le había dicho varias veces que nada conseguía preservando una amistad y sufriendo en silencio. Jen creía que una amistad que tenía tensión emocional de por medio, y atracción física, no estaba destinada a mantenerse en una instancia meramente amistosa.

Necesitaba hablar con Jen y escuchar sus desenfadados puntos de vista. “Somos jóvenes, ¿qué tienes que perder y que, con el paso de los años, no se pueda recuperar?”, le había dicho una ocasión. Aquel era un pensamiento pragmático, pero Ava no sabía hasta qué punto era aplicable en este caso.

—Los dejo, muchachos, que tengo que ir a recoger a mi mujer que sale de su taller de costura —dijo Ryan haciéndoles de la mano a medida que se alejaba hacia la salida trasera del coliseo.

Jason llevaba practicando años en ese sitio, y por eso —aparte de la cafetería de los CarPELLi— aquel era un espacio que consideraba su hogar, pero también el escenario que lo había ayudado a forjar sus sueños. ¡Iba a jugar en la NHL, por todos los cielos! Su alegría se apagó ligeramente al notar que Ava lo miraba en silencio. No había ruido alrededor, y nadie iba a interrumpir lo que

fuese que discutieran esa noche.

Ava era quien ejercía el efecto de un bálsamo calmante para el chico rebelde que despertaba con ganas de reclamarle al mundo las injusticias que había sufrido. Ella era una fuente inagotable de fuerza para confiar en que él podía lograr sus metas. Pero Ava CarPELLi era también la chica de quien estaba enamorado, y saber que no podía tenerla lo frustraba todavía más... Ella era su anclaje a tierra.

Tampoco podía defraudar la confianza que los dueños de Taste of Heaven habían depositado en él, seduciendo a su única hija para después largarse a recorrer el mundo como un jugador de la NHL. Él, sí lo aceptaba, era un cretino, pero los CarPELLi eran intocables.

Acostarse con todas las chicas que podía llevar a su cama era su forma de aplacar el deseo que sentía por Ava. La chica sin curvas y tímida se había esfumado para dar paso a una mujer curvilínea, con rostro de ángel, y una lengua afilada que lo ponía en su sitio. Ahora, ella enfrentaba sus problemas, o a quienes intentaban menoscabar su valía, con decisión.

Dios, la sola idea de que alguien se atreviese a tocarla como él quería hacerlo lo volvía loco. Una ocasión escuchó que Bruno Farodis, el capitán del equipo de béisbol de la secundaria, se jactaba de ser capaz de desnudar a cualquier mujer, y si pudiera elegir entonces escogería a Ava CarPELLi. Jason no había necesitado más para abalanzarse sobre Farodis y partirle la nariz y el labio inferior. Ambos terminaron en detención, pero Jason se quedó satisfecho.

Farodis no volvió a abrir la boca para mencionar el nombre de Ava. Y se lo tenía merecido. La paliza corrió como pólvora entre los chicos más populares de la secundaria, y nadie volvió —a menos que él supiera— a tratar de utilizar a su mejor amiga como punto de referencia para un revolcón. Si alguna vez Ava se preguntaba por qué los chicos no la invitaban a salir o se espantaban de repente, la respuesta era muy sencilla. Jason se encargaba de amenazarlos. Su mejor amiga era bastante despistada, pero él se aseguraba de reafirmar que esos chicos eran solo cobardes y que de seguro ella encontraría alguien mejor. Jamás le decía

que él deseaba más que nada en el mundo ser ese chico...

¿Cómo podía echar a perder algo tan valioso como la amistad de Ava? Ya había perdido suficiente en la vida. Su madre, su padre, y su hermana apenas contaba como un punto de anclaje emocional o de soporte moral. Quedarse sin su mejor amiga no era una opción. Y ahora, él se iba de Estados Unidos para cumplir sus sueños.

¿Acaso no era irónica la vida? Obtenía lo que más deseaba, pero iba a terminar pagando un precio muy alto: estar lejos de Ava.

Jason estaba emocionado y ligeramente inseguro por lo que venía a su vida. Iba a abrirse paso en un mundo de titanes. Un mundo de cruel competencia y de grandes sumas de dinero. Sabía que, una vez que se estableciera, su cuenta bancaria haría mucho más que solo quintuplicar su preexistente ganancia. Podría deslizarse sobre el hielo y conquistar la Copa Stanley. Aquella necesidad de llevarse la gloria con un equipo de hockey, celebrarlo por todo lo alto, y demostrarse a sí mismo que era capaz de convertir sus sueños infantiles en algo tangible, vibraba en su torrente sanguíneo.

De seguro visitaría Nueva York cada que tuviese partidos de la liga, pero sus viajes con el equipo incluían también Europa y Asia. Pasaría gran parte del tiempo en entrenamientos, partidos, actos de beneficencia y actividades agendadas para consolidar su posición como jugador de hockey profesional. Y en ninguna de esas instancias estaría Ava...

—Hey —dijo él en tono bajo, mirándola—, ¿qué ocurre?

Estaban separados tan solo poco el uno del otro.

—Temo caerme —replicó con una sonrisa que no alcanzaba sus ojos.

Jason sonrió con tristeza.

—Te lo hubiera dicho, ¿sabes?

—Sí. Imagino que tendré que hacerme a la idea de que no te veré muy seguido por los alrededores —murmuró encogiéndose de hombros.

Sin pensarlo, Jason extendió la mano y acarició la mejilla suave de Ava.

—Vendré a visitarte. —Ella lo miró con la misma comprensión y dulzura

de siempre, y a Jason se le partió el corazón porque no volvería a verla en un largo tiempo—. Y te hago una promesa.

Eso consiguió que Ava riera.

—¿Siempre cumples tus promesas, Wilder? —Él asintió, solemne. Y poco a poco la sonrisa de Ava se desvaneció—. Cuál sería esa promesa... ¿eh?

—El día que gane la Copa Stanley la traeré a Brooklyn y la celebraremos juntos.

Ella elevó las cejas, y después hizo una negación con la cabeza.

—Cuando eso suceda yo seré la última persona en quien pensarás, porque estarás rodeado de muchos, nuevos, amigos. Habrá fans que morirán por verte y que les firmes un autógrafo. Y yo...

Jason le tomó el rostro con las manos. Sentía los dedos vibrando bajo el forro de los guantes, y nada deseaba más que besar esa boca suave y llena.

—Y tú serás siempre mi mejor amiga, y la persona más importante.

Con esa frase, que procuraba reafirmar la valía de Ava para Jason, lo que en realidad consiguió —sin saberlo— fue que ella se resignara a que él jamás la viese como algo distinto a solo su amiga. Ava asintió, y colocó sus manos sobre las de Jason para apartarlas de su rostro con suavidad.

—Supongo que aceptaré la invitación de Langdon Whitby para el prom... Es una buena persona —dijo para cambiar el tema y el nudo que se formó en su garganta ante la inminente partida de Jason.

—Aburrido como una ostra.

—Claro que no —defendió Ava.

Él cerró los ojos. Después de la graduación, él se iría inmediatamente a Edmonton. Iba a perderse el prom, y el baboso de Whitby llevaba tiempo tratando de salir con Ava. No iba a estar para ahuyentarlo, pero, ¿hasta cuándo podría continuar haciéndolo? Carecía de todo derecho. La vida debía seguir su curso, aunque no por eso le gustaba la idea de Whitby tocando tan de cerca de Ava. ¿Cómo iba a protegerla de los imbéciles?

—¿Jason? —preguntó ella sacándolo de sus conjeturas.

—No vas a acostarte con él.

Ava soltó una carcajada.

—Mi vida sexual...

—Eres virgen.

Ella le dio un manotazo en el hombro que no le hizo ni cosquillas. Hablaban todo el tiempo. Sin restricciones. Conocían la rutina del otro al dedillo y también lo que pensaba antes de que siquiera pudiese registrarse en sus cerebros. Así de bien se conocían. Cuando la gente los veía juntos pensaban que eran novios, pero a ellos le valía madres. Vamos, habían crecido prácticamente codo a codo, y aquellos rumores circulaban sin ton ni son.

—Qué dulce de tu parte sacar a colación el tema. Cuando deje de serlo te lo haré saber con todos los detalles.

Jason se pasó la mano entre los cabellos. En absoluto le hizo gracia el comentario. La imagen de Ava suspirando por otro hombre le provocaba ganas de darse de puñetazos con el primer imbécil que procurara tocarla. Empezaba a confundir la emoción de su contrato profesional con la emoción de romperle la cara al que intentara llevar a su mejor amiga a conocer lo que era practicar sexo.

—Ni se te ocurra —dijo entre dientes.

Ella se encogió de hombros.

—No puedo predecir cuándo va a suceder en todo caso.

—Demonios, Ava, el idiota de Whitby quiere meterse entre tus faldas, ¿no te has dado cuenta?

Ava soltó una carcajada.

—Tengo una visión muy buena, así que, sí, me he dado cuenta.

—¿Y?

—¿Y qué?

—Ufff.

A Ava le gustaba tomarle el pelo.

—Desarrollar habilidades sexuales por ahora no es mi prioridad —dijo ella, riéndose—. Recuerda que tengo que sacar buenas calificaciones para ganarme

una beca y poder hacer mis estudios para obtener mi título superior. A diferencia de otras personas...

—¡Hey! No es mi culpa que las mujeres se lancen por mi irresistible personalidad.

Ella sonrió, y se apartó. No podía seguir hablando con Jason sin querer confesarle lo que sentía por él, sin decirle que iba a extrañarlo a rabiar y que su día a día iba a ser una completa miseria sin sus ocurrencias y desastres. Aunque lo que no iba a extrañar era verlo del brazo de una mujer distinta cada tres semanas, ni tener que escuchar las murmuraciones sobre qué tan bien dotado estaba él anatómicamente. Era la parte más amarga de guardarse sus sentimientos.

—¿Te echo una carrera hasta el otro lado de la pista? —propuso Ava, y empezó a apartarse con sus patines. Necesitaba deshacerse de aquella sensación de pérdida ante la inminente partida de su mejor amigo.

Jason la detuvo.

—Ava, mírame —pidió, y ella lo hizo.

—¿Qué?

—Te prometo que traeré la Copa Stanley y bailaré contigo todas las canciones que no podré bailar en el prom. No vayas con Whitby.

—Lo pensaré... Aunque, por otra parte, ¿quién ha dicho que te concedería tanto tiempo y tanto honor en un futuro?

Ella se echó a reír cuando él soltó una palabrota. Pronto él se unió a la risa, porque aquello era mejor que llorar como un cobarde ante la idea de que el precio por cumplir sus sueños era no tener a la única chica que hacía que su mundo vibrase de un modo especial.

—Ya veremos. De momento —Jason señaló el arco del otro lado de la pista — acepto el reto. El que gane empaca las primeras cinco cajas de mi mudanza.

—¡Eso no es justo!

—A la una... A las dos... ¡No hagas trampas, Carpelli! —exclamó cuando ella empezó a adelantarse.

Ella perdió la carrera y se ganó un par de caídas sobre el trasero.

El resto de la noche pasaron conversando sobre el futuro, ahora tan distante el uno del otro, y recordando viejos tiempo. El preámbulo de una despedida inminente.

Salieron del coliseo dos horas después, y Jason la acompañó hasta la casa. Se despidieron con un abrazo más largo del habitual. No existían palabras para expresar el amargo sabor del siguiente paso en sus vidas, sin el otro como apoyo o compañía; ella iría al college, y él, a la NHL. Era la primera vez que se separaban desde que habían empezado a ser amigos.

Los siguientes días fueron agridulces, y agitados por los preparativos de Jason, pero tanto él como Ava lo disimulaba muy bien. ¿Qué otra opción existía? No querían poner sobre la cuerda la amistad de ambos.

Un día antes del prom, los Carpelli, fueron a despedir a Jason al aeropuerto.

Los padres de Ava, después de desearle buena suerte al joven jugador, le comentaron a su hija que la esperarían en una de las cafeterías de la terminal del aeropuerto J. F. Kennedy. Estaba un poco lejos el sitio al que ellos iban, pero era exactamente lo que Ava necesitaba. Por algo los padres tenían un sexto sentido. Al menos su madre, sin duda.

Ella se quedó mirando a Jason. Sentía la garganta seca y los ojos llorosos. No quería dejar que las lágrimas se escaparan de sus ojos, pero al final, resultó imposible.

—Jason... —susurró con el corazón partiéndosele en dos—, no te olvides que aquí estaré siempre para reprimerte —dijo intentando sonreír.

Él estiró la mano y le limpió las lágrimas con el pulgar. Llevaba la maleta de mano al hombro, y su equipaje ya estaba chequeado. Wade Panettiere viajaba con él para dejarlo instalado en Edmonton, y también para coordinar el asunto de papeles y contratos adicionales —si fuese el caso— de forma oportuna.

El bufete de abogados con el que Wade trabajaba tenía representación en Edmonton, así que estaban cubiertos por ese lado. El agente de Jason ya se había adelantado en el aeropuerto y estaba cruzando el sistema de seguridad para ir hacia la sala de embarque. No necesitaban ir en un avión privado. Jason aún carecía de un estatus para tal propósito, pero de seguro en un futuro cercano empezaría a hacerlo.

—¿Quién te llevará al baile de graduación, Ava? —le preguntó.

—Creo que ya zanjamos ese tema —murmuró.

Lo cierto es que no le apetecía en absoluto ir a un baile, cuyo tema era la mitología griega, sin él. Habían planeado, desde que tenía memoria, aquel día. No el tema, porque ese cambiaba cada año, no. Querían hacer de ese día algo que ambos pudieran recordar como un recuerdo feliz. Al menos uno de los tantos de los que Jason carecía gracias a los desastres de su infancia y pubertad.

Sus memorias de risas y optimismo tenían marcado el apellido Carpelli en cada una. Y él estaba más que agradecido por eso.

—Ava —insistió mirándola intensamente.

—Supongo que puedo decirle a Jenny que venga conmigo en el caso de que Langdon no se presente..., aunque considerando que me ha llamado varias veces para confirmar que seremos Helena de Troya y Menelao —se encogió de hombros—. Soy una chica grande, no voy a estar tonteando si no tengo interés en él más que para pasar una noche entre amigos en un baile de graduación. Además, Jason, ¿a ti qué más te da? Tienes tantas mujeres en tu currículo que...

Jason apretó la mandíbula, y lo siguiente que supo fue que agarró el rostro de Ava y se inclinó para devorar su boca. Su cerebro estaba a la merced de sus impulsos. Ella se quedó quieta por dos breves segundos, y después empezó a devolverle el beso con la misma pasión con la que Jason estaba besándola.

Se entregaron por completo a un beso que habían esperado compartir hacía ya demasiado tiempo. En ese beso ella saboreó la incertidumbre del futuro y la certeza de ese momento, el presente.

Era un beso con esencia de peligro y con pizcas de promesas de pasión que

no se cumplirían en esos momentos. Él tomó todo cuanto Ava estaba entregándole, la abrazó con fuerza. Se sentía eufórico, y poseyó esa boca cuyo sabor competiría siempre con el de cualquier otra mujer en su vida, porque era el sabor de la inocencia, la sinceridad, y la pasión oculta que esperaba ser descubierta. Jason deseaba borrar cualquier otro beso que Ava hubiera recibido, cualquier otro beso con que hubiera soñado...

—Pasajeros del vuelo 5591 con destino a la ciudad de Edmonton, por favor, presentarse en la sala de embarque número siete...

Ambos se apartaron con la respiración agitada, mirándose a los ojos.

—Ava...

—Jason...

Hablaron al mismo tiempo. Él cerró los ojos y apretó los labios.

—Lo siento, yo no quería... No quise que... Yo...

Ella se acercó y lo abrazó de la cintura. Apoyó el rostro en el pecho, y él dejó la tensión de lado y la rodeó con el brazo que tenía libre.

—Te quiero, Jason —confesó sintiéndose libre, elevó la mirada cuando lo sintió tensarse de nuevo—. Mírame. —Él así lo hizo—. Yo sé cuánto te asustan esas palabras. Quiero que lo sepas antes de irte, porque no sé si podría...— suspiró—, no estás solo. Nunca lo has estado. ¿De acuerdo?

—Ava... —susurró pegando la frente a la de ella—, me habría gustado... Yo... No sé qué decirte...

Ella le sonrió con los ojos inundados de lágrimas sin derramar esta vez. Tenía que ser fuerte. Dios, ya había hecho lo más complicado. Le había dicho que lo quería, y estaba segura de que Jason era consciente de que no se trataba de un afecto repentino. La corriente que cruzaba del uno al otro era innegable, y ese beso lo decía todo, y a la vez, callaba tanto...

—Te veré cuando vuelvas a casa durante algún break —dijo ella con una firmeza en la voz que, en realidad, no sabía que era capaz de mantener—. Y ese beso...

Entonces, él se inclinó para tomar su boca y volver a besarla hasta que los

dos respiraban entrecortadamente. Los ojos de ambos parecían echar chispas, y el ruido alrededor tan solo resultaba un tenue murmullo.

Ella le estaba dando un motivo para volver, pero no sabía si él comprendería del todo sus implicaciones. No le era ajeno el hecho de que Jason era un gitano de corazón. Viajaba cada dos por tres fuera de Nueva York en busca de aventuras con deportes de riesgo, ella prefería ir a pocas de esas excursiones porque lo suyo era la ciudad y no los peligros del hiking o kayaking. Pero ahora se estaba yendo a Edmonton, en British Columbia, a horas luz de distancia. Era su dramático modo de verlo, porque en esos momentos no existía otra posibilidad.

—No sé cuándo pueda regresar o cuándo tenga ese break —murmuró—, pero te escribiré. Y trataré de llamarte para contarte las atolondradas cosas que, de seguro, me van a suceder.

—Haz eso...

El corazón latía en el pecho como si estuviera tratando de mantener con vida a cien personas, y no solo a una. Le costaba mantenerse sosegada.

—Me habría gustado tener más tiempo, y que me hubieras dicho antes lo que sentías... Hubiera podido decirte... Hubiéramos podido... —¿Dónde estaban las frases coherentes cuando las necesitaba, maldita sea?, se preguntó a sí mismo, furioso—. ¿Por qué ahora? ¿Por qué me lo dices ahora, Ava?

—¿Y por qué no? —replicó mientras él apoyaba la frente contra la de ella.

No estaba en la posición de ponerlo contra la espada y la pared tratando de saber si lo que sentía por ella era mera frustración o si, de verdad, ese beso había contenido algo más que solo deseo. Si esos dos besos implicaban algo más que estar capturados por un momento amargo y de ruptura de una etapa en sus vidas.

El altavoz anunció nuevamente que Jason estaba quedándose sin tiempo.

—*Última llamada para los pasajeros del vuelo 5591 con destino a la ciudad de Edmonton, por favor, presentarse en la sala de embarque número 7B.*

—Ava... —dijo mirándola con una expresión para ella indescifrable—. No me pongas esto más difícil. Eres mi mejor amiga y quiero saber que cuento

contigo.

Ella asintió, mientras Jason se apartaba.

—Buen viaje —susurró.

—Por cierto...

—¿Sí?

—Helena de Troya engañó a Menelao con Paris —dijo haciéndole un guiño, en referencia a la pareja de la mitología griega que ella y Langdon iban a interpretar en el prom del día siguiente.

Con una risa inesperada, ella asintió, y —sin decir más— él empezó a dirigirse hacia las puertas de seguridad. Si miraba hacia atrás entonces sus fuerzas para contener las palabras que tenía atoradas en el pecho, tanto tiempo sin salir, explotarían como bengalas. Ava lo quería, y no solo como su mejor amiga, lo tenía claro. Sus caminos ahora estaban apartados. ¿No era irónico?

Quedaba una promesa pendiente. Él volvería en algún break, y de seguro, también lo haría con la Copa Stanley, porque estaba decidido a ganarla. Ava debía de seguir sus sueños. No podría decirle que algo más que solo una mera atracción física se fraguaba desde hacía tiempo en su corazón, porque entonces ella se quedaría atada a las posibilidades y él no podría concentrarse en lograr sus metas. Sería injusto para ambos, y la vida ya le había quitado demasiado a Jason.

El futuro era incierto, pero él volvería.

Por ella.

Ava se quedó de pie, mientras alrededor el sonido de las ruedas de las maletas y los murmullos se volvían más claros a sus oídos. Una persona chocó contra ella, y la sacó de su lapsus. Caminó, en un estado de incredulidad, por la terminal con tal lentitud que incluso la pantalla de información ya estaba anunciando que el vuelo de Jason había partido. Giró en una de las esquinas y fue hasta la cafetería en la que esperaban sus padres desde hacía más de cuarenta minutos.

La sensación de que su día a día había cambiado drásticamente la

acompañó durante varias semanas. Meses.

CAPÍTULO 7

Lake Placid, Nueva York.

Presente.

Ava observó, a través de la ventana de su habitación, los copos de nieve que empezaban a caer con suave firmeza. La temperatura había descendido con rapidez y rozaba los tres grados Celsius. Ella estaba acostumbrada al frío de Nueva York, pero Lake Placid parecía ser una fuerza de la naturaleza por completa diferente.

El día anterior había regresado de Brooklyn. Su fin de semana era todo para ella, y aprovechó el día con Ben. Dios, ¡cuánto lo había echado en falta! Las videollamadas no eran suficientes y no podían tampoco compararse con la rutina que había llevado con su hijo antes de su empleo actual.

—Mami, ¿me llevarás contigo en algún momento? —le había preguntado antes de que ella tomase el vuelo hacia su destino final.

En el avión privado de Jason, nada menos, había hecho su vuelo de regreso. Después, un helicóptero la había dejado en el helipuerto de la propiedad de jugador de los Noisy Eagles. Qué niveles de riqueza manejaba Jason. Cuando ella se había quejado de ese derroche, él simplemente le anunció que no había otra forma en que consideraría que ella o cualquier persona que trabajase para él, desde tan lejos, se transportase. Ava había optado por cerrar la boca. Le ahorraba tiempo, y dinero.

Sus interacciones con él eran escuetas. Se evitaban mutuamente, pero ella no era ingenua y sabía que la química sexual en lugar de desvanecerse con el paso de los años, se había incrementado. ¿Cómo era aquello posible?

Sin embargo, toda esa atracción física estaba eclipsada por cómo Jason la había lastimado tiempo atrás. Y haber negado, y continuar pretendiendo no saber

la existencia de Benjamín, su paternidad era algo que jamás le iba a perdonar.

—No es un empleo que voy a llevar demasiado tiempo, mi vida —había respondido acariciándole el cabello con dulzura—. Pronto volveré a casa definitivamente y pondremos un negocio los dos. Así no tendré que irme de nuevo.

—Suenas genial, mami. Dentro de poco será Navidad, ¿la pasarás aquí, cierto?

—Cuenta con ello, Ben. Ahora, dame un abrazo antes de que los abuelos nos lleven al aeropuerto.

—Me gusta quedarme con los abuelos, pero te extraño... —había murmurado en el asiento trasero del automóvil.

Eso fue como un golpe que la dejó sin aire momentáneamente. La mirada de su padre por el espejo retrovisor fue amable, como si entendiese su dilema. Ava incluso llegó a pensar en dejar de lado su convicción de que los libros ilustrados iban mejor de la mano de una editorial que de una imprenta desconocida y elegida por una compañía de auto-publicación literaria.

—Yo te extraño también, cariño —le dijo tomándole la manita entre las suyas.

—Mamá solo busca lo mejor para ti, Ben —había intervenido Moira con un tono dulce y conciliador.

A ella no le molestaba en absoluto tener a su único nieto en casa, y además sabía que su hija necesitaba ese dinero, aunque fuese un sitio tan lejano. Ava era tan orgullosa como Dante, así que Moira había desistido en su idea de prestarle dinero para que ella iniciara su negocio de una juguetería infantil. ¿Un préstamo bancario? Su hija rehusaba la idea de estar endeudada de por vida con una institución financiera. Así de cabezota era, y quizá por ese empeño de luchar por sus metas, a pesar de sus medidas de pata, Moira sentía respeto por su Ava.

—Lo sé —había replicado Ben, antes de cambiar el tema, para alivio de todos.

Durante el vuelo de regreso, Ava pensó en la conversación que había tenido

con Jenny el sábado por la tarde, mientras Ben y Hunter jugaban videojuegos. Los preparativos para el matrimonio de Jen y Hunter iban viento en popa, y ella —aunque era la dama de amor— solo tenía que ayudar en lo indispensable. Jen había ya contratado una agencia especial para la organización. Ava hubiera querido estar más al tanto, pero no podía debido a su empleo.

Cuando le contó a Jen con más detalles sobre el trabajo y la lesión de Jason, se sorprendió, aunque no por el hecho de las lesiones, sino porque resultaba inaudito que la vida te jugara una de esas pasadas.

—¿Y qué sentiste al verlo, Ava? Por teléfono apenas podías hilar una idea con otra... Así que, ahora que no hay nada que nos interrumpa, quiero saberlo —le había dicho, ante el grito de alegría de Ben cuando ganó el juego de Guitar Hero.

—Rabia, deseo, desprecio, soledad... Fueron demasiadas cosas, Jen.

—¿Cómo vas a hacer para sobrevivir las próximas semanas?

—Él apenas repara en mí, y yo... —se había encogido de hombros— pues me dedico a hacer el trabajo por el que me paga tanto dinero. Aún tengo que determinar quiénes son los nuevos encargados de mantener el jardín.

—En pleno invierno...

Ava se había echado a reír.

—Bueno, imagino que son caprichos de millonarios.

—¿Ha cambiado mucho...?

—No lo sé, Jen. Él se limitó a explicarme qué disposición debe mantener su mansión. Las interrupciones durante sus horas de rehabilitación física están vetadas. Sale o entra o viaja en helicóptero a no sé dónde por reuniones de negocios. Así que todo el día la casa está prácticamente desierta. Él siempre fue económicamente un poco más boyante que yo desde que heredó ese dinero de la venta del negocio de su padre y la casa... Y ahora, pues... La vida que Jason lleva es la de una estrella del deporte. Yo soy una simple madre soltera con sueños y ahorros. Eso es todo.

—¡Eso es mucho! —había expresado Jenny—. Has criado a su hijo —dijo

esto en voz bajita— y el cretino ni siquiera tiene la decencia de preguntar por él.

—Y eso es lo que más me duele...

—Él se pierde de conocer un niño maravilloso. —En ese momento Ava había girado el rostro para observar el perfil de Benjamín, mientras sonreía a Hunter y jugaban otra partida de Guitar Hero.

—Dios, Jen, mi hijo es una réplica en miniatura de Jason. Es imposible que, sin importar los años, olvide quién es el padre de Ben.

—Tiene los rasgos de los Carpelli...

—Solo hace falta un ojo experto para sumar dos más dos si acaso llegan a encontrarse, y eso es lo que más temo.

—¿Por qué, Ava? Tú hiciste lo mejor que pudiste para contactarlo y decirle que Ben era su hijo. Él te echó de patitas a la calle como si todos esos años en que fuiste su amiga, cuando no era nada más que un soñador —como muchos otros— no hubieran valido la pena. Así que, te recomiendo... No, te exijo, Ava, que pases de él. Pretende que nada de lo que ocurrió entre ustedes, además de Benjamín, ha valido realmente la pena. No lo necesitaste. Y ahora, no le debes nada, porque él simplemente te está compensando por tu trabajo bien hecho. En pocos meses más podrás tener tu dinero y quizá, no lo sabes, encuentres el amor que mereces.

—El amor trae problemas, Jenny...

—Y también tesoros —había dicho señalando con un gesto de la mano a Ben.

Poco después, como no era de esperar otra cosa de Jenny, esta le había empezado a contar todos los cotilleos que, al parecer, se había guardado desde que Jason volvió con la Copa Stanley a Brooklyn años atrás, y no paró de hablar hasta que Ava —simplemente— fue víctima de un ataque de risa. No había nada de alegre, sino todo lo contrario, era una mezcla agridulce, pero Jenny parecía hacerlo todo menos complicado. Al menos, Ava tenía la certeza de que las personas más importantes en su vida siempre estarían dispuestas a tenderle la mano.

—Sí... Tienes razón... También trae maravillosos tesoros...

Un ligero golpecito en la puerta de la habitación sacó a Ava de sus recuerdos del fin de semana anterior.

Acababa de cumplir la segunda semana en casa de Jason, y desde la reunión que sostuvieron el primer día de la entrevista, apenas lo volvió a ver. Si acaso coincidían durante la cena, cruzaban palabras protocolarias de saludo y eso era todo. Ava había logrado coordinar perfectamente para que el servicio que contrató —chef, jardineros, tres encargados de la limpieza, un especialista en gimnasios y equipo deportivo, y dos personas para lavandería— y gracias a ello no tenía que hablar con él para pedir instrucciones de nada. Si algo había aprendido Ava era a resolver directrices con agilidad, desde muy pequeña, y no tenían que repetirle dos veces los requerimientos.

En la inmensidad de la mansión, lo único que alcanzaba a escuchar eran murmullos o pasos distantes. Por ella, la idea de apenas ver a Jason, le parecía fabulosa.

Salvo por la tensión del pasado en común, ella podía decir que el empleo era muy bueno. Trabajaba de seis a cinco coordinándolo todo, y después tenía la tarde y la noche libre. Aprovechaba para conocer la zona, y debido a que era muy pequeña, era fácil entablar una conversación amable con las personas del supermercado, el par de librerías que había, y de los restaurantes que empezaba a visitar.

Le hacía falta su hijo, pero sabía que al final del día, cada jueves, volaba hacia Brooklyn para estar con él. ¿Acaso no era una ventaja trabajar para un deportista cretino y excéntrico? Claro que sí.

Una amena compañía en la casa era la enfermera Solms. Aunque no trabajaba jornada completa, sino solo por horas, se encargaba de decirle a Ava alguna cosa sobre el estado de salud de Jason, como si intuyera su reticente interés.

Había sido con San Google que Ava encontró los detalles del accidente automovilístico de Jason. Durante mucho tiempo estuvo tentada de buscar

información sobre él, pero un autocontrol de hierro la contuvo. Pero como Jenny no tenía autocontrol y sus neuronas eran más cotillas que la propia dueña, entonces aquel día en el café le había dado más detalles de los que ella hubiera querido saber. Y quizá fue el hecho de que Jason hubiera estado prometido el que la impulsó a curiosear.

Una curiosidad morbosa, no lo negaba, pero no tenía nada que decir en su defensa. Y lo que leyó en diferentes páginas web no la sorprendió. Una mujer siempre estaba detrás de los líos y contradicciones de Jason. ¿No había sido así desde las épocas de la secundaria a raíz del suicidio de Guy?

La tal Elizabeth Parker era guapísima —o las fotografías le hacían justicia— y, según lo que comentaban en las noticias también tenía mucha influencia en el mundo del hockey sobre hielo. No le extrañaba a Ava el hecho de que Jason se hubiese sentido atraído por esa mujer. No solo por lo guapa que era, sino porque compartía una pasión que Ava había tratado de comprender, pero jamás experimentó como cualquier otro fan del hockey podía.

Elizabeth y Jason habían tenido muchas cosas en común a partir de las cuales forjar un matrimonio. Atractivo, dinero, amor por el deporte...No la fidelidad en todo caso. Si Jason hubiera sido suyo —de verdad— alguna vez, no lo habría engañado, porque Ava era leal hasta la médula. Aun cuando no se lo merecían. Su ética personal tenía mucho que ver.

Ella había visto también la fotografía del hombre con el que Elizabeth engañó a Jason. El tal Eric Malhone. Sí, era bien parecido, pero Ava no terminaba de encontrarle algo que consiguiera captar su atención. Parecía demasiado plástico...

Al parecer el escándalo de la infidelidad en los medios de comunicación deportivos había dado mucho de qué hablar durante semanas, después del accidente, pero Jason ya no estaba en los alrededores para soportar a los periodistas. O al menos eso creía Ava. El equipo de relaciones públicas de los Noisy Eagles había enviado un comunicado de prensa sobre la próxima recuperación de Jason, y algunos de sus compañeros de equipo dieron a conocer

sus esperanzas de tenerlo pronto de regreso en plena forma.

Ah, pero Ava no solo había acosado al pobre de San Google, no. Ella había pasado gran cantidad de tiempo en Youtube.

Se había empapado de la vida de Jason en un dos por tres con las nuevas tecnologías. Claro, Jenny le había dicho que pudo haberse ahorrado todas esas horas si hubiera decidido escucharla cuando tenía noticias, tiempo atrás, cada dos por tres. Pero lo que menos hubiera querido Ava era saber de él, en especial, si había noticias como, por ejemplo, sobre los días en que Jason jugaba en Nueva York.

—¿Señorita CarPELLi? —preguntó la enfermera Solms desde el otro lado de la puerta de la habitación.

Ava se apartó de la ventana.

—¿Sí? —preguntó abriendo la puerta.

La sonrisa amable de la mujer la saludó.

—Ya tengo que irme. El señor Wilder está en el estudio, y de pésimo humor. Le aviso por si acaso tenga la desgracia de topárselo.

—No sé por qué no me sorprende —murmuró Ava.

La enfermera se encogió de hombros.

—Al parecer está discutiendo algo con el preparador físico que contrató, un tal Kant Bryant, y es quien le hace la rehabilitación para que pueda volver al juego.

—Sí, lo encontré ayer antes de la sesión de ejercicios de Jason. Gracias por el consejo —miró el reloj—, pero ya que tengo todos los turnos de trabajo organizados, y son casi las cinco de la tarde la acompaño hasta el centro caminando.

—Muchacha, hace demasiado frío, será mejor que le pidamos al chofer que nos lleve, ¿qué tal eso?

Ava sonrió.

—Nah, yo iré caminando. Usted, por favor, tome el automóvil.

—Si insistes...

—Claro que sí.

—Hasta mañana, Ava. Cuídate de la ventisca.

—Lo haré, gracias.

Jason escuchaba con decepción los comentarios de Kant. Su hombro, con una segunda luxación en menos de dos años, no estaba en su mejor forma. A ello debía sumar que su habilidad para esquivar a Ava era cada vez más precaria. La mujer parecía dejar por toda la casa el aroma a ese maldito perfume de rosas que utilizaba desde que él recordaba. ¿Lo hacía para torturarlo?

—Entonces, Kant, ¿cuánto tiempo más crees que tarde en empezar a mover el brazo sin problemas? Necesito volver a Toronto.

—Viajas cada tanto...

—¡A jugar, Kant! Eso es lo que quiero hacer y por eso te contraté.

—Lo sé, Jason, pero de momento no puedo darte el alta.

—El jefe médico del equipo vendrá en dos malditas semanas. Justo antes de Navidad para dar su evaluación. Si no tiene los resultados que espera, entonces no volveré a la temporada para prepararme y jugar antes de que se definan los puntos finales para...

—La copa Stanley —completó el fisioterapeuta especial de Jason. Ya sabía que esa era la letanía, el motivo por el que su cliente se despertaba y entrenaba todos los días con una fiereza propia de los deportistas más tenaces.

—Exacto —murmuró con frustración—. Los negocios y las relaciones públicas las hago por el contrato que tengo con los Noisy Eagles en Toronto. Has viajado conmigo para todas estas gestiones, y te has reunido con Flynn Westwood y con el entrenador de mi equipo. Siento que me ocultas algo.

—Si lo hiciera —dijo Kant con paciencia— entonces sería un profesional deshonesto. Y tú, al considerarlo, estarías insultándome.

Jason lo miró un instante. Asintió.

—No quise... —se sentó de mala gana en el suelo del cuarto de gimnasia.

—Hombre, te comprendo. ¿Vale? Pero usa esa frustración para sanar.

Sigues la dieta, haces los ejercicios, mantienes un enfoque. Trabajemos bien estas dos semanas. La luxación evoluciona con optimismo...

—No lo suficientemente rápido.

—Las luxaciones no se deslizan sobre el hielo —dijo Kant, riéndose—. Ahora debo irme antes de que parta el ferry.

—Usa a Harold, mi chofer.

—Prefiero caminar. Además, si tengo suerte, me encuentro con la bonita ama de llaves que has contratado. ¿Cuál es su nombre? —preguntó.

Jason le lanzó una mirada asesina. Aunque al parecer Kant la confundió con la frustración de no poder jugar de nuevo en la liga de hockey, en lugar de descifrarla como una clara advertencia.

—Ava.

—Eso es, ¿no tienes problema si la invito a salir?

Sí, claro que tenía un grave inconveniente al respecto. Joder. Había hecho su mayor esfuerzo para procurar pensar en otra cosa que no fuera ella. Por querer conocer más sobre su vida. Intentar, de algún modo, redimirse de algo que no lograba comprender cómo había podido echar a perder.

—Está casada —murmuró de mala gana.

Se preguntaba quién era el cretino por el que ella suspiraba, y que estaba fuera de sus cabales hasta el punto de dejar escapar a una mujer tan guapa durante tantos días para que viviera, aunque fuese por trabajo y bien remunerado, en la casa de un hombre soltero y conocido en los círculos internacionales por su afición a acostarse con cuanta mujer deseara. ¿Y él deseaba a Ava? Por completo. Aquello no había estado jamás en duda. Y ahora, además del maldito cabestrillo, tenía una perenne erección ante la idea de volver a tocar a una mujer que no quería saber nada de él. Una mujer que además estaba casada.

—Oh, vaya —dijo Kant encogiéndose de hombros—. En todo caso, campeón, nos vemos la próxima sesión.

—Sí, seguro —murmuró Jason incorporándose para agarrar una botella de

agua. La bebió de cinco tragos largos—. Gracias por el trabajo de hoy.

Kant abandonó la sala y cerró la puerta tras de sí.

Jason entrenaba sin camisa, porque le resultaba más fácil. Decidió utilizar el jacuzzi para relajar los músculos de la espalda. Se secó el sudor con la mano en la que tenía plena movilidad, y después colocó la toalla en la cesta.

No podía quejarse del trabajo de Ava. La propiedad se mantenía impecable, y él carecía de excusas para acercarse a ella a pedirle nada. La sola idea de que estuviera casada, que fuera prohibida, y que además él la hubiese lastimado en el pasado, era una combinación letal para su buen comportamiento. Claro, un buen comportamiento en él era una absoluta utopía. Pero las mujeres casadas estaban fuera de sus límites. No quería líos, y mucho menos después de la experiencia con Elizabeth.

Aún le escocía la traición. ¿A quién no? Pero lo que más le cabreaba era ser consciente de que estaba pasando por esa situación de restricción física del hockey por culpa de un error. Debió aceptar simplemente que no solo él era capaz de lastimar con una infidelidad. El karma era una perra vengativa, y le había tocado su parte.

No solo se había quedado sin prometida, si no que —en su nublado juicio y lastimado ego— puso en riesgo su vida con tal de ir a perseguir y golpear a Eric Malhone. Ahora tenía que pagar el precio de su imprudencia; esperaba que no fuese su carrera profesional. No sabía cómo podría manejarlo.

Estaba cabreado con el mundo. Estaba cabreado consigo mismo.

Si antes lo consideraban un tipo indomable en el rink, pues ahora se sentía de ese modo con todo lo que lo rodeaba. Y era una contradicción, porque al mismo tiempo buscaba redimirse con Ava. La mujer jamás había dejado de importarle. Él había sido valiente para unas cosas, y cobarde para otras.

El único problema era que Ava no le iba a permitir acercarse más allá de lo políticamente correcto. ¿Acaso no era una ironía? Cada triunfo, cada viaje en sus juegos y nuevas experiencias, había sido tentado por coger el teléfono y llamarla. Tantas veces bajo el efecto del alcohol quiso pedirle a Wade que lo llevase con

ella, pero siempre se contuvo.

Había experimentado unos años de vida agitada y de éxito en Edmonton, Anaheim, Chicago, y Toronto, con diferentes equipos de hockey. Le gustaba rotar de un sitio a otro, pero no demasiado para que pudieran percibirlo como inestable o que no podía encajar en un grupo específico de jugadores. En ninguna ocasión, en medio de cada una de las oportunidades que tuvo, fue lo suficientemente valiente para subirse a un avión y explicar su estupidez.

Fastidiado y frustrado, Jason, abrió de sopetón la puerta para ir hacia el patio trasero que tenía una hermosa vista.

Una de las características que le gustó de la propiedad, antes de comprarla, fue la privacidad que le brindaba el entorno. El patio poseía un discreto espacio en una esquina, construido por completo de madera, en el que se encontraba ubicado el jacuzzi. Una vez dentro, le era posible observar tanto el lago como algunas partes de su casa. El jacuzzi tenía capacidad para albergar doce personas.

Para llegar hasta el jacuzzi solo debía rodear la piscina, caminar dos metros adicionales, y podía empezar a disfrutar de ese oasis. Cuatro postes de firme madera, formando un cuadrado, sostenían en lo alto una cúpula transparente para proteger de la lluvia cayendo de forma directa. A pesar de ese pequeño detalle, más por decoración que otra cosa, estando en el interior del jacuzzi se podía sentir cómo corría el viento frío de un lado a otro. Esa sensación de frío y caliente estimulaba a Jason.

Corrió escaleras arriba para agarrar una pantaloneta, una toalla gruesa y zapatillas antideslizantes. Tal como estaba su suerte no quería tentarla y partirse un brazo de un resbalón. Avanzó, tan enfrascado en su rabia y en las próximas cruciales dos semanas para saber el dictamen del comité médico de los Noisy Eagles, que cuando chocó con Ava de repente apenas registró el encontrón.

De no haber sido por el cimbrón en el hombro, que lo hizo maldecir, Jason no se hubiese detenido. Instintivamente, a pesar del dolor, tomó a Ava de los brazos para sostenerla. Como si la suave estructura ósea femenina fuese rival

para el metro ochenta y dos de puro músculo que él representaba.

CAPÍTULO 8

—¿Cómo estás, Ava? —le preguntó Kant—. Este sitio ya parece habitable desde que trabajas aquí.

Ella sonrió con amabilidad. Era fácil con él. Su personalidad era del tipo encantadora y no invadía su espacio personal. Tal y como debería hacer todo el mundo. ¿Qué tenía la gente que pretendía ser más “cercana”, invadiendo el espacio vital y personal de otro ser humano? Resultaba incómodo.

El fisioterapeuta de Jason no tenía más de cuarenta años y estaba en plena forma. Poseía un estilo de atractivo clásico. Muy Paul Newman, si alguien conocía un poco del cine clásico de Hollywood. Salvo que los ojos de Kant eran verdes. Algunas ligeras vetas canosas se entremezclaban con el negro del cabello. Pero era su sonrisa amable que conseguía que el resto de sus facciones fuesen mucho más impactantes.

No era la primera vez que Ava lo veía en el tiempo que llevaba trabajando para Jason. Era ella quien estilaba abrir la puerta a los invitados que, curiosamente, no incluían ninguna mujer de pechos plásticos y sonrisa boba. Sí, aquel era un milagro.

En ninguna ocasión en la que había recibido a Kant Bryant, Ava podía decir que la había hecho sentir incómoda o su conversación hubiera estado fuera de tono. Eso, a pesar del interés que siempre demostraba por ella en un plano que —esperaba no estar fuera de práctica en su intuición con respecto al sexo opuesto— intuía que no era mera cortesía.

En esos momentos, ella acababa de tener una discusión con el jardinero porque, lógicamente, no entendía cómo el dueño de la casa pretendía que el jardín se mantuviese colorido en pleno invierno. Así que Ava pensó en la solución más coherente. Le pidió que fuese a comprar las mejores flores plásticas que pudiese conseguir, y cuando acabase el invierno entonces las

quitaba para sembrar unas reales.

Lo más probable era que ella no estuviese alrededor para ver la cara de Jason una vez que las plantas de invierno falsas dejaran de estar alrededor y todo el jardín se volviese una masa de tierra desolada, sin plantas. Al menos durante varias largas semanas en que los bulbos que el jardinero pudiese sembrar, germinaran.

—Hola, Kant —sonrió— hoy, un poco atareada. La próxima semana Jason quiere dar una fiesta por Navidad para sus compañeros de equipo.

—¿Tienes que organizarlo todo tú sola?

—Claro que no, yo solo debo contratar y coordinar a la agencia de eventos. Aunque imagino que será un fin de semana sin descanso. Ya tienes reservada tu habitación de hotel, si acaso te preocupa.

Kant rio.

—No, no. Sé que eres eficiente o al menos si Jason no te despidió al segundo día, eso ya dice mucho. Por cierto, me gustaría invitarte a tomar algo una de estas tardes. Salvo que lo que he escuchado sea cierto —expresó apoyando la mano sobre el pasamanos de la escalera.

—¿Y qué sería eso que has escuchado? —preguntó intrigada.

No sabía si era una de esas típicas líneas hechas para ligar, pero le siguió el hilo.

—Que estás casada...

Ava no pudo evitar reírse a carcajadas. Cuando elevó la mirada hacia Kant este la observaba con una sonrisa.

—Supongo que ya tengo mi respuesta. No es de sorprender que Jason te quiera solo para él. —La sonrisa de inmediato se borró del rostro de Ava, y Kant lamentó el comentario de inmediato—. No quise ofenderte. No estaba implicando que tú y...

—No estoy casada, no. Jason lo asumió y yo no lo he sacado de su error. Es mi vida personal, así que no tengo interés en discutirlo con quien me paga el salario.

—¿Eso significa que aceptarías salir a tomar un café conmigo la próxima vez que te encuentre por aquí?

Ella sonrió.

—Lo pensaré, gracias, Kant —dijo.

—Eso haz, piénsalo, y dale a este pobre fisioterapeuta un poco de paz —dijo en tono dramático haciéndola reír.

—Ahora tengo que continuar mi trabajo que, aunque una agencia de eventos pareciera ser capaz de hacerlo todo con eficiencia, siempre tiene que existir una supervisión de cerca.

Él asintió, y ella empezó a subir las escaleras. Ya era casi la hora en que terminaba su turno de la mañana. Quería aprovechar para ir a una tienda de antigüedades para comprarle un souvenir a Ben. A su hijo le encantaba coleccionar todo tipo de cosas, y aquellas que lucían antiguas, mucho más. ¿Quién era ella para impedirle a Ben llevar a cabo su sana afición?

Después de su charla con Jenny, Ava le concedía la razón. No existía un motivo para negarse a salir con alguien. La invitación de Kant era inofensiva. Solo sería un café, y también aceptar esa salida era un gran paso para ella.

Una cita no era algo que, ni remotamente, estaba en su agenda diaria en Brooklyn. Vamos, en ninguna parte. Tal vez empezaba a sentir la soledad en medio de esa mansión de Lake Placid y también en su vida personal. Vivía rodeada de fantasmas del pasado, en su presente. Qué cosa tan insana.

Tenía tan solo veintiocho años, no estaba muerta. ¡Dios! Aunque no quisiera, la idea de estar soltera para el bienestar emocional de su hijo era solo una excusa lamentable a su miedo de sufrir. Y esa excusa empezaba a resultarle incómoda.

Había subido un momento a su habitación para recoger su teléfono. Lo había dejado conectado en la mañana y olvidó bajarlo. Pensó en su hijo y la facilidad asombrosa que tenía para manejar todos los aparatos electrónicos. Suponía que todos los niños nacidos en una era tan tecnológico eran así.

Ben era muy inteligente y, siempre que ella actuase con discreción con

respeto a una cita, todo iría bien. «Vaya. Esa es una excelente reflexión», pensó con ironía. Se sentía contenta de que, al menos, algún pensamiento menos restrictivo consigo misma se hubiera colado por su cabeza. Como si se hubiera dado permiso. «Era un avance», pensó con una sonrisa antes de chocar contra una pared de atlética contextura.

Por acto reflejo elevó el rostro y dejó caer las llaves de la casa que tenía entre las manos. ¿Es que la vida estaba burlándose de ella?

—¿Estás bien? —le preguntó Jason. Tenía el cabello húmedo debido al ejercicio y el rostro crispado de dolor era un indicio de que no debió mover en ningún momento el brazo izquierdo tal como lo había hecho. Apartó las manos de ella.

Ella lo miró con el corazón acelerado. Los músculos de Jason eran más robustos que el de aquel chico que amó una vez tiempo atrás. No estaba ante un muchacho, sino un hombre hecho para tentar a las más cautas. Y ella jamás había sido cauta.

Los ojos verdes claro refulgían con un brillo extraño, quizá la adrenalina por el entrenamiento, y no llevaba camisa. Sus abdominales perfectamente definidos se le antojaban tentadores a Ava. Era quizá la mezcla de su necesidad física por un alivio negado a sí misma durante tanto tiempo, con la testosterona que pululaba a borbotones por doquier en esos instantes, la que estaba causando estragos en sus sentidos tan sensibles. ¿Cuándo había sido la última vez que estuvo con un hombre que tuviese ese físico?

Después de Jason, y dos años después del nacimiento de Ben, Ava se había acostado tan solo con un hombre. Fue un tema de dos o tres noches. Porque su cuerpo lo necesitaba, porque su autoestima lo pedía a gritos, y aunque ese hombre había sido un gran alivio, también le enseñó que la soledad y la falta de solaz o incluso la carencia de sexo podía llevar a tomar decisiones apresuradas.

Al no amar a Ferdinand, lo cierto es que terminó sintiéndose más vacía. Eso sí, su ego se fortaleció y su autoestima como mujer —además de ser madre, hija o amiga— tuvo un subidón. Desde entonces, no había existido nadie más...

Ferdinand palidecía en comparación a Jason. Dios, todos palidecían cuando ella tenía que comparar con el padre de su hijo. Peor ahora viéndolo a Jason con tan poca ropa y teniéndolo tan de cerca con sus músculos palpitantes después del ejercicio.

No quería volver a sentirse vacía al entregar su cuerpo por placer, para darlo y recibirlo, porque no merecía la pena. Había aprendido la lección.

Ferdinand era el único secreto que guardaba a su mejor amiga, Jenny. ¿Acaso no tenían todos, un sucio secreto que guardar? Ese era el de Ava.

—Sí... ¿Por qué andas sin camisa por la casa? Va a darte una pulmonía.

Él inclinó la cabeza hacia un lado con una sonrisa pícaro. El dolor del hombro empezaba a remitir con rapidez. Debía recordarse que no podía hacer demasiado esfuerzo por más que sus ejercicios con Kant fuesen aumentando de intensidad a medida que progresaba.

Ya podía quitarse a ratos la escayola por sí solo, sin la supervisión constante de la enfermera Solms, pero no era un irresponsable, así que consultaba cada tanto con Kant o llamaba a Flynn Westwood, el preparador físico en jefe de los eagles en Toronto, sobre lo que podía o no hacer. Pretendía hacer una fiesta el siguiente fin de semana, justo antes de Navidad.

—Creía que solo te importaba mi dinero, Ava.

Ella miró hacia otro lado.

—Sigue siendo así...

Jason sabía que tenía que apartarse. Iba a jacuzzi. Ese era su destino. Lastimosamente la imagen que acudió a su mente fue la de Ava desnuda en medio de la burbujeante agua caliente mientras el frío viento de diciembre ponía erectos sus pezones invitándolo a chuparlos...

—¿Y por eso rehúyes mi mirada? —preguntó aclarándose la voz.

—Tengo cosas que hacer, y me estás interrumpiendo —murmuró.

¿Por qué simplemente no la dejaba en paz? No lo quería cerca.

Jason se acercó todavía más, muy consciente de que el rubor de las mejillas de Ava no tenía en absoluto que ver con sus actividades para organizar la fiesta

de la siguiente semana. A él le gustaba provocarla. Siempre había sido así.

—Bueno, puesto que soy tu jefe, entonces tengo una orden que quiero que cumplas. —Ella lo miró con fastidio con la barbilla elevada. Se cruzó de brazos, no sin antes agacharse a recoger las llaves de la casa del suelo de mala gana.

—Usted dirá, *jefe* —replicó con altanería, y Jason se echó a reír.

Cuando Ava se dio cuenta de que empezaba a esbozar ella también una sonrisa se detuvo de inmediato.

—Llévame un par de toallas grandes a la esquina de la glorieta en donde está el jacuzzi, y una botella de agua bien helada.

—¿No tienes manos?

—Eres una ama de llaves muy protestona.

—Tengo una fiesta por organizar, y no me pagas extra para asistirte por el hombro que no te funciona como quisieras.

—Podríamos acordar un precio, entonces —dijo con acercándose todavía más, y Ava pronto sintió el barandal del segundo piso contra su espalda baja.

«¿Qué neurona no te está funcionando, Carpelli?», se preguntó a sí misma. En lugar de huir como si él tuviera la peste —que en pocas palabras podía ser cierto debido a la cantidad de cortocircuitos que causaba en el raciocinio de Ava — se permitía quedarse sin salida. Debería empujarlo, pero si lo hacía podría lastimarlo, y también sentirse demasiado cómoda tocando su piel húmeda. Quizá empezaba a enloquecer, porque lejos de sentir repelús al verlo sudado, la idea de que ese sudor fuese causado por una sesión de húmedo sexo le parecía atractiva. Demasiado atractiva para su sanidad mental.

Sacudió la cabeza para quitarse esos pensamientos estúpidos de la mente.

—Jason, ¿qué te parece si vas a hacer lo que debes hacer y yo te llevo tus toallas? —preguntó a cambio. No quería discutir con él, porque cada vez que lo hacía implicaba un doble uso de sus neuronas. Pensar con él tan cerca, por más que lo odiara, lo despreciara, y se sintiera dolida, no le resultaba fácil. Peor si estaba tan a medio vestir exhibiendo su cuerpo tentador. ¡Maldito fuera!

—Oh, entonces estás ansiosa de verme desaparecer —preguntó en un

susurro, a unos breves milímetros de la boca de ella— ¿mucho tentación?

Ava se preguntó si acaso el hombre le leía el pensamiento, aún a pesar de los años. Como idiota, se permitió quedarse unos segundos prendada de la forma de esa boca. El labio inferior era ligeramente más lleno que el superior, y durante varias noches Ava había disfrutado de esos labios.

—De perderte de vista, no tienes idea —espetó cruzándose de brazos. Llevaba esa mañana un jersey blanco de cuello tortuga. No podía hacer nada para ocultar sus curvas, ni quería hacerlo, porque se sentía orgullosa de ellas. Pero se sentía expuesta ante Jason, como si no llevase ni sujetador, blusa interior y jersey encima. ¿Cómo era que ese hombre conseguía arrancarle todo pensamiento coherente de su cabeza?

Él se inclinó hasta dejar sus labios en la oreja de Ava.

—Ser mentirosa nunca te ha sentado bien —dijo sin perder el buen humor.

—No me conoces, Jason. Así que ya no puedes saberlo —repuso en un tono que lo retaba a contradecirla—. Tal vez las mentiras sean mi nueva forma de vida.

Jason se apartó, porque esas palabras eran un recordatorio de los años que separaban a cada uno de lo que una vez fueron juntos. Amigos, compinches... amantes. Hasta que él lo echó todo a perder, sin mirar atrás. Las palabras resultaron como un cubo de agua helada que le hizo recordar a Jason el motivo por el que Ava no quería saber de él en un plano personal. Ni de amistad, porque eso era lo que —aunque nadie quisiera creerlo— le había dolido más que nada en el mundo.

—Diez minutos en el jacuzzi —dijo con súbita acidez.

Empezó a alejarse con paso firme y un estado anímico más endiablado. Se sentía idiota. ¿A quién quería engañar? No importaba cuánto dinero tuviese o cuánta fama, incluso ahora, siete años más tarde, sentía que Ava podía ver a través de su fachada de despreocupación.

Él la había lastimado, y si hubiera estado en el sitio de ella, lo más probable era que no hubiese aceptado el empleo. Así que se sentía intrigado. Quería saber

por qué Ava necesitaba tanto el dinero hasta el punto de soportarlo a él y sus demandas.

Era evidente que la chispa de atracción entre ellos no se había extinguido, pero que Ava fuese a admitirlo era todo un reto. Aunque él era un hombre recursivo y de estrategias. Si ella se consideraba su oponente, entonces él encontraría la forma de vencerla y doblegar su voluntad. Podría encontrar los métodos para conseguirlo.

Con una sonrisa fue a ducharse para después poder disfrutar en paz del jacuzzi y la preciosa vista. Las bajas temperaturas no eran un problema, y el agua caliente iba a hacerle más que bien...

Solo se dio cuenta de que todo su cuerpo temblaba cuando él se alejó. Hubiera dado cualquier cosa por retroceder el tiempo y entender qué era lo que pasaba por la cabeza de Jason cuando la fama lo había arropado con sus sensuales artes. Debió entender su sed de libertad y su incapacidad de comprometerse. Siendo su mejor amiga debió darse cuenta, pero había sido tan necia, y cayó en la fantasía que su propia cabeza sembró en su mente.

Fue hasta el clóset, al final del pasillo, del lado opuesto de la habitación de Jason, y abrió las puertas de madera. Recogió una salida de baño, dos toallas grandes, y después bajó a la cocina para buscar la botella de agua. Si hubiera estado Lindsay, la señora que se encargaba de cocinar, estaba segura de que la habría enviado al jacuzzi.

Se abrigó y abrió la puerta corrediza que daba al patio privado. Dios, estaba heladísimo. ¿En qué cabeza se metía la idea de disfrutar en un jacuzzi en un día con esas condiciones climáticas? Refunfuñando por lo bajo, empezó a rodear la piscina y divisó a lo lejos la parte trasera de la cabeza de Jason. Estaba cómodamente sentado dándole la espalda y disfrutando de la humeante agua.

Por un instante, Ava se permitió observar el escenario. Ligerísimos copos de nieve caían como besos suaves por toda la superficie. El lago presentaba

tonos azulados y blancos, indicio claro de que había partes que ya se habían congelado. Las casas de alrededor refulgían con las luces propias de la época navideña. Y su alrededor, gracias al trabajo de los electricistas días atrás, estaba llena de juegos de luces que brindaban una atmósfera cálida. Parecía una postal. Lástima que todo fuese apariencia.

Caminó y sus botas resonaron al pisar el primer escalón que llevaba a los asientos de madera adheridos al suelo que rodeaba el inmenso jacuzzi. A pesar de las burbujas, Ava sabía que Jason estaba desnudo. Él se giró y le dedicó una mirada apática. Bien, pues si así iban a estar las cosas, qué mejor.

—Aquí tienes. Dos toallas. La salida de baño. Una botella de agua.

Empezó a retirarse, pero las palabras de Jason la detuvieron en seco.

—Ava, te debo una disculpa.

Incrédula, ella giró sobre sus pasos y se plantó frente a él. ¿Habría escuchado mal? Lo observó con sospecha, pero en su rostro no observó nada que diera a entender que estuviese burlándose o jugando. Estaba muy serio. Todo su cuerpo cubierto de espuma y agua. Ella temblaba dentro del grueso abrigo, pero las palabras de Jason parecieron deslizarse por la ligera ruptura de su fuerte armadura, y su talante defensivo se calmó un poco.

Se abrazó a sí misma.

—Creo que no es necesario. Me pagas para que te ayude y...

—Sabes que nada tiene que ver mi disculpa con que te haya pedido que me trajeras todo esto —expresó señalando con la mano las cosas que Ava había dejado junto a él. El vaho que salía de su cálido aliento se entremezclaba con la fría atmósfera—. Estoy en desventaja aquí dentro, y tú fuera. Si saliese sin nada que cubrirme me podría morir de alguna pulmonía.

—El drama no es tu mejor baza, Wilder —murmuró.

—Mírame, por favor.

—El frío te está afectando porque empiezas a tener buenas maneras.

—Siempre las he tenido, tu madre me las enseñó. Y de algún modo, antes de morir, mi madre hizo un buen trabajo también.

—Lástima que no honres siempre esas enseñanzas —dijo con resentimiento.

—Quiero que podamos ser amigos otra vez.

Entonces, ella se rio.

—Jason, no sabes lo que dices. Para que tengas una amiga, lo más importante es mantener su confianza. Tú perdiste la mía hace mucho tiempo —dijo mirándolo fijamente— y no creo que vuelvas a recuperarla.

—Fue un grave error...

Le asombró la expresión de pesar que asomó en los ojos de Jason, pero no iba a dejarse amilanar, ella solo estaba para hacer un trabajo, ahorrar dinero, y después largarse para siempre y perder a Jason de vista.

—¿Qué parte exactamente? ¿Cuándo me dijiste que estabas enamorado de mí, y semanas después en Chicago todo se vino abajo como un castillo de naipes?

—Lo que viste...

—Déjalo, Jason. Ya es agua pasada —dijo decepcionada.

—¿Verdad o reto? —dijo él, súbitamente, cuando Ava cerró los ojos tratando de no recordar la infame escena. Resultaba imposible. Parecía grabada a fuego en su memoria al igual que la forma en que su corazón se hizo trizas.

—No quiero jugar ese juego hoy... Ni nunca.

—¿Acaso te preocupa no poder decir una verdad? —preguntó. Quería salir del jacuzzi, pero había tenido la genial idea de meterse desnudo en su intento de abochornar a Ava. El abochornado hubiera terminado siendo él.

—El mentiroso aquí es otro...

Simplemente la miró, esperando a que respondiera.

Ava no se consideraba cobarde, y jamás había elegido otra cosa distinta a la verdad. Así que iba a demostrarle que ese juego tonto de adolescentes no le afectaba.

—Verdad —dijo de mala gana.

—¿Todavía me quieres?

Ella abrió los ojos desmesuradamente.

—No.

—¿Prefieres el reto? —preguntó creyendo que se estaba rehusando a responder.

—No. La respuesta es *no*. Dejé de amarte y de quererte el día en que me cerraste las puertas de tu vida cuando más te necesitaba.

—¿De qué me estás hablando?

—Me toca preguntar a mí. —Él asintió, a pesar de que no entendía a qué se refería Ava—. ¿Verdad o reto?

—Verdad...

—¿Te ibas a casar con la heredera de un equipo de hockey porque la amabas?

—No. —Y aquella fue la respuesta más fácil y sincera que Jason había dicho en mucho, muchísimo, tiempo a otra persona—. Supongo que debo sentirme halagado de que te hubieses interesado lo suficiente para buscar información sobre mí.

Ella elevó las manos al techo de cristal como si estuviese pidiendo ayuda para tolerarlo. Y quizá, en realidad estaba haciéndolo para resistirlo. Estaba tentada de mirar más debajo de la barbilla de Jason, pero era masoquista. Al menos no se sentía tentada a serlo ese día. Ya había tenido suficiente, momentos antes, en el segundo piso de la casa, y no por voluntad propia.

—No sé en quién te has convertido, además de lo que dicen los cotilleos, así que prefería estar informada...

Él asintió con una sonrisa que dejaba entrever que no la creía, pero ninguno de los dos dijo nada al respecto.

—Verdad o reto, Ava.

—Verdad.

—¿Me darías la oportunidad de ganarme de nuevo tu confianza?

—Es momento de acabar el juego, Jason. Ya hemos contestado cada uno, una pregunta. Me parece suficiente. Ahora tengo que volver dentro para

coordinar mañana la empresa encargada de las bebidas...

—Contéstame —pidió, interrumpiéndola. El verdor de sus ojos parecía brillar más de lo normal, y ella se dejó envolver por una milésima de segundo en ellos—. Por favor...

Ava cerró los ojos, y esperó que su conciencia le dijera que no. Pero esa etapa de su vida necesitaba sanar. Necesitaba decirle “adiós” a Jason en buenos términos, porque de lo contrario no podría avanzar. Estaba estancada en el resentimiento. Solo le estaba pidiendo que intentasen volver a ser amigos. Eso era todo. «Por favor.» Eran dos palabras mágicas que, al parecer, a Jason le costaban mucho decir...

Ella solo tenía que reafirmar lo poco que podía confiar en él a través de sus acciones que, estaba segura, la volverían a defraudar. Ni siquiera merecía la pena recordarle sobre Ben, y ella haría bien en no mencionarlo tampoco. Bajo estas circunstancias prefería mantener a su hijo al margen. No tenía caso remover las aguas de ese lado del océano, por decir de algún modo. Una vez que ella acabara su tiempo de trabajo en Lake Placid, entonces todo volvería a la normalidad.

—De acuerdo.

CAPÍTULO 9

Nueva York, Estados Unidos.

Años atrás.

El ruido de los automóviles alrededor estaba ligeramente aplacado por la charla de los clientes del Starbucks ubicado a dos cuadras del piso en el que Jenny vivía. Se había independizado apenas salió de la secundaria, y, por supuesto, Ava era su compañera de piso.

A pesar de que podían charlar largo y tendido cuando quisiera, la idea de un chai-tea-latte siempre apetecía. Como esa noche. Además, caminar les hacía bien después de un jueves pesado en el trabajo de medio tiempo que cada una llevaba. Jenny ejercía de cajera en un Sephora, y Ava trabajaba un rato con sus padres y el resto del tiempo en una sucursal del Barnes & Noble.

—Han pasado cuatro meses, Ava. ¿Por qué crees que va a volver?

—Porque dijo que lo haría.

Jen llevaba el cabello por debajo de la barbilla en un corte muy chic, y Ava mantenía su melena brillante y ondulada hasta media espalda.

—En serio, le dijiste que lo querías de un modo distinto a un mejor amigo, se largó en pocos días a Edmonton —o sea, al otro lado de Nueva York— ni bien firmó el contrato con esos payasos que juegan hockey...

—Jen...

—Es cierto, yo no entiendo la afición de esos hombres por quedarse sin dientes. —Ava soltó una carcajada—. En todo caso, el asunto, querida amiga, es que Jason está disfrutando de su nuevo inicio. Tiene que adaptarse, conocer su campo de trabajo, y siendo tan guapo, ¿acaso crees que no tendrá propuestas indecentes que querrá aceptar, gustoso, en la cama?

—No parece que estés elevándome el ánimo —murmuró, girando la pajilla

negra en el interior del latte. Le había puesto un extra de canela, tal como le gustaba.

La sola idea de Jason viviendo el mismo estilo de vida libertino que había llevado en Nueva York, le causaba pesar. No podía controlar a otra persona, era absurdo, y tampoco existían garantías, a pesar de que hubiera promesas de por medio, de fidelidad. Vamos, ni siquiera en los matrimonios. Por otra parte, ninguna de esas promesas que le hizo Jason antes de irse incluía fidelidad, pues tampoco le había dicho lo que sentía por ella... O si acaso sentía algo por ella. Atracción, evidentemente, pero el amor estaba en otra categoría distinta.

—Tienes que ser realista. Hablas con él por teléfono, en el mismo modo que lo hacías cuando estaban en el mismo espacio geográfico. ¿Qué ha cambiado? Dime.

Odiaba cuando Jenny tenía razón, pensó Ava.

—Jason sabe que estoy enamorada de él, y que lo quiero... —murmuró.

Jenny suspiró, frustrada.

—Tiene diecisiete años recién cumplidos. Vas a entrar al college. Él está disfrutando su vida por el mundo, no hay nada que lo ate aquí. Ava, sigue tu vida, porque estoy segura de que él está haciendo exactamente eso. Seguro que volverá, no lo dudes, tan solo piensa que lo hará cuando sienta que puede regresar al sitio en que se crio convertido en un hombre exitoso.

—Él no me mentiría...

Jenny decidió no continuar discutiendo. Su amiga estaba más que ciega, medio tuerta. Y eso era ser amable. Jason llevaba fuera cuatro meses. Las llamadas eran cada vez más esporádicas, y el correo electrónico tampoco era frecuente. En ninguna de sus comunicaciones le daba a entender a Ava que quisiera regresar. Seguro lo haría, pero no pronto. Diablos. Detestaba que Wilder fuese tan inmaduro todavía.

—Ava, si algún chico te invita a salir, le dices que sí. Y si Jason no aparece en los próximos dos meses por aquí, entonces será mejor que aceptes que su tardanza en darte una respuesta concreta sobre una fecha tiene relación, *gran*

relación, con esto —sacó un ejemplar, algo arrugado, de la sección de deportes del New York Times— creo que si lo ves con tus propios ojos te convencerás que estás siendo ingenua.

Renuente, Ava tomó el periódico y miró la fotografía. *Promesa del hockey rompe corazones en Canadá*. Era la fotografía de Jason, sonriente, junto a tres chicas guapísimas, al parecer en un elegante evento en alguna ciudad canadiense. Ava no llevaba récord de la ciudad en que él estaba jugando cada tanto. Él viaja muchísimo, y ella tenía responsabilidades que no incluían desvivirse por un mejor amigo, de quien estaba perdidamente enamorada, ni tampoco estar pendiente de un calendario.

Era evidente que estaba divirtiéndose, y que estaba feliz. Eso la ponía contenta, pero le gustaría compartir esos momentos juntos... Sí, él seguía manteniendo su indómita vida de soltero y Ava no creía que eso fuera a cambiar.

—Entiendo —murmuró dejando el periódico sobre la mesa.

Jenny estiró la mano y le dio un apretón a la Ava con afecto.

—Hey, no pongas esa cara. Sabíamos que, al irse, todo esto iba a llegar. Es joven. Tú eres joven. Déjalo estar... Cuando menos lo esperes, la vida va a sorprenderte. Es tu mejor amigo, y a veces es preferible que siga siéndolo.

—¡Tu mejor amigo no te besa como si quisiera hacerte el amor en pleno aeropuerto! —exclamó reclinándose contra el respaldo de la silla de metal—. No estoy divagando, Jen.

La muchacha se encogió de hombros y dio un mordisco al croissant.

—No digo que lo estés haciendo...

—¿Entonces?

—Ava, me parece que quizá, esa despedida en el aeropuerto tan emocional, fue un momento en que ambos terminaban una etapa de sus vidas. Él tiene un camino trazado, una meta. Y tú las tuyas. Al menos, piensa que, si Jason Wilder es el hombre de tu vida, las piezas encajarán cuando sea el tiempo. No importan cuántas mujeres, cuántos meses, si están destinados, el camino se alinearé de tal forma que ustedes estarán juntos como algo más que solo amigos.

—Supongo...

—No vas a dejar de hablar con él, vamos, tienen tanto que compartir. ¡Son mejores amigos!

—La llamada friend zone, ¿eh?

—No tanto, así, al menos te besó. Tienes una pista bastante interesante de lo que podría ser si...

—El destino es estar juntos —completó Ava con una sonrisa.

—Eso es, chica. ¿Ves? No has sido tan dura de la cabeza después de todo. Ambas soltaron una carcajada, y el semblante aprensivo de Ava se tornó afable.

—Creo que venir al Starbucks te hace bien para dar consejos, Jen.

Jenny se rio.

—Pues, ya tienes una muestra, ahora tú pagas la cuenta del helado que vamos a tomar en Baskin Robbins, porque yo ya te he servido de consejera emocional.

—Ya sabía que no todo era altruismo en ti.

Jenny se encogió de hombros sin dejar de sonreír.

Ava estaba saliendo con Zayn Nascer, un estudiante de segundo año de arquitectura. Su vida parecía haber recobrado un equilibrio que creyó perder el día en que Jason partió para cumplir sus sueños. Hablaban siempre, pero la euforia que ella creyó ver en su mirada antes de irse, en la terminal del aeropuerto, tan llena de ilusión por algo que parecía haberse fraguado entre ellos, ya no estaba más...

Hubo pocas ocasiones en que Jason jugó con uno de sus equipos de hockey como visitante en Nueva York, y esas veces él le envió entradas VIP para el partido a Ava. Después había alguna fiesta, ganaran o perdieran, a las que también ella estaba presente e iba con Jenny. Entre las dos la pasaban bien, pero Ava sentía gran pesar al darse cuenta de que Jason no tenía interés en sostener

una conversación más profunda lejos de los típicos comentarios de lo que hacían cada uno o cómo les iba en la vida. Como si eso ya no se lo contasen por los, cada vez, más espaciados emails.

Con el paso de los meses, él se volvía más distante, y Ava se resignaba más a que todo lo que habían vivido juntos carecía de un valor mayor al que ella siempre le había otorgado. ¿La fama no cambiaba a las personas? Ya no estaba tan segura de eso.

Una ocasión en que Jason estaba en Nueva York, Ava le dijo que sus padres querían saludarlo e invitarlo a cenar, pero él se dejó arrastrar por sus compañeros de equipo a una fiesta y se excusó. Poco a poco, Ava se resignó a que nunca habría entre ambos algo más que buenos recuerdos del pasado y una amistad. Finalmente, cesó en su idea de esperarlo.

Tal como le sugirió Jenny, Ava aceptó salir con alguien que parecía interesante. Le resultaba imposible compararlo con Jason, pero tenía que aprender a vivir con ello.

Zayn era descendiente de árabes y poseía una cosmovisión muy interesante. No eran compañeros de clases, pero se habían conocido por amigos mutuos. Al final, Ava terminó aceptando su invitación a salir esa noche. La piel morena de Zayn en contraste con aquellos brillantes ojos azules formaban un conjunto muy atractivo.

Era casi finales de junio, y el calor en la ciudad resultaba un poco agobiante. Ava no quería saber cómo sería agosto. Si cada uno pudiera moldear el clima a su antojo, todo sería más llevadero.

—Estoy nerviosa —le dijo a Jenny—. ¿Te parece que es demasiado descubierto este vestido? —Giró sobre sí misma.

Llevaba un vestido de verano, de flores fucsia con tonos muy bajos de amarillo, y el resto de la tela era blanca. Se veía muy chic, y también estilo años sesenta. Por esos días estaba de moda lo retro. Llevaba unas sandalias blancas que dejaban ver su pedicura roja que, tal como su madre le había inculcado para ahorrar dinero, se la hacía ella misma. Ya lo hacía casi de modo automático, al

igual que su manicura. Parte de su rutina de fin de semana, y de paso se ahorra cuarenta dólares. Más la propina. No había que olvidar ese detalle.

—Estás guapísima. Te queda mejor el cabello suelto, ahora que lo llevas un poco debajo de los hombros, pero con este calor del infierno, la coleta te sienta genial —dijo Jenny con una sonrisa—. Creo que ese Zayn no tiene oportunidad.

—No estoy tratando de acostarme con él —murmuró Ava, agarrando su bolsa. Eran ya casi las ocho de la tarde, y Zayn llegaría en cualquier momento.

—Bueno, pues ya tienes suficiente edad para dejarte de tonterías. ¿Qué esperas? Tu cita de hoy es muy sexy —le hizo un guiño.

Ava soltó una carcajada.

—Ya veremos.

De pronto el rostro de Jenny se tornó serio. Ava frunció el ceño, y se acercó al sofá en el que su amiga estaba sentada. Se acomodó a su lado.

—¿Qué ocurre, Jen?

—Ya te he dicho que debes sacar las narices de los libros por un fin de semana, y deberías seguir las noticias. —Ava sonrió, y dejó que Jenny continuara. Por supuesto, no la defraudó—: ¿Sabes qué equipo acaba de ganar la Copa Stanley?

Ava la quedó mirando con el corazón acelerado. Desde hacía casi un mes que no sabía nada de Jason. Lo único que sí sabía era que había dejado su equipo de Edmonton y que ahora estaba jugando para los Chicago Dolphins. No era gran cosa, los jugadores solían ser transferidos de una ciudad a otra según la conveniencia de los dueños de los equipos.

—No tengo idea... —murmuró—, pero supongo que si me haces la pregunta es porque la respuesta es obvia. —Jenny asintió.

Ava permaneció un rato en silencio.

—¿Hace cuánto?

—Diez días atrás.

Y Jason no la había llamado, pensó Ava, decepcionada. «Promesas rotas.» Quiso reírse, históricamente, por cómo continuaba poniendo esperanzas en

alguien que, era evidente, no podía pensar más allá del rink.

Se incorporó y le dio un abrazo a Jenny con una sonrisa que no le llegaba al corazón. La noticia le cayó como un balde de agua fría. Lo superaría. Como siempre.

—Tengo una cita que atender, señorita Crawford —dijo en broma—. El college es un asunto muy complejo y hoy necesito relajarme.

Jen, en lugar de sonreírle, la miró apesadumbrada, porque sabía las promesas que le había hecho Jason Wilder a su mejor amiga. Y también porque conocía cómo era el corazón de Ava: demasiado generoso para su bienestar.

—Siento que las cosas no hayan salido como esperabas...

Ava se encogió de hombros. Suspiró, y en el instante que iba a la cocina por un vaso de agua, llamaron al interfono. Fue a contestar. Zayn esperaba por ella.

—No pasa nada, Jen. Ya tengo que irme.

—Llámame si necesitas que te rescaten.

—Zayn parece una persona muy decente, así que le daré una oportunidad. Y claro que te llamaré, aunque en esta ocasión no creo que sea necesario.

—Ese hombre está guapísimo, no te vayas a olvidar de ese pequeño detalle —terció Jen haciéndole un guiño para deshacer el pesar que sabía, Ava llevaba en el corazón—. Pásalo genial.

—Iremos a cenar y a bailar, ¿cómo pasarlo mal?

Jen asintió, y se acordó de algo que consideró muy importante.

—¡Lleva condoneees, Ava, muuuchos! —gritó. La carcajada de Ava perdiéndose, al cerrarse la puerta del piso que compartían, era un buen síntoma para el resto de la noche. O al menos, eso esperaba Jenny.

El equipo que solía jugar en activo consistía en veintidós jugadores. Así que Jason había esperado su turno antes de llamar a Ava y decirle que iría a buscarla con la Copa Stanley, tal como le había prometido años atrás. No podía

creerlo. Apenas era capaz de aceptar que, junto a los Chicago Dolphins, con solo veintidós años estaba alzando el máximo galardón de la NHL. Llevaba un año en el equipo, y había sido sin dudarle el mejor.

¡Lo había conseguido!

Durante estos años de trabajo intenso, la idea de volver al barrio de Brooklyn en el que había crecido le apetecía muy poco. Nada tenía que ver con sus ganas de estar con Ava, pero sí con la necesidad de llevarle la prueba física de que él podía conseguir todo lo que se propusiera. Que no la había defraudado.

A medida que el tiempo corría desde su partida hacia Edmonton, con su primer equipo, los correos electrónicos empezaron a hacerse más espaciados. Las llamadas no coincidían con los horarios de cada uno. Y escribir letras a mano, aunque resultaba algo infrecuente, no era algo que Jason tuviera tiempo de hacer. Viajaba mucho y entrenaba con persistencia. Aquella era la profesión de sus sueños.

Las pocas ocasiones que estuvo con Ava, saliendo con sus amigos en Nueva York, se obligó a contener las ganas de pasar tiempo a solas con ella. Cada ocasión que la veía estaba más guapa, y deslumbraba con una sensualidad que no era consciente de poseer. Sus amigos de equipo, sí lo habían notado, y Jason se ocupó de decirles que Ava no estaba en el menú de ligues de una noche, ni de ninguna otra clase. Él no daba explicaciones a sus súbitas salidas de tono.

Se metían con él, pues entonces se atenían a las consecuencias, y si resultaba que estaban en pleno partido de hockey, pues él terminaba en una pelea con los del equipo contrario para desquitarse de su mal genio. Dejaba la furia en el rink y, al menos tenía suerte, anotaba en el marcador a favor de su equipo.

No iba a negar que era egoísta. Mientras él se acostaba con cuantas muchachas quisiera, esperaba que Ava no estuviera siguiendo el mismo ritmo de vida que él. Aquel pensamiento le causaba una rabia que no era capaz de controlar. Ignoraba si ella continuaba o no siendo virgen, lo más probable era que no, pero él no quería imaginarse cómo o cuándo. Menos con “quién” lo había hecho. Jason era capaz de buscar al cretino y romperle la cara.

Él podía compartir su cuerpo, sí, pero su vínculo con esas mujeres no poseía ningún tinte profundo ni emocional. Todas buscaban algo de él: fama, dinero o sexo. Ninguna era capaz de mirar a través del espejo y encontrar al Jason Wilder detrás de todas esas máscaras e ilusiones que creaba el éxito. Ninguna era Ava.

Lo que sentía por su mejor amiga era especial, y distinto a cualquier otro sentimiento. Lejos de desvanecerse con los años, sus emociones parecían haberse transformado en algo sólido, tanto así que lo asustaba y lo sacaba de su órbita de habitual control en su vida.

Y él que se consideraba un hombre arriesgado.

Estaba eufórico de poder ver a Ava con la prueba material de que él había alcanzado sus sueños, tal como ella siempre creyó que ocurriría. Estaba orgulloso de su éxito. Y gran parte de esa confianza en sí mismo se la debía a los Carpelli, y en especial, a la hija de ese matrimonio. Ava era la chica que, por más desencuentros que hubiese en su vida, conseguía con una palabra o una mirada que su mundo volviese a girar en la órbita correcta.

Le debía a Ava una larga explicación por su distanciamiento. No había sido premeditado. Jamás pensó que el tiempo como atleta profesional fuera a consumirlo de un modo intenso, y luego estaban las juergas con sus compañeros de equipo. Vamos, él era joven, y no podía estar calculando la diferencia horaria cada tanto o distrayéndose por la falta de respuesta de Ava a sus correos electrónicos.

Iba a compensarla de algún modo. Necesitaba hacerlo porque no solo su conciencia lo impulsaba a hacerlo, sino porque nada era igual sin ella. Nada había sido igual sin ella a su lado. Ninguna victoria, ningún premio. Casi podía escuchar la euforia y los comentarios de Ava en su cabeza. Podía intuir con facilidad lo que iba a opinar sobre cualquier tema. Y la sola idea de verla lo hacía sonreír.

Los guardaespaldas de la Copa Stanley, porque existían en el afán de proteger el trofeo durante su viaje junto a cada uno de los jugadores del equipo

ganador, lo acompañaron en el vuelo privado hacia el aeropuerto de New Jersey. Le quedaba más cómodo y menos congestionado que ir a La Guardia o al J.F. Kennedy.

Un chofer los recibió en la pista, auspiciado por la NHL.

La primera parada fue donde Moira y Dante. Justamente estaban los clientes disfrutando de la comida de los Carpelli, así que él se hizo una foto con todos los que quisieron. El alboroto pronto trajo a los medios de comunicación. Y lo que esperaba que fuese una visita corta y personal de unos cuarenta minutos se transformó en una jornada de casi tres horas, charlando, departiendo, firmando autógrafos.

—¿Dónde está Ava? —le preguntó a Moira cuando el reloj marcaba casi las ocho de la noche. Se había ido el tiempo “volando”—. Creí que a esta hora ya habría salido de la librería.

Con su habitual expresión amable, la señora le sonrió.

—No suele venir a cenar aquí. Hace mucho no lo hace, Jason. —Él se sintió idiota, porque —si era el mejor amigo de Ava— debería conocer su rutina al dedillo. Pero, una vez más, había sido egoísta pensando solo en él—. Debe estar rumbo a su departamento. Te ha echado en falta todo este tiempo, aunque no te lo haya dicho. Estoy segura de que se sentirá feliz cuando vea que has conseguido uno de tus sueños.

Jason asintió, conmovido de que Moira fuese tan generosa con él, y enfadado consigo mismo por no tener en cuenta los más mínimos detalles sobre los cambios en la rutina de la vida de Ava. ¡Claro que no iba a cenar donde sus padres tan seguido! Le había dicho incontables ocasiones que vivía con Jenny Crawford.

Iba a compensar a Ava.

—Estaba tratando de labrarme una carrera, pero jamás he olvidado lo que ustedes hicieron por mí. Por eso mi primera parada fue Taste of Heaven...

—Y lo apreciamos, Jason —dijo Dante con una gran sonrisa, dándole una palmada en el hombro—. Ahora será mejor que vayas a saludar a mi hija.

Conociéndola no debe tener la más remota idea de que has ganado este magnífico trofeo —miró a los guardaespaldas de la copa— que al parecer tiene también un equipo humano que la quiere mucho.

El comentario arrancó una carcajada a los guardaespaldas. Los hombres tenían veintidós destinos distintos, por cada jugador activo, además de los directivos y los jugadores de reserva, sumado a ello también las personas especiales autorizadas a pasar un día con la copa como parte de la celebración de la victoria. No importaba el destino. Algunos jugadores eran rusos o japoneses, así que ahí estaban los custodios del trofeo, viajando de un sitio a otro.

—Trata de venir más seguido —le pidió Moira, sonriéndole. Llevaba un elegante vestido informal. Siempre pulcramente arreglada y con la mejor actitud. Su esposo, Dante, era todo un caballero y nunca descuidaba su negocio. Porque más allá de un negocio, Taste of Heaven era parte de su hogar.

—Lo intentaré, de verdad, Moira. Nos vemos pronto —dijo Jason.

Cuando ya la cafetería no daba abasto para más personas, él puso rumbo hacia su destino. Sabía que Jenny Crawford no era su fan, ni antes ni después de ser famoso, pero era una buena amiga para Ava, y por eso Jason le tenía cariño. No le sorprendería si escuchaba un largo discurso sobre su negligente proceder e indiferencia gracias a la fama. Aunque no era nada cierto.

La fama iba y venía, pero lo que tenía con Ava era algo especial.

Su ausencia tan larga durante esos años respondía más a la necesidad de reafirmar su capacidad de éxito en las grandes ligas, ante contendientes más experimentados y más talentosos que él. No hubiera podido dar lo mejor de sí estando tan cerca de Ava emocionalmente.

Después de sortear el tráfico de la ciudad, y detenerse para dar una entrevista que Wade ya le había programado con el New York Times en uno de los grandes hoteles cerca de Central Park, Jason estaba más impaciente. El reloj le indicaba que iba con mucho retraso a su destino. De hecho, el conductor debía deshacer el camino de regreso porque entre Brooklyn y Central Park la distancia era amplia.

Finalmente, casi una hora y media después del atasco en medio del tráfico neoyorkino, Jason llamó a la puerta del departamento de Ava y Jenny. Casi eran las nueve de la noche. Diablos. Lo más probable era que hubiesen salido a comer. No le importaba esperar.

Al menos no tuvo que permanecer en el portal principal, porque justo cuando él llegaba, alguien —que había resultado ser fan de los Chicago Dolphins— iba de salida. Jason se dio un momento para tomarse una fotografía.

Entró en el elevador.

—¿Muchacho, estás seguro de que quieres esperar más tiempo aquí? —preguntó Tanner, uno de los dos guardaespaldas de la copa. Era impaciente, a diferencia de Jerry que era el otro custodio, y que solía mantener una actitud calmada. El trofeo descansaba en esos momentos sobre la alfombra de la entrada del departamento, y Jerry estaba puliéndola.

—Sí. Todavía me quedan algunas horas antes de que se lleven a esta preciosura —dijo Jason contemplando el brillo plateado y la cantidad de nombres marcados en la copa. A lo largo de la historia, todos los ganadores de la Copa Stanley tenían grabados sus nombres en el trofeo. Uno de esos, ahora, era el suyo.

—Vale... —murmuró Tanner.

Él volvió a llamar a la puerta. Llevaban varios minutos esperando.

—¿Quién es? —preguntaron, finalmente, desde el interior del apartamento.

—Jason Wilder.

La retahíla de malas palabras de Jenny no escapó de los oídos de nadie.

—Parece que esta es una parada hostil —dijo Jerry riéndose, y Jason se encogió de hombros—. Escucha, Wild West, podemos quedarnos aquí afuera o abajo en el sofá del lobby del edificio si eso te da privacidad. La copa no va a salir corriendo.

El atractivo y joven jugador, asintió.

—Pues estaremos abajo, después de poner la copa en un sitio seguro —murmuró Tanner—. Recuerda que solo tienes hasta medianoche, Cenicienta.

—Qué gracioso —dijo Jason—. Al menos, no me toca viajar por todo el mundo refunfuñando. —Tanner se encogió de hombros.

Momentos después se escuchó la cadena interior removiéndose y luego el clásico sonido del pomo.

—Me estaba bañando —dijo Jenny a modo de saludo, y después le abrió la puerta para que Jason y compañía entraran—. Ah, veo que has traído ese artefacto —murmuró mientras Tanner y Jerry colocaba el trofeo en la mitad de la sala. Después ambos desaparecieron y lo último que escucharon de ambos fue una conversación que se perdía tras las puertas del elevador.

—Hola a ti también.

Prefería guardarse las frases ácidas con ella, porque carecían de sentido. Además, al ser la mejor amiga de Ava, ella tenía acceso a decirle cada que quisiera comentarios poco halagüeños sobre él. No quería que la lista, que de seguro ya era bastante extensa, se incrementara.

—Felicitaciones, Jason —replicó Jenny mirando con curiosidad la copa—. Pudiste haber llamado diez días atrás —dijo cruzándose de brazos en la mitad de la sala— cuando te dieron el trofeo.

Él admiró el entorno.

Era un espacio pequeño, pero muy limpio. Acogedor. Era la primera vez que visitaba el apartamento. Había fotografías que llenaban un espacio de la pared. Le daba un toque informal y cálido al mismo tiempo. Sin pensarlo dos veces, Jason se acercó, y permaneció un rato contemplando los momentos que habían sido captados en las tomas. En muchas de esas fotografías estaba él.

Pasó los dedos por algunas de las fotos, como si pudiese revivirlas. Sonrió al verlas. Los días en la secundaria, los proyectos científicos, los viajes, la primera vez que fueron a Universal Studios, capturas de momentos en algunas fiestas, las más recientes eran de las pocas ocasiones en que él había estado con su equipo jugando en Manhattan y Ava había estado en uno de los bares en donde celebraron...

Dejó de darle la espalda a Jenny. Se encogió de hombros.

—Pude haber llamado, ¿para qué? No tenía fechas exactas de cuándo podría tener mi día con la copa en donde yo quisiera. Y quería sorprender a Ava.

—La persona a la que buscas no está, Jason, y yo tengo que salir a cenar con unos compañeros del college. Llegas en el momento equivocado. O más bien, algunos años tarde —comentó con sarcasmo.

—¿Qué quieres decir?

—Ava salió hace —miró el reloj— poco más de una hora.

—¿Regresará pronto? —indagó acomodándose en el sofá sin ser invitado. No hacía falta tampoco. La confianza del tiempo existía entre ellos.

Jenny puso los ojos en blanco. Se colocó la bolsa en el hombro. Había decidido quedarse en casa, pero ahora se alegraba de que sus compañeros de clase la hubiesen invitado a un nuevo bar que estaba de moda. A ella le gustaba ir de fiesta, a diferencia de Ava, pero siempre que podía la convencía de ir. Hoy, gracias a que la cabeza de su mejor amiga parecía empezar a funcionar de verdad, Ava había ido a su cita.

—Si no se acuesta con Zayn, probablemente regrese pronto, pero mañana no tiene clases en la mañana, así que no tiene motivos para preocuparse por el horario —le lanzó a Jason las llaves que solía tener para ella o Ava en caso de que perdieran las copias originales que cada una llevaba consigo—. Estás en tu casa, Wilder. Yo tampoco sé si regrese, aunque si muero o vivo de seguro no te interesa. —Le hizo un guiño burlón y empezó a alejarse.

Los reflejos de Jason eran perfectos, y no tardó más que pocos segundos en agarrar a Jenny de la muñeca y detenerla.

—No me hables con tus misterios, Jenny.

Ella se soltó. Lo miró, furiosa.

—Te esperó, idiota. *Te esperó*, pero en lugar de ser más amable, te mostrabas más distante y no importa qué tanto ella intentaba mostrarse optimista recordando viejos tiempos y la persona que —fingió toser— eras, tu actitud la decepcionaba cada día un poco más. Siempre serás su amigo, o eso imagino en mi generoso corazón —dijo, sarcástica—. ¿Acaso creías que iba a esperarte para

siempre? —se encogió de hombros—. Como buena amiga que soy, la animé a que se diera una oportunidad con alguien. ¿Y qué crees? ¡Finalmente, lo hizo!

Él maldijo por lo bajo.

—Debería ahorcarte, Jen.

—O quizá deberías sacarte el cerebro de la caja de seguridad y empezar a utilizarlo. Lo que pase o no con ella y Zayn, será tu culpa.

—Dime en dónde están —exigió, a punto de perder la poca paciencia que le quedaba. Se alzó en toda su altura, pero Jenny era como uno de esos bloques de hielo cuando se lo proponía, en especial si tenía que defender a Ava de algo. Un rasgo admirable, pero que —en esos instantes— Jason no lo apreciaba en absoluto.

Lo apuntó con el dedo.

—Te toca esperarla. Porque, lo creas o no, olvidé preguntárselo.

—Jenny...

Ella lo dejó sin más, y salió del departamento con un portazo.

CAPÍTULO 10

Lake Placid, Estados Unidos.

Presente.

Ava terminó la llamada telefónica y pensó en lo mucho que iba a echar de menos a Ben debido a la fiesta para los Noisy Eagles que se llevaría a cabo la siguiente semana. No había comprado los obsequios de Navidad de su hijo, pero podía hacer las compras por internet. «Gracias a las tiendas online por hacer la vida más fácil.»

También tenía que comprar obsequios para sus padres, y Jenny. Su incondicional y alocada mejor amiga. Jenny le había dicho la noche anterior cuando hicieron videoconferencia que tenía que aceptar la invitación de Kant, pero Ava le dijo que sería un poco fuera de tono hacerlo debido a su pasado con Jason. Jenny, como no podía haber sido de otra manera, había protestado. Pero ella había tomado su decisión y se la había hecho saber a Kant.

Después de la conversación con Jason, días atrás en el jacuzzi, ella estaba nerviosa. Él ya no la evitaba e incluso una tarde conversaron sobre una anécdota en común cuando estaban en la secundaria. Fue algo breve, pero una muestra de que estaba dispuesto a cumplir su parte. También hubo uno o dos momentos que Ava no podría describirlos como incómodos, sino más bien, desconcertantes.

Una tarde estaban en el salón de la casa. Quedaba una hora para que Ava cumpliera con su horario de trabajo y, a partir de las cinco, hacer lo que se le viniera en gana. Jason le pidió que lo acompañara a comprar un par de implementos para el gimnasio, en Vermont.

—¿Y en qué vamos a ir hasta allá? ¿En trineo? —le había preguntado ella.

—Helicóptero, ¿en qué si no?

—En qué si no, claro... —había repetido, mientras Jason se reía, no sin

antes acariciarle la mejilla con una familiaridad que le puso la piel a vibrar.

El toque de Jason siempre la había afectado, y notaba que —al parecer— aquello no iba a cambiar en un futuro próximo. La forma en que la solía mirar no era la propia de una persona que solo buscaba amistad. Él la deseaba. A ella le ocurría lo mismo, ¿qué iba a hacer con su cabeza y con sus entrañas, si ambos parecían estar en constante contradicción?

Aunque él le hablaba como si se tratara de cualquier otra persona en su círculo habitual de amigos, lo cierto es que cada tanto encontraba la oportunidad para tener contacto físico con Ava. Un roce de sus dedos. Una caricia en la mejilla o simplemente, la forma que tenía de mirarla cuando creía que ella no lo notaba.

Era un escenario impregnado de tensión y velado deseo. Ambos eran conscientes de lo que ocurría, sin embargo, encontraban el cinismo intrínseco en sus personalidades para negarlo.

El viaje en helicóptero desde el helipuerto de Jason hasta el aeropuerto más cercano de Vermont había sido entretenido. Pudieron ir a Nueva York, pero él no quería tener nada que ver con las posibilidades de ser visto en la ciudad. Ella lo entendía. Qué suerte que podía darse esos gustos, ostentosos, simplemente porque podía hacerlo. Ventajas de ser una estrella del deporte, pensaba ella.

Durante aquella tarde se habían divertido charlando, pero ninguno de los temas había tenido referencia a asuntos demasiado personales. Como si temieran romper la frágil superficie sobre la que empezaban a caminar. La atracción sexual, sin embargo, estaba fuera de la ecuación. No existía modo de negarla, aunque sí de evadirla con el solo hecho de mirar hacia otro lado cuando, era evidente, que las chipas amenazaban con desbordarse.

Ava empezó a sentirse más cómoda dejando de lado su reticencia con respecto a él. Al parecer, la esencia del hombre de quien una vez se enamoró seguía subyaciendo en la superficie de ese famoso jugador de hockey sobre hielo, pero no se iba a dejar engañar. Incluso cuando casi termina sentada sobre la nieve, y los reflejos de Jason la sostuvieron, procuraba no dejarse afectar por

su cercanía. Menos mal esa tarde él no se había tratado del brazo lastimado tratando de evitarle a ella la vergonzosa caída, porque o si no ella se las hubiera tenido que ver con Kant, el agente de Jason, y todo el equipo de los Noisy Eagles, además de los fans. «Gracias universo.»

No había sido la posibilidad de dejar al pobre Jason sin brazo lo que había conseguido que ella se sonrojara esa ocasión, sino el hecho de sentirse de nuevo envuelta por su viril cercanía. Arropada por su aroma masculino y el delicioso perfume, muy costoso de seguro, Ava creyó que durante esos breves segundos nada más en el mundo importaba. Y aquello era muy, *muy*, peligroso.

Desde esa tarde no lo había vuelto a ver, porque él había volado hacia Toronto para hablar con el equipo médico que monitoreaba su recuperación física. No era algo inusual, ni tampoco que él atendiese negocios en la ciudad en la que tenía su residencia. Jason era muy metódico en su forma de organizarse.

El problema era que Ava empezaba a echar en falta las posibilidades de topárselo cuando él no estaba en casa. Por más de que no se viesen en la inmensidad de la mansión hasta la hora del almuerzo o cuando coincidían en la biblioteca o el salón de televisión y se ponían a charlar, Ava se había acostumbrado a la sutil tregua entre ambos. Pero todo tenía un principio y un final. Solo esperaba que el final de su tregua con Jason no llegara tan pronto.

Los días pasaban muy rápido, y esa era la semana del evento para los amigos de Jason. Ava tenía pendiente comprarse un vestido para la fiesta de los Noisy Eagles, y también tenía que organizar con un corredor de bienes raíces la búsqueda de un sitio en Nueva York que estuviese estratégicamente ubicado para poder poner su negocio. Le faltaba mucho para dar una entrada económica consistente, pero tenía varios meses por delante. Jason le había asegurado que la mansión no pensaba ponerla a la venta y que, si ella estaba interesada, entonces el empleo de ama de llaves continuaría abierto.

No podía dar nada por sentado. Había insistido en correos electrónicos y

llamadas a casas editoriales que estaban alineadas con su línea creativa, pero todas le exigían un agente. ¡No le era posible darse ese lujo! ¿Por qué necesitaban intermediarios para todo? A veces alcanzar la comunicación con una editorial resultaba más complicado que sacar una maldita cita con el mismísimo presidente de turno de la nación.

—¡Hey! —dijo Jason cuando encontró a Ava conversando con Lindsay en la cocina. Ava dio un salto.

—¡Dios! Qué susto contigo.

—Ningún “Dios”, solo me llamo Jason, pero gracias por pensarlo —le dijo haciéndole un guiño, mientras agarraba una manzana de la cesta de frutas que estaba sobre la mesa del desayunador.

—Ja-ja. Qué gracioso —replicó Ava—. Tengo que salir un momento en horas de trabajo, así que, ¿necesitas algo?

Lindsay continuaba batiendo el merengue para el cake que iba a servir esa tarde como postre. La mujer había descubierto que Jason tenía un paladar muy dulce, y ella disfrutaba haciendo experimentos con nuevos sabores. ¿Acaso no era el mejor empleo que podía encontrar? Claro, salvo cuando la enfermera Solms bajaba para reprenderla porque no estaba siguiendo las instrucciones de Kant sobre la dieta de Jason.

—Depende, ¿cuál es tu destino?

—Salvo que pretendas que lo coordine todo para tu fiesta del fin de semana con mensajes de whatsapp, entonces debo ir a comprarme un vestido adecuado.

Después de darle un par de mordiscos a la manzana, se le acercó.

—Te acompaño. Tengo un excelente ojo para la moda.

—No hace falta...

—Insisto —dijo, pero sonó más a una orden, y al notar que Ava empezaba a armar una réplica, Jason agregó—: Estoy agotado y me gustaría hacer algo diferente hoy. Y no es mentira, el paso del tiempo me ha permitido desarrollar un sentido de la moda bastante bueno.

—Oh, vayan, vayan, que yo cuido el fuerte —dijo Lindsay—. No hay nada

alrededor que haga falta cuidar. Además, la casa está impoluta. La agencia organizadora de eventos llegará mañana para ponerlo todo en orden, y el día sábado tendremos una fiesta magnífica. ¿Qué sería de nosotros sin la eficiencia tuya, Ava? Oh, por cierto, el señor Kant no viene hoy para entrenar —sonrió— y hoy es un buen día jueves para hacer compras.

—Gracias...—murmuró Ava. Ella no necesitaba tener a Jason mirando el tipo de ropa que querría probarse—. Entonces, estaremos de regreso pronto.

Con la cuchara llena todavía de merengue, Lindsay asintió con una gran sonrisa muy despistada sobre la reacción de Ava. De hecho, creía que había hecho la gran obra del día, cuando en realidad acababa de meter a la joven y guapa escritora en un gran lío de nervios.

Para Ava una cosa era salir con Jason muy de repente a comer o cenar algo ligero, como amigos, y otra que el hombre la acompañase a algo tan personal como comprar ropa. Vamos, lejos de sonar machista y no feminista, el ejercicio de las compras era un asunto que se disfrutaba o bien sola o bien con amigas.

—Perfecto, entonces te espero afuera con Terence —comentó Jason.

Lo cierto era que odiaba, *odiaba*, ir de compras. Pero quería pasar tiempo a solas con Ava y conocer más a fondo la mujer en que se había convertido.

Ella no tuvo otra opción que ir por su abrigo y después embarcarse en el automóvil. Lake Placid no tenía ningún tipo de tienda que, ella supiera, fuese de lujo. Solo outlets y no de todos los estilos de ropa que buscaba. Iba a ser una fiesta informal, pero ella conocía cómo eran esos círculos. No quería desentonar y también era una excusa de su lado más femenino para sentirse bien consigo misma.

—Jason —lo llamó mientras el chofer del automóvil sorteaba el camino.

Él apartó la vista de la ventana y la miró.

—Podíamos haber venido caminando. —Él tan solo se señaló la férula a modo de respuesta, y Ava se echó a reír—. Te has convertido en un consentido. A veces siento que utilizas la férula a conveniencia.

Jason se sonrió.

—Vamos a estar en este automóvil durante poco más de una hora. Iremos a una nueva tienda que han abierto y estoy seguro de que va a gustarte. La encontró la enfermera Solms, ¿te he dicho que es muy cotilla? —Ava puso los ojos en blanco—. Así que aprovecha sus ratos libres para recorrer más allá de los límites de Lake Placid. El otro día me comentó que quizá podría considerar llevarte a Hulutown, pero me acabo de adelantar a ella.

—Siempre buscas ganar.

—No lo dudes —replicó—. Ava, ¿por qué aceptaste un trabajo tan lejos? Pudiste encontrar cualquier otra cosa.

—La paga era buena.

—Lo sé, pero la distancia a tu casa es larga.

Él inclinó la cabeza analizándola. Seguía manteniendo el cabello tan brillante y con ese indiscutible aroma familiar a rosas. Tenía ganas de acercarse y hundir el rostro en su cuello. Sentirla... Maldita fuera por estar casada. Pero iba a mantener su promesa e iba a recuperar la amistad que él se había encargado de destruir tiempo atrás. Sí, señores, eso haría.

—Te lo dije cuando me entrevistaste, Jason. Yo tengo una vida personal de la cual debo ocuparme. Hay personas que dependen de mí.

—¿Un amante, quizás?

—Si tú quieres hablar sobre temas personales, entonces también tendrás que darme algunas respuestas. ¿Quieres de verdad romper esta frágil tregua entre los dos tan pronto?

Él la quedó mirando un largo rato.

—¿Qué tipo de vestido buscas? —preguntó cambiando de tema por completo. Sabía que Ava se mostraba más relajada con él, sí, aunque no suficiente como para que Jason pudiera empezar a fraguar una tregua más firme—. La boutique a la que vamos es nueva, al menos eso dice la cotilla de la enfermera Solms.

—No ha venido en dos días.

—Ya no la necesito, pero de todas formas le he pedido que venga a trabajar

cuando pueda. Es viuda y sus hijos viven muy lejos.

—¿Tienes un corazón? —preguntó mirándolo con sorna.

Él apartó la mirada, y Ava estiró la mano y la apoyó sobre la de él. Jason regresó su atención y la fijó en ella.

—No quise burlarme de ti. Me parece noble lo que haces al ayudarla, a pesar de que no necesites sus servicios de verdad.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Ava. Tal vez, alguna ocasión, pueda empezar a contártelas.

En ese momento el chofer detuvo el automóvil en una avenida poco transitada. Y la boutique de ropa femenina apareció ante ellos. Sí, efectivamente, parecía nueva. El escaparate daba cuenta de que se trataba de un sitio, no solo exclusivo, sino caro. Pero el dinero no era problema para Jason.

Renuente, puesto que ya estaban en el sitio, Ava bajó del automóvil.

Los colores que predominaban en la boutique era el blanco, lila y toques de gris. Había muchos espejos y el suelo de baldosas relucía de limpio.

En el fondo, al final del elegante pasillo con alfombra blanca, estaban los probadores, cada uno con una puerta negra y una pantalla digital pequeña que indicaba si estaban ocupados —color rojo— o si acaso estaban libres —color verde—. Era todo muy decadente, pero también elegante.

Había un mostrador lleno de bisuterías, y otro con accesorios como sombreros y gafas de sol. Ava miró de reojo y comprobó que eran de marcas muy costosas. Seguro que los dueños debieron hacer un buen estudio de mercado si creían que las personas podían ir a comprar a esos sitios tan lejanos para gastar ingentes cantidades de dinero. Vaya ironía, ella estaba allí. Tal vez tenía que ver con el entorno que parecía gritar que cada casa estilo victoriano y clásica norteamericana destilaba dinero.

Los pueblos de Estados Unidos podían llegar a sorprender con sus peculiaridades. A pesar de estar muy lejos de Lake Placid, la sensación de privacidad continuaba estando presente, y eso le gustó a ella. Esa parte de Nueva York le parecía un remanso de calma. Le gustaba.

—Buenos días —dijo la dependienta al verla observar todo con curiosidad e interés—. Mi nombre es Magda y será un gusto atenderla... Hoy es un día peculiar y estoy esperando a un cliente que ha reservado la tienda para él solo. Mientras él llega, por favor, dígame ¿qué tipo de prendas está buscando hoy?

Parecía una de aquellas mujeres sacadas de las tiendas caras de la quinta avenida de Nueva York, y transportada a un pueblo en la mitad de la nada. Llevaba perlas en el cuello, una manicura impoluta, un traje sastre con falda a medida y unos tacones de infarto que los llevaba como digna modelo de Victoria Secret. El cabello era rubísimo, y sus ojos celestes estaban enmarcados en unas pestañas negras y tupidas.

Ava pensó en el derroche de dinero que, cualquiera que fuese la persona que había reservado el sitio para sí mismo, iba a hacerse. Una ridiculez. Como si alguien no era capaz de comprar con otras personas alrededor. ¿No era lo habitual? ¡Millonarios y sus caprichos!

Mejor se daba prisa o tendría que decirle a Jason que debían ir a otro sitio.

Le sonrió a la tal Magda.

—Necesito un vestido coctel, elegante y sin pretensiones, además de un par de zapatos a juego con el tono del vestido que termine en mi cesta de compras. —Miró hacia el lado derecho de la amplia tienda—. Y también quiero mirar un poco qué tipo de ropa interior tienen —dijo con seguridad.

Ava podía pedir ropa interior porque Jason todavía no ingresaba en la tienda. Quizá resultaba anticuado, pero no se sentía cómoda hablando de prendas íntimas frente a él. ¿Acaso no era absurdo? Como si él no hubiera conocido cada recodo de su cuerpo... «Es el pasado», se recodó.

Además, tampoco es como si Jason tuviera intenciones de algo más con ella... O quizá en su florida imaginación todavía podía recordar el toque masculino durante esos días que habían empezado a conocerse de nuevo. ¡Jopetas! Realmente necesitaba empezar a considerar comprarse un vibrador o apuntarse a Tinder y empezar a conocer hombres en los alrededores.

—Encantada. ¿Qué le gustaría ver primero? —preguntó la dependienta.

—Los vestidos.

Ava pronto notó que la mirada amable que la mujer le dirigió a ella, se transformó en una expresión depredadora en el momento que Jason entró por la puerta de vidrio. Ava no se sorprendió y contuvo una sonrisa. Desde que podía recordar, el efecto de Jason en las mujeres era siempre el mismo. Vamos, ella — por voluntad propia— había terminado cayendo en ese hechizo.

Jason se retrasó porque, después de haberle dado instrucciones al chofer para que pasara por ellos dentro de una hora, recibió la llamada de Wade. Al parecer la situación económica en el equipo corría el riesgo de quedar en entredicho por un escándalo que provenía desde la gerencia.

Se acusaba al gerente general del equipo de lavado de activos, y la prensa era un hervidero buscando por doquier testimonios. Jason no podía creer que aquello fuera cierto. Conocía a Gibson Carter, al igual que toda la plantilla de los Noisy Eagles, y era difícil de aceptar que fuera un hombre deshonesto.

El consejo de Wade fue que se mantuviera en Lake Placid y viajase a Toronto lo menos posible, y procurase mantener un perfil todavía más discreto del que, su condición física, lo obligaba. Jason estaba seguro de que se trataba de una equivocación, pero no podía poner su confianza al servicio de nadie.

—Buenos días, señor Wilder, soy Marion. Hablamos por teléfono hace un par de horas —dijo la dependienta. Ava frunció el ceño con curiosidad. «No puede ser», pensó recordando al cliente que la mujer esperaba—. Tal como me indicó antes de venir tengo toda la selección de vestidos más recientes.

—La señorita —dijo Jason señalando a Ava con la mano— es la que debe decidir lo que desea.

Un ligero rictus de decepción afloró en la expresión de la mujer, porque Jason pronto dejó de prestarle atención.

—Claro que sí.

—Pienso pagarme mi propia ropa, Jason, y todo lo que me compre aquí. Tan solo te lo advierto —dijo Ava cruzándose de brazos—. Y me parece muy mal que hayas cerrado este sitio solo para hacer un par de compras.

Indolente ante los reclamos, él se limitó a asentir. Y eso solo consiguió enfurecerla más. Jason se obligó a contener una sonrisa.

—Claro —murmuró, aunque no tenía intenciones de acatar semejante tontería—. No volveré a hacerlo.

Mientras ella había estado distraída en la casa recogiendo sus cosas para salir, él llamó a la tienda para pedirle que abrieran un cupo sin límite cuando él llegara. También que vaciaran la tienda.

—Qué insufrible eres —murmuró Ava antes de desaparecer entre las largas perchas de ropa ubicadas horizontalmente y en perfecto orden.

Una vez sumergida entre tantos modelos y tipos de tela, ella perdió la noción del tiempo. Eligió uno y otro. Se sentía como una niña en Disney.

Por lo general su rutina de compras implicaba cosas de la casa, necesidades de Ben, y al último las suyas. Y tan solo adquiría artículos básicos. ¿Vestidos de fiesta, zapatos nuevos o caprichos? ¡No tenía tiempo! Menos mal su vida social era discreta, porque no se creía capaz de derrochar dinero.

Para los hombres resultaba tan fácil. Ellos compraban lo mismo: traje en varios colores con un corte similar, zapatos a juego —los que tenían sentido de los tonos y combinaciones— y camisa interior según les apeteciera. La ceremonia de matrimonio implicaba la misma etiqueta para todos. No tenían que preocuparse por llevar un modelo bonito, que se ajustara a sus curvas, que escondiese los rollitos o que estilizara su figura. ¿Quién se daba cuenta si acaso variaba el color de la corbata?

Jason no era el tipo de persona paciente, y veinte minutos resultaban una eternidad. Pretendió revisar su correo electrónico en el teléfono, y atendió un par de llamadas de Wade sobre una gala de beneficencia para niños con discapacidades en Toronto. Aunque no le gustaban esos eventos, lo hacía porque alguna vez soñó con conocer a sus jugadores favoritos de hockey. Si él podía darle a un niño, lo que jamás tuvo en su infancia, entonces lo hacía con gusto.

El evento era un día martes dentro de seis semanas.

Quizá Jason no era un jugador activo por ahora, y su carrera estaba en suspenso, pero continuaba siendo parte de los Noisy Eagles. Ese fin de semana tendría a varios de sus compañeros en casa celebrando las fiestas por anticipado, pues por lo general cada uno viajaba a sus ciudades de origen para pasar con sus familiares. Él, en cambio, tomaba un avión para irse fuera de Estados Unidos e iba a celebrar a un sitio nuevo la llegada del nuevo año. Amanecía con una o dos mujeres diferentes en la cama el primero de enero, y dos días después volaba de regreso a la ciudad en la que tenía su contrato de trabajo. Era soltero y se divertía.

Hasta que conoció a Elizabeth y ahora estaba pagando las consecuencias de su debilidad. Y no porque ella hubiera sido despampanante o algo similar, sino porque

No había tenido noticias de ella desde el día en que le pidió a Wade que no le permitiera el paso y que le dijera que no deseaba volver a verla. Se lo hubiese dicho él mismo, pero ni siquiera se merecía esa consideración.

La prensa se había vuelto loca con la noticia. Atormentaron a la relacionista pública de los Noisy Eagles, Ursula, para que consiguieran una exclusiva con Jason. Al menos, ya todo eso había quedado atrás.

¿Por qué demoraba tanto Ava?, se preguntó, levantándose del asiento.

—¿En qué probador está? —le consultó a Marion.

La mujer le señaló el sitio y desapareció de su vista.

Jason llamó a la puerta negra.

—Hey, ¿acaso te quedaste atorada en algún vestido?

—Creo que los dulces de Lindsay han causado estragos —murmuró.

—¿Eso significa que no te queda ninguno de los dos mil vestidos que tienes contigo? —preguntó riéndose.

A modo de respuesta le cayó en la cabeza un vestido azul.

—Estoy tratando de subirme el maldito cierre. Odio que, justo cuando encuentro algo que me gusta, pues qué tal, no me queda.

—Abre.

—Claro que no.

—¿Piensas quedarte atorada procurando ser un pulpo cuando solo eres una humana con dos manos que no te llegan al cierre trasero del vestido?

De mala gana, ella abrió la puerta.

Estaba toda sonrosada y con el cabello hecho un desastre de tanto quitarse y ponerse ropa. Menos mal ya había elegido los interiores y los tenía Marion empacutados para llevárselos.

El vestido que había elegido era de tono rosado oscuro que favorecía su piel blanca y destacaba el celeste de sus ojos. El modelo tenía el escote redondo y cortes triangulares pequeños alrededor. Le llegaba a la altura de la rodilla. En la cintura era ajustado, y en el dobladillo mantenía los mismos cortes triangulares pequeños, pero en esta ocasión se veía la piel. Era sutil y sexy. El único problema era que Ava no podía subir el cierre.

—Sé útil entonces —le dijo girándose y señalándole con el pulgar la espalda.

Por un instante, él se quedó sin saber qué hacer. Había vestido y desvestido muchas mujeres, pero esta ocasión no tenía nada de sexual, sin embargo, verla en una posición algo vulnerable, con la espalda desnuda y los pies descalzos, el cabello desordenado y las mejillas sonrosadas, le causó una presión nada desconocida en la entrepierna. Su miembro empezó a palpar. «Joder...».

Ava podía ver la expresión de Jason en el reflejo del espejo que tenía frente a ella. Sintió un cosquilleo en la piel cuando, en lugar de agarrar el cierre y subirlo, la mano de Jason acarició con suavidad su espalda desnuda.

Se miraron. El fuego que cruzó de inmediato era deseo crudo. De ambos lados.

Él apretó la mandíbula, y Ava sintió el corazón acelerársele.

Ella se sostenía el vestido con una mano en la cintura y la otra en el pecho, mientras él tenía apoyada la mano en la base de su espalda. La acarició de arriba abajo. Su piel era tan suave. Después se inclinó y dejó un beso en el cuello.

—Jason... —murmuró— no creo que...

—¿Me deseas, Ava? —preguntó en un tono serio y que no dejaba lugar a dudas de que esa respuesta podía definir muchas cosas.

—No se trata de eso —susurró—, hay cosas que...

«Está casada, cabrón», se recordó, apartándose. Se había dejado la férula del hombro en el automóvil, y sus movimientos cada vez eran menos rígidos. No se podía dejar de trabajar en la luxación, porque se restaba movilidad a la parte afectada. Por eso Jason hacía terapia constante con Kant. Dios, ya no veía la hora en conocer el veredicto del equipo médico de los eagles.

—Supongo que tu esposo te echa mucho de menos... —murmuró de mala gana. Él había echado a perder su oportunidad tiempo atrás, y no tenía derecho a jugar posibilidades—. Te subo el cierre del vestido y si no te va bien, le digo a la dependienta que te traiga una talla más...

Ava sabía que tenía que quedarse callada, y dejarlo asumir que estaba casada. Sabía también que aquello frenaba a raya cualquier intento mutuo de que la chispa que vibraba entre ambos se avivara y saliera de control. Mantenerlo en su error la mantenía a salvo de sucumbir a su propia necesidad. Solo que ella, tan necia como era, no quería estar a salvo.

Necesitaba arder en el fuego que Jason encendía en ella. Después pensaría en las consecuencias. Las emociones eran tan confusas, pero las señales sexuales, no.

—Jason.

El tono de voz de Ava resonó en el cómodo vestidor.

Incluso había un pequeño puff y una silla de madera envejecida, tal como dictaba la última moda de los decoradores internacionales. Más parecía un pequeño vestíbulo de un lujoso cuarto de hotel que un vestidor de una boutique de altos vuelos. Pero en Nueva York y sus alrededores todo era posible.

Él necesitaba aire fresco con urgencia y estaba dispuesto a perderse por las frías calles de ese pueblo hasta que el chofer regresara.

—¿Qué?

Él detuvo la mano que iba a subir el cierre. Ava soltó un suspiro. Había perdido una batalla que nunca tuvo intención de ganar.

Giró sobre sí misma y lo miró a los ojos.

—No estoy casada. No tengo...

Eso fue lo último que salió de su boca antes de que Jason poseyera sus labios con voracidad sin darle tiempo a terminar la frase.

CAPÍTULO 11

Jason solo tenía conciencia de Ava. Sintió las manos de ella contra su pecho, mientras los hombros del vestido restringían un poco el movimiento. Mejor para él, porque así podía maniobrar un poco a su antojo hasta que fuera el momento ideal para dejarla tocarlo. Deslizó la lengua en un gesto íntimo antes de capturar el labio inferior femenino con sus dientes, y experimento una oleada de urgente placer recorriéndole la piel. Se sentía como un hombre que hubiera sido privado de la libertad por demasiado tiempo, y finalmente recibía las llaves para respirar aire puro.

La mente de Ava se quedó en blanco durante unos segundos antes de reaccionar a lo que estaba sucediendo, por completo. Sus dedos se enredaron en la camisa de Jason y se aferró a ella mientras sentía la lengua de Jason exigiéndole que se abriera para él. Así lo hizo, y pronto saboreó la calidez de su sabor. Un sabor que conocía a la perfección y que, ahora lo aceptaba, había añorado. Sintió su vientre contraerse y la deliberada lentitud con que la estaba besando, como si estuviese catando un vino muy oneroso, la dejó temblando. Su mente no registraba más que el placer que se expandía a oleadas incontrolables por cada célula de su cuerpo.

El beso era intenso, y al mismo tiempo pausado. Estaba mareada y se escuchó a sí misma gemir. Él la estrechó con firmeza y Ava sintió el sexo erecto de Jason presionando contra su abdomen.

—He echado tanto en falta tus besos —murmuró él contra su boca, antes de quitarle la restricción del vestido y dejar caer la tela hasta la cintura de Ava—. Jamás he podido olvidarte, jamás —dijo con fervor, mientras deslizaba la mano hasta las nalgas firmes.

—Jason...—susurró en un tono ansioso, desesperado, y arqueó las caderas frotándose contra la virilidad masculina.

Ava sentía el pulso latiéndole desbocado. Pronto sintió la boca de Jason bajando por su mentón y recorriéndole la línea de la garganta. Le lamió el preciso sitio en el que su pulso parecía estar corriendo en un circuito de Fórmula Uno.

—Mmmm —murmuró él, amoldándola a su cuerpo.

La mano de Jason consiguió deshacerse del vestido, el cual cayó en una nube de seda a los pies de Ava, dejándola en ropa interior. Se miraron, y el fuego cruzó como un rayo que removi6 en ambos el deseo más primitivo. Podía respirarse y olerse.

—No sé qué estamos haciendo aquí... —susurró, perdida en las sensaciones.

Se balanceó y estiró los brazos hasta lograr enlazar los dedos alrededor del cuello de Jason. Él sonrió, y mordisqueó de forma juguetona los labios de Ava antes de recorrer con los nudillos de la mano la copa del sujetador de seda. La tela era blanca y dejaba entrever cómo los pezones erectos estaban fruncidos contra el material. Los pellizcó y la sintió removerse. No se lo permitió, y tomó de lleno un pecho, con firme determinación, mientras su boca obraba magia y deshacía como miel líquida todas las defensas o protestas que ella pudiera empezar a elucubrar en su cabeza.

Con agilidad, le desabrochó el sujetador y lo lanzó a una esquina.

—Por Dios, Ava... —dijo antes de inclinarse para chuparle los pezones.

Los pechos de Ava eran irresistibles. Se desbordaban en sus manos, y tenían el tamaño perfecto para volverlo loco de lujuria. Su sabor. Oh, cielos, su sabor. Parecían siglos desde que los había saboreado. Y quizá, para su cuerpo había sido así. Demasiado tiempo sin ella. Le pasó los pulgares por el pezón del pecho que no estaba acariciando con su lengua experta.

—Más fuerte... —jadeó—. Chúpalos con más fuerza, Jason... Oh, sí, así... Hace tanto que...

Le era imposible construir una frase coherente. Lo sintió sonreír contra su pecho, mientras él hacía exactamente lo que le pedía. Siempre había sido muy

vocal con lo que deseaba. ¿Por qué iba a empezar a cambiar eso ahora? Imposible.

—¿Qué tan húmeda estás para mí? —preguntó mientras ella echaba la cabeza hacia atrás, arqueándose para él y dejándole saber lo mucho que disfrutaba las caricias de sus labios en los pechos. Él mordisqueó los pezones, uno y otro alternativamente, y cuando dejaba libre uno de sus pechos con la boca, utilizaba la mano y retorció el otro pezón entre sus dedos hasta que la escuchaba gemir en un tono suplicante.

—Compruébalo... —lo retó, y Jason dejó escapar una carcajada ronca.

—Tus deseos son órdenes —dijo antes de apartar su mano, jamás la boca de los pechos, y deslizar los dedos bajo el elástico de las bragas.

Recorrió el breve camino hasta que su dedo medio se encontró con el centro del placer femenino. Húmeda, no. Lo siguiente. Empezó a acariciarla lenta y pausadamente. Sintió las manos de Ava en su cabello, agarrándose con fuerza, porque él no había dejado de acariciarle los pechos, y ahora la estaba masturbando.

Ella no protestó cuando rompió las bragas de seda, dejándola completamente desnuda. Siguió frotando el clítoris e introdujo un dedo en el húmedo canal, sin dejar de acariciar la sensible protuberancia. Los gemidos de Ava lo incitaban a continuar. Sus dedos se movían a un tempo marcado por la respiración de ella, y el recurrente deseo de Jason de saber que ese orgasmo era causado por él.

Un minuto después, sentía las manos de Ava tensándose en su cabello, y las paredes íntimas contrayéndose alrededor de su dedo, mientras él continuaba frotando el clítoris e imitando con el dedo medio lo que hubiera deseado hacer si su miembro viril la hubiera estado penetrando en esos instantes. Elevó la mirada para contemplar el éxtasis, y fue la imagen más deliciosa que hubiera visto en mucho tiempo.

La sostuvo con firmeza y apartó la mano de la suave vulva. Deslizó su toque hasta las nalgas y la apretó contra él, mientras Ava descansaba la cabeza

—con la respiración agitada— contra su pecho. Jason estaba excitado, más de lo que podía recordar, y necesitaba aliviarse.

Pasaron los segundos, y él elevó la mirada hacia el espejo. Ava seguía teniendo un trasero perfecto. Tenía ganas de girarla y pedirle que se inclinara sobre el puff para tomarla desde atrás. Le tomó el rostro.

—Ava...

Ella lo miró. Se sentía saciada, y vulnerable. Estaba por completo desnuda en brazos de un hombre que no creyó que volvería a ver nunca. Y también acababa de tener un orgasmo increíble.

—No pongas esa cara de preocupación —le dijo frotándole el ceño—. Prefiero tu cara de éxtasis.

Ella se rio y le dio un empujoncito que no hizo nada para que Jason perdiese el equilibrio. Él le sonrió.

—Jason, tú... —se aclaró la garganta— ¿no querías?

—Me encantaría, pero tengo la impresión de que una hora más aquí dentro y Marion vendrá a buscarnos. —No iba a decirle que tenía toda la intención de hacerle el amor con todo el tiempo del mundo apenas regresaran a Lake Placid. Y él iba no solo a disfrutar de la maravillosa sensación de penetrar el interior de ese delicioso cuerpo, sino que pretendía probar cada pequeño trozo de su satinada piel.

—Oh. Lo olvidé por completo —dijo tapándose la boca con la mano.

—Lo noté —dijo haciéndole un guiño.

Jason sonrió ante la forma de sonrojarse de Ava. Casi parecía la muchacha que había sido su amiga tantos años atrás. Cuando eran inseparables. Casi... Ahora su cuerpo era el de toda una mujer. Pechos firmes y generosos. Cintura esbelta, pero no de aquellas que parecían vivir a punta de agua y pan; era esbelta de un modo muy femenino. Las caderas se habían ensanchado lo suficiente para crear un cuerpo sensual y atractivo. Lujuria pura.

Ella pareció ponerse tensa de pronto al sentir que estaba mirándola mientras se vestía. Él frunció el ceño. ¿Por qué de pronto esa inseguridad? Las

luces y el espejo le favorecían. Era preciosa. Seguía siéndolo.

—Deja de mirarme así.

—¿Cómo? —preguntó mientras ella le daba la espalda para ponerse el jean. Las bragas estaban echadas a perder, y antes de que Ava pudiera recuperarlas, él las agarró del suelo y las metió en el bolsillo.

—Devuélveme eso —exigió cubriéndose —inútilmente— los pechos con un brazo. —Estiró la mano que tenía libre, pero resultó infructuoso.

—Mi souvenir —dijo Jason.

—¿Es así con todas las mujeres? —preguntó elevando el mentón, sin dejar de vestirse. En la posición en que se encontraba ahora, él no podía ver la cicatriz de la cesárea. Y si, al desnudarla por completo no lo había notado, no corría peligro de recibir preguntas que ella no quería responder—. Tienes un souvenir por cada mujer que ha pasado por tu cama, ¿un sujetador de una, las bragas de otras...?

Él acortó la poca distancia y tomó la mano de Ava, justo después de que ella se hubiese terminado de abrochar el sujetador.

—No voy a negar que he tenido una vida sexual variada. —Ella iba a girar el rostro, pero Jason se lo impidió tomándole el mentón con firmeza para que lo mirara a los ojos—. Ese es mi pasado, Ava, y no me define. Todas las mujeres esas mujeres jamás han llegado a dar tu talla.

Ella se soltó.

—¿Incluso la mujer con la que decidiste pasar el resto de tu vida? —preguntó poniéndose la camiseta y después el jersey.

Se acomodó el cabello y casi, casi, llegó a considerar que estaba decente para enfrentar a Marion. Qué vergüenza que la viera con esa expresión en el rostro que, estaba segura, gritaba que acababa de recibir un placentero orgasmo en las inmediaciones de una boutique de lujo. En el vestidor nada menos. Esperaba que la tal Marion no hubiese escuchado mucho... o, qué mejor, nada.

La sola mención de Elizabeth en el panorama fue un balde de agua fría para él. Hizo una negación con la cabeza. Tenía que sacarse esos recuerdos de la

cabeza.

—Fue un error cuyas consecuencias todavía estoy pagando —dijo. De pronto el hombro empezaba a dolerle. Mierda.

—¿Podemos salir de aquí? —preguntó agarrando el vestido que pensaba comprar. Iba a pedirlo en tono azul.

—Ava. —Ella dejó de moverse en el vestidor y esperó—. Mi idea de casarme con Elizabeth tenía más que ver con la familia que ella tenía, y la forma en que eso me hacía sentir... —se pasó la mano entre los cabellos, despeinándose los más de lo que Ava había hecho momentos atrás— no con el hecho o no de amarla.

—¿Cómo ibas a casarte con alguien que no amabas?

—Porque podía obtener a cambio la familia que el destino me arrebató.

Ella asintió y su expresión se suavizó. La tensión abandonó su cuerpo y, tal como otras veces había hecho, lo abrazó. Él, instintivamente, la rodeó con el brazo que no le dolía y la sostuvo contra su cuerpo. Era reconfortante sentir que no había barreras en esos momentos. Si todo fuera tan sencillo...

—Hay muchas cosas por resolver, Ava. Dejemos de hablar del pasado o las consecuencias que ha tenido sobre nosotros, por hoy —murmuró él contra el cabello suave, y después se apartó—. ¿Tienes todo lo que necesitas?

—Solo me faltan los zapatos, pero creo que puedo arreglármelas rápido.

—Hay una cuenta abierta a mi nombre para ti. Todo lo que compres se enviará a la casa. No protestes. Tómallo como parte del trabajo que estás haciendo y porque vas a trabajar un fin de semana.

—Puedo pagarme mis cosas —refutó.

—Lo sé. Tienes un buen empleo —dijo con una sonrisa, logrando que el aire tenso se disipara por completo.

Ella se rio.

—Supongo que sí.

—Te espero en el automóvil. Trata de no tomarte el resto del día probándote zapatos, ¿bueno?

Ella solo dejó escapar una risa suave. Notaba que era fácil reírse cuando el resentimiento o el rencor empezaba a desvanecerse, en especial si el que provocaba la risa era la única persona capaz de conmocionar los deseos que había tratado de controlar durante tanto tiempo. Su cuerpo parecía un instrumento musical, cuyo único experto en lograr afinar las notas para provocar la melodía más apasionada era Jason Wilder.

—Ya vete de una vez o haré exactamente eso.

—Recuerda que yo tengo el chofer —dijo haciéndole un guiño antes de desaparecer tras la puerta.

Ava esperó a que abandonara el vestidor para recuperar el resuello. Además de saborear la boca masculina con ávida codicia, y sentir las caricias en su piel, no podía discernir en qué rayos se había metido. No sabía en qué posición se encontraba con él. Permitirle las libertades que se había tomado con ella los colocaba en un escenario por completo diferente. Indefinido. Aun así, no se arrepentía.

Detestaba no tener las circunstancias controladas...

Sin embargo, de lo que Ava sí estaba segura era de que, en esta ocasión, ninguno de los dos iba a salir indemne. Nadie sería más culpable que otro. Tarde o temprano el pasado volvería como una sombra y tendrían que aclararlo todo. No solo porque era el modo de sentirse emocionalmente libres al fin, o al menos ella, sino porque era lo correcto. Lo honesto.

Ava siempre había sido honesta con Jason. Esperaba que, en esta ocasión, al menos él se dignara a devolverle un poco de esa honestidad.

El de tema de la “amistad” era otro embrollo. ¿Que iban a ser amigos? Imposible. Ninguno de sus amigos obtendría de ella más que un abrazo inocente; ninguno de sus amigos conjuraba fantasías sexuales en su cabeza; y ninguno de sus amigos la había marcado físicamente hasta el punto de no ser capaz de pensar a derechas. Estaba metida en un buen lío, y lo peor de todo era que, si se presentaba la oportunidad, ella no iba a rehusar sucumbir a la magia que entre ella y Jason fraguaban.

Si acaso volvían a encontrarse en una situación en la que sus manos no pudieran apartarse del cuerpo del otro, Ava no pensaba detenerlo, ni detenerse. Acababa de abrir una Caja de Pandora. Estaba cansada de reprimir sus emociones por uno u otro motivo. Estaba cansada de estar resentida. Al menos a título personal, como mujer, como amante...

Todas sus emociones anteriores no implicaban que se olvidase de que tenía un hijo. *Tenían* un hijo. El hecho de enterarse que él había querido formar una familia con la tal Elizabeth —cuando la pudo tener con ella y junto a Benjamín— era parte de la explicación que, sentía, Jason le debía.

Todo eso le dolía por su hijo, por cada noche que el niño preguntaba por su padre al ver a sus compañeros de la escuela hablar de la vida con un papá, las cosas que hacían juntos; las actividades que Ben no tenía oportunidad de hacer, porque su padre no había querido saber de él cuando se enteró de que estaba embarazada. Le dolía que hubiera negado a Ben. Estaba dispuesta a abrir todos los frentes dolorosos de su vida con él. Necesitaba hacerlo.

Dejó escapar el aire que había estado conteniendo mientras mil ideas iban y venían en su cabeza. Se contempló en el espejo. Tenía los ojos brillantes. Los labios hinchados ligeramente. Y también lágrimas que no había sido consciente de haber derramado. Se pasó un dedo para borrar la ligera sombra del rímel esparcido.

Con las manos en las caderas contempló el desastre que era el vestidor.

No estilaba a dejar las prendas de ropa desperdigadas en una boutique, pero no quería pasarse media hora recogiendo para luego tener que escuchar a Jason llamándola para que saliera o le preguntase si estaba todo en orden.

No. No estaba todo en orden. Su mundo estaba de cabeza.

Decidida a asumir lo que acababa de ocurrir con madurez, Ava abrió la puerta del vestidor de la boutique. Tomó una profunda respiración y salió.

—¿Qué significa que no podemos avanzar? —preguntó Jason al guardia de

caminos, bajándose del automóvil, cuando estaban a mitad de trayecto.

—Lo siento, señor, pero hay anuncio de una fuerte nevada. Han cerrado el carretero. Tendrá que volver a Hulutown por su seguridad.

Ava se removió inquieta en el interior del automóvil, mientras se mantenía abrigada y con la calefacción encendida. El chofer, Terence, había tenido que aparcar a un lado de la carretera por orden del guardia de caminos. Cuando el oficial le dio la orden de volver sobre el camino recorrido, Jason se contrarió y se bajó del automóvil.

—Acabo de pasarme en una maldita tienda casi toda la mañana. Necesito volver a mi casa en Lake Placid..., oficial —dijo.

Ava escuchaba todo porque tenía la ventana ligeramente baja, y Jason no era dado a susurrar tampoco. Observó la expresión resignada de Terence. El hombre parecía conocer que su jefe, es decir Jason, hacía lo que se le venía en gana.

—Es por su seguridad, señor.

Jason giró sobre sí mismo.

—Hay nieve, pero no una gran nevada.

—¿Prefiere que lo lleve detenido o prefiere accidentarse? Decídalo y me lo comenta. ¿Señor...?

—Wilder —refunfuñó—. Supongo que prefiero no tener más accidentes. —Se giró y volvió al interior del automóvil—: Terence, por favor, busca un hotel en el maldito Hulutown.

Ava lo miró y se echó a reír.

—¿Qué te causa gracia? —preguntó de mal humor.

—No puedes luchar contra la naturaleza. Seguro en un par de horas anunciarán que no hay problema con el tiempo y regresaremos a Lake Placid. No seas impaciente.

—¿Impaciente, yo? —indagó acercándose a ella, mientras Terence ponía en movimiento el automóvil ajeno a lo que ocurría en el asiento trasero—. Pues no eran mis gemidos, pidiendo que succionaran con urgencia cierta parte de mi

anatomía, los que parecían impacientes hace un buen rato —susurró para que solo ella escuchara.

Ava se sonrojó.

—Serás cretino...

Satisfecho por haberla callado, Jason volvió a su sitio, sonrió. Recogió la puñetera férula del asiento y se la acomodó.

CAPÍTULO 12

Nueva York, Estados Unidos.

Años atrás.

Zayn era una compañía entretenida, no habría necesitado esa cita para saberlo, aunque sí para notar que la percepción inicial —de que podían congeniar en un plano romántico— estaba desvaneciéndose a medida que la cita avanzaba su curso. Por lo general, ambos se reunían con el grupo de amigos del college o él iba a estudiar en la librería en la que ella trabajaba medio tiempo. Al parecer esa camaradería y química que parecía saltar entre ellos cuando estaban en un mismo espacio era tan solo consecuencia de la interacción con otros.

La cita había sido, en un plano romántico, un desastre. Como salir con un amigo más... Sí, Zayn era guapo y también inteligente. Un buen partido, como solía decirle Jenny, pero lo que Ava terminó descubriendo es que con él solo deseaba mantener la amistad. ¿Qué tal eso para la primera ocasión que se decidía a salir con alguien?

Cerca de las once de la noche él la llevó a casa.

—Gracias por la velada, y siento mucho que no hayamos ido al club a bailar. Mañana tengo una clase temprano —mintió, ella— y bueno...

Él le restó importancia con su expresión amable.

—¿Qué te parece si me invitas un café para la tanda de hojas que quiero adelantar hoy de mi lectura para el college, y así no me quedo dormido tan pronto? —le preguntó Zayn con su modo encantador—. Así tengo el placer de contar con tu compañía un rato más.

A él se le formaba un hoyuelo en la barbilla al sonreír. Unas chicas podrían calificarlo de sexy o adorable, pero a Ava le resultaba indiferente. Estaba tentada a decirle que no, pero se sentía un poco culpable por haberle mentado y sabía que

iba a verlo en sus círculos de amistad con frecuencia. «Qué terrible la falta de práctica con este asunto de las citas románticas», pensó.

—Claro —dijo mientras abría la puerta del edificio y se dirigían hacia los ascensores—. Pensé que el café te daba sueño en lugar de quitártelo.

—¿Estás tratando de deshacerte de mí? —preguntó bromeando e inclinándose hacia ella. Estaban solos en el elevador.

—Solo estoy diciendo que, en tú caso, me sorprende. Por lo general tomas té.

Él la quedó mirando y esbozó una amplia sonrisa.

—Esa es una de las características que más me gustan de ti.

Ava no entendía de qué estaba hablando.

—¿Que saco comentarios en la conversación, nada relevantes, sobre las bebidas que quitan o no el sueño?

Zayn soltó una carcajada.

—Parece que no te das cuenta de lo mucho que me gustas desde hace tiempo. Ava, desde que somos amigos, y ya han pasado unos ocho meses, yo estoy enamorado de ti. Me gustaría saber si quisieras intentar tener una relación sentimental conmigo y salir más, solo dos los, para conocernos de un modo... diferente.

—Oh...—atinó a decir. «Ay, esto va de mal en peor.»

—Sí. «Oh.» —se inclinó un poco más hasta que sus labios prácticamente estaban a pocos milímetros de distancia.

Las puertas del elevador se abrieron, y a Zayn —para alivio de Ava— no le quedó otro remedio que apartarse. Le dio paso a ella primero y la acompañó a la puerta del departamento que, para preocupación de Ava, estaba abierta.

—¡No puedo creer esto! —exclamó enfadada, empujando la puerta, y dispuesta a decirle a Jenny que no podía seguir llevando a sus folla-amigos y olvidarse de lo más básico: cerrar la maldita puerta.

—Calma, Ava —murmuró Zayn siguiéndola al interior—. Seguro que Jenny tiene una explicación creíble.

Ella entró con todo el impulso de alguien que estaba dispuesto a dejar en claro sus puntos de vista. Adoraba a Jen, pero a veces se pasaba de irresponsable. Buscó con la mirada a su amiga, pero sus ojos celestes se encontraron con otra persona por completa distinta.

Cómodamente en el sofá estaba Jason Wilder.

Se detuvo de forma abrupta y perdió el hilo de lo que tenía en mente. «¿Qué es esto?». No tenía alcohol en la sangre. Tampoco recordaba haber perdido la memoria sobre alguna cita en particular con Jason. El hombre parecía haber sido tragado por la Tierra, y cuando se dignaba a escribirle o conversar con ella —si es que todavía recordaba el significado de la palabra “conversación” — era tan escueto que Ava prefería mantener su distancia. Resultaba exasperante que la persona que más te importaba en el mundo no fuera capaz de darte un mínimo de consideración. Estaba resentida con él. Mucho.

Él estaba con las piernas estiradas sobre la mesita de centro de la sala, los brazos abiertos apoyados en el respaldo del sofá, y una expresión de hastío. ¿Qué hacía Jason en su sala? ¿Qué hacía en Nueva York?

—Hola, Ava —dijo incorporándose. Se acercó con deliberada lentitud. Ella de seguro no tenía idea de cómo estaba controlando las ganas de ahorcar al tipo que acababa de llegar—. Qué bueno que hayas venido temprano.

El cerebro de Ava parecía haberse detenido para rebobinar el casete. No podía unir un punto con otro. Que ella recordase, en la cena no ingirió licor en la cena, ni tampoco fumaba marihuana como para decir que estaba alucinando. Además, carecía de las capacidades de Mi Bella Genio para crear realidades paralelas como la que estaba presenciando en ese instante con solo pestañear. Decir que estaba sorprendida era quedarse corto.

—Por lo general vengo a la hora que me da la gana, Jason. ¿Qué haces aquí? Creí que vivías en Chicago. Demasiado lejos para escribir un correo o echar una llamada a tu mejor amiga de toda la vida. —No pudo evitar el reclamo. La sorpresa empezaba a dar paso a la rabia.

—¡Oh, por todos los demonios! ¡Es el famoso Wild West Wilder! —

exclamó Zayn, ajeno a la tensión que se respiraba en el apartamento, y se adelantó para estrechar la mano de Jason—. Soy acérrimo fan de los Chicago Dolphins. Madre mía —murmuró después al ver el trofeo en la sala—, ¡la Copa Stanley! Me tienes que firmar un autógrafo. —Volteó hacia Ava—: Me hubieras dicho que eras amiga de este tipo tan genial. Qué suerte la tuya. La gente en el college va a flipar colores.

Ava puso los ojos en blanco. «Hombres.»

Jason, con una sonrisa de suficiencia al darse cuenta de que ese tal Zayn que Jenny le había mencionado no tenía ningún interés real en Ava, sonrió. ¿Qué hombre prefería a su estrella de hockey a una mujer hermosa?

Zayn acababa de perder su oportunidad con ella, sin saberlo.

—Te veo mañana, si estás alrededor, Ava. Ha sido una noche padrísima —dijo emocionado y blandiendo la factura del restaurante sobre la que Jason había firmado su autógrafo.

Salió del apartamento dispuesto a contarle a todos sus amigos que acababa de conocer al famoso jugador de hockey y que, además, se había fotografiado con la Copa Stanley. ¿Su cita de esa noche? Olvidada.

Jason cerró la puerta y apoyó la espalda contra la madera negra. Se cruzó de brazos y esbozó una gran sonrisa.

—Para contestar tu pregunta: vine a cumplir una promesa.

Sin pensar en lo que estaba haciendo, Ava se acercó a Jason, estiró la mano y le dio una bofetada. Los dos se miraron, asombrados. Él por la cachetada, y ella por haber tenido esa reacción.

—Yo...

Descruzó los brazos y empezó a caminar hacia ella.

Ava retrocedió mirando a un lado y otro para no tropezar hasta que la única posibilidad que le quedó fue la pared.

—¿A qué debo el honor de ese recibimiento tan cálido? —preguntó él.

Ella se mantuvo callada. Sentía el pecho subiendo y bajando al ritmo de su respiración. Verlo le causaba alegría y dolor. La mirada verde de Jason parecía

más intensa en esos momentos, las cejas negras enmarcaban sus ojos dándoles más fuerza, y se había afeitado.

Parecía esos chicos que trabajaban en las tiendas de Abercrombie & Fitch. Meses atrás, Jenny le había mostrado varias revistas en las que Jason era la portada. Sus músculos estaban más definidos, y su sonrisa pícaro continuaba distinguiéndolo de cuanto hombre guapo ella pudiera haber visto.

Hablaban, con suerte, una vez cada dos o tres meses. Él nunca volvió de visita por su propia cuenta a Nueva York, y cuando llegaba con su equipo a jugar a la ciudad, ella apenas tenía oportunidad de interactuar debido al poco tiempo que se quedaba y a la apretada agenda que su publicista manejaba con él.

Ava sentía que había perdido a su mejor amigo, y también al chico de quien se había enamorado.

Estaba resentida. Dolida.

¿Y ahora, él tenía el descaro de presentarse de repente en su apartamento? ¿Como si esperase que ella diera brincos de alegría y se lanzara a sus brazos para recuperar el tiempo perdido? No le sorprendía que Jenny lo hubiera dejado pasar.

Su mejor amiga era partidaria de dejar zanjadas las diferencias, pero le parecía una vil traición de Jen el hecho de que —además— le hubiese dejado las llaves de emergencia que estaban sobre la mesita de café de la sala para que Jason se tomara las libertades que quisiera. Y él lo había hecho. Se fijó en que había una taza de café vacía, y también una bolsa de galletas a medio consumir, además de las migajas esparcidas sobre el vidrio de la mesa.

Jamás había golpeado a nadie. Se sintió mal por haberlo abofeteado por más de que, a su juicio, se lo mereciera. Intentó organizar sus ideas en la cabeza.

—No quise...

Él ni siquiera se frotó la mejilla en la que empezaba a aparecer la marca de los dedos de Ava.

—Sí, sí que quisiste abofetearme. Y quizá me lo merezco porque he sido un idiota después de cómo nos despedimos en el aeropuerto años atrás, después de las veces que salimos juntos a tantos sitios, después de todo lo que has hecho

por mí. No soy digno de tu amistad, sin embargo, aquí estoy. Quiero redimirme contigo —señaló la Copa Stanley— y te traje la prueba física de que soy alguien que vale la pena.

Ava sintió que poco a poco su rabia empezaba a desaparecer.

—No necesitabas venir a celebrar conmigo, Jason —dijo con seriedad.

—Intento cumplir mis promesas, aunque sea tarde...

—Vales la pena por simplemente ser tú. Punto. Además, ¿por qué tienes que demostrarles a otros que puedes conseguir tus metas o tus sueños?

—A ti, Ava. Los demás se pueden ir a la mierda. Demostrarte que tu confianza a lo largo de los años, cuando te contaba mis sueños, no ha caído en terreno árido.

—¿Qué tengo yo de diferente?

—Tú —le tomó la mano con firmeza y la apretó contra el lado en el que latía su corazón— eres la única que es capaz de ver a través de mi fachada de suficiencia. No te importa mi dinero, ni mi fama, y me mandas a la mierda —sonrió— o me abofeteas sin importarte nada.

Ava apretó los labios.

—¿Esa es tu forma de pedir disculpas por haberte alejado de mí sin más? Te mandé cartas. Te llamé...—Ella se soltó y le dio un empujón—. Aprecio que hayas decidido venir con tu trofeo, pero para mí no significa nada.

—Tenía la ilusión de que...

—Jason, verte me ha causado desconcierto y sé que te irás mañana de nuevo. ¿En qué nos deja eso? He continuado con mi vida, he cambiado mi círculo de amistades —salvo por Jenny— y ahora estoy estudiando una carrera que me apasiona. Tengo varios años por delante. Sacar una mención en el college no es suficiente. Quiero ir a la universidad. Hay muchos objetivos que anhelo cumplir, y no sé de qué forma podrías ahora encajar en mi vida si no estás a diario o si te vas te conviertes un recuerdo del pasado. En un amigo que veré una o dos veces al año. Y, en tu caso especial, en las revistas que —nuevamente gracias a Jenny— encontraré con tu fotografía o la del equipo en el que estés

jugando. ¿Somos amigos? ¿Somos personas con emociones que reniegan mutuamente de ellas y pretenden que no existen?

—No me iré —le aseguró, mirándola fijamente.

—¿Y piensas dejar a tu equipo de lado?

Jason se pasó los dedos entre los cabellos. Debía recordar que Ava poco o nada, principalmente “nada”, sabía del hockey y sus temporadas.

—Después de la temporada tenemos vacaciones. La copa se va a Rusia con los guardaespaldas del trofeo que están esperando abajo a que sea medianoche para que se me acabe mi día con el trofeo. Lo traje para ti.

Un ligero atisbo de ilusión brilló en los ojos celestes de Ava, pero se apagó pronto. Él lo comprendía.

—¿Vacaciones?

—He decidido pasarlas aquí en Nueva York —sonrió—. Ava, quiero compensarte. Quiero... —resopló—. Necesito retomar el pasado y ponerlo en perspectiva. No tienes idea cuántas veces quise tomar un avión y venir a verte. Cuantas veces estuve tentado de llamarte...

—¿Y por qué no lo hiciste? —interrumpió.

—Porque tú tienes la capacidad de desconcentrarme. Y si encontraba la forma de decirte que podíamos pasar de ser amigos a algo diferente, lo más probable es que hubieras dejado de lado tus anhelos por creer que juntos podríamos conseguirlo todo... Me hubiera sentido contrariado y culpable.

Ella se cruzó de brazos. Enfadada.

—No soy el tipo de persona que va como perrito faldero dejando de lado su vida con tal de perseguir el amor de alguien. En especial si ese alguien no es capaz de verlo en mis acciones. Me sorprende que tengas la audacia de ponerlo entrelíneas.

Él trató de mantener la calma.

—Estás mal interpretando por completo...

—Además, estoy segura de que tuviste muchas mujeres para entretenerme todo este tiempo y hacerte compañía, ¿o no, Jason?

—No sabía que los celos se habían convertido una peculiaridad.

—Solo cito ciertos hechos.

—No importa cuántas mujeres hubo antes. —Ella hizo una mueca con la boca—. Con la única que decidí celebrar mi sueño hecho realidad está frente a mí. Ava, dame una oportunidad.

Ava sentía el pulso acelerado. En un solo instante él había instalado el caos en su pacífica realidad.

—¿Una oportunidad para qué, Jason? ¿Para ser amigos de nuevo?

—No hemos dejado de ser amigos...

Ella soltó una carcajada.

—Entonces entendemos una definición por completa distinta a la habitual.

—Regresé no solo para cumplir una promesa —dijo acercándose hasta que sus labios quedaron cerca de los de ella—. También regresé para pedirte que me permitas intentar recuperar el tiempo perdido. Lo que hay entre nosotros es especial. Explora conmigo las posibilidades. Encontremos la forma...

Tan orgullosa en su hermosa expresión, Ava elevó el mentón.

—Las palabras no me sirven. Si quieres ganar mi confianza, Jason, vas a tener que utilizar hechos. Demuéstramelo.

Él esbozó una amplísima sonrisa. El peso que no era consciente de haber sobrellevado todos esos años lejos de Ava, pareció abandonar su pecho. Se sentía más ligero y dispuesto a recuperar el tiempo perdido. Estaba dispuesto a que Ava se enamorase de él nuevamente.

—¿Ese es un “sí”?

—Tómalo como quieras —replicó haciéndose hacia un lado.

No quería dejar el camino abierto para experimentar más de ese cosquilleo que la cercanía de Jason le causaba. Necesitaba disipar la tensión entre los dos, así que utilizó la única salida eficiente.

Se acercó al trofeo y contempló los nombres tallados. Eran un montón. Sintió a Jason de pie tras ella. Ava se acuclilló para ver más detenidamente los detalles grabados en el metal.

—Me alegra mucho tu éxito —dijo ella, recorriendo con los dedos el nombre de su amigo de toda la vida una vez que lo encontró. Miró hacia atrás, sonrió—: Deberías estar celebrando en otro sitio.

Él guardó las manos en los bolsillos. La tentación de besarla era muy grande. Pero iba a darle espacio. Tenía un mes, con suerte un poco más, para compensarla por lo imbécil que se había portado. Más le valía no echarlo a perder.

—Pasé por Taste of Heaven.

—¿Sí? —preguntó incorporándose.

Necesitaba aclarar sus emociones y descubrir quién era este nuevo Jason Wilder, el jugador profesional de hockey que intentaba —esperaba no equivocarse— encontrar un nuevo modo de conectar con ella. Ava ignoraba si se trataba de descubrir qué sentía o podían llegar a sentir estando juntos. No quería pasar el resto de su vida preguntándose “¿Qué hubiera sido si...?”

Todos esos años sin él, le habían dolido, y esperaba que pudieran juntos resarcir esas heridas. Esta vez iba a entablar un vínculo con Jason, pero con los ojos muy abiertos. Seguía queriéndolo, pero desconocía si ese amor se había transformado tan solo en una mala imitación de lo que sintió en el pasado. Necesitaba descubrirlo.

—Supongo que hubo muchos clientes que te reconocieron.

Él se encogió de hombros.

—Algo así —sonrió— o si no, ya mañana podrás verlo en los periódicos. Antes de venir tuve que dar una entrevista. Pero en general, la mayor parte del tiempo la pasé en la cafetería. Esperaba verte, aunque debí ser más listo y recordar que tienes otro horario de trabajo y que vives con Jenny hace un tiempo.

—Imagino que mis padres se pusieron muy contentos —comentó. No quería discutir sobre el pasado. Era preferible enfocarse en ver el futuro. Indistintamente de lo que eso significara—. Te recuerdan siempre.

Él asintió.

—A tal punto que, si me invitases una taza de café, no podría aceptarla.

Ava prorrumpió en risas. Conocía a sus padres. Eran especialmente generosos con las tazas de café. «Todos deben saber lo delicioso que es el café hecho a la moda italiana», solía decir su madre. A veces, no les importaba regalar un par de tazas de más a los clientes. Conscientes de que no veían a Jason desde hacía mucho tiempo, lo más probable era que lo hubiesen atiborrado de comida.

—Gracias por visitarlos.

—Fue un gusto verlos. Siguen tan vitales como siempre. No tienes que agradecerme por eso. Por cierto, creo que este momento merece inmortalizarse.

—Ella asintió y fue a su habitación. Regresó pronto con la cámara fotográfica y se la entregó a Jason—. Perfecto. Llamaré a los custodios del trofeo para que nos hagan una foto en toda regla. Que salga la copa completa junto a nosotros. Así adornas un poco más esa pared —dijo señalando el sitio en el que Ava y Jenny ponían sus memorias captadas en cámara.

Esa noche fue el principio de una aventura que terminó separándolos por muchos años. Una aventura agri dulce, pero también inolvidable.

CAPÍTULO 13

Lake Placid, Nueva York.

Presente.

—Solo nos queda una habitación. La suite presidencial —anunció la recepcionista del hotel Hilton en Hulutown—. Hay un evento en el área y las reservas se han agotado muy rápido.

La tormenta era inminente. La nieve parecía un manto de hierro embravecido que corría de un lado a otro tratando de encontrar la forma de vengarse de los humanos por invadir su libre circulación. Lo único que Jason sabía era que Terence había conseguido una habitación en un Bed and Breakfast a pocas cuadras de distancia. Bien por él, pensó.

Él dirigió su atención hacia Ava.

—Tenemos que dormir en algún sitio. Somos adultos, ¿crees que el sofá de la suite te vaya bien? —le preguntó riéndose.

Jason mascullo algo por lo bajo antes de extenderle la tarjeta de crédito a la recepcionista. Tomó la tarjeta electrónica y después agarró a Ava de la mano para guiarla hacia los elevadores. Él se limitó a caminar entre las instalaciones. No era el mejor hotel de la cadena Hilton, lo reconocía, pero eso le importaba muy poco si iba a tener calefacción y estaba protegido de la nevada.

—Puedes dejarme caminar, Jason. Difícilmente voy a perderme en los alrededores —murmuró Ava.

Una vez que las puertas se cerraron él agarró las manos de Ava entre la suya, que era mucho más grande, y la apretó contra su cuerpo. Presionó su pelvis para que ella sintiera exactamente el motivo por el cual él acababa de apresurarse al elevador.

—Supongo que es el destino —murmuró contra los labios de ella.

Ava sonrió y le dio un mordisco suave.

—Creo que te estás precipitando a sacar conclusiones. Y es muy presuntuoso de tu parte hacerlo.

—¿Tú crees? —dijo antes de deslizar la mano sobre los costados de ella.

Cuando llegó cerca del pecho, Jason se detuvo. Carecía de sentido intentar acariciarle los senos sobre la ropa porque eso implicaría que él podría perder el control y presionar el botón de emergencia que detenía el ascenso.

No quería escándalos en la prensa si llegaban a saber la identidad del hombre que había aprovechado una nevada para echarse un polvo en un elevador. Le bastaba con saber que Ava podía sentir cuánto la deseaba. Por ahora.

—Ejem —dijo una voz desconocida.

Riéndose, los dos se apartaron. Quedaba solo un piso.

—Buenas tardes —murmuró Ava.

Sentía una burbujeante emoción de hacer algo distinto, tal vez incluso prohibido, al estar con Jason. Por lo general vivía un día a día planificado desde que se despertaba, y procuraba ser un adulto responsable. Era una madre después de todo. Resultaba liberador dejar que la pasión tomara el timón del barco, así como de su cordura. Al menos de momento.

—Buenas. —El desconocido le dio la espalda apenas continuó el ascenso.

Una vez en el pasillo en el que estaba la suite de ambos, Ava le dio un empujón a Jason. Le quitó la tarjeta electrónica y abrió la puerta, riéndose. De pronto todo parecía más liberador. Sencillo.

Él se mantuvo detrás.

Deseaba con locura a Ava, pero prefería por el momento que ella marcara el ritmo. No quería arruinar el día. Seguramente el universo estaba conspirando para que pudieran estar solos y sin opción a escapar el uno del otro. Él no iba a protestar.

El cielo estaba oscuro. El pronóstico del clima no era para nada alentador, al menos si querías escapar a tiempo hacia Lake Placid. Jason sonrió ante la vista

panorámica de los alrededores. El invierno había acabado con toda la vegetación. Todo el panorama lucía árido y salpicado de una sábana blanca. Estaban en uno décimo quinto piso, y los ventanales dejaban entrever la forma en que los copos de nieve golpeaban contra los paneles de vidrio.

La calefacción era perfecta. Jason se quitó la férula y la dejó a un lado. No la necesitaba en esos momentos. Esperaba que, cuando su terapeuta retomara la rehabilitación, pensara de igual forma.

Tenía pendiente la cita con el equipo médico. Estaba angustiado por saber cuándo lo dejarían volver al rink. Confiaba en que su lesión no requiriese demasiado tiempo de la banqueta de jugadores activos. Wade le había dicho que no tenía que preocuparse y que todo marcharía sobre ruedas. Jason esperaba que tuviese razón.

Él observó que el botones ya había dejado las bolsas con las compras de esa mañana. Al menos uno de los dos iba a tener ropa limpia. Para lo que Jason tenía planeado, no iban a necesitar ninguna prenda en particular.

—Entonces... —murmuró Ava con ojos brillantes.

A Jason le parecía cada vez más la chica de hacía años atrás. La rigidez con la que se topó el primer día en su mansión, ya se había extinguido. Existía cautela, y él no la culpaba por eso, de hecho, le parecía que ambos estaban en ese escenario bajo igualdad de condiciones.

Él se acercó y acarició los brazos de Ava de arriba abajo como si quisiera ayudarla a entrar en calor, a pesar de no ser necesario. Era su contacto el que añoraba, y al menos por ahora se trataba de un terreno seguro, porque no quería presionar, a pesar de que ambos sabían de qué iba todo en ese momento.

—Tal vez necesitemos hablar de algo en particular —dijo Jason.

Ella inclinó la cabeza hacia la derecha, estudiándolo. Su corazón parecía no encontrar el modo de ralentizar el rápido palpitar. Se sentía ansiosa. La situación entre ella y Jason había cambiado por completo desde el incidente en el vestidor de la tienda.

—¿Como qué...?

—Hemos cruzado la ligera barrera entre la amistad y el deseo. Siempre ha estado latente entre nosotros, pero, Ava, no quiero que te arrepientas o que esto cambie de alguna forma la frágil tregua que hemos acordado entre los dos. Nada quiero más que perderme en tu interior, besarte, y tocarte de mil formas posibles. —Ella sabía que la humedad entre sus muslos había pasado la suave tela de las bragas. Estaba mojada, y las palabras de Jason solo conseguían incrementar el palpar que anhelaba calmarse si él estuviera con ella del modo más básico—. Así que dime ¿qué deseas?

—Hay muchas cosas que me gustaría preguntarte...

Él asintió.

—Si es lo que necesitas hacer, entonces, adelante —replicó acariciándole la mejilla. Le gustaba la suavidad de su piel. Le gustaba toda ella, punto—. No es que tengamos un sitio al cual escapar para evadirnos.

Ava esbozó media sonrisa. Asintió.

—¿Por qué...? —se aclaró la garganta—. ¿Por qué me engañaste, Jason?

No era lo que Ava había planeado preguntar, ni tampoco pensó en sacar el tema a colación, sin embargo, aquella era una espina que llevaba clavada desde hacía demasiados años. Necesitaba una explicación. Necesitaba entenderlo. No le era posible encajar las piezas del rompecabezas sin que él le diera una respuesta. Difícilmente podría cambiar el pasado, pero quizá podría hacer más llevaderos los agrios recuerdos, y eso ya de por sí era bastante.

Jason la miró un largo rato.

La guio hasta un cómodo sofá unipersonal y la instó a sentarse sobre sus piernas con suavidad. Ella dudó por un breve momento, y después decidió acomodarse en la calidez de su cercanía. Le gustaba tenerlo a su lado, aunque fuesen a hablar de un tema que había causado muchos líos y que su corazón se rompiera en mil pedazos.

En esa posición, el rostro de Ava quedaba muy cerca del de Jason. Él acomodó la mano derecha sobre la cintura, y la izquierda sobre el muslo de ella.

—La juventud no es una excusa, Ava, pero sí la razón principal de mi

inmadurez. Pasamos más de medio año juntos, y créeme, ahora que puedo ver en retrospectiva mi vida, me arrepiento muchísimo del daño que te causé. El problema es que ni siquiera me plantee que ocurriese.

—Por eso se llaman affaires, supongo...

—Nineth era la hermana de uno de mis compañeros de equipo. No hablaré mal de ella, pero sí creo justo decir que cuando quería algo, no cejaba en el intento de conseguir sus cometidos.

—Y te quería a ti... —murmuró de mala gana.

Jason apretó los labios.

—No solo a mí —dijo— sino a cualquiera de los chicos que estuviera dispuesto a hacerla pasar un buen rato. En todo caso, la noche en que llegaste para celebrar mi cumpleaños yo había bebido más de la cuenta. Lo último que esperaba era encontrarte en la puerta de mi habitación mientras... —tomó aire— Estaba asustado por la inmensidad de lo que sentía por ti. Me sentía desbordado, y no quería recordar lo que siempre ocurría en mi vida. Lo que me importaba, desaparecía. Mi madre. Mi padre. Mi hermana... Toda mi existencia había estado marcada por la pérdida de todo a lo que yo me apegaba.

—Eras mi mejor amigo, Jason... —susurró con los ojos cerrados.

Él le acarició los párpados con delicadeza y con el pulgar limpió las lágrimas que empezaron a rodar por sus mejillas. Dios, aún a pesar de los años, le dolía la brecha que su idiota inmadurez había creado.

—Creía que podía alcanzar el cielo con las manos por el mero hecho de ser parte de la conquista de un trofeo tan renombrado con solo veintidós años — continuó él, mientras ella lo escuchaba—. El mundo estaba a mis pies. Lo tenía todo. Esa noche bebí más de la cuenta. Habíamos tenido una discusión, y yo no creía que debía darte explicaciones. Nineth se mostraba comprensiva y cariñosa. Al final de la jornada, mis amigos se largaron a festejar no sé qué cosa a un bar, y yo estaba tan echado a perder, que la única persona que quiso quedarse fue ella. No pensaba a derechas, sino con cierta parte de mi anatomía. Ella no significó nada para mí.

—Rompiste todas las ilusiones que deposité en ti...

—Lo sé. Lo sé, Ava, y no tienes idea de cuánto lamento que hayas tenido que presenciar esa escena. Estoy tratando de explicar el comportamiento de un chico de veintidós años. Y créeme, no tiene disculpas... —dijo con arrepentimiento—. Si te sirve de consuelo, me volví una bala perdida. Ninguna mujer volvió a importarme de verdad. Y eso incluye a Elizabeth, por más de que haya llevado mi anillo. No significaba más que un anhelo personal forzado. Al final, he pagado el precio. Y es probable que no esté en forma para poder enfrentar el resto de la temporada y para ayudar a ganar los puntos suficientes que pueden llevar a mi equipo a disputar la Copa Stanley. Así que, si de algo sirve, el karma ha sido una perra vengativa.

Ava no podía hablar. Si lo hacía, las lágrimas iban a ocupar el sitio de las palabras.

—Yo... —bajó la mirada.

Le era fácil evocar la escena.

Después de la noche en que Jason llegó con la Copa Stanley, él cumplió la promesa de pasar las vacaciones con ella. Rentó un piso muy bonito cerca del apartamento en el que vivían ella y Jenny. Empezaron a salir juntos, a pesar de las cámaras de los paparazzi, y encontraban la forma de escabullirse.

Los besos robados cada día incrementaban el nivel de pasión. Después de tres semanas de largas charlas, visitas a museos, paseos en el Central Park, e incluso un viaje inesperado a Alaska para ver las auroras boreales, la química que existía entre ambos explotó. Una noche, mientras veían películas en el piso de Jason, él se giró hacia ella. El fuego que ardía en su mirada era inconfundible, porque era exactamente el mismo modo en que ella estaba mirándolo.

Las caricias se tornaron intensas, la ropa voló por cualquier rincón que ellos lanzaban las prendas. Jason había sido dulce y delicado la primera vez. Sentirlo en su interior, rompiendo la barrera de su virginidad, había producido dos emociones: dolor y placer. Combinadas eran letales, si a ellas le seguían los besos incendiarios, la forma en que recorría con la lengua, con las manos, cada

recodo de su piel. Su boca obraba maravillas en sus pezones sensibles, y cuando descendió hasta su sexo húmedo, ella creyó que había alcanzado el nirvana.

Desde aquella noche, nada fue igual. Él era más atento, más preocupado de cualquier mínima cosa que ella necesitase. Finalmente, Ava le dijo que lo amaba, y su corazón dio brincos de alegría cuando escuchó que era correspondida. Pasaron ese verano haciendo locuras, y ella, descubriendo la capacidad de su cuerpo para encontrar placer. No le gustaba pensar de qué modo había Jason aprendido todo lo que sabía en la cama, tan solo apreciaba que ella sería siempre la receptora de todas esas caricias encendidas de lujuria.

Después de que Jason partió hacia Chicago con su equipo, cuando finalizaron las vacaciones para él como jugador de la NHL, el temor de que él empezaba a distanciarse de ella, se disipó. La llamaba cada día y respondía todos los correos. La inseguridad de Ava se esfumó, y la confianza en Jason aumentó considerablemente.

Hasta el día del cumpleaños veintitrés de él.

Habían tenido una pelea monumental por una tontería, ella lo reconocía, pero Jason no era el tipo de persona que aceptaba una disculpa sencilla. No. Y, de algún modo, Ava era igual, así que entendía (o eso creía) el panorama.

Planeó con Jenny el viaje de fin de semana que haría a Chicago para sorprenderlo. Había ordenado en una de las pastelerías más cotizadas de la ciudad un cake de cumpleaños. También compró, con todos sus ahorros, un par de patines nuevos. Casi mil dólares. Pero sabía que Jason apreciaría el gesto. Además, aquellos patines profesionales eran su herramienta de trabajo. Lo mejor de todo es que Ava tenía la llave del apartamento de Jason, y la sorpresa estaba pensada a lo grande.

Abrió la puerta, y lo primero que encontró fue un desmadre en todo el piso. Botellas vacías. Vasos plásticos. Vasos de vidrio por doquier, y cajas interminables de pizza. Todo el piso olía a comida y cerveza. Él no le había respondido el teléfono las veces que intentó contactarlo. Porque estaba enfadado.

Con su mejor sonrisa dio un par de pasos entre todo ese caos, y escuchó un

sonido para nada agradable. Imaginaba que uno de los amigotes de Jason estaba echando un polvo pasado el mediodía de un día sábado. Con la caja del cake en mano, que sí pesaba un poco, caminó por el pasillo. Avanzó hasta la habitación que tantas otras noches habían compartido juntos, y empujó la puerta semi-abierta.

Lo primero que notó fue que el peso de sus manos había desaparecido. La caja estaba en suelo. Lo segundo, una exuberante morena de pechos respingones y pequeños estaba acomodada entre las piernas de Jason haciéndole una felación, mientras él la agarraba del cabello y gemía de éxtasis.

Su mundo se hizo trizas. Y sintió ganas de vomitar. Ante el sonido de la caja cayendo sobre el suelo, ambos miraron en su dirección. La expresión de Jason era un poema en sí mismo. La mujer, claro, indolente, es más, satisfecha.

Él trató de detenerla, y pedirle perdón.

Ava estaba destrozada y la única emoción que parecía generar efecto, para que se alejara de él, era el dolor que laceraba su corazón a cada paso que daba. Jason la siguió hasta la planta baja, sin camisa y sin zapatos. Estaba vestido solo con un pantalón a medio abrochar. Llevaba el cabello despeinado y el rostro de la culpa dibujado. Mientras ella esperaba el taxi, él intentaba crear una excusa.

—Dios, yo no estaba pensando a derechas... —había murmurado. Poco le faltaba para arrodillarse en el pavimento. Estaba de suerte porque no había paparazzis alrededor— lo siento tanto. Lo que viste...

—No me interesa lo que tengas que decir, Jason. Hemos terminado —lo había mirado con tal dolor que era increíble que pudiera mantenerse en pie— en todos los sentidos posibles. No quiero volver a saber de ti.

—Ava...

El taxi la había salvado de tener que escuchar más disculpas. Una vez que la puerta del taxi se cerró, también lo hizo el capítulo que había involucrado a Jason y ella como una pareja y la posibilidad de un futuro. ¿Amor? No. Ella no iba a volver a creer en esas tonterías.

Siete años habían pasado desde aquella infame tarde en Chicago.

—Hey —llamó Jason, moviendo la mano sobre su cadera— ¿dónde estabas?

Ava pestañeó. Regresó al presente, a una población algo perdida del mapa llamada Hulutown. Lo miró fijamente.

El hombre que tenía ante ella distaba mucho del chico que la había engañado años atrás. Ahora parecía más seguro... Y también más maduro y consciente. Además, él había vivido un poco de su propia medicina con Elizabeth. No se alegraba, pero sí, el karma había hecho el trabajo por ella. Si a eso le sumaba el escarnio público que Ava leyó días atrás al que Elizabeth Parker estuvo sometida, al igual que el accidente de Jason y un repaso de la vida sentimental de él a lo largo de esos años, entonces tenía una buena muestra.

—En Chicago...—susurró.

Él bajó la mirada y tomó aire. Como si quisiera ganar fuerzas. Curioso.

—Debí seguirte hasta Nueva York.

Ella frunció el ceño. Le acarició la mejilla.

—¿Y entonces qué? ¿Te quedabas sin carrera? Imposible que puedas borrar el pasado, y la verdad, si eso no hubiera ocurrido...

Jason la miró un largo rato con sinceridad.

—No te hubiera perdido. Y no habría desperdiciado todos estos años relacionándome con las mujeres equivocadas.

A Ava no le hacía gracia pensar en la eterna lista de mujeres que de seguro habían pasado por la cama de Jason. Pero era el pasado, y enfadándose no iba a cambiar los resultados. Ella no quería sacar a colación el tema de Ben. Una parte suya quería hablarle sobre el hijo que él había negado. Necesitaba preguntarle al respecto. Le urgía. Pero no creía que, lo que fuera que estuviese sucediendo entre los dos, fuese a durar lo suficiente para averiguar los porqués de esa época.

Ya tenía su disculpa, su respuesta, y, aunque no fuese la más genial de todas, no le era coherente castigar a un hombre de casi treinta años, por los errores de su versión de veintidós o veintitrés años de edad. Porque el hombre en que Jason se había convertido le gustaba. Parecía más dispuesto a entablar una

conversación de temas complejos sin huir, y más sensato a la hora de hablar lo que pasaba por su cabeza. A diferencia de ella...

—¿Y quién dice que yo no era también la persona equivocada, Jason?

Él sonrió. Aquella sonrisa que ella sabía que era genuina. No se parecía en nada a aquellas que Jason dedicaba a las cámaras e incluso a sus fans.

—Tú y yo sabemos que nadie está más hecha a la medida para mí, que tú.

Ava se echó a reír.

—Eres presumido si quieres que te regrese similar cumplido.

Jason le hizo un guiño con su ojo derecha, y apretó la mano contra el muslo femenino.

—Claro que no te lo pediría. Solo lo sé —remarcó.

—Qué humilde.

—Entonces, ¿disculpas a este humilde cretino? —preguntó, esta vez con el rostro muy serio.

—Si hemos de avanzar y pasar la página, entonces será mejor que lo haga.

—No dices “sí” o “no” —murmuró deslizándose la mano por la espalda de Ava, y posándola en su cuello. Se lo acarició con suavidad— así que tomaré eso como una postura afirmativa el comentario.

—Qué conveniente —sonrió perdida en su mirada profunda. Aquellos ojos verdes escondían dolor, anhelo, sueños y lujuria. Una mezcla intensa, y que ella estaba más que dispuesta a probar.

—Mucho —susurró antes de tomarla en brazos con facilidad y recostarla en el centro del colchón—. Ha pasado mucho tiempo, y creo que hemos hablado suficiente. —Le quitó las botas—. Y la verdad, Ava, es que yo soy un hombre de acción. —Estiró las manos y recorrió las piernas envueltas en leggings negras. Cuando llegó a la cintura de Ava, sin preámbulos, deslizó hacia abajo el material y lo lanzó hacia un lado. La piel suave y desnuda estaba ante él—. ¿Y tú?

Ava se rio. Una mezcla de nervios y deseo. Se sentía expuesta. Jason estaba tan concentrado en ella que la hizo sonrojarse. Nada deseaba más que verlo desnudo, que aprender su cuerpo de nuevo, y saber qué le causaba placer al

hombre tan sexy que tenía ante él. Existía una abismal distancia entre el chico que amó, y el hombre que ahora estaba a punto de terminar con su nula vida sexual.

No solo Jason era distinto. También, ella. No quería nada que dañara su vida persona tal como estaba. Sabía que él no buscaba ataduras y Ava, por primera vez en mucho tiempo, sentía que era lo mejor.

Después de que acabara su empleo en Lake Placid, todo cambiaría. Ella volvería a la realidad, y él, a su vida normal. Estaba lista para aceptarlo. Y debía hacerlo, desde ahora, por más encantador que ella fuera.

—Jason, date prisa —instó Ava mientras él se estiraba para besarla con una carcajada ronca.

Él la besó con anhelo, porque muy dentro de su corazón anhelaba que tal vez esa tormenta de nieve fuera el inicio de un nuevo inicio para ellos. En el fondo creía que quizá podían conseguir construir algo juntos. Pero prefería guardarse esos pensamientos. No quería disipar la calma que experimentaba al saber que Ava había aceptado dejar el pasado, el dolor, atrás.

Jason le mordió el labio inferior, y le sonrió con picardía. Intentaba borrar con sus besos el miedo que subyacía en la mirada celeste. Por naturaleza, Ava era cautelosa, pero el frenetismo con el que empezaba a desnudarlo decía cuánto había cambiado. Le gustaba su ímpetu, y el sabor de sus besos.

Era un alivio indescriptible tenerla entre sus brazos de nuevo. No pensaba dejarla escapar, pero no tenía por qué decírselo. Iba a encargarse de, esta vez, hacer las cosas a derechas. La sintió entregarse al beso por entero, y él aumentó la intensidad, convirtiendo un beso tórrido, en uno envolvente hasta que pareció tornarse fuera de control amenazando con consumirlos. A ninguno le importaba.

Desabrochó los botones del vestido y expuso el cuerpo de Ava, cubierto tan solo por ropa interior, ante su ávida mirada masculina. Era preciosa y sus curvas ahora eran más pronunciadas. De inmediato siguió en su labor de desnudarla por entero y se deshizo del sujetador.

Ella se estremeció cuando el calor de las manos de Jason cubrió sus

pechos, y le frotó los pezones hasta endurecérselos. Él se inclinó y los lamió como si fueran el postre más exquisito que hubiera probado jamás. Y para él, lo eran. Los mordisqueó antes de succionarlos.

Los dedos de Ava se enterraron entre los cabellos de Jason, con firmeza, instándolo a no dejar de acariciarla con la boca. Había pasado demasiado tiempo sin sentirse deseada y con una arrebatadora sensualidad dispuesta a explorar sus límites.

—Ava, sabes a gloria —murmuró antes de abandonar sus pechos para besarla en la boca, mientras su mano descendía hasta las bragas. Se las arrancó sin miramientos, y la instó a abrir los muslos para él—. Húmeda... Tan lista para mí.

—Quiero verte... *Deseo verte...*

Él sonrió y sus dedos tocaron la parte más sensible su anatomía. Ava no tuvo otro remedio que callarse y experimentar las sensaciones que provocaban los dedos de Jason acariciándole el clítoris y mojando sus alrededores con pericia.

Ella movió las caderas en el colchón, instándolo a continuar, y él lo hizo. Acarició con ímpetu los sensibles labios íntimos, mientras uno de sus dedos la penetraba. Insistió en un compás de movimientos continuos, y alternaba sus caricias con la boca en el cuello, los delicados hombros, los exuberantes pechos femeninos, con los que generaban sus expertas manos en la zona femenina más privada.

—Eres más hermosa de lo que puedo recordar, Ava —declaró masturbándola con un ritmo que ella pensaba que no iba a tolerar antes de experimentar un orgasmo. Estaba equivocada. Jason apartó los dedos, y ella protestó—. Esta vez, quiero sentir tu sexo contrayéndose alrededor del mío...

Con presteza se deshizo del bóxer, y se giró para enviarlo a la alfombra. Ava lo devoró con la mirada. El cuerpo masculino parecía un trabajo artístico, perfecto en cada proporción. Largo, musculado y sexy. Su espalda era amplia y las caderas estrechas. Sentía ganas de deslizar la lengua por las marcadas

abdominales. Y el trasero duro y redondeado. Dios. Qué trasero. ¿La dejaría morderlo? Las piernas de Jason eran largas y esculpidas debido al ejercicio. Todo en él exudaba sexo y pasión.

Deseaba saborearlo entero. Cada trozo de él. En especial del sexo erecto que palpitaba grueso y largo ante ella. Quería sentirlo penetrando sus defensas más íntimas, porque nada la podía colmar más que la virilidad de Jason.

—Jason... —se acomodó sobre sus codos, y estiró la mano para tomar el miembro entre sus dedos. Cálido y vibrante, lo acarició moviendo hacia delante y hacia atrás la piel. Una ligera gota asomó en el glande, y con el pulgar, Ava esparció el líquido, lubricándolo.

—Ava, esta vez —murmuró apartándole la mano— yo dirijo. No protestes. Necesito estar dentro de ti, y si permito que me toques como estabas haciendo, sumado a la mirada descarnada que tienes, no creo que sea posible que tú tengas el mismo placer que yo.

—Entonces, hazlo de una buena vez —exigió moviendo las caderas.

—Tócate.

—¿Qué?

—Tócate, Ava —ordenó, mientras él se acomodaba de rodillas entre los muslos femeninos. Se estiró para tomar el preservativo que había encontrado en el neceser de la mesita de noche—. Toca tus pechos. —Su sexo estaba pulsante. Ella jadeó cuando Jason se inclinó, tomó su miembro con la mano derecha y tentó la entrada de la tierna carne—. Eso es nena —sonrió de medio lado, mientras la observaba apretándose los pezones y agarrando sus pechos como, estaba seguro, deseaba que él hiciera— muéstrame como desearías que estuviese haciéndolo yo.

—Por favor... No creo que pueda aguantar mucho más...

Inclinándose sobre ella, él entró profundamente en su sexo. Estaba tan lubricada que resultaba difícil ir despacio. Era una sensación fuera de este mundo. Ella enarcó la espalda y apartó sus manos de los pechos para rodear el cuello de Jason.

—Rodéame con tus piernas —dijo antes de agarrarle un pecho con la mano, al tiempo que su mano libre se deslizaba bajo una de las deliciosas nalgas femeninas para elevarla y poder embestir con más fuerza.

—Oh... —gimoteó sintiendo el sexo de Jason bombeando muy profundo en su interior. Le gustaba sentirse tan llena de él—. Así, oh, sí.

—Se siente tan bien estar así contigo —confesó mientras embestía con rapidez— eres tan sexy...

Ella sonrió. Sentía los pechos sensibles, su sexo palpitante. Su cuerpo reconocía al de Jason y se abría a él por entero. Cada vez la penetraba con más fuerza, y la fricción de sus cuerpos resonaba en la suite. Jason tocó lo más profundo de su cuerpo, el sitio en el que se escondían las sensaciones, los deseos más secretos, el anhelo. Ava dejó escapar un largo gemido cuando él mordisqueó su cuello.

Jason sintió cuán lubricada estaba ella, y la forma en que lo acomodaba, sintió como iba expandiéndola en cada penetración. Le parecía un placer decadente.

—Más... Sí, así —gimió perdida en un mar de sensaciones. Clavó las uñas en la espalda de Jason y a medida que él la embestía, podía sentir cómo los músculos se contraían bajo sus dedos. Resultaba una experiencia maravillosa. Él carecía de control, y sus palabras —murmuradas por lo bajo— alabando su cuerpo, y diciéndole todas las cosas que deseaba e iba a hacer con ella, la volvían loca de anhelo.

El cuerpo de Ava se contrajo en sucesivas oleadas, y echó la cabeza hacia atrás con un gemido gutural. Él sintió el preciso momento en el que el clímax de su amante parecía inminente. Lo asió de las caderas con firme decisión, y él no dejaba de penetrarla con firmes embestidas. La mirada que clavó en ella, la forma en que la galopaba, le daba entender un mensaje muy primitivo y firme: era suya.

Los músculos internos femeninos lo bombearon, y él apretó los dientes para contenerse. Deseaba el placer de ella, porque ese era también el suyo.

Cuando Ava suspiró con la última oleada de espasmos, solo entonces, Jason se meció dentro en su interior con osados empujes para alcanzar la cúspide placentera. Él se corrió, y permaneció cubriéndola con su cuerpo un prolongado par de segundos.

Por un breve lapso, se apartó para ir al cuarto de baño a deshacerse del preservativo. Volvió a la cama con ella y la abrazó, atrayéndola a su lado.

—Hola —le sonrió.

Ava no podía describir con palabras lo que había ocurrido. Era demasiado... Intenso. Tal vez ese era el adjetivo correcto. Ella acomodó la mano sobre las marcadas abdominales de Jason, y colocó la pierna derecha sobre la izquierda de él. Elevó la mirada y le encantó ver la sonrisa de plácida saciedad en él.

—Hola...

—Echaba tanto en falta tenerte así —murmuró acariciándole el brazo desnudo. Los había arropado a ambos con la sábana, pero le era posible, dada su altura, contemplar el pecho precariamente cubierto de Ava. Le encantaba—. Estabas tan estrecha esta vez... ¿Te hice daño?

—Ha pasado mucho tiempo, Jason, desde que... Bueno, ya sabes...

—¿Por qué? Eres una mujer guapísima, y sexy...

—He estado trabajando mucho —dijo. Porque era cierto—. Llevo una vida bastante ocupada. Las relaciones esporádicas... —suspiró— Soy una ma... maniática del control y procuro no meterme en líos. Podría decirte que eres uno de varias noches de sexo esporádico —lo sintió tensarse— pero no es así.

Dios, pensó Ava, había estado a punto de decirle que era madre. Hubiera tenido que explicar muchas cosas y traer a colación un tema que consideraba muy suyo. Solo quería disfrutar de lo que tenía en ese instante.

No recordaba la última vez que había tenido algo por puro capricho personal. Siempre pensaba en otros, y ella era la última rueda del automóvil en considerarse. Resultaba refrescante recordarse que no solo era madre, sino también una mujer con deseos, sueños y anhelos, fuera de ese rol maravilloso.

El Neanderthal que habitaba en Jason se alegró sobremanera de saber que había sido el primero en mucho tiempo. No era hipócrita. La posibilidad de que sus caminos se hubieran cruzado de nuevo era remota, y el hecho de que ella hubiera estado con otros habría sido lo más normal. Sin embargo, se alegraba de que no fuese así.

—¿Estamos en un lío ahora mismo?

Ella soltó una carcajada. Deslizó la mano bajo las sábanas y empezó a acariciarlo.

—Disfrutemos ese momento, Jason. No hablemos de lo que hay en el exterior. Por favor...

—Si esa es tu forma de persuadirme —ronroneó y agarró a Ava hasta posicionarla a horcajadas sobre él. Le acarició los pechos turgentes, cuyos pezones ya estaban erectos, con los nudillos—, pues estoy más que dispuesto a complacerte. Las veces que sean precisas. De varias maneras muy interesantes.

La mañana del viernes amaneció soleada, pero —de acuerdo a la recepción del hotel y el noticiero— todavía iba a tomar un par de horas pasado el mediodía hasta que pudieran despejarse los caminos. Ava y Jason disfrutaron de una sesión muy sensual en la ducha. Durante la madrugada se despertaron varias veces porque se anhelaban mutuamente.

Al salir de la ducha, pidieron desayuno a la habitación, y parecían más compenetrados el uno con el otro de lo que habían estado en su juventud. Quizá se trataba de la madurez, y las vivencias de cada uno a lo largo de ese tiempo separados.

—Cuéntame, ¿qué piensas hacer cuando abras tu negocio en Brooklyn? —preguntó sobre el tema que ella había compartido en algún momento de la noche.

La escuchó hablar de sus sueños, y en especial el motivo por el que estaba trabajando en un sitio tan remoto y en un tipo de empleo que solía darse en las clases sociales privilegiadas. Le gustó la cercanía, no solo física, que parecía

haberse operado entre los dos.

—Primero, necesito encontrar una casa editorial que quiera darle a mi trabajo el impulso que merece. Tengo, como todas las personas, pagos que hacer al mes —untó Nutella en el croissant— y trabajar una temporada para ti, pues hará que la presión sobre mis hombros sea menos complicada.

Él asintió. Agarró la taza de café y dio varios sorbos.

—Ava, si te dijera que quiero explorar lo que ocurre entre los dos fuera de esta suite de hotel, ¿me darías la oportunidad?

Ella se quedó con el trozo de pan a medio camino de su boca. Cerró los ojos un instante y después colocó la comida sobre el plato.

—No quiero complicar las cosas. Nuestras vidas son diametralmente opuestas. Tú, tarde o temprano, vas a regresar a Toronto. Y yo —se encogió de hombros—, pues ya sabes mis planes. No puedo darte más de lo que tuvimos.

Le parecía curioso escuchar esas palabras de su propia boca. Jamás pensó que pudiera cruzársele por la mente soltar semejante mentira. ¿Que no podía darle más de lo que habían tenido? ¡Por favor! Se moría por repetir, una y cien veces, todo lo que habían disfrutado en la cama durante todo ese tiempo recluidos en el hotel. Y no solo eso. Su corazón anhelaba que las cosas fuesen de otra manera.

—Ya veo.

—Sí... —murmuró ella, sorprendida de que él no intentara hacerla cambiar de parecer. Se sentía aliviada de no tener que argumentar, y contrariada porque él no hubiese intentado siquiera presentar batalla—. ¿A qué hora salimos a Lake Placid?

Jason no había pasado una vida de obstáculos para dejar escapar, tan de repente, lo que deseaba: Ava CarPELLi a su lado. Acostarse juntos no había sido para él como echar un polvo con cualquiera. Ella era especial. No iba a dejarla escapar, y al respecto Ava podía pensar lo que se le viniera en gana. ¿Acaso no era uno de los mejores jugadores de hockey de la NHL? Pues este juego era diferente e iba a vencer la resistencia, cualquier que ella quisiera poner, a toda

costa.

De momento, iba a seguirle el juego, y a pretender que estaba de acuerdo con la idea de solo acostarse juntos durante ese curioso día. Bien. Él pensaba aprovechar.

—En tres horas. Mientras estabas cambiándote llamé a Terence y corroboré con las noticias. Las máquinas que limpian los caminos están trabajando, pero es mejor si aguardamos un rato más para no quedarnos estancados.

—Vale... —murmuró contemplando la taza vacía que tenía delante.

—¿Me permites? —Jason se incorporó, y extendió la mano.

Ella elevó el rostro, y aceptó el contacto. Entrelazó los dedos con los de él. Le sonrió, sonrojándose, porque ahora sus sentidos estaban más alertas al toque de Jason, y en especial a la forma en que la miraba cuando deseaba hacer algo más que solo besarla hasta que perdiese la conciencia del tiempo y el espacio. Era impresionante cómo el cuerpo era incapaz de olvidar la impronta de un amor que había dejado huellas... Lo que sentían ahora no era amor, sino lujuria.

No podía enamorarse de Jason. Apenas llevaban unas semanas de haber decidido llevarse de un modo civilizado. Aunque “civilizado” no era un modo de calificar las sesiones de sexo que habían disfrutado hasta hacía una hora. La forma en que Jason la hacía sentir, el solo recordarlo, provocaba que sus partes más privadas latieran ansiosas por ser acariciadas. Él parecía el dueño de la obra de arte a diseñar, y ella el lienzo dispuesta a aceptar las pinceladas de placer; y a lo largo del entramado, los papeles se intercambiaban.

—Yo... —se sonrojó cuando Jason la acercó y colocó posesivamente la mano sobre la tersa piel de sus nalgas, acariciándoselas.

—Si solo quieres darme este tiempo, entonces vamos a tener que darnos prisa. Nos quedan ciento ochenta minutos, y los pienso aprovechar al máximo.

CAPÍTULO 14

Chicago, Estados Unidos.

Años atrás.

Apenas abandonó el apartamento, la sensación de vertiginosa debilidad que empezó a apropiarse del cuerpo de Ava, como si se tratara de un potente veneno, amenazó con causarle un desmayo. No creía que existiese la posibilidad de que la imagen de Jason recibiendo sexo oral con aquella chica en la cama fuera a olvidársele.

Se sentía una completa idiota.

Había estudiado horas extras y adelantado trabajos en el college con la única finalidad de tener libre ese fin de semana para viajar a Chicago y sorprender a Jason por su cumpleaños. Los patines profesionales que compró con tanta ilusión en una tienda especializada, y pagados con sus ahorros, iban a llegar al día siguiente por entrega porque así lo había planeado ella. Y también porque le pesaban demasiado para llevarlos en la mano. Pero ya ni siquiera le importaba. Tan solo deseaba salir lo más pronto posible, y agarrar un tren rumbo a Nueva York.

Más de medio año confiando en él, en las posibilidades que juntos podía lograr, entregándole lo mejor de ella, y ahora se encontraba con una situación por demás abrumadora y dolorosa. ¿En qué se había equivocado? Él le dijo que estaba enamorado de ella, que correspondía todo lo que ella sentía...

Le había pedido que le demostrara con hechos, sus palabras. Y ahora encontraba la prueba más contundente de que las acciones eran, por demás, coherentes y más explicativas que un discurso de amor o de disculpas.

—¡Ava! ¡Ava, aguarda! ¡No te vayas...!

La voz de Jason le causaba rabia. Lo sintió llegar a su lado, tomarla de los

hombros y girarla para que lo mirase. Ella se deshizo de su agarre. No quería mirarlo. Dios, si pudiera cometer un crimen de homicidio, en ese instante lo habría perpetrado. En lugar de respirar oxígeno, lo que se llevaba a su sistema con cada inhalación era rabia e impotencia. No podía borrar lo que había ocurrido...

—¡Ava, escúchame! —jadeó intentando recuperar el resuello.

Ella imaginaba que, entre el susto de verla, la felación a medio hacer, y la carrera para perseguirla, el hombre estaba sin aliento. Pues se lo tenía bien empleado, pensó.

—Adiós, Jason. —«¿Por qué no había un maldito taxi vacío?»

—No, no me digas eso —dijo, agarrándola de la muñeca, apretándosela con firmeza para que ella no se apartara. La instó a girarse, y finalmente ella cedió—. Fue un error... Ella fue un error... No quise... Ella, ya se ha ido... Vuelve al apartamento conmigo, ven, hálbame. O déjame hablar a mí...

Ava no podía esconder las lágrimas. ¿Cómo hacerlo? Imposible intentarlo.

—Quédate con el hockey, tus putas y el dinero que te llega a raudales. No vuelvas a buscarme, porque en realidad yo no te importo. Solo es la sensación de culpa la que te impulsa a intentar explicarte. ¡No quiero escucharte! —exclamó cuando él se dispuso a abrir la boca para protestar.

Él no iba a callarse.

—Te quiero, Ava... Yo, te quiero de verdad... Lo que viste... —se pasó las manos entre los cabellos—, eres lo mejor que he tenido en mi vida. Te quiero...

Jason estaba sin zapatos. No tenía idea de cómo había conseguido llegar hasta ella. La gente alrededor lo miraba, porque la camisa no estaba abotonada y el viento dejaba ondear la tela, exponiendo a la vista su cuerpo marcado de músculos. Llevaba a duras penas abrochado el pantalón.

—Lo que vi es una prueba de la clase de hombre que eres, Jason. Puedes ser el mejor jugador de tu equipo, pero eres un desastre para mantener las promesas y honrar el pacto de una relación. Ahora, siéntete libre de hacer lo que te plazca, sin pensar —no es que lo hubieses hecho tampoco— en mí. Olvídame,

porque a partir de este instante, yo lo haré contigo.

Ella no estaba ya escuchándolo, y las palabras que brotaban de la desesperada garganta masculina solo le llegaban a ella como murmullos. Era increíble la capacidad que tenía de obviar a otros cuando era necesario.

Quizá alguien en el universo había escuchado su suplicante necesidad de alejarse de él, porque en el momento que centró su atención a la calle, un taxi vacío pasaba. Lo llamó con una seña de la mano, y el vehículo aparcó.

Jason la intentó retener de nuevo, pero esta vez, ella se zafó.

Sin mirar atrás, Ava entró en el asiento trasero del automóvil y se perdió entre las calles. Iba a volver a su ciudad. Sabía que le tomaría mucho tiempo intentar recomponer las partes de su maltrecho corazón.

Dos meses después, Ava no podía creer lo que leía en la regleta. Miró a su alrededor. Veinte cajas de pruebas de embarazo. Veinte. Todas, positivas. Decir que estaba asustada era poco. Los súbitos mareos, ella creía que tal vez estaba comiendo demasiadas cosas con colesterol o que el estrés causado por los estudios y el trabajo, además de un corazón roto, le hacía olvidar ingerir sus comidas a la hora propicia.

Incluso llegó a atribuir a su depresión el hecho de que el período se le hubiera retrasado nuevamente. Tantas ideas para negar lo que intuía. Su mundo estaba de cabeza. ¿Qué iba a hacer ahora?

Jenny esperaba afuera.

—Llevas media hora ahí dentro. Si no sales dentro de...

Ava abrió la puerta, y Jenny estiró el cuello. Resopló al ver la evidencia. Si a eso le sumaba la expresión de angustia de su mejor amiga, pues no se requería ser un genio para sacar conclusiones.

—¿Me dejarás ser la madrina, al menos? —le preguntó tratando de sacarle una sonrisa—. Creo que deberías considerar decírselo a Jason. ¿Es de él, cierto?

—Ja-Ja. De pronto tengo que preguntarles a mis doscientos amantes cuál de ellos consiguió que el condón no se rompiera. —Jenny sonrió—. No pues,

qué graciosa estás hoy —replicó Ava sentándose en el borde de la cama. Cruzó las piernas en flor de loto, y colocó las palmas de las manos sobre su vientre plano—. Necesito procesar todo esto, Jenny.

La muchacha se acercó y se acomodó junto a su amiga.

—Lo que necesitas es ir al ginecólogo para que te diga exactamente de cuántas semanas estás, y todos los cuidados que debes procurar para que todo vaya bien. Y... —se aclaró la garganta— decírselos a tus padres.

Boquiabierta, como si Jenny hubiera dicho que acababan de descubrir la cura definitiva para la gripe, Ava se dio un golpe en la frente con los dedos.

—Mis padres... —murmuró— Van a alucinar, y no de alegría precisamente.

Jenny le tomó la mano y le dio un suave apretón. Ava la miró con pesar.

—Cuando estés preparada para ello, ya lo veremos. Mientras tanto será mejor que pienses bien qué vas a hacer.

—El college...

—No conozco alguien que haya dejado de estudiar por esperar un bebé, Ava. Y... —se aclaró la garganta— será mejor que también consideres en informárselo a Jason. Aunque se haya portado como un imbécil, al menos debe saber que ahora tiene una responsabilidad de por vida con ese bebé.

Ava, asintió.

Entregarse todos los días a practicar como si fuese lo único que importase en su existencia, había sido la consigna para Jason desde el día en que Ava se fue a Nueva York. La sola idea de utilizar los patines que le llegaron al día siguiente de la partida de Ava, para practicar, le parecía inconcebible; él no lo merecía.

Conocía que a Ava le gustaba conseguir sus cosas a través de sus propios recursos económicos. Dios, Jason no dudaba de que esos patines, porque él conocía de marcas y calidad, le habrían costado una pequeña fortuna. Y eso fue una losa más sobre su conciencia. No recordaba la última vez que había

llorado... Había dejado ir a una persona que jamás lo defraudaba. No podía echarle la culpa a la vida. En esta ocasión, la culpa era por completo suya.

En un principio pensó en ir a buscarla, pero después de meditarlo, decidió que lo mejor era no causarle más daño. Él era como un veneno. Todo lo que tocaba con sus emociones, lo echaba a perder. Ava estaba mejor sin él.

Los altercados en el rink se volvieron más frecuentes. Su temperamento era más volátil, y trataba a las mujeres que querían irse a la cama con él como meros entretenimientos. La prensa empezó a notar su comportamiento, y Wade le pidió que dejara de irse de juerga y salir con tantas mujeres porque lo que buscaban los publicistas de los Chicago Dolphins era un chivo expiatorio que vendiese titulares y Jason estaba dándoles comida a los cuervos.

Jason ignoró a Wade por completo. Era una bala perdida con decenas de millones en su cuenta bancaria, una reputación de acero en el rink, y otro tanto como mujeriego en las revistas del corazón y cotilleos.

Pasó los primeros meses en un perenne estado de letargo emocional. Ni siquiera podía recordar el número de mujeres con el que intentaba borrar a Ava. Quizá era una ironía del destino el hecho de que, entre más cuerpos acariciaba, más presente estaba ella y más marcado el vacío en su pecho.

—Jason, me acaba de hablar el gerente general de los Chicago Dolphins. Los escándalos que estás causando al irte de golpes con otros jugadores, ya está saliéndose de control. Puede que tus resultados sean impecables...

—Que es para lo que me pagan el maldito dinero —replicó bebiendo una cerveza sentado frente a su agente. Había comprado unos flamantes muebles blancos. La vista de Chicago era hermosa desde su piso.

—... pero no quieren tener que pagar horas extras a un relacionista público en el afán de sacar notas que adornen tu comportamiento y destaquen tus resultados —continuó Wade mirándolo con preocupación—. No sé qué demonios te ha pasado.

—No eres mi maldito confesor, y si quisiera uno, pues ya hubiera ido llorando a la iglesia a confesarme —dijo de mala gana.

—Esta racha de rebeldía debe parar. Tienes veintitrés años, no dieciocho.

—Eres mi agente, no mi padre —refutó.

Wade cerró los ojos brevemente.

—Jason, tu contrato con los Chicago Dolphins vence dentro de cuatro meses. —Eso captó la atención del chico—. Exacto. Preocúpate por mejorar tu reputación y tratar de que sean titulares del equipo y tu aporte, en lugar de la rapidez con la que puedes deshacerte de un sujetador de seda.

Jason se acercó a la ventana y le dio le espalda a Wade.

—Entonces, hazme un favor.

—Escucho —replicó, con calma.

—Encárgate de cambiar todos mis datos de contacto. *Todos*. Contrata a una persona que se encargue de enviar a paseo a cualquier mujer que clame haberse acostado conmigo. Y si hay que pagarle a alguna para que cierre la boca, hazlo.

—¿Quieres hacerme una lista de las personas que están permitidas para tener acceso a ti, además de la gente del equipo y tu hermana en California?

Él dejó escapar una risa sardónica.

—Mi hermana no habla conmigo desde hace muchos, muchísimos, años. Y no, no hay nadie más además del equipo. —Pensó en Ava y en lo mucho que la echaba de menos. Pero ella no le respondía los mensajes ni las llamadas. Tal como le dijo, lo había enterrado en su memoria para siempre. Era tiempo de que él continuase con su vida. Y su vida era el hockey sobre hielo.

—Considéralo un hecho, Jason.

Él se apartó de la ventana.

—Gracias, Wade.

El hombre se incorporó y estrechó la mano de Jason. Le sonrió, luego murmuró unas palabras de despedida.

Una vez a solas, Jason decidió que iba a luchar por lo único que seguía siendo una constante: su carrera. No iba a mirar atrás. Carecía de sentido.

Ava creyó que sus padres iban a quitarle el habla o a decirle lo decepcionados que estaban de ella. El amor y la mirada de apoyo que le dedicaron cuando les dijo que esperaba un bebé casi la hacen llorar. A pesar de la insistencia, Ava prefirió no revelar el nombre del padre de la criatura. El día en que les confesó su embarazo había sido el mismo en el que hizo su primera visita al ginecólogo acompañada de Jenny.

Al escuchar el sonido del corazón del bebé en el ultrasonido, no pudo contener la emoción y rompió a llorar. Sabía que eran las hormonas, y un montón de sentimientos encontrados, pero en especial la añoranza de que el hombre que —estúpidamente— seguía amando no estuviese a su lado.

Intentó comunicarse con Jason por varias vías. Teléfono. Correo. E incluso llamó a la central de relaciones públicas de los Chicago Dolphins, pero él jamás le devolvió la llamada. Ava suponía que las secretarias o asistentes que recibían cientos de mensajes para los jugadores, no solían transmitirlos a sus destinatarios.

Sin más recursos a distancia, Ava y Jenny, fueron a Chicago. Se hospedaron en un bonito hotel en los alrededores de la Michigan Avenue. Durante el tiempo que había estado con Jason, Ava tuvo oportunidad de recorrer la ciudad. Le encantaba, y ahora solo le traía a la memoria su último día en los alrededores, meses atrás.

—Tienes que armarte de valor —le dijo Jenny cuando estuvieron en la puerta del edificio de Jason.

—¿Tú crees? —le preguntó, sarcástica, Ava—. Lo siento... No quise hablarte en ese tono...

—Insiste un poco más —replicó, obviando la disculpa. Jenny era consciente de que las mujeres embarazadas, en especial cuando los padres de sus hijos eran unos cretinos, solían tener las hormonas un poco más inquietas de lo normal.

Ava volvió a tocar el interfono, sin suerte.

—No está, de seguro. Ignoro sus fechas de juego, lo más probable es que se

encuentren fuera de la ciudad y...

—Permiso —dijo una voz familiar tras ellas.

Ava se giró. Era el agente de Jason.

—¿Wade? —preguntó ella.

Se habían conocido el día que Jason firmó su primer contrato con los Canadian Maples, y de vez en cuando solía verlo alrededor. Ella no tenía su número de teléfono, porque de seguro lo hubiera llamado. Sintió un gran alivio al verlo. Wade era la puerta hacia Jason.

—Hola... ¿Ava, cierto? —replicó estrechándole la mano—. Si buscas a Jason, me temo que ya no vive aquí. Se mudó la semana pasada. Tan solo vine a recoger la correspondencia que todavía le sigue llegando hasta que actualicen la información.

Jenny miró a su amiga con sorpresa. Eso era algo que no se esperaban.

—Yo... —se aclaró la garganta— Wade, necesito hablar con él, urgentemente. —Se giró hacia Jenny—: Él es Wade Panettiere, el agente de Jason.

Jenny tan solo esbozó media sonrisa.

—Me encantaría poder hacerlo —replicó él tomándola del codo con suavidad para apartarla de la entrada del edificio cuando uno de los inquilinos llegó— pero me ha dado órdenes estrictas de que nadie de su vida pasada puede tener acceso a él. Está pasando por una etapa algo complicada, y prefiere enfocarse solo en el deporte.

A Ava le tomó un momento encajar la noticia.

—¿Qué significa eso?

—Cambió todas sus direcciones de correo, domicilio... todo.

—Ya —murmuró. Imaginaba que el número de teléfono también lo había cambiado. No era de sorprenderse que todas las llamadas, a horas diferentes, llegaran directamente a la contestadora—. Wade, hay algo muy importante que debo decirle, en persona. ¿Me puedes dar la nueva dirección? Por favor...

El hombre, con la expresión apenada, negó. Ava era amiga de Jason desde

siempre, lo reconocía, sin embargo, no era la primera chica que buscaba al muchacho para dar a entender que era bienvenida.

—Hemos hecho un viaje desde Nueva York tan solo para encontrarnos con una pared de hielo —intervino Jenny, consciente del rostro pálido de Ava. El muy imbécil de Jason había expulsado de su vida a su amiga, cuando era *ella* la ofendida —. Me parece muy ruin de parte de Jason.

—Chicas —dijo Wade con su habitual tono conciliador. Uno de los trabajos menos agradables al manejar atletas jóvenes y solteros era lidiar con las chicas que se quedaban prendadas de ellos o no entendían que la relación se había terminado— no es mi culpa. Solo sigo lo que mi cliente me ha pedido...

—Su cliente —dijo Jenny— va a ser padre.

Ese comentario tampoco le sorprendió a Wade. Había escuchado incontables de esos argumentos. Después venían las pruebas de paternidad o alguna tontería de aquellas, y se comprobaba que no era tal cosa. Él era un zorro viejo en esas lides.

—Jenny —reprendió Ava— vámonos.

—¡No, señorita! —exclamó Jenny. Miró a Wade—: Nos vamos a quedar hasta mañana. Estamos en este hotel —le entregó la tarjetita que la recepcionista les había dado esa mañana— no queremos escándalos. Ava tan solo necesita que Jason esté enterado de que va a ser padre.

—Por supuesto —dijo Wade y guardó la tarjeta en el bolsillo—. Se lo comunicaré. Lamento no poder ayudarlas más por ahora.

—Gracias, Wade... —murmuró Ava, cabizbaja, mientras Jenny la instaba a caminar para ir por un taxi.

Wade nunca las llamó. No tenía ninguna intención de hacerlo, nunca la tuvo. Sabía que Ava y Jason habían compartido la niñez en Brooklyn, pero si el muchacho no quería ser molestado, él iba a cumplir su parte. Tenía entre manos muchos contratos importantes para su representado, y no pensaba arruinar tan lucrativas perspectivas por las chicas que iban y venían. Aunque una de ellas fuera su amiga de toda la vida. Si Ava Carpelli no tenía información de los

nuevos datos de Jason solo existía un motivo: Jason no quería saber de ella tampoco.

Chicago quedó atrás para siempre.

El embarazo fue una etapa que impactó mucho a Ava.

Su cuerpo cambió considerablemente, sus curvas eran más pronunciadas, y durante gran parte de la espera tuvo náuseas. Sus padres la acompañaban a cada ecografía que iba a realizarse, y dejó de vivir con Jenny para volver a casa de ellos. Era una decisión coherente, pues su mejor amiga tenía su vida en una escala que Ava no volvería a vivir: la soltería.

A pesar del apoyo, tanto Dante como Moira le pusieron estrictas reglas. Una vez que el niño naciera no iban a hacer de niños, salvo que fuera algo muy urgente. Entre esos “urgentes” no se incluían citas. La prioridad era terminar el college, entrar a la universidad, y hacer de ese bebé un buen ser humano. Si acaso había una fiesta o alguien la invitaba a salir, entonces el chico tenía que pasar por la casa recogéndola, conocer que su hijo existía, y después —si eso no lo espantaba— entonces podía Ava salir con él.

Muy pocos de los pretendientes de Ava pasaron la prueba de saber que era madre soltera. Solo creían que ella ahora era un pase rápido para irse a la cama y tener sexo sin compromisos. Nadie, al parecer, tenía intenciones de responsabilizarse de un bebé que no había procreado.

Ava lo entendía, y tomó la decisión de no complicarse la vida.

El día del parto fue muy doloroso.

En un inicio su ginecólogo le había programado un alumbramiento normal, pero Benjamín —una semana antes de nacer ella eligió ese nombre— decidió complicar el parto. Con suerte alcanzaron a ponerle la raquídea, y después la llevaron a quirófano. Muchas madres solían decir que jamás habían conocido el amor verdadero salvo cuando tenían un hijo entre sus brazos. Ava no estaba de acuerdo.

El amor que se sentía al tener un hijo en brazo no podía compararse a

ningún otro. Era un amor más profundo, si acaso podría describirlo de esa manera, y venía anclado con una sensación de infinito cariño. Inagotable. No tenía fecha de caducidad, porque —mientras ella estuviera viva— a ese bebé jamás iba a faltarle nada. De eso, ella iba a asegurarse.

Poco a poco, la esperanza de que Jason apareciera de un día a otro pidiéndole perdón y preocupado por conocer a su hijo se desvaneció. Ver crecer a Ben, sus primeras palabras, sus primeros pasos, y la vida que empezó a crear para él junto a sus padres, fue una bendición. A pesar del cansancio, de los trabajos que procuraba mantener para comprar todo lo que su hijo necesitaba, los estudios para alcanzar las mejores calificaciones.

Juró que no volvería al quirófano, pero la cicatriz que le había quedado de la cesárea la hacía sentir insegura. No porque pensara en el día que tuviera relaciones con otra persona, sino por ella misma. A regañadientes, sus padres estuvieron para ella. Fue con un cirujano plástico que le quitó la marca de la cicatriz de forma impecable. Unas personas solían decir que eran las “marcas de guerra” de una madre. Ella ya tenía suficientes batallas libradas, y también cicatrices emocionales como para adicionar una más en su cuerpo físico.

Consiguió una beca en Columbia para estudiar una licenciatura en literatura, y el día de su graduación estuvieron a su lado las personas más importantes. Sus padres, Ben, y Jenny. El resto vino solo: el apartamento nuevo para ella y Ben, un buen agente literario que consiguió granjearle varios contratos en una importante editorial independiente.

Hasta que, años después, todo se vino abajo. Hasta que Jason Wilder volvió a cruzarse en su camino.

CAPÍTULO 15

Lake Placid, Nueva York.

Presente.

Lo primero que hizo Ava, al llegar a casa ese viernes, fue llamar a sus padres. En el carretero no había suficiente señal para hacer las llamadas que necesitaba. Estaba un poco ansiosa porque sabía que esa tarde Ben iba a estar en la obra de teatro de Navidad en la escuela. Quería hacer videoconferencia con su hijo, pero sus padres no eran expertos en utilizar los vídeos, así que —hasta que Jenny tuviera a Ben con ella durante un rato— le quedaba solo la llamada convencional.

—Mami, ¿por qué no vas a venir?

—Mi vida, porque estoy trabajando. Tus abuelos van a estar a tu lado, y la tía Jenny. Espero que el tío Hunter también pueda asistir. ¿Qué te parece si a mi regreso te compro un cono de helado del que tanto te gusta?

—¿Un domingo? —preguntó.

Ava sonrió. Su hijo, si no se recibía como abogado de grande, no habría duda de que los negocios estarían en su destino.

—Los domingos no son los días de comer chatarra. Lo hacemos una vez al mes, el primer sábado.

—Mami, quiero que estés aquí como los otros años. Los papás de Mike lo van a llevar a tomar chocolate caliente con malvaviscos después del show...

—De acuerdo, entonces, será helado el domingo. Después quiero que me cuentes todo sobre la presentación. ¿El traje de galleta de jengibre que compramos, te lo ha ajustado bien la abuela?

—Sí, mami. Por cierto, me dijo la profesora que tenemos que llevar una redacción sobre la experiencia de mis padres cuando me vieron por primera vez.

¿Qué voy a escribir?

Ava sintió que a su conciencia regresaba la carga emocional materna. «No se puede tener todo en la vida al mismo tiempo.» Ay, Dios. Tendría que hablar con esa profesora de Benjamín. Le mandaba tareas que, ignorante de la situación particular de Ben, podían causar estrés en el niño.

—Lo hablaremos cuando esté de regreso pasado mañana, cariño.

—Vale... Mami, el abuelo Dante me está haciendo señas para que me dé prisa. Ya sabes que no le gusta llegar tarde.

Ava sonrió.

—Lo sé. Buena suerte en la presentación. Y quiero que después me cuentes todos los detalles.

—Te quiero, mami. Adiós...

—Yo también te quiero a ti. —Pero el niño ya había cortado la comunicación.

Uno de los lujos de la casa de Jason era la inmensa tina de baño. Tenía una cascada de agua que se activaba con la temperatura que uno deseaba. Ava solía disfrutar su tiempo en ese espacio en particular.

Después de cerrar la llamada con su hijo decidió disfrutar un baño. Abrió el compartimento en el que solía poner las bombas de jabón que compraba y sacó una con olor a manzanas. Dejó correr el agua para que empezara a llenar la tina.

Se sentó sobre el borde blanco contemplando el fluir del agua. Sus pensamientos estaban algo confusos. Durante el trayecto de regreso, Jason había enlazado sus dedos con los de ella, y Ava no se apartó. La forma en que la trataba. Sus conversaciones. El chispeante buen humor. Ese rebelde optimismo de Jason le causaba un hormigueo por la piel que era demasiado parecido a lo que había vivido antes. Tan conocida era la sensación que la asustaba.

Cerró los ojos y dejó flotar la mano en el agua.

No tenía que ver con el sexo. Ella creyó que podría separar un aspecto de otro. El trabajo, el pasado, las emociones y la pasión. Qué equivocación tan grande. Se había creído valiente y dispuesta a demostrarse a sí misma que era

fuerte. Y lo era, pero no en lo concerniente a Jason.

Cambió el agua caliente por la fría para temperar la tina. Se desnudó. Avanzó hasta el espejo de cuerpo entero que había en el inmenso cuarto de baño. Para ser madre, no estaba mal. Quizá no se ejercitaba tanto como debería, pero, ¿quién era perfecto? «Eres perfecta, Ava. Hermosa.» Esas habían sido las palabras de Jason mientras se deslizaba en lo más profundo de su cuerpo. El recuerdo la excitaba.

Se pasó la mano por el sitio en el que había estado la cicatriz de la cesárea. El cirujano plástico hizo un excelente trabajo. No quedaban huellas del parto. Muchas veces había pensado en tener más hijos, pero elegir una persona que amara a Ben era su prioridad. Le sería imposible vivir con la idea de que su hijo fuese relegado.

Prefería el equilibrio emocional de Ben a estar con un hombre que menoscabara el sólido vínculo que ella tenía con su único hijo. Podría tener amantes, y quizá ya era tiempo de quitarse el estigma de “madre responsable”, porque también era mujer. También tenía necesidades. No era una mala madre por perseguir sus deseos, y lo haría siempre y cuando Ben no fuese un daño colateral.

Durante ese tiempo trabajando con Jason había encontrado la esencia que la hizo enamorarse cuando eran más jóvenes. A pesar de ser gruñón a ratos, jamás trataba a nadie de forma irrespetuosa. Conocía a sus empleados por su nombre e incluso alguna ocasión lo escuchó hablando con el jardinero sobre la nieta de cinco años como se conocieran de toda la vida, cuando no era tal cosa.

En algunas ocasiones procuraba no sucumbir a la tentación de buscar más datos sobre él en internet. Tampoco es que lo necesitara. Después de todo tenía a Jenny que, tan generosa, le enviaba links cada dos por tres de los cotilleos que habían marcado algunos años atrás la vida de Jason. Pero también había aprendido la cantidad de obras de caridad que hacía, de forma anónima, a diferentes instituciones. Muchas de las personas beneficiadas solían postear una foto, y se hacía viral, pero no porque hubiese una página oficial que reportara las

obras de Jason. Al menos las obras que él prefería mantener como anónimas.

Estaba en graves problemas... Enamorarse de Jason complicaba todo.

Ava se sumergió en la tina y dejó que la bomba de jabón se disolviera en el agua caliente. Iba a quedarse un rato más... Necesitaba ese momento para ella. A solas.

—Solo te queda volver a Toronto y hablar con el equipo médico que supervisa tu progreso —le dijo Kant con una palmada en la espalda—. De mi lado, tienes el alta y recomendación. Al menos para regresar a que tus entrenadores de los Noisy Eagles tomen la batuta y analicen tu reintegro completo. No será rápido, eso te lo puedo asegurar, pero volverás a jugar, Jason.

—Gracias, hombre —dijo, emocionado—. Me habían programado la cita para más adelante, pero supongo que las fiestas de esta temporada alterarán esa posibilidad. Los llamaré ahora mismo para adelantar la cita con Flyn Westwood y el resto del equipo de fisioterapeutas.

El entrenador personal de Jason llegó a la casa unos minutos después de que Ava y Jason regresaran de Hulutown. El jugador de los Noisy Eagles se había olvidado por completo de llamar a Kant desde el remoto pueblito en el que lo atrapó la nevada. ¿Y cómo no hacerlo si había tenido a Ava entre sus brazos?

Se sentía eufórico, pleno y rebosante de energía. No iba a necesitar estar más tiempo alejado del rink... O al menos esperaba que su reintegro a los jugadores activos fuera pronto.

Fue hasta su estudio para hacer la llamada a Wade, para darle la noticia, y después lo haría con Flynn Westwood. Suponía que también hablaría con el entrenador Walters.

—Jason —dijo Wade— intenté contactarme ayer contigo. ¿Cómo va todo?

El ruido de fondo daba cuenta de que estaba en un restaurante. O quizá una reunión de negocios en medio de un almuerzo.

—Kant dice que estoy listo para volver. Quiero hablar personalmente con

la gente en Toronto para pedirles que adelanten mi cita médica y con los responsables principales para que analicen mi caso. Quiero volver cuanto antes al rink.

—Yo me encargo de eso. ¿Qué tal para el día lunes?

—La próxima semana será complicada. La gente no estará, sino con sus familias.

—Tienes razón... Yo me encargo. Dentro de un rato te llamo.

—¿Qué ha pasado con Gibson Carter? —le preguntó recordando que el gerente general estaba siendo acusado de lavado de activos.

—Por el momento, los dueños del equipo, lo han relevado de su cargo. Al menos mientras las investigaciones están en curso. Una pésima publicidad, pero esperemos que tenga baja repercusión en medio de las campañas de Navidad que todas las compañías lanzan por estas épocas.

—Esperemos... —murmuró Jason—. ¿Vas a venir a mi fiesta mañana? Tengo mucho que celebrar.

—Tengo que checar si no tengo en cola algún otro cliente lunático —Jason soltó una carcajada—. Te llamo en un momento. Voy a coordinarlo todo en Toronto para que vayas hoy mismo. Espero poder alcanzarte. Ahorita estoy en Montreal en un evento especial.

—Gracias, Wade.

—Para eso me pagas grandes sumas de dinero —dijo riéndose—. Por cierto, el programa Solteros Codiciados, me ha pedido que firmes el contrato.

Jason murmuró una maldición.

—Te he dicho que no quiero participar en ningún reality show que involucre tener que lidiar con mujeres que solo quieren mi dinero. ¿Qué sentido tiene? Si quisiera echarme un polvo, pues la tengo fácil, voy y lo busco. Pero ahora no me interesa en lo más mínimo.

Wade soltó una carcajada.

—Será fantástico para ti este programa, Jason. La gente quiere ver más del Wild West Wilder. Quieren ver que alguien dome al chico rebelde y desafiante

de las heladas pistas de hielo.

—Tal vez deberías retirarte, Wade, y empezar a promocionar programas de reality show porque se te da bien —dijo de mala gana—. No voy a firmar nada.

—Pfff. Mira que vas a perder mucho dinero.

—Prefiero eso a tener que soportar blablablás incesantes. No me llames —dijo mirando el reloj de su sala de pool. Tenía hambre. Iba a darse una ducha rápida— mándame un mensaje de texto con la hora en que tengo que estar hoy en Toronto.

—Vale, muchacho. Me alegro saber que volverás al ruedo. La próxima ocasión, intenta controlar las ganas de estrellarte con el automóvil. Hay muchos contratos por cumplir y muchos años por disfrutar.

Jason puso los ojos en blanco.

—Adiós, Wade. —Cerró la comunicación, y subió las escaleras de dos en dos.

No tenía ya ninguna venda en su cuerpo —desde hacía cinco días— y podría empezar a disfrutar de la alta velocidad del rink. Empezó a silbar. De pronto, todas las piezas de su vida empezaban a encajar en un maravilloso compás.

Ava bajó las escaleras con prisa porque era la hora del almuerzo. Lindsay le había dicho que no podía estar presente por un examen médico de rutina. Ava no sabía cocinar platos complicados, y no pensaba morir de hambre ni salir con el intenso frío exterior, así que entre responder requerimientos de la agencia de eventos y hablar con su hijo, se las había arreglado para dejar preparado algo fácil.

Había cocinado ñoquis cuatro quesos, no muy nutritivo plato claro, y la bebida más necesaria en esos momentos, debido al clima invernal, vino. Ahora solo tenía que calentar los ñoquis, y enfrentarse de nuevo a Jason.

Lo encontró bebiendo un vaso de zumo de limón.

Al verla en el umbral de la puerta, la miró con una sonrisa pícaro, y se acercó a ella. Sin darle opción a pensarlo demasiado, la tomó de la cintura y bajó la cabeza para tomar sus labios en un largo beso.

El beso sabía a promesas que, ahora sabía Ava, Jason era capaz de cumplir en la cama con sobresaliente desempeño. Ella le entregó todo cuando él pedía con su boca. Le rodeó el cuello con las manos, y enredó sus dedos en el suave cabello masculino. El sabor de su boca era una mezcla de limón y café. A pesar de que ninguno había ingerido una copa de alcohol, ella se sentía embriagada de un modo delicioso.

Jason le tomó la cara con delicadeza, como si pudiera apartarla en cualquier instante que deseara, y bajó el ritmo del beso. Le recorrió los labios con exquisita lentitud, pasándole la lengua por el labio inferior, para después mordérselo. Ava dejó escapar un suspiro entrecortado que salió de forma natural. Porque con Jason no podía fingir sus reacciones, ni evitarlas. Él volvió a introducir la lengua en su boca, y el compás del beso se tornó más rápido de nuevo. Se trataba de una declaración desinhibida y ardiente de lo que quería de ella.

Ava gimió cuando las manos de Jason bajaron hasta su trasero, y ella se frotó contra la firme erección. Sabía cómo era tenerlo en su interior. Aquella era una sensación de plenitud que no creía poder olvidar nunca.

Se dio cuenta de que el beso había acabado cuando el aire fresco se interpuso entre ella y Jason. Paulatinamente abrió los ojos y lo encontró mirándola, no había más sonrisas jactanciosas en ese rostro, pero sí un mensaje claro de descarnado deseo.

—Eres la única mujer capaz de enardecerme hasta el punto de deshacer mi cordura. Así ha sido siempre. No creo que vaya a cambiar jamás.

Ava deslizó la mirada por el cuerpo de Jason.

¿Qué podía decir en su defensa, cuando —de muy buena gana— segundos atrás había estado frotando su pelvis en un intento de satisfacer sus ansias de él? Además, el firme bulto que presionaba contra el pantalón masculino era más que

elocuente consecuencia de su interludio. Trató de mostrarse impasible. Complicado, pero no había pérdida en el intento. ¿O sí?

—Jason —murmuró. Se aclaró la garganta antes de hablar de nuevo—: Esto no tenía que pasar —se acomodó la blusa de algodón celeste—. Acordamos que no íbamos a continuar lo que ocurrió en el hotel de Hulutown en ningún otro lado. Solo era un tema de...

—Yo jamás acordé nada —interrumpió sonriendo. Le gustaba verla toda sonrojada y sin un argumento coherente que pronunciar. Aunque sabía que esto último iba a durar solo un breve lapso, hasta que se recompusiera del beso. Dios, incluso él tenía que tratar de controlar sus impulsos que lo instaban a tomarla sobre el frío mármol del mesón.

Él le acarició el labio inferior con el pulgar. Ava hizo un gran esfuerzo para no sucumbir a las ganas de abrir sus labios y acariciarlo con la lengua.

—No tiene sentido hacer esto. Tú tienes tu vida, y yo ya tengo suficiente con intentar labrarme la mía de una forma estable. Sacamos de nuestro sistema la pasión que existía, pero no hay nada más allá de eso. —«Y no me amas.» Guardó ese pensamiento para sí misma.

Él inclinó la cabeza ligeramente hacia un lado.

No iba a darle oportunidad a que escapara con una excusa tan pobre como la que acababa de darle. ¿Que la pasión que sentían, la química que quemaba como cianuro en las entrañas, se había apagado? ¿Acaso estaba tan asustada de lo que había entre los dos? Pero él tenía el resto del fin de semana para seducirla y convencerla de que podían tener algo juntos.

—¿Estás segura? —preguntó al tiempo que deslizaba la mano desde la boca femenina hasta la clavícula. Se detuvo en el valle de los senos, sin tocarlos, provocándola, y sintió el preciso instante en que ella contuvo la respiración—. Tu cuerpo dice algo distinto. Tu forma de respirar. La manera en que tus ojos celestes parecen más profundos y me invitan a devorarte. Y créeme, un par de días o de horas no son suficientes para mí, Ava. Quiero recuperarte, y recuperar lo que una vez tuvimos, pero esta ocasión, deseo hacerlo mejor. Dame la

oportunidad de hacerlo.

—No sé de qué estás hablando —susurró apartando la mirada.

Jason pudo descifrar que, tras el deseo que habitaba en los ojos de Ava, también se escondía el miedo. Se odió a sí mismo por ser el culpable de la desconfianza que ella le prodigaba. Después de ese tiempo a su lado, la idea de perderla de vista otra vez, no era una opción.

Ninguna mujer lo completaba como Ava, ni lo hacía reír, ni tenía la química que lograba desconcentrarlo a tal punto de solo ser capaz de pensar ideas de cómo darle placer y perderse entre las sinuosas curvas de su cuerpo; de cómo hacerla sonreír y soltar una carcajada.

Le gustaba su sonrisa, y la forma en que solía fruncir el ceño cuando estaba concentrada en alguna tarea que tenía en mente llevar adelante. No solo era hermosa, sino también muy lista.

—No te he dado motivos para confiar de nuevo en mí.

—No. El sexo...

—Ava —dijo tomándole con los dedos la barbilla para que lo mirase— tú no eres el tipo de mujer que quiere engañarse. Lo que pasó entre nosotros no fue solo sexo. Jamás ha sido así. —Le acarició la mejilla con el pulgar.

—No es de fiar la reacción de mi cuerpo —murmuró perdida en los ojos de Jason— lo conoces demasiado bien y... Me parece que perdemos el tiempo en esto.

Él sonrió.

—Tu cuerpo es un mapa precioso. Me encanta recorrerlo, y durante nuestro tiempo en el hotel aprendí de nuevo todas esas cosas que te hacen gemir y vibrar. Me gusta el sabor íntimo de tu sexo, la forma en que se contrae alrededor del mío, los gemidos que dejas escapar cada tanto mientras te beso y te consumes en la pasión.

—Jason... —dijo sintiendo cómo su sexo, con cada palabra, parecía agitarse. Si en ese momento él decidía tocarla, lo más seguro era que la encontraría húmeda—. Trabajo para ti.

—Tienes el día libre entonces —comentó riéndose por la excusa de Ava.

—Eres imposible.

—Siempre consigo lo que quiero.

«No preguntes, Ava. No preguntes.»

—¿Y qué es lo que quieres ahora? —preguntó.

Los ojos de Jason parecían más vibrantes. A ella le gustaba sumergirse en ellos, porque la hacían olvidar lo complicado que era volver a sucumbir a la debilidad que sentía por él.

—Toda tú —replicó besándola con suavidad—. Ya lo resolveremos. Me has dado siempre honestidad, y voy a devolvértelo con creces, Ava. Te quiero de regreso. Solo tienes que hacerte a la idea de que estaremos juntos otra vez. Esta vez no haré ninguna estupidez para que te alejes de mí.

—Pero...

Jason no quería darle tiempo a encontrar argumentos para rechazar la idea de estar juntos. Él encontraría la forma de combinar su agenda deportiva. Además, si ella era escritora, en Canadá existía un mercado muy sólido en el área infantil, también una amplia apertura para nuevos negocios.

Renuente, él puso distancia física entre los dos.

—¿Esta es la comida que dejó Lindsay? —preguntó él, olvidándose de la punzante erección que tenía entre sus piernas, señalando los ñoquis que estaban servidos sobre el mesón.

Ava se apresuró a ocupar las manos en otra cosa que no fuese el cuerpo de Jason. Agarró el pírex transparente y puso a calentar los ñoquis. La cocina era inmensa y tenía unos bonitos ventanales de madera que dejaban ver una parte lateral del patio. En este caso era posible observar la nieve caer.

—Errr... No... —dijo—. Le di el día libre porque tenía una cita médica. Lo cociné yo. Es algo sencillo.

—No tienes que explicarte. No te contraté para que cocines, así que aprecio mucho que te tomaras el trabajo de no matarme de hambre.

—Gracias —murmuró, sonrojándose—. No esperes demasiado del sabor.

—Ava, deja de preocuparte por lo que cocinaste. A menos que hayas aprovechado este tiempo que he estado ocupado para envenenarme.

—Qué gracioso —replicó.

—Uno nunca sabe —dijo haciéndole un guiño.

Cuando microondas dio la alarma de que el pírex estaba listo. Ella lo sacó, y de inmediato Jason le quitó el pírex de las manos y lo dejó sobre el mesón. Rebuscó los platos y los cubiertos. Dos juegos de cada uno.

Ella solo lo dejó hacer.

Jason estaba descalzo y llevaba un jersey negro. Con el cabello ligeramente revuelto parecía listo para iniciar una sesión fotográfica. Ava estaba convencida de que jamás tendría que esforzarse demasiado para ganar dinero con ese rostro y ese cuerpo tan sexy que poseía.

—Creo que puedo pasar la dieta del nutricionista por hoy, pero no le vayas a decir a Kant —dijo en tono bromista.

—Puedo sobornarte con un aumento salario para mantener mi silencio — bromeó. Le gustaba haber roto la tensión de hacía un instante.

—Inténtalo —le hizo un guiño de ojo, pero enseguida se ocupó con poner la mesa. Ella lo ayudó—. ¿Almuerzas conmigo?

—Yo...

—¿Tú...?

Por lo general, a Ava le gustaba tomarse su tiempo de almuerzo para despachar asuntos personales o caminar por el pueblo un rato. Le gustaba el frío, así que no había quejas de su parte, salvo si se olvidaba la bufanda. En este caso acababa de volver de una situación que ponía su perspectiva en un ángulo diferente. Y tampoco le apetecía sumergirse en la nieve.

Después de la situación en que se encontraban, lo que deseaba era volver a su habitación e intentar organizar su cabeza, porque su corazón era un desastre. Al parecer, Jason iba a pretender indefinidamente que ignoraba la existencia del hijo de ambos. Necesitaba encontrar el momento propicio para hablar de Ben. Tenía que dejarle en claro a Jason que el niño era una parte fundamental de su

vida. Si él no estaba de acuerdo, entonces no había ni un resquicio de esperanza para que Ava considerara arriesgarse a intentar de nuevo estar con él.

Él era una estrella del hockey acostumbrada a la fama y con el mundo a sus pies. ¿Ella? Una escritora, madre soltera y con sueños que quería compartir con su hijo y prefería una vida discreta. Sus formas de vivir y sus metas no eran compatibles. Y, aunque el sexo había sido fantástico, sabía que lo que ocurría en la cama no compensaba el día a día de la responsabilidad de ser madre.

—Puedo comer —replicó Ava mientras se sentaba.

Él hizo lo propio.

—Habitualmente tengo llamadas que atender o entrevistas —empezó a comentarle— o alguna cosa con mis negocios. Me dijiste que eras escritora de libros infantiles ilustrados. ¿Por qué elegiste esa carrera? Siempre estuve convencido de que, al final, elegirías ser abogada o algo para la defensa de los menos poderosos.

Ava lo observó brevemente. Los ñoquis, modestia aparte, olían divinos. Le parecía tan extraño poder escucharlo dirigirse a ella sin experimentar hostilidad. Continuaba insegura sobre qué decirle y qué no, pero era un inmenso alivio para su corazón estar con él.

—La forma en que se comunican los niños, aprenden, y la relación con el mundo a medida que van creciendo me ha parecido toda la vida muy interesante. Así que me licencié en literatura.

—Una chica lista, desde siempre, no en vano ejercías de tutora conmigo —sonrió al recordar aquellos días. Probó los ñoquis. Estaban deliciosos—. Además, has aprendido a cocinar algo decente. La última vez que intentaste hacer un cake en Taste of Heaven casi envías a la banca rota a tus pobres padres.

Ava soltó una carcajada. Recordaba aquel día. No era material para chef.

—Supongo que es un halago —dijo comiendo un poco de su plato.

—¿Cómo podría decir algo distinto cuando has tenido la amabilidad de cocinar para mí, Ava?

—El instinto de supervivencia siempre te ha acompañado. Así que,

imagino que era entre decir que te ha gustado mi comida, y tener que vértelas tú solo con los instrumentos de cocina.

Jason se rio.

—Llevas razón. —Su rostro se volvió serio, y dijo—: Está muy rico esto, no estoy mintiendo.

«¿Por qué tenía que ser tan adorable?», pensó ella, murmurando “gracias”.

—Es lo único que se parece bastante a la receta original de mi madre — dijo con una sonrisa.

—Eres el tipo de mujer que cualquier hombre se sentiría orgulloso de llevar del brazo. —Jason tomó la copa de vino y elevó la copa. Ava tomó la suya—. Por los buenos momentos y una mujer hermosa —dijo sonriéndole con calidez.

Ella bebió e intentó no atragantarse con la forma en que él pronunció ese brindis. Jason era demasiado sexy para su coherencia mental.

—Escucha...

—Los amigos son sinceros —señaló con suavidad— y los amantes, aquellos que conocen el cuerpo y mucho más el alma del otro, también. Dime, Ava, ¿a qué le tienes miedo?

Ava tomó una bocanada de aire. La tensión sexual entre ambos tan solo estaba amortiguada. Pero bastaba un sencillísimo gesto para que el dique se rompiera, tal como había sucedido en Hulutown, y la vorágine erótica que acompañaba a ambos —desde que ella podía recordar— los absorbería por completo. Si a eso le sumaba que se había enamorado de nuevo de él, entonces la ecuación continuaba complicándose...

¿Acaso había sido enviada a la Tierra para generarse un caos existencial? Porque si así era, entonces debería pronto llegarle una gran recompensa por la misión cumplida. Jenny iba a alucinar cuando se lo contara.

—De no ser correspondida —susurró en un tono tan bajo que, si Jason no hubiera estado tan atento a ella, no la habría escuchado.

Él abrió y cerró la boca. Ella murmuró una disculpa patética y empezó a apartarse sin terminar la comida.

Jason la alcanzó en el descanso de la escalera.

—Ava, ¿me quieres?

«Nunca he dejado de quererte.»

—No.

Él soltó un suspiro.

—Mírame a los ojos, e inténtalo de nuevo. Ava, ¿me quieres?

—Jason —dijo su nombre como una súplica, con los ojos llenos de lágrimas— no es tan fácil.

Era demasiado alto en comparación a ella, así que tuvo que echar la cabeza hacia atrás mientras él la observaba.

—Inténtalo.

—Tengo un hijo.

Él se quedó sin palabras. ¿Un hijo? No sabía cómo tomar la noticia.

—Me dijiste que no estabas casada... —expresó con rudeza.

Ava dejó correr las lágrimas.

—¿Vas a continuar fingiendo que no sabes nada? —le preguntó con tristeza.

—No sé de qué hablas.

—Jason, no estoy casada. No te he mentado. No tengo pareja. Tampoco es una mentira... —suspiró—. Por favor, dejemos esto. Tengo que organizar la fiesta que das para tus amigos mañana.

Él no pensaba dejar ningún tema de lado. No más evasión. Tomó el rostro de Ava entre las manos y le limpió las lágrimas con los pulgares. Pero las lágrimas continuaron fluyendo por las suaves mejillas, y él se sintió impotente. ¿Cómo había olvidado mencionarle que tenía un hijo?

—Ava. En ningún momento, desde que te contraté, mencionaste la existencia de un hijo. Tampoco mientras te preguntaba por qué no podías trabajar los fines de semana o de lunes a viernes...

—Me duele más que pretendas que mi hijo no existe, Jason —interrumpió.

Él procuró controlar la rabia que bullía en su interior. No entendía nada.

Ella parecía estar hablándole en un idioma extraterrestre. Intentó rebuscar rápidamente en su memoria algún fragmento de una conversación en la que se mencionasen hijos o la idea de ser padres. Nada. No habían jamás hablado de temas similares. Sin embargo, la mirada decepcionada y contrariada de Ava, le daba a entender de que esperaba que él hubiese atado cabos.

¡Las mujeres podían ser todo un reto para entenderlas! Jason solía ser despistado, pero un tema como ese jamás pasaría desapercibido para él. No obstante, otra cosa empezaba a causarle rabia. No era el hecho de que Ava tuviese un hijo o que, durante ese tiempo, no lo hubiera mencionado, eso no. Al fin y al cabo, tal como conocía a Ava, ella hubiera terminado contándoselo en algún momento.

Lo que estaba creando una sensación asesina en Jason, hacia el hombre que la había dejado botada con un niño y sin un apoyo económico sólido como para que Ava no tuviera que encontrar un trabajo en un entorno tan lejano de su círculo habitual, era que ella llevaba —al parecer— la carga de la crianza y manutención por su cuenta.

Jason colocó la frente contra la de Ava.

—¿Y el bastardo del padre de tu hijo, en dónde está? —preguntó, enfadado por el irresponsable que dejaba tirada a una mujer como Ava para que criase sola a su hijo.

—Casualmente, lo conoces...

Jason apretó los puños a los lados. Quería conocer al bastardo y molerlo a golpes. ¿Qué clase de malnacido hacía eso? ¿Y que él lo conocía? Pues, más le valía al cretino que se preparase. Podía quedarse otra temporada sin jugar, pero si tenía que ir a partirle la cara al tipo, lo haría sin pensárselo.

—No tengo derecho a exigirte nada, pero si tu padre no le ha dado una paliza, entonces yo estoy dispuesto a hacerlo. ¿Quién es el cretino e irresponsable?

—Tú.

CAPÍTULO 16

Jason estaba tratando de controlar su temperamento. Ella se mantenía impávida, cruzada de brazos, mirando hacia otro lado. No tenía idea de cómo manejar la confesión que acababa de hacerle. ¿Un hijo? ¿Y por qué carajos nunca se lo dijo?

—Señorita Columbia —le dijo con sarcasmo. Estaba lleno de rabia—, no quiero hechos aislados. Así que arma un argumento coherente. Soy todo oídos. No puedes soltarme una noticia de esas y quedarte callada como si yo pudiese entender por qué demonios ahora me miras como si quisieras clavarme dagas en los ojos al no reaccionar de forma arrepentida. Porque es eso lo que esperas, ¿verdad?

Ella no iba a aguantarse más tiempo. De un empujón lo apartó.

—He intentado pasar por el alto, todo este tiempo, el hecho de que pretendes mantenerte en tu postura de no aceptar que tienes un hijo. Lo he intentado porque aún procuro imaginarme cómo voy a compaginar lo que siento por ti con mi rol de madre. Sin traicionar a mi hijo, y sin traicionarme a mí misma.

Él la contempló con enfado.

—¿Qué dices, mujer? ¿Acaso me crees el tipo de persona que dejaría un hijo botado, en especial después de que lo que más ansío es tener una familia? ¿En especial, después de que mi madre hubiera muerto, mi padre se hubiese suicidado y mi hermana ni siquiera da un penique por mi existir? —preguntó sorprendido de ser capaz de respirar con normalidad.

—Jason, ¿y qué querías que pensara? —le preguntó dolida—. Te fui a buscar a Chicago para decírtelo.

—Eso es imposible —se acercó a ella y la agarró de los hombros—. Es imposible —repitió—. Jamás te hubiera dejado ir de haberlo sabido. *Jamás*. ¿Me

entiendes? Te habría perseguido, y habría hecho lo que me dictaba mi corazón, pero mis fantasmas personales no me dejaban. Te habría seguido amando y tratando de ganarme tu confianza de nuevo. Dios, Ava... Un hijo... —bajó la cabeza, y por primera vez sus ojos se humedecieron—. Cometí un error, pero ese error no cambió en nada lo que sentía... —cerró los ojos antes de continuar—: Te dejé ir, porque así lo quisiste, y porque sin mí estabas mejor. Sin mí estabas mejor —repitió en un susurro lleno de tristeza.

—Jason...

—Me volví una bala perdida cuando te fuiste. Nada volvió a cobrar sentido, hasta el día en que te encontré en esta casa. Explícame. *Por favor, explícame.*

Ava sintió la bruma de la rabia disiparse poco a poco. Lo que Jason le estaba diciendo hacía mucho sentido. Si se había comprometido con una mujer a la que no amaba, por el solo hecho de querer formar una familia; si había sufrido tanto la pérdida de su padre y su hermana; entonces algo en la ecuación no encajaba. Sentía la cabeza dándole vueltas.

Tomó una profunda inhalación.

—Jason, fui a tu edificio con Jenny, cuando estuve segura de que esperaba un hijo tuyo. Quería decírtelo, no porque esperase nada a cambio. Necesitaba que lo supieras porque era importante que te responsabilizaras también de su existencia. Deseaba que nuestro hijo, aunque no quisieras casarte conmigo, aunque no quisieras ser padre a tiempo completo, llevase tu apellido... Entonces, cuando llegué y toqué el intercomunicador, nadie me respondía. Antes de Chicago, traté de llamarte, pero todas las llamadas iban directo al correo de voz. Te escribí, pero los emails me rebotaban... Así que decidí que tendría que ir personalmente —relató con la voz queda—. No sabía dónde más podría encontrarte. La idea de presentarme en la sede de los Chicago Dolphins me parecía inoportuna, porque ignoraba si acaso me dejarían pasar creyendo que era una groupie más... —tomó aire— Wade nos encontró en la entrada de tu edificio.

Él se sentó en uno de los escalones con el rostro entre las manos.

—Dios...—murmuró al entender lo que había ocurrido.

Ava no creía que podía sostenerse en pie más tiempo, así que se sentó un escalón más arriba de Jason, con cautela. Sentía estar sumergiéndose en aguas turbulentas, pero esperaba pronto navegarlas y llegar a tierra firme. Porque necesitaba hacerlo.

—Le dije que necesitaba hablarte.

Jason mantuvo la cabeza gacha. Los hombros hundidos. Se sentía derrotado. Sus malditas decisiones. Su cobardía...

—Wade, insistió en que no estabas disponible. Que no querías saber de nadie de tu pasado. Y que eso me incluía sin duda. También me dijo que habías cambiado todos tus datos de contacto —se aclaró la garganta, porque sentía un nudo imposible de deshacer— e incluso cuando le dije que necesitaba decirte que yo esperaba un bebé, rehusó decirme cómo encontrarte.

—A veces llegaban chicas a decir que esperaban un hijo mío o que eran mis prometidas o lo que fuera para lograr verme en los vestidores en los partidos, en alguna fiesta o alguna cosa —dijo él con voz remota— y Wade supuso que quizá tú estabas utilizando una excusa...

—No era una excusa —defendió.

—Lo sé... —dijo girándose con los ojos con lágrimas que pugnaban por salir. Por el tiempo perdido. Por las malas decisiones. Por la inmadurez—. Lo sé.

—Le pregunté si te lo diría. Me dijo que sí...

—Nunca lo supe. Tienes que creerme —le dijo tomándole las manos entre las suyas, apretándolas con firmeza.

Ella apartó la mirada porque observar el modo en que Jason parecía destrozado ante la idea de no haberse enterado de que tenía un hijo, amenazaba su fortaleza.

—Esperé meses a que me volvieses a buscar cuando recibieses mi mensaje... Después de que nació mi hijo, yo perdí las esperanzas e intenté rehacer mi vida. Mis padres me ayudaron. Esa es la historia...

Jason tenía que reconocer que Wade era un gran agente. Cumplía a rajatabla lo que él le solicitaba. Le hubiera gustado que, en algún momento, lo hubiese mencionado. Dios, su vida habría sido tan distinta.

—Yo creí que no querías saber más de mí e intenté seguir buscando un espacio en lo que mejor sabía hacer: jugar hockey. Fue mi único enfoque y mi desahogo, después de haberte lastimado como lo hice no creía ser merecedor de tus atenciones.

—Wade, al final solo hacía su trabajo —murmuró Ava—, supongo...

—¿Cómo se llama nuestro hijo?

Ella volvió el rostro hacia Jason. Ya no escondía las lágrimas. En esta ocasión, fue Ava quien estiró la mano para acariciarle la mejilla y limpiar las gotas saladas. Una situación desafortunada, malas decisiones, errores, y confusiones, habían causado tanto resentimiento durante años, desazón, y corazones lastimados.

—Benjamín —le dijo con una sonrisa, aunque al hacerlo sintió el sabor salado de sus propias lágrimas—. Ben. Así le decimos.

Él asintió. Intentó imaginarse cómo sería. A quién se parecería.

—Supongo que jamás voy a parar de pedirte perdón por todo el daño que te he causado...

—Todos tenemos nuestros infiernos personales.

—Lo sé... Ava, ¿qué le dijiste a Ben sobre mí?

Ella sonrió con pesar.

—Que estás perdido. Él quiere buscarte contratando un investigador privado. Ben tiene una gran imaginación.

—Como su madre...

Ava sacó el teléfono de su bolsillo trasero.

—¿Quieres conocer —se aclaró la garganta— a Ben? —preguntó en un susurro.

Él asintió.

—¿Me dejarías conocerlo entonces, pronto?

—Eres su padre, Jason. Y después de que, finalmente, todo está claro sobre el pasado, ¿por qué habría de prohibírtelo? Tan solo me gustaría ir despacio porque no es una noticia que pueda soltarle a un niño de seis años que ha creído toda su vida que su padre está desaparecido en algún rincón del planeta. Por ahora lo conocerás en fotografías o vídeos, pero en persona... —suspiró—, dame tiempo...

—Ava, tiempo es lo que no quiero perder. He perdido ya seis años con él —le besó los nudillos de los dedos— y contigo.

Con suavidad, ella apartó las manos de las de Jason.

—Todo ha sido tan ridículo y... —dejó escapar un suspiro—. Intento procesar nuestra conversación de hoy. Lo que ha pasado en las últimas horas y...

—Enséñame una fotografía de Ben. Enséñame vídeos de nuestro hijo —pidió acomodándose en el escalón en el que ella se encontraba.

Sabía que Ava estaba todavía en una etapa de asimilación de todo lo que se habían dicho, y hecho. Tampoco era que él estuviera experimentando una sensación de plena lucidez, pero tenía claro que no iba a apartarse de ella, y quería a su hijo, a Ben, con él. ¡Tenía un hijo! Estaba feliz, confuso, y al mismo tiempo ilusionado ante la idea de poder conocerlo, abrazarlo, y decirle que no necesitaba buscar más a su papá, porque nunca pensaba apartarse de su lado.

Pasaron el resto de la tarde sentados, uno junto al otro, hablando de Benjamín, recordando también los momentos que se habían perdido. Ella le habló del proceso del embarazo. Le enseñó algunas fotografías que siempre llevaba de esas épocas. Después le mostró a Jason el día en que tuvo a Ben en sus brazos, en el hospital, y le habló de la cirugía plástica. El tiempo que tardó en lograr su licenciatura en Columbia, los empleos que sorteaba para poder darle una mejor educación a Ben, y también los avatares como escritora.

Jason le contó sobre su rutina, las fiestas benéficas, los entrenamientos. Le dijo que estaba estudiando a distancia un grado en manejo de empresas porque necesitaba enfocarse también en su futuro una vez que dejaras las ligas de hockey profesional. Le confesó a Ava que su hermana no existía para él.

Ignoraba de su existencia o si tenía más de dos o un sobrino o sobrina.

—Imagino que por eso no encontré ninguna marca en su cuerpo que me indicase que habías sido mamá —comentó él sobre el tema de la cirugía plástica. Apartó un mechón de cabello suelto de Ava y colocándoselo detrás de la oreja—. Mi hijo tiene mucho de ti. —Contempló la fotografía que era el fondo de pantalla del iPhone de Ava—. Difícilmente podría decir que es un Wilder.

Ella soltó una carcajada.

—Te equivocas. Te veo en él siempre —dijo con sinceridad, mientras observaba la fotografía de hacía solo unos días de su hijo con los abuelos y Jenny—. El carácter, su forma de sonreír, su habilidad para los deportes, tiene muchos gestos similares a los tuyos. Si no fuera por el cabello negro y el color de sus ojos, entonces sería imposible que alguien no lo relacionara contigo si los vieses juntos.

—Imagino que debe ser muy listo como su mamá.

Ella le sonrió.

—¿A quién, si no, iba a salir el pobre Ben?

Jason esbozó una amplia sonrisa.

—Es un buen jugador de béisbol en la escuela —continuó ella con orgullo—. También es amiguelo.

—Seguro cuando conozca el hockey sobre hielo, lo Wilder saldrá a relucir.

—Tendrás que esperar un poco para eso —replicó Ava sin perder la sonrisa.

—Al menos quiero tener las fotografías de Ben en mi teléfono.

Ella asintió.

—Y Ava —dijo entrelazando sus dedos con los de ella. Se puso de pie y la instó a hacer lo mismo—. ¿Te das cuenta de cómo cambia todo esto el panorama?

—Eh... No creo que...

Se inclinó y la besó profundamente. Con un sentimiento distinto, no solo estaba lleno de deseo, pasión, sino también admiración y agradecimiento. A ella

le latió el corazón más de prisa.

—No voy a dejarte escapar, Ava. Voy a conseguir que te vuelvas a enamorar de mí, tal y como yo lo estoy de ti.

Ava se quedó sin aliento. ¿Que él estaba enamorado de ella? Todo parecía llegar de forma tan abrupta. Sin embargo, le parecía perfecto. Se sentía liviana.

—Jason...

—Lo sé. Paso a paso —dijo incorporándose. Le tendió la mano a Ava, y ella la tomó—. Lo primero que vamos a hacer ahora es volar a Toronto. Tengo que ir a una cita médica para hacerles saber que Kant me ha dado el alta, y conocer el veredicto final de los Noisy Eagles. Después, me vas a llevar a conocer a nuestro hijo. No quiero que pase más tiempo.

Ella quedó mirando la espalda de Jason, mientras él desaparecía escaleras arriba.

—No debiste suspender la fiesta de mañana —murmuró Ava mientras él dejaba las llaves sobre el mesón de la cocina.

Estaban en el lujoso piso de Jason en Toronto. Una vez que ella empacó sus pertenencias, y él hizo otro tanto con las suyas, le pidió que suspendiera la reunión de Navidad con la gente de los Noisy Eagles.

Deshacer todo le tomó solo un par de llamadas a Ava. Menos mal había sido lo suficientemente lista para contratar una compañía de organización de eventos. Eran ellos quienes se encargarían de cancelarlo todo, incluyendo llamadas personalizadas a los invitados. En el caso del personal de la casa, Ava les pidió disculpas por la cancelación repentina de planes, y —sin consultarlo— les ofreció un fin de semana con todo pagado en el resort que más les gustara en el estado de Nueva York.

Ava estaba segura de que, aunque no se lo había comentado, cuando Jason revisara la factura del mes, no iba a importarle. Después de todo, el día en un spa se trataba de una compensación para sus empleados. Era lo justo.

—Mis prioridades han cambiado —replicó mirándola con sensualidad.

—Jason, no tenemos tiempo para eso. Ni siquiera hemos hablado de...

—¿Me quieres? —preguntó de pronto, agarrándola de la cintura y apegándola contra su cuerpo. Estaba serio. Muy serio.

—Es demasiado pronto para decirte algo así.

—¿Acaso el miedo puede más?

—No es tan fácil...

—Inténtalo. Repite después de mí.

Ella soltó una carcajada. La confianza en sí mismo podía ser un aliciente en Jason algunas veces, otras, una patada en el trasero, pero este último no era el caso.

—Jason...

—Exacto. Empiezas por mi nombre —dijo con una sonrisa contra la boca de Ava—. Ahora di: “Yo también estoy enamorada de ti”.

Aunque estaba sonriéndole, ella era muy consciente de que él trataba de protegerse a sí mismo ante un posible rechazo, disfrazando la situación como si fuese un mero juego, pero no lo era. Por primera vez, desde que conocía a Jason, podía sentir la decisión en su mirada. Le era fácil pensar en esa actitud de Jason en el rink. Tenía esa forma de observar su alrededor como si conociera cada punto de debilidad y fortaleza, como si estuviera armando una estrategia en su mente. Una estrategia para no dejarla escapar. Rayos, ella no quería escapar.

Pero el veredicto final no le correspondía a ella, sino a Ben. Si su hijo al conocer a Jason, lo rechazaba, Ava se encontraría en una situación muy compleja. Porque, una vez más, primero estaba Benjamín y su bienestar emocional.

Cuando uno estaba en una tormenta, no había forma de escapar de ella. Solo quedaba protegerse. La situación no era fácil para Ava, pero si utilizaba la empatía entonces era consciente de que tampoco era sencillo para Jason. Lo único que no podía perder era aquello que jamás le había sido devuelto. Su corazón. Siempre había sido de Jason. Siempre iba a ser de ese modo.

—Ava, por favor, si lo sientes así, necesito saberlo —pidió besándola, mordisqueándole el labio inferior, acariciándole el rostro con las manos, el cabello, aspirando su aroma, perdido en las sensaciones que ella producía en él.

—Jason, yo también estoy enamorada de ti —susurró.

Él detuvo sus caricias suaves por un instante. Se quedaron mirando un largo rato. Con los labios tocándose, y muy juntos. De pronto, él sonrió.

—Es un gran progreso —dijo Jason.

Ava sonrió también, y le acarició la mejilla.

—¿Sabes qué le hace falta a esta declaración?

—Deberíamos llamarla coacción —dijo Ava riéndose.

—Tienes razón, entonces solo tenemos que completar una fase importante para ser lo más precisos posible sobre estos conceptos. —La agarró del trasero, y ella le rodeó la cintura con las piernas—. Nos quedan al menos tres horas antes de ir al coliseo a hablar con los médicos.

Empezó a caminar el pasillo de su elegante piso, ubicado en un precioso barrio de Toronto, con ella rodeándolo con su cuerpo. Besándolo con una alegría que creyó no volver a ver jamás en Ava.

—¿Necesitas todo ese tiempo? —preguntó una vez que él la dejó sobre la cama.

Jason se quitó la camiseta, y ella contuvo el aliento. Debería tomarle una fotografía y venderla a alguna revista femenina.

—Para una sesión rápida de sexo, no —dijo inclinándose hasta quedar sobre Ava. Le dio un beso en la boca y ella le acarició los brazos—. Pero para hacer el amor a la mujer que siempre he amado, sí.

—Te amo, Jason —susurró.

Y eso fue suficiente para que él perdiera la cordura.

CAPÍTULO 17

Jason estaba inquieto.

Wade, a su lado, le había pedido disculpas varias veces cuando supo que Ava tenía un hijo. Era imposible que Jason no se lo comentara, y no para acusarlo. ¿Qué culpa tenía el hombre cuando solo cumplía órdenes? Además, después de la lista de mujeres que argumentaban idioteces con tal de verlo, no debería haberlo sorprendido que Wade actuara con la misma incredulidad cuando Ava lo encontró en Chicago. Su agente tampoco era Mandrake para adivinar a quién creerle y a quién no.

—Ya te dije que está bien —dijo Jason. Se encontraban camino al coliseo de los Noisy Eagles. Había mucha nieve, normal en Toronto, y Wade manejaba lento—. Al saber que eres tan leal debería subirte el salario.

Wade se echó una carcajada.

—Me voy a retirar en un año más, muchacho.

—¿Qué dices?

El agente apagó el motor del automóvil una vez que estuvieron en el parqueo. Tenía ya sesenta y dos años. Muchos de ellos invertidos en las grandes ligas deportivas de Estados Unidos. Había visto y escuchado demasiada mierda.

Estaba agotado. Necesitaba pasar las últimas décadas que le quedaban de vida disfrutando la cosecha económica de todo cuanto había sembrado durante tanto tiempo. Si volviera a nacer, tal vez le hubiera dado menos al trabajo y más a su familia. Pero eran elecciones con las que se tenía que vivir... o morir.

—Quiero disfrutar más de mis nietos, Jason. Creo que tendremos este tiempo para buscarme un buen reemplazo. Quería que lo supieras, antes de que empiecen a circular rumores, y los halcones empiecen a buscar mi lista de clientes para ganarlos.

—Hombre, me dará pesar perderte. Creo que son pocos los jugadores que

tienen tantos años con el mismo agente.

—Eso es porque los agentes de ahora son unos petimetres —dijo con una sonrisa—. No tienes que preocuparte, ya hablaremos sobre eso después. Ahora, sobre la reunión con el equipo médico, tú tranquilo, que, si Kant te ha dado el visto bueno, entonces tienes ya gran parte del proceso ganado.

—Imagino que sí.

—Por cierto, Jason, tengo una mala noticia. El brazalete del que me hablaste. Nunca lo encontramos. Lo lamento.

—Supongo que es parte del precio de mis errores.

—¿Por qué era tan importante para ti?

Él suspiró.

—El último recuerdo de mi familia materna...

—Vaya, me apena no haber podido encontrar el brazalete. Pero si era de zafiros y tal... —se encogió de hombros— pues hubiera sido como querer encontrar una aguja en un pajar.

—Lo sé.

Dentro de las instalaciones del centro, Jason se sintió como en casa.

Llevaba varios años en el equipo y siempre había sido tratado como parte de una familia. Se sentía agradecido por tanto, y claro, él compensaba el buen salario con su rendimiento en el hielo. Por otra parte, le causaba pesar la idea de tener que separarse de Wade. Era un buen agente.

Tendría que empezar a buscar alguien que fuese, más que todo, honesto y leal. Difícil combinación de encontrar, pero no imposible.

—Wild West —dijo Flynn estrechándole la mano— nos volvemos a ver. Aunque tus visitas por aquí han sido muy útiles, esta es la decisiva.

—Hola, Flynn. —Se giró hacia el entrenador, y también le estrechó la mano.

—Caballeros —dijo Wade, mientras sonreía y saludaba.

Una hora después, Jason salió lleno de una renovada ambición.

A pesar de que le cabreaba perderse los juegos para contribuir a que su

equipo reuniese los puntos que llevar a los Noisy Eagles a la Copa Stanley, se sentía compensado por el hecho de poder volver al rink. Le habían dado seis semanas, a partir del segundo día del nuevo año, para recuperarse por completo en Toronto y empezar a jugar.

Él los trató de convencer de que le acortaran el tiempo de ausencia, argumentando que había entrenado en el coliseo en Lake Placid en donde se llevaron a cabo las olimpiadas décadas atrás. Sin embargo, tanto el entrenador y el jefe médico, rehusaron reducirle el tiempo. «No vamos a arriesgarnos. Preferible una o dos semanas extras, a que sufras un golpe que te deje impedido para siempre de regresar al rink.» Y con ese argumento, Jason no volvió a intentar hacerlos cambiar de opinión.

Cuando volvió a su piso en Toronto fue a buscar a Ava. Esperaba que no hubiera salido todavía a recorrer la ciudad, como le había dicho que lo haría, porque quería compartir con ella su alegría. Quería que salieran a celebrarlo juntos. No le importaba la prensa. No le importaba nada más que Ava.

Avanzó por el pasillo y la encontró metiendo frenéticamente las pocas pertenencias que se había traído consigo para el fin de semana, en la bolsa de viaje. No solo eso, sino que las manos parecían temblarle. No podía verle rostro porque el cabello se lo estaba cubriendo.

—¿Cariño, qué ocurre...? —le preguntó, preocupado. Cuando ella lo miró, Jason maldijo por lo bajo al ver las lágrimas—. Ava. —Se acercó y la abrazó—. Mi vida, dime qué es lo que sucede, por favor.

—Necesito que me lleves de urgencia a Nueva York. He estado llamándote como loca, pero no me entraba la llamada... —dijo, agitada. Fue hasta el cuarto de baño y agarró el neceser. Lo lanzó en la bolsa de viaje. Cerró el zipper.

Jason colocó la mano sobre la de Ava, para que lo mirase.

—En el centro médico del coliseo no tenemos muy buena recepción a ratos. Por eso no respondí. ¿Qué ocurre?

Ella tragó en seco. Respiraba con nerviosismo.

—Ben ha sufrido un accidente, y mamá lo ha llevado al hospital. Necesito verlo —expresó con angustia. Él jamás la había visto en ese estado—, por favor, llévame a Nueva York ahora mismo, Jason.

—Claro, sí. Por supuesto. Ahora mismo lo arreglo todo.

—Gracias... —dijo llorando y sintiéndose culpable por no estar junto a su hijo—. Necesito verlo.

—¿Quién te ha dado la noticia? —preguntó él, intentando mantener la calma. Uno de los dos tenía que hacerlo. No podía creer que, el día en que iba a conocer a su hijo, el niño había sufrido un accidente.

—Ma... mamá.

—¿Qué ha dicho exactamente?

—Que se ha caído. Se ha roto la muñeca, y... —ella elevó los ojos, cargados de lágrimas y preocupación hacia Jason—. Él es mi bebé, Jason. Si hubiera estado con él, en lugar de...

—Shhh —intervino él, colocando sus dedos sobre los labios de Ava—. No te hagas esto, ¿de acuerdo? No te auto-tortures. Ben es un niño fuerte. No puedes llegar hecha un manojo de nervios porque va a asustarse. Tus padres están con él.

—¿Y si me están ocultando algo para no preocuparme? —le preguntó agarrándolo de las manos con fuerza, como si él fuera su ancla en altamar.

—La ética de ellos no permitiría que lo hicieran. Ahora, voy a recoger mi pasaporte, y nos vamos a Nueva York. Voy a llamar al piloto del avión privado.

—Gracias —susurró.

Jason le besó la mejilla con dulzura.

—Es mi hijo también, Ava —le dijo con suavidad.

Durante el trayecto en avión, ella se mantuvo en silencio, y en ningún momento Jason dejó de sostener su mano, acariciarle la mejilla o abrazarla.

—Me dieron el alta, Ava —le comentó para romper el silencio. Ella pareció salir de su nube de preocupación—. Volveré dentro de seis meses a la cancha.

Eso consiguió que ella sonriera.

—Esa es una buena noticia, me alegro, Jason.

—Y yo también, cariño. Ahora, intenta descansar un poco que pronto aterrizamos en el aeropuerto. Terence nos ha delegado un amigo suyo para que nos recoja. No te preocupes por nada.

—De vez en cuando es un gran alivio sentir que puedo apoyarme en alguien...

—Te quiero, Ava, y eso implica que siempre estaré para ti.

Ella se inclinó y le dio un beso suave en los labios. Luego, volvió el silencio.

Después de que Ava se hubiera dado cuenta de que Ben estaba relativamente bien, salvo por la fractura en la muñeca y el raspón en la mejilla, pudo al fin respirar. El viaje desde Toronto le había parecido de mil horas. Apenas reparó que Jason estaba a su lado, sin decirle nada, brindándole su apoyo.

Antes de entrar al hospital, él le tomó la mano.

—Quiero ver a nuestro hijo.

—Sí, claro, Jason. —No había reparado en la magnitud de la pregunta. Ella solo se apresuró a responderle sin más, antes de correr hasta la recepción para saber en dónde estaba su hijo.

—¡Mami! Viniste —dijo Ben—. ¿Sabes qué? Soy muy valiente. No lloré mucho. Los abuelos dicen que eso viene en mis genes italianos.

Los abuelos de Benjamín le sonrieron al niño, pero cuando repararon en la figura que estaba discretamente cerca de la puerta se sorprendieron. Dante iba a acercarse a Jason, pero Moira se lo impidió agarrándolo del brazo.

—Ya sabes quién es, Dante, y será mejor que te guardes tus reclamos de tantos años para un momento propicio —le dijo a su esposo en un murmullo para que solo él lo escuchara.

—Quiero darle una paliza.

—Con tus viejos huesos, lo más probable es que acabes en emergencia. Ya está bien. Cuando Ava esté lista nos contará lo que ha pasado —dijo Moira, mientras Ava y Ben charlaban ajenos al mundo.

—Hija, tu padre y yo te dejamos con Ben, y —miró a Jason, sonriéndole con amabilidad— espero que todo vaya bien.

—¿Prefieres que nos quedemos? —preguntó Dante mirando primero a Jason, y después a Ava.

—No, papá. Yo me las arreglo... Gracias por cuidar de Ben.

De mala gana, antes de salir, Dante murmuró un saludo para Jason. Porque, “lo cortés no quita lo valiente”, o eso decían los americanos.

—Muchacho, espero que tengas una buena explicación para haber regresado después de tantos años, y finalmente... —bajo la voz Moira— venir a tomar responsabilidades. Es bueno verte de nuevo.

—*Moira* —llamó Dante esperando a su esposa en el pasillo.

—Lo mismo digo —le respondió Jason a Moira devolviéndole el abrazo a la señora. Sabía que tenía que dar una explicación, pero lo haría con Ava y cuando ella estuviera lista para hacerlo. Si acaso lo consideraba adecuado.

Una vez que en la habitación solo quedó Ava, al parecer indiferente a su presencia, él aprovechó para contemplar al niño mientras este hablaba hasta por los codos. Imaginaba que, eso sí, venía en los genes italianos.

«Mi hijo.»

La emoción que sintió al verlo no podía explicarse en palabras. Ni tampoco el súbito instinto de protección. Quería abrazarlo, pero no podía dar ningún paso hasta que Ava lo permitiera. Le debía eso al menos.

—¿Quién eres tú? —preguntó Ben cuando se dio cuenta de que había un extraño en la habitación—. Si no eres médico, no puedes estar aquí. —Se giró hacia Ava—: ¿Verdad, mami?

—Así es cariño, pero él —se aclaró la garganta, y se sentó en la cama junto a su hijo— no es un extraño.

El niño era muy curioso. Estudió la figura de Jason a conciencia, mientras este se acercaba poco a poco. Frunció el ceño.

—¿No? —preguntó Ben.

—Hola, Ben —dijo Jason con cautela. Miró a Ava, y esta asintió. Un alivio inmenso invadió al jugador de hockey. Este era su partido más importante: su vida —. Me llamo Jason Wilder. Mucho gusto en conocerte.

—No puedo darte la mano porque me la quebré. Suele pasar.

—Solo los chicos valientes pueden soportar tremendo dolor sin llorar —convino Jason, mientras llegaba hasta el niño—. ¿Me dejarás firmarte ese yeso?

—Claro, pero primero lo firmará mamá.

Ava sonrió, contuvo las lágrimas. Los dos hombres de su vida finalmente estaban juntos.

—Ben, hay algo que debes saber —dijo ella con dulzura. Instó a Jason a que se sentara con ellos en la cama. El niño quedaba en la mitad de ambos—. ¿Recuerdas que siempre me has preguntado en dónde está tu papá?

Jason la miró con sorpresa, pero tan solo recibió a cambio una mirada llena de amor y también perdón. Era un bastardo con suerte, pensó de inmediato.

—Sí. Y yo te he dicho que el abuelo puede prestarnos el dinero para contratar un investigador privado.

Ava se rio.

—Pues, ya no hace falta, Ben. He encontrado a tu papá.

—¿En verdad? —se giró hacia Jason—: ¿Tú eres el investigador privado que mamá contrató, y nos traes buenas noticias?

Jason sentía que el corazón iba a explotarle de alegría. Le tomó la manita a Benjamín y se la estrechó. Agarró la mano de Ava y la unió a la de ambos.

—No, Ben. Tu mamá me encontró.

—¿Eres mi papa? —preguntó el niño, asombrado, mirando a su mamá, y luego a Jason—. Wow...

—Sí, Ben, yo soy tu papá.

El niño abrió y cerró la boca. Permaneció un instante en silencio.

—¿Dónde habías estado? —indagó, al fin.

Ava no iba a intervenir. Era un momento importante entre padre e hijo.

—Estaba perdido jugando hockey sobre hielo en diferentes estados del país y viajando también a otros sitios del mundo. Si hubiera sabido antes en dónde estabas, no habría dudado en encontrar mi camino a casa. Pero finalmente, tu mamá me encontró. ¿Y sabes qué, Ben?

—¿Qué?

—No pienso alejarme de ti, ni de tu mamá, nunca más. Esa es una promesa.

Ben inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Eso significa que mi mamá tendría que casarse contigo?

Ava tosió.

—Ben... —murmuró ella, mientras Jason sonreía maliciosamente—. No es tan fácil porque recién acabamos de... De reencontrarnos.

—Si ella acepta, por supuesto —replicó Jason haciéndole un guiño con el ojo a Ava, quien se sonrojó profusamente.

—Jason... —dijo Ava— será mejor que llevemos a Ben a casa. Así conoces en dónde hemos estado viviendo y puedes conversar un poco más con él. Tiene una magnífica colección de autos de carrera en su estantería junto a los libros de Harry Potter. Son sus favoritos.

—¡Me encanta Harry Potter! Mamá me lee todas las noches —dijo Ben. Después pareció pensar en el tema que consideraba más importante, y agregó—: ¿Vas a vivir con nosotros como hacen todos los padres, verdad?

Esa estaba buena, pensó Jason. Sin embargo, la pregunta era de lo más natural dadas las circunstancias.

—Tendré que dejar arreglados unos asuntos en la ciudad en la que había estado viviendo, pero luego, por supuesto, lo conversaremos. ¿Qué te parece eso?

—Me parece bien, pero no quiero que vuelvas a desaparecer. Estoy cansado de tener que inventarme excusas cuando hay eventos de la escuela en

que todos mis amigos llevan a sus padres, y yo no tengo al mío.

«Ouch», pensó Jason. Sintió gran tristeza por el modo en que Ben acababa de darle esa explicación. Aunque intentó mostrarse firme, lo que estaba ocultando era la decepción que ese tipo de situaciones le había causado. En eso se parecía a él. Dios, ¡cuánto tiempo había perdido! No podría recuperarlo, pero intentaría con todas sus fuerzas que su hijo no volviera a sentir su ausencia.

—Lamento haber estado perdido tanto tiempo, Ben —dijo apretando la mano del niño con cariño, al tiempo que lo hacía con la mano de Ava.

—¿Puedo llamarte “papá”, entonces?

Jason miró a Ava, quien no pudo contener las lágrimas y miró hacia las manos de los tres, entrelazadas.

—Puedes, hijo, claro que sí. Nada me haría más feliz.

Ben sonrió ampliamente, y miró con sus cándidos ojos a su padre.

—¿Papá, me puedes sacar de aquí y llevarme a tomar un helado como premio por no llorar después de caerme de la resbaladera en el parque?

Jason no pudo hacer otra cosa que soltar una carcajada, y Ava, entre lágrimas, lo imitó. El niño era la versión corregida y aumentada de Jason cuando este tenía la misma edad. De tal padre, tal hijo.

Jason y Ben estuvieron conversando mucho tiempo en la habitación de juegos del niño. Le contó sobre su vida como jugador de hockey sobre hielo, y su hijo se mostró sumamente interesado en el deporte. Jason pensó que era una garantía de que Ben sería un estupendo atleta como él, porque pensaba comprarle a la primera oportunidad un par de patines y llevarlo al rink. Sería increíble poder hacerlo.

Ben, tan curioso como siempre, le preguntó cómo se conoció con Ava. Así que, haciéndole un resumen muy escueto, le dijo que habían sido amigos desde muy jóvenes, y que por asuntos de la vida tuvieron que separarse. Pronto cambió el tema, porque a medida que su hijo creciera le empezaría a decir detalles de la

vida en común con Ava. De momento prefería enfocarse en hacerle saber que no era una presencia momentánea en su vida, sino una constante.

CAPÍTULO 18

Al caer la noche, Jason encontró a Ava cómodamente sentada en el sofá. Ben ya se había dormido, y le gustó ser el que —en esta ocasión— le leyera a su hijo. Se sentía orgulloso de él.

En la sala no había televisión de por medio, ni tampoco algo que la entretuviese.

—Hola, dulzura —dijo Jason acomodándose junto a ella.

—¿Se durmió?

—Sí, y tuve que contarle un poco sobre cómo gané la Copa Stanley —dijo con una amplia sonrisa que Ava no devolvió—. Hey, ¿qué ocurre?

Ella suspiró.

—Vas a irte de nuevo a Toronto, y no quiero que Ben tenga expectativas que no estés dispuesto a cumplir.

—Me ofende tu comentario.

—No es mi intención, pero el bienestar emocional de Ben es importante.

Jason debería estar furioso o sentirse insultado, pero había cosas más importantes sobre las cuales discutir en esos momentos. El futuro.

—Ava, tengo que volver a Toronto porque tengo un contrato. Es mi responsabilidad. No porque sea más importante, sino porque es un compromiso adquirido desde hace años y atado por cláusulas legales.

—¿Cuándo te irás...? —preguntó sin apartar la mirada de él.

La incertidumbre estaba matándola. No sabía cómo podrían compaginar las agendas de ambos, en especial ahora que Jason le había prometido a Ben que no iba a volver a separarse de él. Su hijo no podía tolerar más decepciones por la ausencia de su padre. A pesar de que el niño se mostraba siempre fuerte, era muy sensible.

—La casa de Lake Placid no puede quedar vacía durante Navidad, y no

tengo que empezar entrenamientos hasta los primeros días de enero, ¿qué te parece si invitas a tus padres, a Jenny y su acompañante...?

—Se va a casar con su novio, Hunter, en marzo.

—A Hunter entonces, y bueno, Ava, yo quiero tener a mi hijo esta Navidad conmigo. Mi primera Navidad con él. Lejos de todo. Solo nosotros. Aunque supongo que antes deberíamos explicarles a tus padres el motivo de mi ausencia en la vida de Ben. Para que me odien un poco menos.

Ava se rio. Sabía que, aunque nunca les hubiera revelado el nombre del papá de Ben, lo intuían. Y con la presencia de Jason en el hospital esa tarde de seguro habían terminado de validar sus silenciosas conjeturas.

—¿Qué pasa con mi trabajo en Lake Placid? ¿Vas a vender la casa? No espero nada de ti. He mantenido sola a Ben todo este tiempo, y...

—Ava —dijo él poniéndole la mano sobre el muslo cubierto de un leggin negro— basta. Lo tomaremos poco a poco. La casa en Lake Placid quedará como una casa de vacaciones. El empleo sigue siendo tuyo si lo quieres, pero, si te soy sincero me gustaría que vinieras con Ben a Toronto. Además, si te preocupan sus gastos, yo tengo todo lo que económicamente podría necesitar. No tienes que inquietarte por su futuro académico, ya no.

—La vida de nosotros está aquí... —murmuró—. Todo es demasiado complicado por ahora. Y no se trata del dinero...—suspiró.

—Si crees que voy a alejarme de ti, estás equivocada. No tienes contratos editoriales que te aten por ahora a Nueva York. En Canadá hay muchas oportunidades de expansión en el mercado de los libros. Y si quieres tener un negocio, entonces es el sitio preciso para que lo hagas.

—No es eso...

—¿Qué es entonces? —preguntó, desesperado. A cada solución que proponía, ella le encontraba un “pero”.

—¡Tengo miedo de que un día despierte y tú ya no estés! —confesó finalmente—. No quiero volver a tener que recoger los pedazos de mi vida cuando desaparezcas de nuevo, porque esta vez no solo sería yo, sino también

Ben...

—¿Tan poca confianza tienes en mí, Ava?

Ella tan solo lo miró. Y para él fue suficiente respuesta. Fue a buscar su chaqueta, guantes, y bufanda.

—Volveré mañana. —Sin más, salió de la casa.

Ava se quedó en el sofá un rato, antes de ir a la cocina por una taza de té. Necesitaba dormir, pero esta noche iba a hacerlo en la habitación de Ben por si se despertaba en medio de la madrugada o le daba dolor.

No le había gustado ver el rostro de Jason antes de irse. Parecía decepcionado de ella, pero, ¿qué esperaba? Tan solo había sido honesta. Porque no tenía otra opción.

Jason llamó a su equipo de cinco abogados al emblemático Hotel Plaza de la 5ta Avenida de Nueva York en el que estaba hospedándose. Les pagaba bien así que medianoche o no, ahí estaban en The Rose Club, un precioso salón ubicado justo sobre el sitio que había sido, en otros tiempos, el antiguo Persian Room.

Llevaban cuarenta y cinco minutos discutiendo el mismo asunto.

—Jason —dijo Roger James, uno de los abogados— no creo que sea una movida adecuada lo que estás solicitándonos. Te hemos dado todos los argumentos.

—¿Existe algún riesgo legal? Porque no escuché que mencionaran algo así.

—No, pero...

—Entonces, no veo ningún inconveniente.

—El riesgo es económico. Muy grande —intervino Hugh Friedman— y si esto es una circunstancia pasajera, entonces corres el riesgo de arrepentirte. Al respecto, no podremos hacer nada. La cláusula que pides en que este proceso sea irreversible, si la hacemos, ya sabes que no habrá fisura alguna por si te retractas.

—Caballeros —dijo mirando a los cinco hombres de traje— si quisiera un consejo económico, entonces habría llamado a mi equipo de asesores financieros, pero en este caso lo único que me interesa es el comentario legal. Y ya me lo han dado. Ahora, quiero que se pongan manos a la obra, y mañana a más tardar necesito todos los papeles en orden.

Consternados, los cinco abogados de una de las firmas más renombradas del país, se miraron unos a otros. Su trabajo, efectivamente, consistía en asesor y sugerir, en temas legales. Ya habían tenido la mala experiencia con otros clientes que, después de una decisión tan drástica como la que estaba haciendo Jason Wilder en esos momentos, se arrepentían amargamente.

—De acuerdo, Jason. Te enviaremos a primera hora de la mañana un documento en el que liberas a la firma de cualquier tipo de responsabilidad por tu decisión. Y en la tarde, o a más tardar a última hora del día, te haremos llegar los documentos finales con todos los requerimientos —dijo Friedman, incorporándose. El resto de abogados lo imitó.

—Gracias —replicó Jason estrechando la mano de cada uno.

Subió a su suite y consiguió dormir plácidamente.

—¡Papá! —gritó Ben de alegría cuando vio a Jason en el umbral de la puerta —. ¡Viniste!

Jason le sonrió y lo abrazó. Era tan reconfortante escuchar que el niño lo llamara “papá”. Vamos, le hacía dar ganas de dar brincos de alegría. No podía decir lo mismo de Ava, que lo miraba desde la cocina con una sonrisa suave, pero en absoluto el tipo de sonrisas a las que él estaba habituado con ella.

—Por supuesto, Ben. Te dije que no volverías a dejar de tener un papá. Y yo siempre cumplo mis promesas.

El niño asintió, emocionado.

—Mis amigos van a patinar sobre hielo en el Rockefeller Center, yo he ido con mamá y la tía Jenny, pero son chicas, ¿sabes? No van a toda velocidad.

Jason soltó una carcajada, y observó a Ava. Ella estaba bebiendo una humeante taza de café, y lo miró por sobre el borde. Estaba hermosa. Con el cabello suelto hasta los hombros, y con la bata de seda anudada sobre la ropa de dormir. Y él conocía cada una de esas maravillosas curvas que se escondían apenas bajo esa bata.

—Primero tienes que pedirle permiso a tu mamá —dijo Jason con suavidad.

El niño corrió hasta abrazar de la cintura a su madre.

—Mami, ¿puedo ir? ¡Por favooooor!

—Ben, tienes que abrigarte bien, y no volver tan tarde. —Miró a Jason—: No puede comer golosinas, sino que tiene que venir a cenar a casa.

—¿Acaso crees que iré solo con Ben? No, señorita —dijo acercándose. Le dio un beso en la boca con dulzura—. Buenos días.

—¿Vamooooos? —preguntó Ben, mirando a uno y a otro. No le gustaba ver que los adultos se anduviesen besuqueando. Ewww.

Ava se sentía sin salida, y era consciente de ello. Pero también tenía que pensar que era normal que Ben quisiera tener su primera salida con sus padres.

—De acuerdo, pero tendrás que ir muy despacio porque tienes un yeso, jovencito. A menos que quieras volver al hospital.

El niño negó profusamente con una sonrisa.

—¡Wujuuu! Gracias, mami —gritó Ben antes de apartarse. De pronto se dio cuenta de algo importante. Miró a Jason—: Papá, yo no tengo patines. Y rentarlos es un poco caro o eso dice mamá, y no...

—Te compraré un par —dijo Jason, antes de que Ben desapareciera por el corredor en búsqueda de su ropa de frío para salir.

Una vez solos, él tomó a Ava de la cintura, y con la mano libre le quitó la taza de café. La dejó sobre el mesón. Giró a Ava entre sus brazos.

—Hola, señorita Carpelli —dijo sonriéndole.

—Manipulaste a Ben para que saliera a patinar.

Él le sonrió.

—Tan solo lo invité a patinar, y resulta que quiero pasar el día también contigo. Porque te quiero. ¿Es eso manipular? Claro que no.

—Nada de esto cambia la situación en que nos encontramos...

—Quiero que Ben tenga mi apellido.

Ella lo miró boquiabierta.

—Whoa. Jason, espera un momento. Esto va demasiado rápido.

—La vida está compuesta de breves instantes —replicó subiendo las manos por los costados de la bata de seda y acariciándolo el contorno de los pechos. Sonrió cuando pasó los dedos por los pezones, y estos se irguieron bajo la yema de sus dedos— y yo quiero aprovechar cada uno de esos instantes, contigo, y con Ben. Es mi hijo y es natural que quiera reconocerlo como tal.

—En unas semanas volverás a Toronto, y luego todo este tiempo fuera de tu hábitat natural te hará reflexionar y no querrás saber de las responsabilidades que conlleva todo lo que vivo día a día...

Él hizo una negación con la cabeza. Incluso cuando Ava se obcecaba era adorable. Menos mal él había aprendido a cultivar la paciencia en esos años. El Jason adolescente hubiera huido hacía ya rato si una mujer empezaba a volverse demasiado complicada. Pero Ava no era cualquier mujer, sino la persona de quien estaba locamente enamorado, la madre de su hijo, y sabía que todas las dudas que ella tenía estaban justificadas. Le había dado motivos para dudar de él en el pasado, pero le prometió compensarla y estaba en ello.

—Lo del apellido, Ava, no es negociable —expresó con seriedad—, y por otra parte, ¿podemos, solo por hoy, no pensar en el futuro?

Se apartó y fue a buscar a Ben. Lo encontró tratando de ajustarse una chaqueta—: Hey, campeón —le dijo— déjame ayudarte con esto.

Tardó solo diez minutos en encontrarle un gorrito de nieve y ajustarle la chaqueta. El niño sonrió de oreja a oreja.

—Gracias —dijo Ben—. ¿Ya nos podemos ir?

—Habrás que esperar a que tu mamá se vista también, no podemos permitir que pesque una pulmonía. ¿Crees que podrías ver un ratito la tele, mientras ella

se arregla para patinar?

—Sí, pero que no se tarde mucho.

Jason se rio, y salió dejando a su hijo viendo un cartoon.

Encontró a Ava lavando la taza de café. Instantes después pasó junto a él, y cerró la puerta de la habitación. Mensaje alto y claro, pensó Jason.

Los siguientes días pasaron pronto. Ni Ava ni Jason volvieron a tocar temas que pudieran crear una barrera entre ellos. Durante el día eran los padres perfectos para Ben, y empezaban a crear recuerdos con el niño. Al caer la noche, Jason y Ava se perdían en los brazos del otro.

Jenny y Hunter, al igual que los padres de Ava, volaron hacia Lake Placid para celebrar la primera Navidad de Ben con su familia al completo. Después de una concisa y sincera explicación de parte de Jason sobre los motivos por los cuales Ben no llevaba su apellido y Ava había tenido que criar sola al hijo de ambos, Dante perdió las ganas de romperle la cara de un puñetazo, y Moira pudo respirar tranquila, porque no sabría qué hubiera sido de su esposo. Ya estaba demasiado viejo como para tratar de recuperar sus años juveniles en los que se liaba a puñetazos en las calles cuando algo no le parecía bien.

Era Noche Buena, y Ben acababa de irse a dormir. Jenny y Ava se quedaron juntas en la preciosa sala de la casa de Jason en la planta baja.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Jenny mientras observaba cómo Jason y Hunter bebían cerveza en la cocina. Los padres de Ava se habían ido a dormir.

Moira y Dante habían insistido en preparar la cena de Navidad, en lugar de contratar una empresa de catering, así que el resto no tuvo de otra que aceptar, pero eso sí, todos pusieron un poco de ayuda.

Faltaba una hora para la medianoche.

Jason le había entregado a Ava un sobre horas atrás, y le había pedido que no lo abriera hasta que todos se hubieran ido a dormir. El sobre le quemaba en las manos. Ella, que era curiosa, estaba haciendo un gran esfuerzo para no

abrirlo.

—Debería abrirlo... —murmuró sonriendo.

—Creo que no, aunque yo no tengo prohibición. Puedo verlo por ti —dijo Jenny con una carcajada.

—Ja-ja.

—Es la primera vez, desde que Jason llegó a Nueva York años atrás con la Copa Stanley, que te veo sonreír desde el corazón. Incluso es la misma sonrisa llena de amor cuando te entregaron a Ben en el hospital. He visto la forma en que te sigue con la mirada. No es la misma que el chico que babeaba lujuriosamente por ti. Este es un hombre en toda regla que sabe lo que quiere. A ti, y a al hijo de ambos. No te equivoques, Ava, que ese Jason que conocemos ahora no dejará ir lo que quiere. Y eso es Ben y tú.

Ava suspiró, y miró a Jason. Él, como si supiera que estaba hablando de él, le dedicó una mirada pícara, para después volver la atención a lo que fuera que Hunter estaba contándole.

—Lo sé... —bajó la mirada— ¿y si me vuelve a fallar?

—Ava, ¿y si la que falla eres tú? Creo que te has enfocado tanto en que la contraparte va a defraudarte a ti y a Ben, que no te has puesto a pensar en que puedes ser tú la persona que acabe defraudándolos a ambos.

Miró a Jenny con sorpresa.

—No lo había puesto en esa perspectiva...

—Quizá deberías hacerlo, porque —aunque he visto la forma en que Jason te habla e intenta cortejarte de muchas formas— también veo que le hiere tu falta de confianza. ¿Cuánto tiempo más piensas jugar a esta danza de “te hablo hoy, y mañana tal vez”? ¿Acaso no crees que estás siendo un poco infantil?

—No es tan fácil. Soy madre, y...

—Hay muchas mujeres que morirían por tener un hombre como Jason. Y no te lo digo porque sea millonario o guapo, sino porque reconoce sus errores del pasado, adora a Ben, respeta a tus padres de un modo que me hace sentir pesar de no tener a los míos, y te ama, ¿porque te lo ha dicho, verdad?

—Sí...

—No hay perfección, Ava. Y si continúas alejándolo, por más de que Jason te quiera, entonces empezará a aceptar el rechazo. Le tomará un tiempo hacerlo, pero nadie puede vivir perennemente de rodillas por amor. Considéralo la próxima vez que intentes desalentarlo, y la próxima vez que quieras mostrar tus miedos disfrazados de problemas e inflexibilidad.

Ava la quedó mirando, y se estiró sobre el sofá para abrazar a su amiga.

—Hey... ¿Estás llorando? —preguntó Jenny cuando Ava se apartó—. No quería hacerte sentir mal, yo...

—No, no —se limpió las lágrimas— lo que me has dicho es verdad. Eres la mejor amiga que puedo tener. Gracias por abrirme los ojos... Tienes razón.

—Lo sé, pero por ahora, ¿qué te parece si vamos a celebrar con ellos — señaló con un gesto de la cabeza la cocina en donde estaban Jason y Hunter—, con ese par de hombres que llenan nuestras realidades de fantasía?

—No voy a darte más vino —dijo Ava riéndose, mientras le quitaba la copa vacía a Jenny—. Te pones demasiado filosófica y profunda. Me asustas.

—Debería dedicarme a la consejería de parejas —dijo con una carcajada.

Al llegar la medianoche, aunque Ava quería abrir el sobre, iba a hacerlo cuando subiera a su habitación. La que compartía con Jason. Sus padres estaban hospedándose en uno de los resorts de lujo de Lake Placid, al igual que Jenny y Hunter. Las dos parejas habían rehusado quedarse en casa de Jason, argumentando que era importante para Ben festejar ese veinticinco de diciembre a solas con sus padres, por primera vez.

—Feliz Navidad, dulzura —dijo Jason apoyando la espalda contra la puerta de la habitación. Acababan de despedir a Jenny y a Hunter.

Estaban solos.

Ava, de pie en medio de la habitación, le sonrió.

—Feliz Navidad, Jason.

—¿Vas a abrir ese sobre ahora? —preguntó caminando hacia Ava.

Ella asintió, y rompió la parte superior de color amarillo del sobre. Dentro había un fajo de documentos. Frunció el ceño al sacarlos. Empezó a leer.

Jason vio cómo las emociones iban cambiando en el rostro de Ava a medida que leía. Primero, emoción y curiosidad. Después, expectativa y confusión. Luego, incredulidad. Finalmente, ella dejó los papeles sobre la mesilla de noche, y lo miró.

—Yo... Yo, no puedo aceptar eso...

—Es mi regalo de Navidad para ti —dijo acercándose a ella. Le acarició la mejilla—. Los obsequios no se rechazan, ¿sabes? Tan solo se agradecen.

—Jason, gracias, pero es que ¡me cediste todas tus propiedades! *Todas*. E incluso tu colección de automóviles clásicos. Vaya, ni siquiera sabía que tenías tal cosa.

Él asintió.

—Una casa en Bel Air, en California. Tu piso en Toronto. Una casa de vacaciones en Monte Carlo. Una colección de automóviles. Una propiedad de viñedos en La Toscana italiana —lo miró con los ojos abiertos de par en par—, Jason, ¡no puedo aceptar todo eso! Yo apenas te obsequié un par de gemelos para tus camisas, un álbum con las fotos de Ben desde que nació, y una corbata de Givenchy...

—Si el dinero es un impedimento para que te quieras quedar conmigo, entonces quiero sepas que el dinero es lo último que me interesa o me preocupa. Quédate con todas mis propiedades. No me importa. Puedo vivir sin cosas materiales, pero no puedo seguir viviendo sin ti. Quiero a Ben. Quiero a mi familia, contigo.

Ella lo abrazó de la cintura, y hundió el rostro contra el pecho de Jason. Él la rodeó con las manos y la estrechó con firmeza. Ava se sentía segura entre sus brazos. Recordó las palabras de Jenny, y se armó de valor. Se apartó con suavidad de Jason.

—No quiero tus propiedades. Por favor, tómalas de regreso. A cambio, quiero hacerte una propuesta.

—¿Ah, sí? —preguntó sonriéndole con picardía.

—Jason...

—Escucho —dijo acariciándole las mejillas con las manos. No se cansaba de ella. Adoraba tocarla, sentirla, perder el sentido de la realidad por el solo hecho de sumergirse en la suavidad de su cuerpo.

—No es justo que intente poner sobre tus hombros las posibilidades de que nuestra relación fracase, porque yo también puedo equivocarme y decepcionarte. No, no me interrumpas. —Él asintió—. Todos estos años he vivido con Ben protegiéndolo y cuidándolo, pero también he hecho lo mismo con mi corazón. El problema es que nunca he dejado de amarte, y no quiero dejar de hacerlo.

—Mi vida...

—Jason, yo también quiero que seamos una familia. No quiero que renuncies al hockey ni a la vida que has construido con tanto esfuerzo, porque sé que tú jamás me lo pedirías a mí.

—Claro que no, Ava. Te apoyaría en cualquier cosa que te apasione hacer...

—Quiero estar contigo cada que ganes un partido, cada que hagas un gol, cada que necesites un abrazo, palabras de ánimo, y un sitio en el cual sentirte valorado; quiero compartir eso con nuestro hijo. Yo puedo escribir desde cualquier parte y conseguir un editor más grande con distribución amplia. Puedo abrir una librería o una juguetería en donde me plazca. Pero lo que no puedo hacer es alejarte de mi vida, porque entonces nada volvería a tener sentido sin ti.

Lo último que él hubiera esperado era ese discurso de Ava. ¿Acaso no era un hombre con suerte? La había embarrado monumentalmente años atrás, y la vida —a pesar de que le quitó tanto— ahora parecía compensarlo de la única forma que él consideraba justa: devolviéndole el amor de Ava.

—Ven aquí —susurró antes de besarla.

Entre sus brazos, lo último que sintió fue el cómodo colchón bajo su cuerpo, y el imponente físico de Jason cubriendo su esbelta figura femenina. Con el mismo ardor con el que la besó, la empezó a desnudar; dejó un reguero de

húmedos besos en cada parte de su cuerpo que iba dejando al descubierto.

Ella lo dejó hacer, pero una vez que estuvo completamente desnuda, Ava hizo lo propio con Jason, hasta que liberó la pulsante erección. Jason le parecía un hombre impresionante, con un físico perfecto, fuerte como un guerrero moderno. Un guerrero sobre el hielo, sin duda. El torso masculino era duro como el granito y estaba muy definido. La ligera capa de vello que cubría los pectorales descendía en una línea que se perdía entre su sexo. Estaba tan guapo... No importaba en donde estuviesen, el carisma sexual que emanaba de él la envolvía siempre por entero.

—Eres tan bella —susurró él, contemplándola. Le gustaba ese cuerpo con curvas, la piel tan suave al toque, y le encantaba escuchar los gemidos que salían de su garganta cuando él la acariciaba.

Ella jadeó al sentir cómo Jason recorría su cuerpo desnudo. Él tomó un pecho con una de sus fuertes manos, y se detuvo en el anhelante pezón mientras con la otra mano empezó a trazar una línea serpenteante, tentándola, hasta que llegó a los suaves pliegues húmedos. Bajó la boca hasta el pecho de Ava y lo chupó con fuerza. La sintió arquearse, instándolo a continuar, y así lo hizo.

Las manos de Ava se aferraron a sus hombros, clavándole las uñas, mientras él giraba su experta lengua alrededor del pezón erecto, lo sentía delicioso y pulsante en su boca. Sus dientes jugaron también con el suave capullo, y la mezcla de dolor con placer hicieron que ella contoneara sus caderas para sentir el sexo de Jason contra su piel. Él alternó sus caricias al otro pecho, y su mano acariciaba el clítoris, la penetró con un dedo, luego dos, y empezó a ejercer fricción. Su boca subió por el valle de los pechos para mordisquearle el cuello, y después atrapar de nuevo esos labios deliciosos que besaban con tanto ardor.

—No sigas jugando conmigo, Wilder —gruñó.

—Pensé que eras paciente.

—No pienses por mí —dijo al sentir cómo su sexo palpitaba por sentirlo abriéndose entre sus pliegues— te necesito ahora.

Él tuvo la audacia de reírse, pero pronto esa risa se transformó en un gemido cuando Ava tomó su miembro con la mano y empezó a acariciarlo. No sabía cómo, pero acabó teniéndola sobre él. Sintió cómo Ava apoyaba sus manos sobre los pectorales, mientras hacía contacto visual, le sonrió con malicia.

—No seas pérfida, mujer —murmuró cuando Ava contoneó las caderas hasta sentir el glande justo a las puertas de su sensible sexo.

—Tócame —exigió, y él alargó los brazos hasta ahuecar las manos sobre los orondos pechos.

Los pezones de Ava estaban rojizos debido a las atenciones que él le había prodigado, sonrió ante la marca que había dejado en ellos. Una muestra muy cavernícola, pero a él no le importaba. Entre el pulgar y el dedo índice, agarró los suaves capullos, y empezó a masajearle los pechos, al tiempo que apretaba los pezones con fuerza.

—Nena, tómame —pidió.

Ella no lo hizo esperar más, porque tampoco podía controlarse a sí misma. Con suavidad, porque Jason eran grande, deslizó las caderas encajándose poco a poco en el largo miembro. Él intentaba controlarse, porque ver la unión de sus dos cuerpos desde esa perspectiva visual era delicioso y decadente. Verla descender sobre su miembro, encajándolo, centímetro a centímetro, era lo más erótico que podía presenciar. Una vez que lo tuvo por entero, ella empezó a cabalgarlo con ímpetu.

Los pechos de Ava se bamboleaban al compás de sus movimientos, pero Jason los tenía entre sus manos, acariciándolos. Con su pelvis seguía el ritmo que Ava marcaba con la suya, empujando cada que ella bajaba sobre él. Ella jadeaba con la respiración entrecortada.

—Jason... —jadeó cuando él abandonó sus pechos para agarrarla firmemente de las caderas, le hundía los dedos con fuerza; la misma fuerza que ella ejercía montándolo para satisfacerse.

Se inclinó hacia él, sin dejar de cabalgarlo, exponiéndole muy de cerca sus pechos y Jason atrapó uno de los pezones, y lo succionó. Lo hizo sin pensar en

ningún otro sentido que el darse placer. Lo mordió, y Ava gritó de deseo. No deseaba apartarse nunca de él, le gustaba sentirse anclada a su cuerpo en esa forma tan deliciosa. Pero no creía que pudiera soportar más tiempo.

Ambos se miraron fijamente.

—Te amo, Ava —dijo él, antes de cambiar de posición. La colocó bajo su cuerpo y sintió cómo ella se aferraba a su espalda empapada de sudor.

—Yo a ti... Dios, Jason, no puedo esperar más...

Él tampoco, porque un segundo después, no era capaz de contenerse, se inclinó para devorar la boca de Ava. Con una última y potente embestida se derramó dentro de ella, y la escuchó gemir en un largo clímax.

Horas más tarde, ella murmuró algo entre sueños. Poco a poco se despertó cuando sintió que alguien la besaba en el cuello. Sonrió.

—Cariño —murmuró Jason.

—¿Mmm?

—Me dijiste que tenías una propuesta que hacerme, luego tuviste el atrevimiento de seducirme.

Ella rio, y se acomodó mejor entre los brazos de Jason. Al calor de ese abrigo se sentía feliz. Estar entre esos brazos cálidos era su sitio favorito en el mundo.

—Te iba a proponer que nos arriesgáramos a cualquier aventura siempre y cuando implicara estar juntos —susurró en un bostezo.

—Esa propuesta me encanta.

Él la apretó más contra sí. Ava cerró los ojos.

—Ava...

—¿Mmm?

—Será mejor que no intentes seducirme nuevamente, porque tenemos que despertarnos *muy* temprano.

—¿Ah, sí?

—Quiero darme una ducha contigo... —le susurró al oído, y la sintió reírse en silencio—. A menos que tú no quieras, claro.

—Eres insaciable, Jason.

—¿Contigo? Siempre. Ahora, por favor, déjame dormir, Ava —le murmuró al oído, riéndose.

—Qué descarado... —murmuró acurrucándose más contra la calidez de Jason antes de quedarse dormida.

Al amanecer, cuando Jason y Ava se bañaron juntos, un golpe insistente en la puerta los apresuró a vestirse. Ella miró la hora. Las seis de la mañana. Ya era hora de ir a ver a Ben, pero al parecer el niño se les había adelantado. ¡Tenían que desayunar y abrir los obsequios! Le hacía ilusión compartir un momento tan bonito juntos.

Jason se le adelantó en abrir la puerta. Ben, algo somnoliento, le sonrió y se adentró en la habitación.

—¿Dormiste bien, cariño? —preguntó Ava, preocupada—. ¿Te duele la muñeca? En un momento bajamos para hacer el desayuno.

—Todo está bien, mami. —Miro a su papá, y este le hizo un guiño—. Es que hoy ya es Navidad. Son las seis de la mañana, y quiero abrir los regalos con ustedes. A ver qué me ha dejado Papá Noel —sonrió—. ¡Feliz Navidad, mami!

—Oh, qué tonta, claro, ¡Feliz Navidad, Ben! —le dijo abrazándolo.

—¡Feliz Navidad, papá! —exclamó el niño, mientras Jason lo aupaba y daba una vuelta con él. Le dijo algo al oído que Ava no escuchó, y después dejó al niño sobre el suelo alfombrado.

—Mami, tengo una pregunta que hacerte antes de que bajemos. Es una misión de suma importancia.

Ella le acarició la mejilla. Estaba todo sonrosado y despeinado. Amaba a su hijo.

—Sí, claro...

—¿Verdad o reto?

Ella no pudo evitar reírse y miró a Jason. Este le sonrió y se acuclilló como

Ava para estar también a la altura de Ben. Su hijo era un chico listo.

—Mmm... Verdad.

—¿Amas a mi papá?

Ella sonrió.

—Con todo mi corazón.

—Ben, ¿verdad o reto? —preguntó Ava consciente de que algo se traía Jason y había involucrado al pequeño. Y obviamente iba a seguirles el juego.

—Reto.

Jason soltó una carcajada, y ella sonrió. Ambos sabían que el niño era, por naturaleza, rebelde. No había modo de que hubiera elegido “verdad”, lo sabían.

—Te reto a que me digas de qué se trata todo esto.

—Mi papá y yo tenemos una pregunta que hacerte hoy.

Ava miró a Jason, y este se encogió de hombros.

—¿Ah, sí? Pues vaya, qué intrigada me dejas, Ben.

Ben asintió y fue corriendo hasta una pequeña cajonera y sacó una bolsita. Volvió pronto junto a ellos. Abrió la bolsita, y se la extendió a su mamá.

—Es para ti, mami. —Ava introdujo la mano y sacó la caja pequeña que estaba en el interior. La abrió. La luz hizo brillar el solitario incrustado en una banda de oro blanco. Se quedó sin aliento. Era un anillo precioso—. ¿Aceptarías casarte con mi papá, y así puedo tenerlos juntos para siempre?

Emocionada hasta las lágrimas dejó que Jason agarrara el anillo de la cajita y se lo ofreciera. Miró a uno y otro. Se sentía conmovida de ser testigo del vínculo tan fuerte que, en corto tiempo, se había forjado entre Jason y Ben. El llamado de la sangre era fuerte, y ni siquiera los avatares del destino podían destruir su fuerza.

—No hemos escuchado una respuesta, ¿verdad, Ben? —dijo Jason de pronto, sin perder la sonrisa que conseguía derretir el corazón de Ava.

—No, papá.

Ella se echó a reír. Nunca se había sentido tan plena como en ese momento. Los dos hombres de su vida estaban juntos, y haciéndola sentir la mujer más

especial del mundo.

—Sí. Sí, Jason. Claro que acepto casarme contigo —dijo. Él le deslizó el anillo con suavidad en el dedo, y después tomó su rostro entre las manos y la besó.

—¡Papá! No me dijiste nada sobre besos cuando me pediste ayuda.
¡Ewww!

EPÍLOGO

Cuatro años después.

Boston, Estados Unidos.

Uno de los defensas de los Boston Thunder intentó sacar el puck de su área defensiva lanzándolo por el lado derecho pegado a la barda. Jason, patinando en dirección a su propia portería, alcanzó a interceptar el puck antes de que saliera del área. Patinó un par de metros más, con la mirada en alto, decidiendo a cuál de sus compañeros de los Noisy Eagles podría enviar un pase, procurando que no le robaran el puck mientras era perseguido por uno de los defensas contrarios.

En un abrir y cerrar de ojos, Jason giró sobre su propio eje hacia la portería de los Boston Thunder, las cuchillas de sus patines hicieron que saltara el hielo sorprendiendo al defensa contrario que no pudo anticipar el juego y se fue de largo dejándole a Jason el campo libre. El público alrededor gritaba barras hacia uno y otro de los dos equipos que esa noche disputaban la Copa Stanley en Boston.

Jason todavía tenía al otro defensa enfrente, y también al portero de los Boston Thunder que ya cubría el poste derecho del arco en el rink. Avanzó con decisión, apuntó y ejecutó un tiro potente que pasó junto a la rodilla del defensa contrario dirigiéndose hacia el lado del poste que el guardameta no estaba cubriendo en ese instante. El portero, casi instintivamente, alzó su guante izquierdo para tapar el tiro pero era demasiado tarde. El puck pegó en la parte interna del poste y, ante la mirada atónita de los fans en el estadio, rebotó para meterse en la portería.

Los árbitros pitaron, y el estadio enloqueció. Jason acababa de darle el gol de la victoria a los Noisy Eagles que esa noche iban a alzarse con la Copa Stanley.

—¡Mamá, ganamos! ¡Ganamos! —gritó Ben en las gradas reservadas para

las familias de los jugadores. Dio brincos y agitó la bufanda con las insignias del equipo de su padre. Emocionada, Ava abrazó a su hijo mientras observaba a los Noisy Eagles eufóricos en el centro de la pista, mientras con mucha rapidez el equipo de organizadores empezaba a colocar los detalles para iniciar la premiación.

Ava estaba pletórica.

A pesar de que, años atrás, Jason había puesto mucho empeño al volver al rink junto a sus compañeros luego del alta médica, el equipo no consiguió los puntos necesarios durante la temporada regular para pasar a los play-off y disputar el preciado trofeo de la liga del hockey profesional. Los siguientes años fueron mejores, pero a pesar de llegar a los play-off no consiguieron disputar la final. Hasta hoy.

Jason y Ava llevaban tres años de casados.

El primer año comprometidos, lo habían utilizado para tomar decisiones importantes en función de Benjamín. La primera fue registrar al niño con el apellido Wilder. Después, a regañadientes porque ella continúa aferrada a la idea de comprarse su propio piso, Ava aceptó mudarse con Jason a Toronto en una flamante y hermosa casa en las afueras del downtown.

La ceremonia matrimonial fue pequeña, y la mayor parte de los invitados eran amigos de Jason del hockey. La enfermera Solms, Kant y Lindsay, estuvieron presentes. La casa de Lake Placid se había puesto a la venta, una vez que Ava consideró que no era oportuno tenerla si no iban a disfrutarla.

La prensa se hizo eco del matrimonio, ¿cómo no iban a dejarlo pasar?, pero la publicista de Noisy Eagles se encargó de manejarlo todo. Al menos, aquello no se convirtió en un desmadre. Hubo entrevistas, sí, y también un par de cámaras de televisión. Una vez que cumplieron con la generosidad de compartir un poco con la prensa, ningún miembro fue admitido en el interior de la Catedral de San Patricio en Nueva York ni mucho menos en la recepción que hicieron en el Hotel Plaza.

Viajaron dos semanas a Tailandia para la Luna de Miel. La cultura del país

era tan diversa, y las personas muy amables, que —si no fuera porque extrañaban a rabiarse a Ben, les hubiese gustado extender sus dos semanas de viaje a tres o cuatro. Paseaban en el día, y a veces se escabullían en uno de los increíbles parajes vírgenes para hacer el amor. La adrenalina de que quizá los pillaran lo hacía más atractivo. Estar en los brazos de Jason, y saberse amada por él, jamás dejaba de ser una experiencia única para ella. Para ambos.

Desde que se mudaron a Canadá, Jason y Ava buscaron una escuela para Ben en la que, sorprendentemente, él se adaptó con rapidez; no solo eso, incluso parecía más feliz que en la escuela de Nueva York. Quizá extrañaba un poco a Mike, su mejor amigo, pero Jason se encargaba de que hubiera siempre boletos en primera clase para cuando Ben quisiera invitar a Mike con su mamá y su papá, para pasar el fin de semana en Canadá con ellos.

Ava había decidido ceder. No en sus sueños, sino en el sitio geográfico en el cual asentarlos y buscarlos.

Después de estudiar la viabilidad de abrir una juguetería, no pudo refutar a sus consultores comerciales el argumento —con estadísticas en mano— de que debido a la forma en que se manejaba una ciudad tan cosmopolita y ágil como Toronto, lo mejor sería reconsiderar la idea de tener ese tipo de negocio por falta de rentabilidad. A regañadientes, Ava lo aceptó, pero no cesó hasta encontrar su nueva casa editorial en la ciudad de Toronto. Se sentía muy cómoda con el equipo editorial, y le habían pagado un anticipo económico excelente para comprarle los derechos de los libros que previamente ya había publicado en Estados Unidos.

La idea de un negocio propio continuaba en mente, y nada mejor que el mercado del placer femenino. Eso decía su alocada amiga Jenny. Estaban analizando la posibilidad de hacer una línea de lencería para mujeres de venta exclusiva vía online. Todavía tenían que definir modelos, telas, y un sinnúmero de detalles, pero al menos la idea estaba muy en firme. Se trataba de un proyecto que las uniría más, porque podrían estar más en contacto llevando a cabo lo que siempre habían deseado: trabajar juntas. Al final, Ava iba a poner su sueño sobre

cimientos. Se trataba de un negocio, propio, y que podían llevarlo desde cualquier rincón del mundo. ¡Viva la tecnología!

Jenny tenía un hijo de dos añitos con Hunter, lo habían bautizado con el nombre Theodore, y Ava había sido la madrina de Bautizo.

—Mami, ¿qué te parece si le decimos a Justus que nos deje ir al rink? —le preguntó Ben, mencionando al nuevo agente deportivo de Jason.

—No, cariño, no podemos hacer eso. La ceremonia es solo para los jugadores, pero después seguro que iremos a celebrar con tu papá. ¿Vale?

Ben se giró hacia sus abuelos.

Los CarPELLI continuaban viviendo en Brooklyn, y dirigiendo con mano firme —y mucho temperamento italiano— Taste of Heaven. No pensaban retirarse, pero poco a poco empezaban a delegar un poco más en otras personas que eran su mano derecha en el restaurante. Viajaban con más frecuencia fuera de Estados Unidos y Canadá. Solían visitar cada tres meses a Ava.

—¡Abuelo, llévame! —pidió a Dante.

—Tu mamá ha dicho que esperemos, chico. No la hagas enfadar —señaló la pancita de su hija— porque si nace tu hermana en este coliseo te las vas a ver canutas. —Asustado ante la idea de que naciera un bebé en medio de todo ese gentío, Ben negó profusamente y se tranquilizó. Dante se echó una carcajada.

—Papá —lo reprendió Ava con una sonrisa— me faltan cinco largos meses.

—Al menos Ben se quedó en paz —terció Moira, riéndose.

Ava esperaba su segundo bebé. Era una niña. La llamarían Maggie, como la mamá de Jason. Era lo que menos que podía hacer Ava para tratar de anclar de algún modo esa pieza perdida en el corazón de su esposo que siempre echaría en falta a una madre que se fue de su lado demasiado pronto. Por otra parte, no sabían nada de Elizabeth, y Jason ya se había resignado a no contar nunca con su hermana.

—¡Ya va a empezar la ceremonia! —gritó Ben agitando su manita.

Con una sonrisa, Ava observó cuando Jason enfocó su atención en ellos.

Sintió el corazón revoloteándole como siempre le ocurría. No tenía remedio. Seguía muy enamorada de ese hombre. La sonrisa, que Ava sabía que era solo para ella, se formó en el guapo rostro de Jason.

—Sí —murmuró Ava sonriéndole de regreso.

Toronto, Canadá.

Al fin en casa, después de un fin de semana de locos, y ya con Benjamín dormido después de tanta emoción, Jason y Ava se sentaron en el amplio sofá azul de la biblioteca. Él sostenía los pies de Ava entre sus manos, masajeándolos.

—Deberías dedicarte a darme masajes siempre —dijo ella cerrando los ojos.

—Ava, no te vayas a quedar dormida.

Ella fingió un bostezo, mientras cerraba un ojo y abría a medias el otro. Se echó una carcajada.

—¿Me vas a decir algo interesante?

—Todo lo que tengo que decirte siempre es interesante.

—Vaya, y yo pensé que con los años ibas a ser menos presumido.

Jason se rio. Dejó de lado los piecitos delicados, y la instó a que se acomodara junto a él, en lugar de hacerlo contra el almohadón. La sostuvo con firmeza.

—Ava, me voy a retirar del hockey.

Ella lo miró, boquiabierta.

—¿Por qué harías tal cosa? ¡Jason, tan solo acabas de cumplir 34 años!

—Quiero poner una academia de hockey para jóvenes prodigios. Además, en el hockey ya soy un veterano.

Ava le sonrió.

—¿Veterano? Yo creo que estás muy bien... Más que bien diría —comentó

con voz sensual—. ¿Sabes? Dicen que las mujeres embarazadas necesitan que las consientan más, y que las hormonas a veces suelen estar más a flor de piel — dijo acariciándole la mejilla y atrayéndolo hacia su boca para besarlo—. Espero que tú sigas al pie de la letra el consejo médico de que debes mantenerme contenta, y ya sabes cumplir mis deseos —continuó, y mordisqueó el labio inferior de Jason con una sonrisa pícaro.

Él enarcó una ceja.

—¿Estás intentando seducirme, señora Wilder?

—Jamás.

Él se rio, y tomó las manos de Ava entre las suyas.

La miró fijamente.

—Tengo un plan mucho más importante que el hecho de seguir acumulando glorias y trofeos en el hockey, Ava.

Ella frunció el ceño. Él le acarició la mejilla.

—¿Qué plan es ese?

—Hacerte feliz, y continuar ampliando nuestra familia después de Maggie. —Ava le echó los brazos al cuello—. Te amo —susurró contra los labios de su esposa, su mejor amiga, y la única persona que conseguía transformar su día con sus sonrisas.

—Acciones, señor Wilder, acciones —replicó con una risa que pronto se transformó en un suspiro.

SOBRE LA AUTORA

Escritora ecuatoriana de novela romántica y ávida lectora del género, a Kristel Ralston le apasionan las historias que transcurren entre palacios y castillos de Europa. Aunque le gustaba su profesión como periodista, decidió dar otro enfoque a su carrera e ir al viejo continente para estudiar un máster en Relaciones Públicas. Fue durante su estancia en Europa cuando leyó varias novelas románticas que la cautivaron e impulsaron a escribir su primer manuscrito. Desde entonces, ni en su variopinta biblioteca personal ni en su agenda semanal faltan libros de este género literario.

En el 2014, Kristel dejó su trabajo de oficina con horario regular en una importante compañía de Ecuador, en la que ejercía como directora de comunicación y relaciones públicas, para dedicarse por completo a la escritura. Desde entonces ya tiene publicados diecinueve títulos, y ese número promete continuar en ascenso. La autora ecuatoriana no solo trabaja de forma independiente en la plataforma de Amazon, KDP, sino que posee también contratos con editoriales como Grupo Editorial Planeta (España y Ecuador), HarperCollins Ibérica (con su sello romántico, HQÑ), y Nova Casa Editorial.

Su novela "Lazos de Cristal", fue uno de los cinco manuscritos finalistas anunciados en el II Concurso Literario de Autores Indies (2015), auspiciado por Amazon, Diario El Mundo, Audible y Esfera de Libros. Este concurso recibió más de 1.200 manuscritos de diferentes géneros literarios de 37 países de habla hispana. Kristel fue la única latinoamericana y la única escritora de novela romántica entre los finalistas. La autora también fue finalista del concurso de novela romántica Leer y Leer 2013, organizado por la Editorial Vestales de Argentina, y el blog literario Escribe Romántica.

Kristel Ralston ha publicado varias novelas como Estaba escrito en las estrellas, Entre las arenas del tiempo, Brillo de luna, Mientras no estabas, Punto

de quiebre, La venganza equivocada, El precio del pasado, Un acuerdo inconveniente, Lazos de cristal, Bajo tus condiciones, El último riesgo, Regresar a ti, Un capricho del destino, Desafiando al corazón, Más allá del ocaso, entre otras. Las novelas de la autora también pueden encontrarse en varios idiomas tales como inglés, francés, italiano, alemán y portugués.

La autora fue nominada por una reconocida publicación de Ecuador, Revista Hogar, como una de las mujeres del año 2015 por su destacado trabajo literario. En el mismo año, participó en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en el stand de Amazon, como una de las escritoras de novela romántica más vendidas de la plataforma y en calidad de finalista del II Concurso Literario de Autores Indies. Repitió la experiencia, compartiendo su testimonio como escritora de éxito de Amazon KDP en español, en marzo del 2016, recorriendo varias universidades de la Ciudad de México, y Monterrey.

Kristel es la primera escritora ecuatoriana de novela romántica reconocida nacional e internacionalmente. Ella ha fijado su residencia temporal en Guayaquil, Ecuador, y cree con firmeza que los sueños sí se hacen realidad. La autora disfruta viajando por el mundo y escribiendo novelas que inviten a los lectores a no dejar de soñar con los finales felices.

¿Te gustó este libro? No olvides dejar tu comentario en Amazon. Tu opinión es importante para Kristel.

Twitter e Instagram: @KristelRalston

Facebook: KristelRalston,Books

Web: www.kristel-ralston.com

